Fernando Benítez

LA RUTA DE HERNAN CORTES

El camino que siguió Hernán Cortés desde su desembarco en las playas de Veracruz hasta Tenochtitlan constituye la ruta histórica más importante del Nuevo Continente. Historia y geografía se conjugan en ella para cargarla de poderosas sugestiones. Al hacer su evocación, Fernando Benítez no sólo aborda el aspecto que lo indígena ofrecía a los ojos de los españoles, también describe la transformación que los siglos han operado en esas tierras ligando lo viejo con lo nuevo, la historia con el presente, el descubrimiento de un mundo virginal con el descubrimiento del México de nuestros días. El escritor ha hecho la crónica mientras sigue el itinerario del Conquistador.

Fotografía de la portada: Rafael López Castro

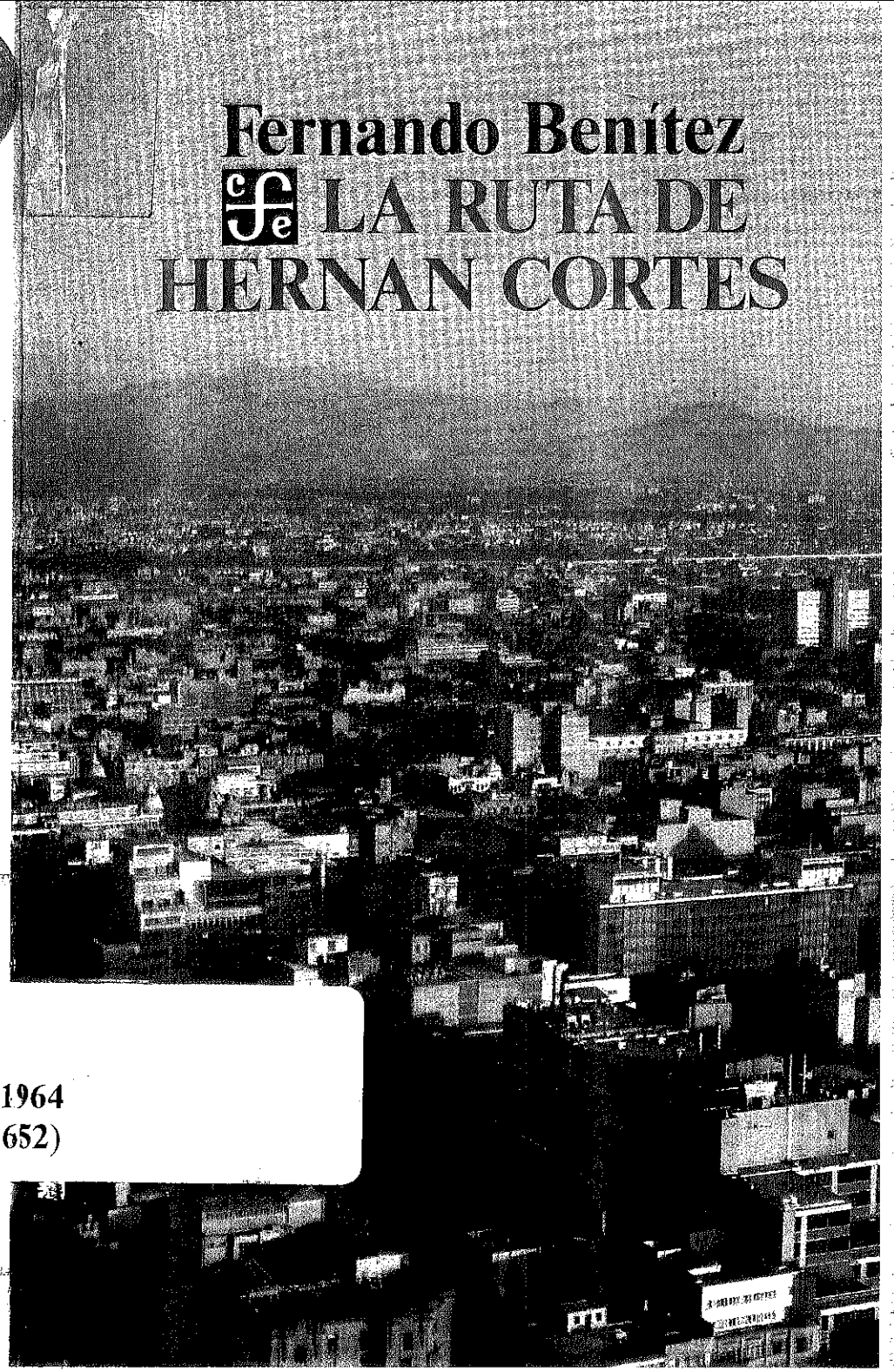
www.fce.com.mx
9681609597

RSPT7.5.1,6A

COLECCION POPULAR
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

Fernando Benítez

LA RUTA DE HERNAN CORTES



F1230
.C9153 1964
(BCJ-1652)

56

COLECCIÓN POPULAR

56

LA RUTA DE HERNÁN CORTÉS

FERNANDO BENÍTEZ

LA RUTA DE HERNÁN CORTÉS

ILUSTRACIONES DE ALBERTO BELTRÁN

COLECCION
POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición (Tierra Firme), 1950
Segunda edición, 1956
Tercera edición (Colección Popular), 1964
Duodécima reimpresión, 2003

Benítez, Fernando
La ruta de Hernán Cortés / Fernando Benítez ; ilus. de Alberto Beltrán. — México : FCE, 1964
307 p. : ilus. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 56)
ISBN 968-16-0959-X

1. Historia — México — Conquista 2. México — Descripción y Viajes I. Beltrán, Alberto ilus. II. Ser III. t

LC F1232 B418 Dewey 972.021 B467r

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fondodeculturaeconomica.com

D. R. © 1950, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0959-X

Impreso en México

A

María Asúnsolo

I. EN EL PRINCIPIO ERA EL MITO

El mundo de nuestros días es una gran casa conocida, minuciosamente, hasta en sus últimos rincones. No guarda un escondrijo, un cuarto, un desván que no haya sido explorado. Sabemos cómo viven los grandes lamas en el Tibet, cuántos leones y cuántas jirafas podemos encontrar en el corazón de África —previo el pago de unas libras esterlinas a la Corona inglesa—, y el cinematógrafo nos ha familiarizado, desde los días de Amundsen, con los desiertos helados del Polo Norte. En cambio, los moradores del mundo antiguo ocupaban una sola habitación y desconocían el resto de la casa. ¿Qué ocultará esa puerta cerrada? ¿Qué misterio encerrará el desván nunca visitado? Alguna vez, un huésped audaz emprendía un viaje, escaleras arriba, jugándose la vida —porque se trata, claro está, de una casa encantada— y volvía refiriendo historias fantásticas.

En este sentido, el mundo antiguo se distinguía por un ambiente poético que no tiene el nuestro. La tierra conocida se contraía a unas pocas naciones bien delimi-

tadas. Para los griegos, los bosques germanos eran ya la barbarie, y para los romanos, el Cercano Oriente fue un manantial de turbadores secretos. Trasponiendo las fronteras de aquel pequeño universo, se iniciaba el reinado del misterio, un misterio profundo, incitante, generador de mitos, animado con seres extraños que tenían un ojo en el pecho y llevaban la cabeza bajo el brazo. Dragones y serpientes poblaban los mares tenebrosos. Gigantes y unicornios defendían palacios de oro y de esmeraldas; el canto de las sirenas embrujaba a los navegantes, y los pájaros roc anidaban en valles inaccesibles, tapizados de enormes diamantes.

Donde hay un misterio, siempre hay un poeta, y donde hay una tierra virgen no puede faltar el aventurero que ofrece su vida a cambio de descubrirla.

Lo que el hombre debe a la imaginación de los cuentistas no resulta fácil decirlo. El mundo, sin ellos, no sería tan hermoso. Son los intérpretes de los deseos confusos, los profetas, los que ahuyentan el tedio y crean el clima propicio a las grandes aventuras; los que siembran presagios que, más tarde o más temprano, se cumplen; los videntes y los soñadores que, con sólo la palabra, hacen que el hombre, olvidado de su miedo y de su pereza, se lance tras el mito creado por su fresca y poderosa fantasía.

Es así como en el principio de todas las cosas está el verbo, la palabra del cuentista, el relato que se inicia diciendo: "Había una vez..." Había una vez, viejecitos que no podéis andar, una fuente de aguas milagrosas que volvía jóvenes a los ancianos... Había una vez, muchachos de valiente corazón que os consumís en la miseria de vuestros tristes pueblos, un gran señor poseedor de un palacio de malaquita y de montañas de oro y de piedras preciosas... Había una vez, ardientes varones que corréis inútilmente tras el amor sin encontrarlo nunca, en una tierra de florestas y de castillos edificados sobre nubes, unas hermosas mujeres que andaban desnudas a caballo disparando flechas certeras...

El relator de cuentos, el inventor de *alegoriaes stories*, es un ser proteico. Puede tomar la figura de una anciana sentada al amor del fuego en una humosa cocina; la de un mendigo que, apoyado en su bastón, a cambio de un pedazo de pan, relata a los compradores del mercado leyendas de guerreros invencibles y lances de amor deshechos por la mano de la muerte, o la de un vagabundo que refiere su viaje por las tierras fabulosas del Gran Kan y, ante la incredulidad de sus oyentes, rasga sus harapos, de los que escapan oro y diamantes.

Al parecer la magia del cuentista termina cuando la última palabra del relato muere en sus labios. El grupo de curiosos se disuelve, y el encantador de almas, tomando sus alforjas, emprende un nuevo viaje. Nada más lejos de la verdad. La historia no se pierde en el aire, sino que comienza entonces una nueva existencia, fructificando en los espíritus que ha fecundado. El joven apoya su cabeza en el marco de la ventana, contemplando el mar, camino de tantos mundos incógnitos. Bajo los aleros de las casas, las bohardillas se llenan de sueños, y un día, ese joven, en compañía de otros locos, se pone en marcha hacia el misterio. En el norte y en el sur, en el este y en el oeste, a la tierna luz del alba —las grandes aventuras se inician temprano—, silenciosas barcas se hacen a la mar, pequeños grupos de vagabundos se pierden entre el polvo de los caminos.

La imaginación, como un genio infatigable, acelera el discurrir del tiempo. Entonces el comerciante no era ese sedentario personaje que pesaba el oro con sus balanzas falsas sin salir de su casa, sino un alegre marino, un aventurero audaz que cruzaba desiertos y mares en busca de raras mercancías. Cada paño de seda, cada perla y cada grano de pimienta traían consigo una historia, una huella de su lejano país de origen.

Los puertos han sido siempre los grandes mentideros del mundo, las antesalas colmadas de rumores y secretos, los dinteles por donde se filtran el misterio y el perfume

de lo desconocido. También el comerciante tenía su cuento, y lo tenía el marino, y lo escuchaban el juglar y el relator, encargados de difundirlos, con los suyos propios, a través de todos los países, originándose así una marea de cuentos, un acarreo de leyendas, un círculo poético que anegaba con sus ondas los campos y las ciudades.

En Grecia, un relator de alegorías, en dos de sus libros, el *Timeo* y el *Critias*, habló de una isla llamada Atlántida, habitada por una sociedad ideal. Esta isla, que el poeta fijó al occidente de su patria, esta utopía platónica, se ha tomado como el primer atisbo de América. No es la única referencia a unas tierras perdidas en el misterio del Atlántico. "El Senado de Cartago —según Aristóteles— había prohibido a sus navegantes, bajo pena de muerte, las expediciones a una lejana isla del Atlántico." [1]

Pocas gentes conocen el *Timeo* y el *Critias*, pero todos han oído hablar de la Atlántida, por estar ligada, en forma confusa, al continente americano. Mientras el apólogo moral de esa clásica "isla de los Pingüinos" caía en el olvido, los eruditos llenaron bibliotecas, tratando de descifrar el misterioso origen de la Atlántida.

El mito creado por Platón ha sido interpretado de mil diversas maneras. Para unos, es el testimonio de un cataclismo en que desapareció un continente; para otros, es el recuerdo de las historias referidas por viajeros egipcios sobre tierras fantásticas; para otros, en fin, no es más que la idealizada visión del Asia presentida hacia el occidente.

En la Edad Media, lo que pudo muy bien ser una lección de moral se tomó como lección de geografía. La legendaria Atlántida, la Antilia, fue objeto de apasionadas persecuciones y se la representó en diversos mapas, bajo distintas formas, por más de siglo y medio.

Platón había hecho la primera señal del Nuevo Mundo. Prendió una hoguera, anunciando su presencia, y todavía, un milenio más tarde, seguía encendida en las

[1] Enrique de Gandía.

profundidades del mar tenebroso, atrayendo las miradas de los hombres. El descubrimiento de América descifró la señal. Platón era un profeta. Sin embargo, Colón, el propio descubridor, no le concedía al filósofo griego ningún crédito. Para él, el ángel de la anunciación americana fue Isaías. "Ya dije —escribió en su diario— que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos: llanamente se cumplió lo que dijo Isaías."

Platón o Isaías, lo mismo da. Los dos presintieron la existencia de tierras al occidente de Europa, y los dos visionarios tuvieron al fin razón. América se descubrió en el rumbo indicado por ellos.

¿No se cumplió también la profecía de Séneca, esa profecía clara y rotunda que ningún historiador respetable deja de citar nunca?

Son de la *Medea* estos versos:

Venient annis
Saecula seris, quibus Oceanus,
Vincula rerum laxet, et ingens
Pareat tellus, tiphisque novos
Detegat orbes.
Neo sit terris ultima Thile.

"Vendrán siglos de aquí a muchos años, en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y Tifis [la navegación] descubrirá nuevos mundos y no será Tile la última tierra." Tile o Tule, como quieren otros, había dejado de ser el confín del mundo. La profecía era más perfecta que la de Platón, porque el poeta cordobés no se cuidó de indicar el lugar por el que la tierra se ensancharía.

El sueño insular de la Edad Media

A los continentes siempre se les ha visto con un poco de temor. Son demasiado grandes, exageradamente complejos. Un continente es casi un mundo dentro de nuestro mundo, una rareza, una invención increíble. En toda la historia, sólo se registra el nombre de Cristóbal Colón como descubridor de un continente y aun ese descubrimiento fue hijo del azar y de la equivocación.

En cambio, una isla es una realidad claramente delimitada, una invitación al aislamiento y una manera de escaparse del mundo conocido. Una isla es también un pequeño universo original, un castillo rodeado de su foso, un lugar *sui generis*, sin fronteras, sin vecinos molestos, autónomo y redondo.

Desde Platón hasta Anatole France, las islas han sido elegidas como escenarios de sociedades ideales. Robinsón, el más grande de los náufragos, no hubiera existido sin una isla.

La Edad Media vivía soñando con islas. Le horrorizaba el vacío de los mares y se entregó al juego de pobladores con cuentos que tomaban la forma insular. Los cartógrafos, valiéndose de los relatos de marinos y mercaderes, componen unos mapas mitológicos con sus ciudades, sus gigantes, sus enanos, sus monstruos y sus océanos habitados por serpientes descomunales y tentadoras sirenas. No hay sueño que no consigne bajo su fe el iluminado cartógrafo. La Antilia empezó a figurar en 1367. Una isla extrañísima, la isla de la Mano de Satanás, figuró algún tiempo en los mares pintados y desapareció tan misteriosamente como había aparecido. Otras islas, las del Brasil, la de las Mujeres y la de los Hombres, corrieron igual suerte. Entre 1380 y 1405, las plumas dibujan Estotilandia, en la que se ha visto la prefiguración o el recuerdo de Terranova, que se dice visitaron los venecianos Nicolás y Antonio Zeno. A veces, las representaciones de los cartógrafos provocaron eruditas polémicas, que se prolongan

siglos enteros, como en el caso del estrecho de Magallanes, conocido con el nombre de "Cola do Dragón" en Portugal, antes de 1428.

La profesión de descubridor de islas es entonces cosa corriente. Los reyes otorgan oficialmente la posesión de islas imaginarias. Muchos nobles gastan enormes fortunas en descubrir islas; los aventureros organizan expediciones frecuentes, soñando con islas prodigiosas ocultas en el Atlántico, y hasta se nombran gobernadores de islas que únicamente figuran en las cartas de marear.

Los cruzados forjan, a su vez, un personaje fantástico que, por varios siglos, dio mucho que hablar a los europeos. Era éste el fabuloso Preste Juan de las Indias, príncipe mogol, convertido al cristianismo, de cuya tiara, cuajada de piedras preciosas, algunos obispos ofrecieron testimonios detallados.

Dos productos típicos del medievo fueron las islas de San Balandrán y la de las Siete Ciudades, que más tarde se buscaron en las cercanías de América. San Balandrán o San Brandrano, era un ingenuo fraile que vivía entregado a la oración en un convento de Irlanda. Él también escuchaba los relatos de los marinos y paseaba a las orillas del Atlántico, soñando con islas situadas al occidente del mar tenebroso. Pero el frailecito no pensaba en la Antilia, ni, mucho menos, en la isla de las Mujeres sino en una isla donde debería encontrarse el paraíso terrenal. La morada de nuestros primeros padres, con sus arboledas deleitosas y sus arroyos de leche y miel, guardada por un ángel, se le aparecía de día y de noche, llamándolo desde el fondo del océano. San Balandrán, al fin, no pudiendo combatir el hechizo, se hizo a la mar en una frágil barca, acompañado de otro fraile que alcanzó la santidad, llevando la Biblia como única derrota.

Después de muchos días de navegación, nuestros frailes llegaron a un isla donde encontraron un descomunal gigante dormido. Empleando eficaces exorcismos logró San Balandrán romper el maleficio y despertar al gigante.

El desmesurado ser —el santo irlandés no alcanzaba el tamaño de su dedo meñique—, agradecido de que lo hubiera librado de un sueño que ya se prolongaba cuatro siglos, convirtióse al cristianismo y aun se ofreció a mostrarle una isla de oro situada en las cercanías. Aceptada la oferta, el buen fraile volvió a tomar su barca, esta vez remolcada por el gigante dormilón, a quien llegaba el mar a la cintura. A poca distancia, San Balandrán quedó deslumbrado. Un islote de oro macizo emergía de las aguas brillando cegadoramente. Luego que la barca ganó la orilla dorada y tersa produciendo un sonido metálico, San Balandrán cayó de rodillas en el duro lingote, y estaba elevando sus preces al Señor en acción de gracias, cuando la isla, creada por el diablo, comenzó a hundirse. Espantado San Balandrán, diose prisa en volver a su barca. Muy a tiempo. En un instante, la isla maldita desapareció entre las olas, dejando, como una ballena que se sumerge, un leve remolino coronado de espuma. De la misma manera, la isla del gigante dormido, la isla de San Balandrán, desapareció del mundo de la cartografía. Después de quinientos años de inútiles búsquedas, los navegantes terminaron por olvidarla.

La isla de las Siete Ciudades se distingue de la de San Balandrán por su origen francamente pecaminoso. Nace del cuerpo desnudo de la Cava, la hija del conde don Julián que sorprendiera un día el rey Rodrigo en el baño, para desgracia suya y la de España. La imagen de la venus española enloqueció al monarca, quien se tomó por la fuerza lo que se le negaba de grado. La Cava, burlada, escribió a su padre, el conde don Julián, una carta célebre en la historia de la literatura, en la que le hacía un relato detallado de su deshonra. Las consecuencias de esa carta habían de ser terribles. El conde, hasta entonces fiel servidor del rey, vende su patria a los árabes, derrota al monarca que abusó de su hija y consuma la perdición de España. Don Rodrigo, sin corona, termina sus días en un sepulcro, acompañado por una serpiente que comenzó

devorándolo "por do más pecado había". Estos lamentables sucesos fueron causa indirecta de que los mapas se adornaran con una nueva isla. En manos de los árabes la Península, siete obispos portugueses, que odiaban la religión del Profeta, decidieron buscar otras tierras a donde no llegara la influencia del Corán, y en medio del mar tenebroso fundaron siete ciudades de prodigio, creándose la isla de las Siete Ciudades, la mítica Cíbola, especie de sirena que muchos oyeron cantar, aunque nadie alcanzó a verla.

Los mapas, de los que había gran demanda, dan forma a estos cuentos, fomentando la pasión por los viajes. Una pluma habilidosa y una imaginación capaz de traducir en realidad geográfica las figuraciones de los navegantes, hacen un cartógrafo medieval. Los había a millares en las ciudades y en los puertos. Eran marinos retirados o aspirantes a descubridores que vivían en frías bohardillas, destilando alquimia mitológica, o andaban en los puertos a la caza de noticias, con sus enormes rollos de pergamino bajo el brazo. Ninguno de estos notarios de sueños o de cuentos descansa un momento. Apenas se seca la última estrella de los rumbos, ya otros relatos, llevados por marinos recién desembarcados, relegan el mapa al olvido.

Los continentes se ensanchan o se encogen, pierden golfos o ganan penínsulas. Lo mismo da vestirlos con una sierra de más que suprimir un lago por razones estéticas. Por lo que hace a las islas, éstas surgen en las obras de los cartógrafos como una estrella *nova* surge en el cielo, brillan algún tiempo atrayendo a numerosos incautos, y luego se apagan sin dejar una huella de su paso.

Algunas islas persisten largos siglos. Europa no se resigna a prescindir de sus más hermosas leyendas, por lo que los cartógrafos se trasmiten religiosamente, de generación en generación, el inapreciable legado de la fantasía popular. Pero no se crea por esto que la imaginación se ha entregado a un inútil pasatiempo. Cada isla, cada modificación de los continentes, debe tomarse como un pre-

sagio, como un símil poético de la realidad presentida más allá de las columnas de Hércules. Las islas y la Tierra Firme existen verdaderamente y están reclamando, a través de una premonición, de un atisbo, de un cuento, de la deformada relación de un navegante extraviado, su derecho a figurar en el mundo. Cuando los mensajes se vuelven más imperiosos y las nuevas tierras aparecen, aunque disfrazadas, multiplicándose en los mapas, es que los descubrimientos verdaderos están próximos.

Enrique de Gandía ha visto con claridad el fenómeno. "Aquellas islas —escribe— no eran un mito. Hacía siglos que el presagio de América punzaba el alma de los marinos, llamándolos desde la lejanía del oeste. La historia de las exploraciones demuestra que el descubrimiento de América estaba predestinado para la fecha en que se realizó." En efecto, los signos de aquel embarazo eran bien elocuentes. El alumbramiento podía anunciarse para una fecha determinada.

Marco Polo

Marco Polo llena con su nombre los dos siglos anteriores al descubrimiento de América. Con él, la tierra empieza a cobrar forma y sentido. Las entelequias griegas, los ingenuos sueños insulares de la primera Edad Media, de pronto se convierten en alegorías y en juegos de cartógrafos imaginativos.

No hay en la historia del mundo un viajero igual a Marco Polo. Todo parece concurrir en él para entregarnos una figura clásica, sin manchas ni deformaciones. Cuando emprende su viaje al Oriente no es un viejo amargado y fanático como Colón, ni un hombre sombrío, de férreo carácter bien probado como Vasco de Gama, sino un adolescente. Los viajes a través de los desiertos, los ríos tempestuosos, las montañas y las islas serán sus universidades. No siendo ni un guerrero profesional ni un hombre animado por deseos de conquista, puede llenar, en el

siglo XIII, el tipo acabado del viajero moderno. Le interesan, ante todo, las costumbres y las peculiaridades de las naciones extranjeras que recorre, y su limpia curiosidad le gana, con la voluntad del Gran Kan, el brillo imperecedero de su nombre. Marco Polo demuestra, además, que es posible salir por el mundo para entender y servir a gentes de otros credos y de otro color, sin pensar en dominarlas y por ello logra, aunque de manera fugaz, el entendimiento entre el Oriente y el Occidente.

Imaginemos la Venecia del siglo XIII. En el campanil de San Marcos revuelan las palomas. Los palacios de mármol se miran en el agua. De una mansión recién construida —la casa precisamente de messer Millione, el extraño mercader que ha regresado de un viaje por el Imperio del Gran Kan— sale un hombre. Lleva calzas rojas, jubón de terciopelo verde y una gorra que adorna una preciosa pluma de faisán. Echando hacia atrás los vuelos de la capa con clara voz ofrece la función al encumbrado auditorio:

"Ilustres emperadores, monarcas, duques, marqueses, condes, hidalgos, burgueses y todas las gentes que sentís el hambre de conocer la cadena de las generaciones humanas y la variedad de los territorios de todo el mundo... He aquí este libro. Leedlo u ordenad que os lo lean. Encontraréis en él cuantos prodigios y novedades existen en Persia y en la Gran Armenia, en la Tartaria o en la India y en otras muchas provincias. Este libro os lo pondrá todo en claro, nada habrá que este libro no os explique con claridad y ordenación, tal como el sabio, el noble ciudadano de Venecia, Marco Polo, nos lo cuenta, tal como lo vieran sus ojos que un día comió la tierra..."

Abramos el libro. Nicolo Polo, un mercader de Venecia que ha regresado de la corte del emperador de la China con cartas para el Papa, emprende de nuevo un viaje al Oriente, en compañía de su hermano Maffeo y de su hijo Marco, entonces un adolescente.

Marco Polo es el héroe. Cruza, sano y salvo, tierras

sarracenas donde se odia a los cristianos; emplea jornadas interminables en atravesar desiertos; se escurre entre las manos de bandoleros y soldados enemigos; desafía en tierra a tigres y leones, y en el mar padece tempestades y naufragios. Cuando el Gran Kan recibe a los venecianos en su palacio de Pekín, le sorprende la vivacidad de los ojos de aquel joven, y pregunta a Nicolo quién es el nuevo extranjero.

—Señor —contesta micer Nicdo—, es mi hijo y criado vuestro.

—Sea bienvenido —dice el Gran Kan.

A Marco Polo le interesan todas las cosas. Como embajador del monarca, visita apartadas regiones y conoce Siam, Cochinchina, Japón, Java, Sumatra, llegando hasta el misterioso imperio de Abisinia.

Al Gran Kan, que no sabe cuántos dominios tiene ni cuántos reyes le rinden vasallaje, le interesan más las historias narradas por su embajador latino, que sus informes oficiales. Marco, ataviado con sus ricos vestidos mogoles, está de pie en la deslumbrante sala del trono, refiriendo, incansable, sus relatos. El Gran Kan lo escucha embelesado, y la corte, inmóvil, no pierde una sola palabra. Marco Polo descubre a los chinos su propio mundo y va tomando forma en él ese rico tapiz bordado en oro y piedras preciosas con que todavía acostumbramos representarnos el Oriente.

En Armenia abundan las especias, las minas de plata, los paños de seda, los brocateles, y existe una fuente de un raro aceite combustible que se utiliza para curar a los camellos; en Georgia recorren caminos fragosos, que no pudieron salvar los ejércitos de Alejandro, y admiran el lago del monasterio de San Leonardo, que se llena de peces durante la Semana Santa, y se muestra desconsoladoramente vacío el resto del año. A feroces bandidos se les ve correr como en un sueño entre muselinas.

De Bagdad refiere una historia que debería estar incluida en *Las Mil y una Noches*. Un califa avariento

guarda en su palacio una montaña de oro y de piedras. Su enemigo, Alan, gran caudillo tártaro, pone cerco a la ciudad y lo hace prisionero. Cuando Alan descubre el tesoro, le dice al califa: "¿Por qué has acumulado caudal semejante? ¿No deberías haber obrado de otro modo?" Y como el califa no supiera responderle, dicta su sentencia:

—Veo que sientes un extremado amor por tus riquezas. Voy a dártelas para comer.

El sabio Alan lo encierra con su montaña de oro. El califa —nuevo Midas— muere a los cuatro días entre sus tesoros, consciente de que su feo destino, a pesar de su conmovedora filosofía moral, no lograría en el futuro que siquiera un solo hombre renunciara al afán de atesorar riquezas.

En achaques de fe, Marco Polo es un creyente de la Edad Media. En Persia, visita los sepulcros de los tres reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar. Es tierra de cebús, blancos como la nieve, de turquesas y de brujos que cubren con espesas tinieblas grandes provincias. Entre la historia del zapatero tuerto que movió una montaña para probarle a un rey incrédulo que la fe es capaz de producir los mayores esfuerzos, y el cuento de un viejo bandido, propietario de un jardín en todo semejante al paraíso de Mahoma a donde lleva dormidos a jóvenes que después convierte en asesinos, Marco Polo escribe sus observaciones: en la provincia de Balancian, las damas se cubren las piernas con cien brazas de tela, fingiendo así una morbidez que no tienen "porque a los hombres les gusta la mujer rolliza"; en la meseta de Pamir, anota que "todos los idólatras del mundo son incinerados cuando mueren", y más adelante, en el Tibet, escribe que las mujeres se dedican cuanto antes a perder su virginidad, pues ningún hombre tomaría por esposa a una virgen. "Dicen que ellas no valen nada si no han conocido antes del matrimonio a otros hombres."

Largos capítulos dedica Marco Polo al Gran Kan. Su clara prosa, la sencillez de su narración, hacen recordar,

hasta por la similitud de los temas, las cartas que doscientos años después enviará Hernán Cortés al emperador Carlos V. De Cublai Kan, "el señor de los señores", nos deja este retrato: "Es mediano, proporcionado, de miembros ágiles, de cara blanca y escarlata, como las rosas; de ojos negros, de nariz recta y bien perfilada."

Este ser de piel de rosa, delicado como una estatuilla china, tiene un poder que ningún rey medieval soñó disfrutar. A su lado, los monarcas europeos son unos groseros y pobres señores que viven en castillos incómodos, comidos por deudas, rivalidades y guerras ruinosas. Para Marco Polo el Gran Kan representa la imagen de la felicidad humana. Es un Buda dichoso, un epicúreo fantástico que todo lo realiza a una escala gigantesca.

Las pinturas que de aquella corte extraterrestre hace el veneciano, provocan en Europa una revolución de la fantasía. El Occidente sueña con el Gran Kan; es el personaje que está de moda trescientos años, el modelo de los reyes, la visión clásica de los grandes déspotas orientales, cuyos degenerados restos podemos ver aún encarnados en los príncipes archimillonarios de la India.

Cublai Kan posee cuatro mujeres legítimas, cada una con una corte de diez mil servidores y guardias. "Siempre que el señor —cuenta Marco Polo, enterado minuciosamente de los secretos de alcoba de su príncipe— desea acostarse con una de sus esposas, la hace venir a su alcoba, y a veces él mismo va a la alcoba de la elegida." Fuera de esta que podríamos llamar legalidad amorosa, el Kan se hace servir, cada tres días, seis mujeres elegidas entre las jóvenes más hermosas de la Tartaria. Su paternidad corre parejas con sus derroches eróticos. Tiene veinticinco hijos habidos en sus mujeres legítimas, y veinticinco con sus concubinas, de los cuales, siete gobiernan dilatadas provincias, y el resto son poderosos barones.

Su palacio de Catay es único. Dos murallas inmensas, entre las cuales se levantan castillos y se extienden prados y jardines, forman el marco y la defensa de su

residencia. Los más bellos árboles del Oriente —los traen sus elefantes de remotos lugares hasta con sus raíces— circundan la mansión de mármoles verdes y columnas de malaquita como una esmeralda incrustada dentro de otra esmeralda.

"Las paredes de los salones y aposentos —dice el viajero veneciano— aparecen recubiertas de oro y plata y hay en ellas pinturas bellísimas que representan dragones, bestias, pájaros, caballeros, damas y figuras de toda especie. Cuenta el palacio tantos aposentos y salones que no hay mortal que sea capaz de construir nada más amplio y mejor adornado."

Doce mil hombres de a caballo forman su guardia. "No es todo esto por temor —aclara Marco Polo—; él lo hace por demostrar su grandeza." Trece veces al año, en trece fiestas soberbias, el Gran Kan acostumbra regalar a sus doce mil guardias trajes de ceremonia cuajados de oro y piedras preciosas, calzas de gamuza bordadas con hilos de plata, "todo tan recamado y valioso, que cuando los barones se visten con estos costosos trajes, parecen, cada uno de ellos, un rey". El costo del capricho es para causar vértigo. El Kan debe pagar por cada uno de los ciento cincuenta y seis mil trajes que anualmente regala la bonita suma de diez mil bizancios de oro.

En la contaduría del Gran Kan, aquel dispendio representa una salida insignificante. En su palacio comen a diario cuarenta mil nobles y soldados. El príncipe, a la hora de la comida, ocupa un alto estrado, rodeado de sus mujeres y sus hijos, sus nietos, sus sobrinos y algunos funcionarios importantes, los cuales se sientan en lugares inferiores, conforme a su jerarquía. La vajilla —¿cómo podría ser de otra manera?— es de oro y plata. Dos coperos escancian el vino, tomándolo de una enorme fuente de oro. "Cuando el Gran Kan bebe, los instrumentos se ponen a tocar, teniendo en cuenta que los hay en gran abundancia. Cuando el señor alza su copa, todos los barones y damas se arrodillan ante él."

La pasión que siente el Kan por la cacería permite a Marco Polo hilvanar algunos de sus mejores relatos. El monarca es dueño de leones —más temibles que los de Babilonia—, leopardos y lobos cazadores. "Se sale de caza, con los leones en carretas, sin que falte un perrito. Se lleva además águilas adiestradas en la caza de lobos, y gacelas. Las águilas que luchan contra los lobos son terribles, enormes: no hay lobo que se salve de las garras del águila."

El ladrido de sus cinco mil mastines estremece los campos. Centenares de halconeros llevan las águilas y los gerifaltes dispuestos en el puño. Los halcones sagrados, que sólo cazan en los ríos, están al cuidado de los nobles. Entre aquella muchedumbre, como un navío entre las olas, avanza solemne el elefante del Gran Kan, con su pabellón de pieles de leones forrado de brocatel de oro, donde va el monarca. Cuando los barones le señalan las grullas, hace que entreabran la techumbre de su pabellón y lanza sus gerifaltes y azores. Y desde allí contempla, tendido en su lecho, el lindo espectáculo del gerifalte persiguiendo a las grullas. La escena llena de envidia a los reyes europeos. "Aún os hablaré de algo maravilloso —remata Marco Polo—, quizá más que cuanto aquí os he dicho. Habéis de saber que traen a los pies del gran señor un gran león... y el león, en cuanto lo ve, se tumba a sus pies y se humilla como si lo reconociese por dueño y señor. Y allí se queda postrado ante él, sin cadena ni ninguna atadura, lo que verdaderamente es un prodigio."

La glosa del libro del señor Millón nos llevaría muy lejos. Lo que cuenta de Java, Sumatra, Ceilán, Cipango, Madagascar y Melibar representa un delirio, un derroche de maravillas, un vino que emborrachó a todos, una droga a la que se entregaron los europeos ansiosos de nuevos paraísos.

Tan grande es el éxito de Marco Polo, que pronto le salen imitadores. Las fantasías del veneciano se adornan

con nuevas quimeras, y Europa, lejos de rechazar las burdas imitaciones, las acoge con entusiasmo delirante.

Entre los seguidores de Marco Polo, figura destacadamente Sir John Mandeville. Este pintoresco inglés, creado por la imaginación de un inglés genial —el primero de una serie de estrafalarios viajeros británicos—, realiza un viaje por los dominios del Gran Kan. ¡Las cosas que imagina Sir John! Reinos cubiertos de espesa niebla, de la que brotan relinchos de caballos y cantares de gallos; valles sombríos habitados por espíritus y diablos malignos; peces que viven en mares de arena. Deslumbran las montañas de piedras preciosas. El oro —como más tarde en las Indias— es un metal con que se tapizan las calles, los techos y las paredes de los palacios. No hay página donde no brille la seda y no esté perfumada con las especias y los ungüentos del Oriente.

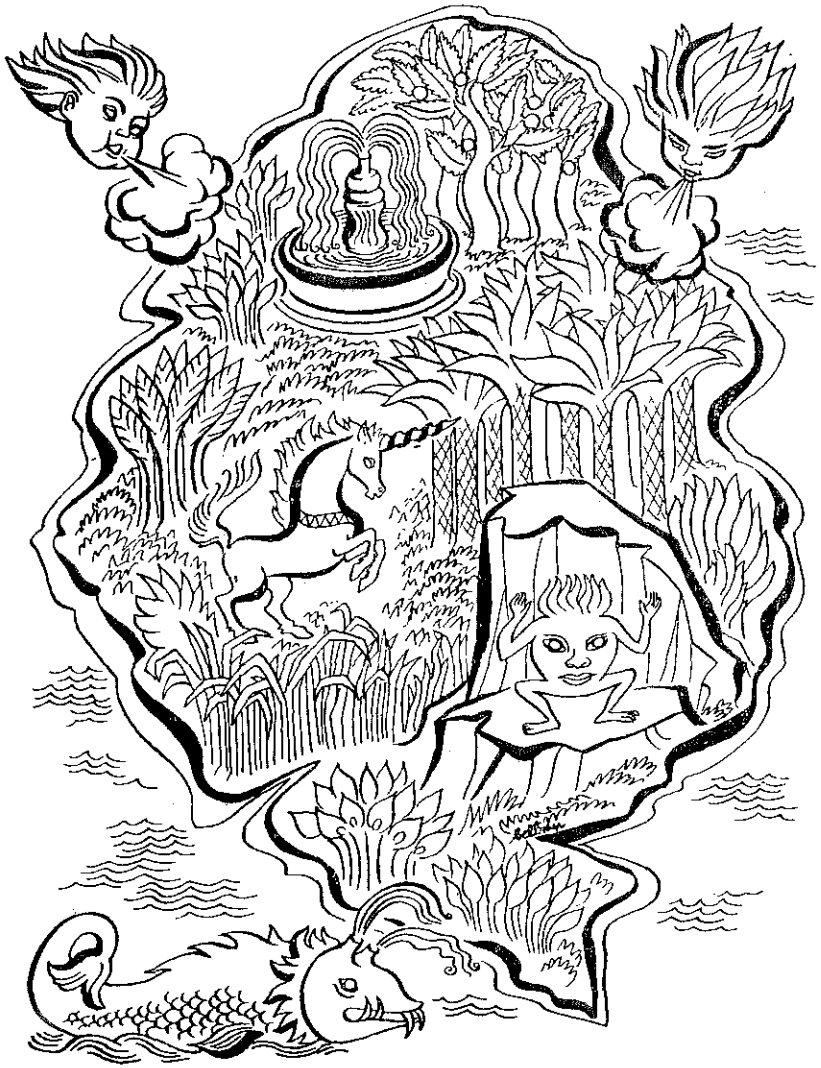
El nombre de Sir John Mandeville era pronunciado en su tiempo con temeroso respeto. Una aureola de gloria lo acompañó hasta la muerte, aunque el pobre no conservara el diamante más pequeño de todas las montañas que contemplara en el reino del Gran Kan. El día de sus funerales, la espada y las espuelas que usara en el viaje imaginario seguían el ataúd, puestas sobre un caballo. La multitud conmovida que llenaba las calles veía las prendas del charlatán como sagradas reliquias, dignas de figurar en una iglesia.

Mitología y Utopía

Apenas hubo mito gestado en dos mil años que no se proyectara en América. Muerto y resucitado Platón, su utopía volvió a dibujarse, con líneas imprecisas, en las aguas tropicales del Atlántico. Aquí se buscaron las islas que soñó la Edad Media, los gigantes y los pigmeos de Homero, la pimienta, el clavo, las sedas y las pedrerías de Marco Polo. Aquí también se creyó reconocer las huellas de los apóstoles y el paso alado de las amazonas.

Siempre que españoles y portugueses se lanzan tras el mito, sus manos codiciosas tocan el desengaño. El escenario de Don Quijote no se limita a los campos manchegos. De polo a polo, sobre un mundo, en la puna, cerca de las nieves perpetuas o en las selvas húmedas y primitivas, unos estrafalarios personajes, cubiertos de viejas armaduras, andan flacos con los ojos brillantes de fiebre, persiguiendo visiones. Toman los molinos por gigantes, las hosterías por castillos, las fregonas por maravillosas Dulcineas. Las legendarias ciudades de Cíbola quedan reducidas a siete miserables aldeas erigidas en un desierto del norte de México; el áureo cacique, El Dorado, se quedó, como muy bien presintió el cronista Herrera, en puro encantamiento; las amazonas, aquellas mujeres que se mutilaban un seno para extender el arco con mayor desahogo, no salieron nunca de las páginas de la mitología clásica. De todos estos desengaños, el más perfecto, por su dramatismo, es el que le tocó vivir a Ponce de León. ¡Salió en busca de la fuente de la eterna juventud y encontró la muerte!

Sin embargo, el drama de España y Portugal es todavía mucho más cruel. Las dos naciones ibéricas que un día se repartieron el imperio del mundo —"Enseñadme el testamento de Adán", gritaba furioso Francisco I— debieron en gran parte su decadencia y su ruina al exceso de oro y piedras que lograron obtener de las Indias. En ellas se reprodujo, en proporciones nacionales, la fábula del rey Midas. Se morían de hambre sobre la montaña de oro y de perlas que sus locos aventureros y soldados arrancaron de las Indias. Ahora las vírgenes y los santos, los monarcas y los nobles tenían coronas de brillantes y vestiduras de oro. Con los metales preciosos de México y del Perú se hubiera realizado el sueño de Cristóbal Colón de reconquistar el sepulcro de Cristo, pero estos tesoros —gran parte caía en manos de los piratas— no bastaron a conservar los pueblos sujetos a la monarquía. Se perdieron Alemania, Flandes e Italia; se perdieron



Cuba y las Filipinas. La España en cuyos dominios nunca se ponía el sol, sólo domina hoy un territorio inhóspito en Marruecos, que se le reconoció como protectorado en los primeros años de este siglo, porque ningún país quiso hacerse cargo de él. Ésta es una de las jugadas más siniestras que recuerda la historia.

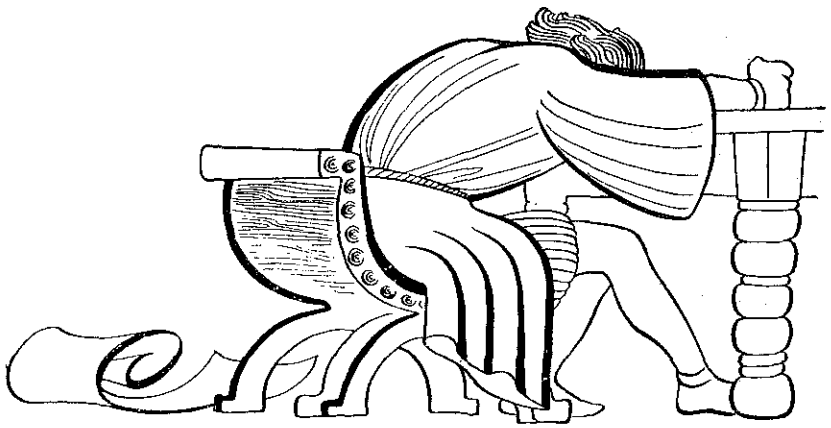
De aquellos mitos nació América. Colón descubre las islas maravillosas del Caribe y la Tierra Firme persiguiendo Cipango y el paraíso terrenal; la península de la Florida ingresa en el mundo conocido, gracias a la fuente de la eterna juventud; un hilo de perlas muestra el camino del Pacífico a Núñez de Balboa; la leyenda de la Sierra de la Plata y del Rey Blanco y Barbado revela la existencia del Río de la Plata y de la Argentina; el desierto del norte se explora siguiendo el miraje de las Siete Ciudades, y la América del Sur cobra realidad geográfica en las correrías sin dirección aparente, que hacen los españoles persiguiendo al duende invisible de El Dorado.

El mito fue el sueño y la locura que se apoderaron de Adán antes de despertar convertido en hombre perecedero, condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente. Cervantes hizo bien en matar a Don Quijote tan pronto como el hidalgo manchego dejó de estar loco. ¿Qué hubiera sido del pobre Alonso Quijano, de seguir viviendo? Sin afición a las lecturas, sin sueños de heroicas empresas, sin doctrinas de tolerancia y de justicia que predicar por el mundo, sin Quijote al fin que le moviera, andaría vigilando los huevos que ponían las gallinas, los cerdos, la hacienda mísera, los amoríos de la sobrina, y sufriendo el mal humor del ama. Rocinante, uncido al arado, terminaría muriéndose, olvidado en un rincón del pesebre, y Sancho Panza, vuelto a su vulgaridad, no aspiraría más a ser gobernante de la Insula Barataria.

El español en América, al abandonarlo la locura del mito, vio que sólo podía vivir de colono, de encomendero o de minero. Fue las tres cosas. Se repartieron las tierras y los indios. Florecieron la agricultura y la minería.

Hubo señores —unos pocos— y hubo esclavos —casi todos—. La religión le dio su tono a la Colonia. Entonces cobraron forma espiritual los virreinatos y las capitanías en que se dividió la América española. Algunos rebeldes siguieron pensando en tesoros ocultos, pero su testarudez, cuando no los arrastró a quemarle los pies a Cuauhtémoc, los empujó a ejercitar la magia, con tan mala fortuna, que se hicieron sospechosos ante la Inquisición.

El mito forma parte de nuestra vida. Sobre él se apoyan los cimientos de nuestras casas. Con el pasado indígena, las tradiciones españolas y los hermosos cuentos de esperanzada dicha, se ha creado la utopía americana. Y aquí estamos, reclamando nuestro derecho a que esa utopía se logre de manera más firme. Ni Platón, ni los cuentistas medievales, ni los conquistadores y descubridores del siglo XVI presintieron nunca lo que iba a suponer este Nuevo Mundo que de pronto irrumpió, alterando el antiguo orden que reinaba en la Tierra.



II. COLÓN Y EL FRACASO DE SU DESCUBRIMIENTO

A MEDIADOS del siglo XV, Europa, ardiendo en la fiebre de los descubrimientos, tiene los ojos puestos en África y en la India. Toca a Portugal, la nación más pequeña y más olvidada, la *cenicienta* a quien el destino colocó fuera del Mediterráneo, la gloriosa tarea de iniciar la época de las grandes empresas náuticas.

Nada fácil se presenta el proyecto de buscar la India por el camino de África. Ptolomeo, la mayor autoridad científica de su época, había afirmado que el Atlántico carecía de límites. Era, además, intransitable, pues en el ecuador, los rayos del sol, cayendo verticales sobre el mar, hacían hervir las aguas. ¡Pobre del barco que se aventurara por aquellas regiones! En un segundo arderían las velas, y su maderamen quedaría reducido a pavesas. Igualmente temeraria era la pretensión de bordear el continente africano. El desierto de arenas candentes se extendía sin interrupción hasta el Polo antártico, y el hombre que intentara cruzarlo, forzosamente habría de convertirse en negro. ¿De dónde había sacado el ilustre sabio sus inapelables vaticinios? ¿De dónde, sino del inmenso repertorio de leyendas, de fantasías, de verdades a medias y de atisbos que circulaban por la piel de Europa, electrizándola?

En 1471, una expedición toca el ecuador y regresa con noticias desconcertantes: Se navega por la pretendida región de los mares hirvientes con la misma facilidad que en el Mediterráneo, un día plácido de verano. Trece años más tarde, Diego Camen toca el Congo. En 1486, Bartolomé Díaz —seis años antes del descubrimiento de América— avista el cabo de Buena Esperanza, abriendo el camino a la India de Marco Polo. Venecia ha dejado de tener el monopolio de las especias orientales. A Portugal afluyen las riquezas y la gloria. El sol de la historia ilumina la pequeña nación que, por una hora, paladea la felicidad de ser la primera de Europa.

En ese momento aparece Cristóbal Colón. Su proyecto de llegar a la India por el camino de occidente —único libre que le han dejado los portugueses— es absurdo. Se le ha rechazado en Portugal, en Inglaterra, en Francia y en Italia, a pesar de que el fracaso de las afirmaciones de Ptolomeo hiciera posibles las más descabellas empresas. ¿Y la Antilia, que está haciendo guiños en los mapamundis hace dos siglos? ¿Y Cipango, a que se ha referido Marco Polo? ¿Y la isla de Trapobana? ¿Van a desdeñarse? ¿Por qué ningún monarca acepta el regalo de las Indias, que este aventurero les ofrece con perfecta seguridad?

Resultan, en efecto, muy tentadores sus ofrecimientos; mas, entre el deseo de aceptarlos y la posibilidad de llegar a la India por el oeste, se interpone un obstáculo infranqueable: el *mare incognitum*; el mar tenebroso, que nadie ha logrado cruzar; el océano de sombras poblado de monstruos, en el que han naufragado centenares de expediciones, el último rincón de la casa del mundo.

El temor al Atlántico le va cerrando, una tras otra, las puertas a que llama el futuro almirante de la Mar Océana. Portugal ofrecía esperanzas mayores. Entre los muchos documentos que guardaban sus archivos, uno, par-

ticularmente, favorecía el proyecto de Colón. Databa de 1474 y se debía al notable geógrafo y estrellero Toscanelli, el cual había calculado que Europa y Asia ocupaban, juntas, las dos terceras partes de la tierra, lo que hacía un total aproximado de 230 grados. Los 130 restantes representaban la extensión que debía recorrerse de Lisboa a Catay, si bien Cipango se encontraba a menor distancia, como avanzada venturosa del Imperio del Gran Kan. ¡Pero el cálculo de Toscanelli representaba unos ocho mil millas de ese temido *mare incognitum!* Portugal, con una ruta ya establecida, ¿aceptaría la dudosa que le ofrecía un oscuro navegante italiano? Indudablemente, no. Y con toda suavidad se le cierra la puerta al proyectista. Entonces ocurre lo extraordinario. De todos los reyes trastornados, de los estrelleros y geógrafos que viven con la cabeza en las nubes en aquella Europa sacudida por los presentimientos, sólo una mujer oye con emoción las palabras del italiano, convirtiéndose en su protectora.

Dijo Las Casas de Colón que Dios lo movía a empellones. "Su ambición era traer del descubrimiento con que equipar un ejército de diez mil caballos y cien mil infantes, con el cual iría a conquistar Jerusalem... Para él la conquista de Jerusalem era el fin y el medio de lograr su descubrimiento".[1] Sin duda conoce los proyectos de Toscanelli con el que sostuvo correspondencia, pero sus labios, tercamente cerrados, nunca dejan escapar el nombre del maestro. Viaja con sus mapas, y de ellos se vale para marcar sus rumbos; sin embargo, concede a Esdras, un profeta tan loco como él, más crédito que a Toscanelli. En última instancia, no le aprovechan mapamundis ni astrolabios ni compases. Isaías es su piloto.

Colón está hecho, la mitad de luz, la mitad de sombra. Es un iluminado como lo fue San Ignacio. Vivía enloquecido por su fe. En tierra se arrastró largos años, semejante a un mendigo, pidiendo ser oído. En el mar se le aparecía Dios entre las tempestades. Tenía visiones

[1] J. P. Oliveira Martins.

de místico: "Dios le mostraba los íntimos secretos de las cosas y desplegaba ante sus ojos el mapamundi." Hasta su muerte, se aferró a la idea de haber alcanzado el Oriente por el Poniente. En medio de tal éxtasis, Colón razona con un cálculo y una frialdad que espantan. Sus exigencias descabelladas están a punto de arruinar el viaje que para él tiene mayor importancia que su vida. Pero no cede un ápice. Se le ha de conceder el Don, el virreinato y la gubernatura perpetua de las tierras que descubriera y un décimo de sus riquezas. ¡Pobre loco! La grandeza de su nombre no sufre títulos; la gubernatura *ad perpetuam* no le evitó el bochorno de ser encadenado en su propio reino imaginario; las riquezas del diezmo apenas le bastaron para alquilar un cuartucho en un figón de marineros de regreso a España.

De todas las descripciones geográficas que leyera en su madurez, le interesaban, particularmente, las alusiones al oro y a las piedras preciosas. Creía ciegamente en el Ave Fénix, en dragones que guardaban dentro del cráneo gemas de mucho precio; en vides eternas que daban racimos de oro, y en troglodítas que sólo se alimentaban con serpientes.

Pero de estas creencias no se le puede culpar. Las compartían lo mismo un pobre campesino que el más encumbrado de los sabios. ¿No es la geografía del cardenal D'Ailly su libro de cabecera, que cubrió de notas marginales? D'Ailly, canciller de la Universidad de París, describe los cuatro grandes ríos que nacen en el paraíso terrenal —Ganges, Nilo, Tigris y Éufrates— y aún puntualiza: "... si concordasen las condiciones especiales favorables para la vida con las circunstancias generales que hacen habitable a un país, a saber, suelo fértil, buena exposición al sol y buen aspecto de las estrellas, esta región gozaría del clima mejor posible: es probable que así fuera el paraíso terrenal y así ciertamente es el lugar que los autores llaman Islas Fortunadas." (Canarias.)[2]

[2] Salvador de Madariaga.

¿Cómo debe extrañarnos que el almirante crea ver el Ganges en el Orinoco y que se imagine en las cercanías del paraíso, si todos los datos del cardenal coinciden con la realidad por él descubierta?

Otro príncipe de la Iglesia, el cardenal Philastre, innovador científico de los estudios geográficos, en su atlas de 1427, después de fijar la posición de Groenlandia y de referirse con exactitud a una tierra septentrional, hace el siguiente comentario: "En estas tierras viven gentes diversas entre las cuales figuran los unípedos y los pigmeos; en cuanto a los grifones, se encuentran más al oriente, según se indica" (en su mapa).

Sí, Colón hace suyas todas y cada una de las fantasías europeas. Tiene la cabeza llena de gigantes y de enanos, de hombres con rabo y de seres que andan sobre un pie, tienen un ojo y son peludos como demonios. De su imaginación no se apartan la isla Trepobana y la de Cipango, donde hay perlas y montañas de oro guardadas por dragones y unicornios. Sabe todo eso, como sabe los peligros que le aguardan en el *mare tenebrosum*, pero la grandeza de este visionario estriba en que no se conformó con ver de lejos el retablo que pintó Europa en su cielo, sino que salió a buscarlo, enfrentándose a él resueltamente. Éste es el lado de luz del soñador *borracho de estrellas*, el lado ardiente que han purificado la fe y el sueño: el que le da fuerzas para desafiar a la turba de los demonios y gigantes y para sostener la vigilia durante semanas observando *como un augur antiguo los astros y el vuelo de los pájaros*.

El otro lado, el de su oscura codicia de mercader, se revela la misma noche en que Rodrigo de Triana avistara la Tierra Prometida, robando al pobre marinero, con su parte de gloria, los diez mil maravedises y el jubón de seda prometidos al primero que descubriera la costa del Nuevo Mundo.

La pasión que sentía por el oro se convierte, llegando al Nuevo Mundo, en una dolorosa obsesión. La carencia

de metales preciosos en las islas. No pasa un día, un minuto, que no piense en el oro. Lo busca con la rabia del alquimista que, para mantener el fuego de los crisoles, no vacila en incendiar su casa. Pedro Mártir escribe: "El Almirante sostiene que Salomón, rey de Jerusalem, se procuró de allí —de *su* India— por el golfo Pérsico aquellos inmensos tesoros de que habla en el Antiguo Testamento."

Debemos al propio Colón el conocimiento de sus ideas acerca del oro: "El oro es excelentísimo; de oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al paraíso." A sus ojos insomnes, el oro se reviste de poderes mágicos. Domina el mundo y el cielo; es capaz de vencer a los reyes y de abrir las puertas del paraíso a los pecadores que están condenados en el infierno.

Notas febriles llenan su diario: "Trabajaba y me afanaba en saber si había oro." "Pude entender que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de oro." "Ojalá el Todopoderoso me ayude a encontrar las minas donde nace este oro." "Mis gentes vieron un indio que llevaba un trozo de oro del tamaño de un escudo, y yo les reprendí porque no se lo habían *comprado*." "De cierto es oro lo que vi y espero con auxilio de nuestro Redentor, hallar el paraje donde crece." "He de ver al rey de esta isla, cuyos vestidos, a lo que dicen, están cubiertos de oro." "Quisiera hoy partir para la isla de Cuba que creo que debe ser Cipango. No me detendré más aquí pues veo que aquí no hay minas de oro."

Oro, oro, oro. Siempre oro. Oro y tesoro. El Dorado. ¿Cipango o Cuba? ¿Antilia o Trepobana? Tradúzcase por oro. No se vea en otra isla más que oro. Sólo oro quiere el almirante, y su fiebre llega íntegra hasta nosotros y termina por contagiarnos. Las Casas nos sale al paso: "Y es aquí de notar que como los indios de todas aquellas provincias entendieron qué tan sabroso era oír a los españoles el oro y que todo su fin y negocio era saber dónde había oro, y dónde se sacaba el oro, y quién

poseía oro, ya los indios usaban con ellos desta industria para les agradar o suspender sus crueldades o para se descabullir dellos, conviene saber fingir que en tales y tales partes había inmensidad de oro y que habían de hallar las sierras y montañas todas doradas. Ellos todo lo creían. . ."

¿Burla? No. El padre de los indios ha hecho el retrato más fiel que conservamos de los primeros descubridores. La enfermedad de Colón, al regresar a España, se propaga con la violencia de una epidemia. El 5 de octubre de 1496, Pedro Mártir de Anglería dice al Cardenal Carbajal en una carta: "Del Nuevo Mundo nuestro almirante ha traído muchas sartas de perlas orientales." Y luego, en sus *Décadas*, haciendo historia, nos ofrece este fragmento de la psicología que entonces privaba en España: "En Cumaná, también hallaron topacios en la playa. Pero preocupados con el oro no se cuidan de estas joyas: sólo el oro atienden, sólo el oro buscan. Por eso la mayor parte de los españoles hacen burla de los que llevan anillos y piedras preciosas y motejan el llevarlos, en particular los plebeyos."

Nadie se salva de la epidemia. Américo Vespucio escribe: "El oro, las piedras preciosas, las joyas y demás cosas de esta clase que acá en Europa reputamos por riquezas, no las estiman en nada, antes bien las desprecian de todo punto y no hacen diligencia ninguna por tenerlas." Colón tiene una idea precisa de la revolución que ha provocado y llega a burlarse de ella, usando un estilo humorístico poco frecuente en él. Los castellanos creen que la plata se recoge con pala, y el oro con redes en los ríos. Los fardos de la especiería, milagrosamente dispuestos en las playas, sólo aguardan la llegada de los navíos para ser transportados a bordo. La revolución de la fantasía. Un espejismo sucede a otro espejismo. Un mito cae y es sustituido por otro. Los puertos españoles quedan en manos de las mujeres, los niños y los viejos. Ningún poder es capaz de evitar la sangría.

Y no sólo se vacía España, sino las islas recién colonizadas. Colón abandona la Española por imaginar que Cuba es Cipango. Cuando se convence de que Cuba no es Cipango, salta al continente tras el dorado señuelo. Sus naves trazan huellas caprichosas en el laberinto de las islas. Aquí no nace el oro que llevan en la nariz los indígenas, sino más al norte o más al sur, más al oriente o más al poniente, según las noticias que proporcionan los isleños. Parece un moscardón que se ha colado de noche por una ventana, y revuela, deslumbrado, siguiendo la luz que toma por la del sol. Él *todo lo creía.* Los indios agitan la antorcha de su mentira: ¿Desea oro? ¿Quiere saber dónde nace? En la isla contigua. Cruzando el mar. Más allá de la línea del horizonte. Y el almirante, con toda su astucia, se traga el anzuelo, y ordena levar anclas y se pone en marcha, a empellones, buscando el oro prometido. Naturalmente, sufrió la suerte del moscardón, y terminó quemándose en la llama.

Las primeras sombras

Colón ha realizado, sudando sangre, la profecía de Séneca. Afloja las ligaduras de las cosas, descubre un nuevo mundo, y Tule ya no es la postrera de las tierras.

América va surgiendo, lentamente, como en los días de su formación, del seno del mar tenebroso. El 12 de octubre de 1492 fondea en una de las islas Bahamas. Escribe el almirante embelesado: Hay árboles y frutas de muy maravilloso sabor, aves y pajaritos; los grillos cantan en la noche y los aires son sabrosos y dulces; algunos peces están hechos como gallos de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras; los aires —insiste— muy dulces, como en abril en Sevilla, que es placer estar a ellos, tan olorosos son; las gentes desnudas todas, hombres y mujeres, como su madre los parió; tan inocentes que los imaginaban venidos del cielo y tan generosos que

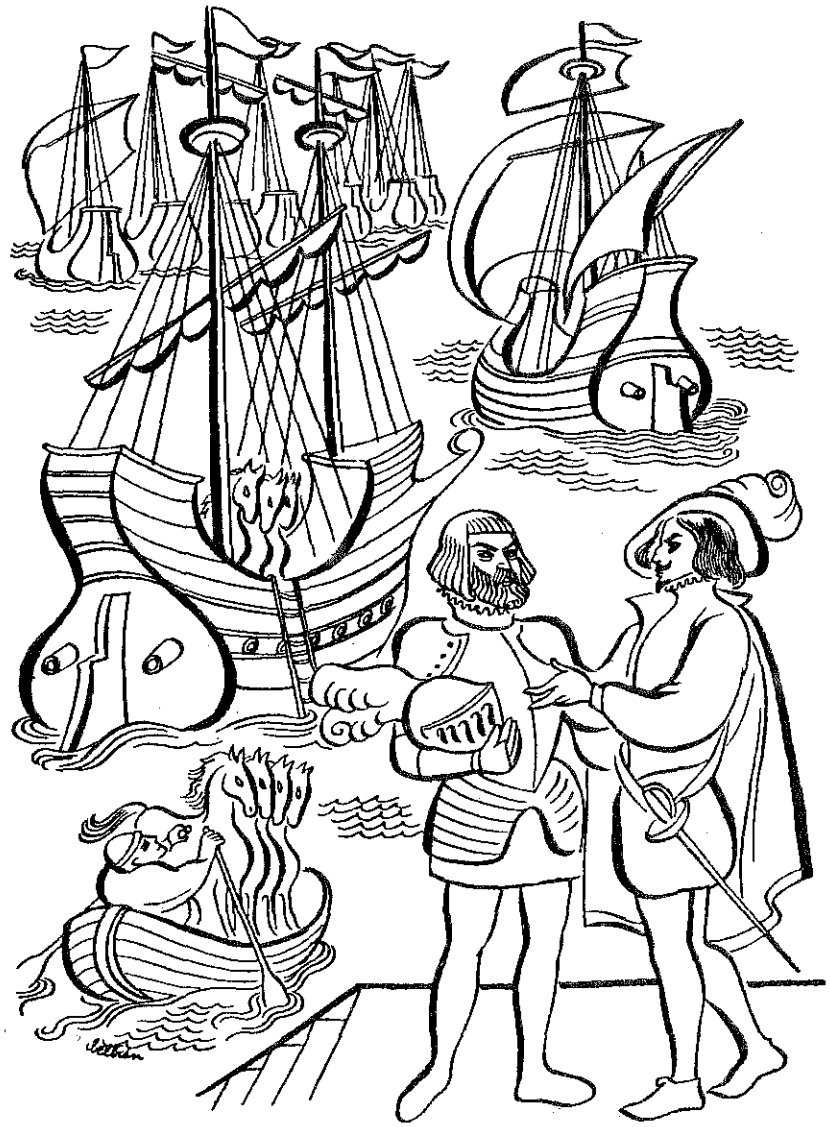
"de lo que tienen luego lo dan por cualquier cosa, sin decir que es poco"; hermosos y llenos de bondad, muy sin mal de guerra, pues un solo español hacía huir a cien de ellos y cuando les mostraron una espada desnuda, la tomaron por el filo, cortándose. Deben ser —concluye— buenos servidores y de buen ingenio y creo que ligeramente se harían cristianos.

En este primer encuentro, las Indias se ofrecen como una visión de la Arcadia, y sólo el descubrimiento de la vida oriental por Gauguin en el siglo pasado o el hallazgo moderno del Hawai, pueden darnos una idea muy aproximada de lo que fue entonces para Europa la revelación de estas islas siempre verdes, de mares abundantes en pesca, que surcan veloces canoas, donde se duerme en hamacas colgadas del tronco de los árboles, y sus hombres desnudos, libres e inocentes, cruzan entre las arboledas, aspirando el humo de una planta desconocida.

El 6 de diciembre, sus carabelas avistan un nuevo paraíso: Santo Domingo, su isla amada, conocida con el nombre de la Española y que será el centro de operaciones de aquella empresa apenas iniciada.

En el segundo viaje, la espuma que dejan sus naves va rescatando del mar desconocido la cadena de islas que ciñe el Caribe; descubre Puerto Rico y Jamaica, recorre la costa meridional de Cuba, y obliga a la tripulación a jurar, por su fe, que esta nueva tierra forma parte de los dominios asiáticos del Gran Kan.

Ya las primeras sombras del desencanto enturbian el paisaje de la Arcadia. Al desembarcar en la Española, Colón encuentra que han perecido todos los españoles que dejara en el fuerte de Navidad. La tragedia no ha tardado en presentarse. Los indios inocentes y desnudos que con tanta generosidad los recibieron, cansados de que los enviados del cielo —en realidad eran la hez de Europa— les robaran sus mujeres y sus bienes y cometieran las peores atrocidades, habían decidido enviarlos de nuevo al cielo, incendiando después el fuerte para borrar la última



BENEMERITA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA
DESARROLLO DE COLECCIONES
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

desagradable huella de su presencia. En 1496, de regreso a España, Colón anuncia haber descubierto el Ofir de Salomón. Mientras sus palabras siguen despertando fervientes esperanzas, la Isabela, la primera ciudad erigida en las Indias, se abandona a la selva y a los fantasmas de los "hidalgos" muertos que rondaban sin descanso sus desiertas calles.

Colón, en su tercer viaje, parece seguir una voz que lo llama con insistencia. Las islas han perdido, a sus ojos, el antiguo prestigio. Abandona su gubernatura de la Española, toda revuelta, para lanzarse, fiel a su destino, en busca de otras tierras. No lo engaña su instinto. En 1498, sus carabelas rozan la cintura del continente. Está loco de remate. Confunde el Orinoco con el Ganges, uno de los ríos que brotan del paraíso, y tomando la pluma escribe: "Creo que el paraíso está en un lugar adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina. Tiene la forma de una montaña áspera y se parece al cabo de una pera o al pezón de una teta de mujer y poco a poco, andando hacia allí desde muy lejos se va subiendo a él. Grandes indicios son éstos del paraíso terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sanos teólogos."

Sobre esta rara mezcla de geografía y de exégesis teológica muy personal, prevalece en él una intuición casi sagrada. La cercanía del Pacífico, del mar del Sur, le inquieta, sumiéndolo en visiones apocalípticas; pero en lugar del paraíso debe conformarse con las pesquerías de perlas en Paria, donde los indios vagan por los bosques llevando sartas de perlas como únicos vestidos.

Entretanto la Española, sin gobierno, se ha convertido en algo infernal. Los indios hambrientos y agobiados por los trabajos, mueren a millares; los campos se despueblan, y un grupo de desesperados, siguiendo a Roldán, un oscuro bandolero, se rebela contra el almirante. Hasta ese momento, la empresa de las Indias, lejos de producir algún rendimiento a la Corona española, ha originado

gastos cuantiosos, problemas y esfuerzos agobiadores. Ya no tendrá una hora de alegría el almirante. La Española arde en disensiones por sus cuatro costados, y Colón se empeña en recorrer mares desiertos, mientras los portugueses encuentran el camino seguro a las verdaderas Indias.

A esta comedia de Lope, acompañada por la sonrisa amarga de Cervantes, no le falta ningún elemento. En 1500, Bobadilla, el enviado de los Reyes Católicos, aprehende al almirante en su propio reino y lo manda a España cargado de cadenas.

Preside el último viaje (1502-1504) un ambiente de Odisea. Roldán y Bobadilla, sus enemigos, yacen los dos en el fondo del mar con los tesoros robados en la Española. Nicolás de Ovando, un burócrata repleto de odio y de crueldad, que ha tomado el lugar de Bobadilla, cuando el almirante, con cuatro barcos deshechos, solicita permiso para repararlos antes de seguir la travesía, se lo niega en forma terminante. De hecho esta negativa equivale a una sentencia de muerte.

Honduras, Nicaragua, Costa Rica, el Istmo, son recorridos bajo el signo de la tormenta. Su estudio se contagia de un sublime patetismo: "Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. Allí me detenía en aquella mar hecha sangre, hirviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso; un día con la noche ardió como horno; y así echaba llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y las velas."

Un año entero permanece con su pequeño hijo agonizando en Jamaica. Tiene el barco encallado, y él yace tendido en su cámara de mando, porque, enfermo o sano, ande el barco o esté varado, ése es su puesto y no lo abandona nunca. Una nota de fidelidad heroica le da su servidor, el noble y valiente Diego Méndez, que en una piragua recorre las setecientas millas que los separan de la Española, para demandar auxilio de Ovando.

Colón no es un gobernante. Su puesto no estaba en

las casas reales de la Española, sino en el mar, fiel a su estrella de judío errante. Antes de emprender su último viaje, pudo escribir al Papa: "Gané mil cuatrocientas islas y novecientas noventa y tres leguas de tierra firme de Asia sin otras islas famosísimas... Estas islas es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz y Cipanga." Lleva Colón sobre sus hombros los mitos y leyendas de dos milenios, y rasga los velos del *mare tenebrosum*, desviando el curso histórico de su patria adoptiva. Indicó la marcha que debía seguir la Conquista de América en el orden moral; y fue la columna de fuego que señaló la Tierra Firme, y él tamibién, presintió a México. Con él se perdió el mejor cantor del Nuevo Mundo. España mandó poner en su tumba este epitafio significativo:

A Castilla y a León
Nuevo Mundo dio Colón.

La conquista de las islas

En el alborear del nuevo siglo, entre 1499 y 1500, cinco expediciones, al mando de antiguos compañeros de Colón, se lanzan a la conquista de las rutas oceánicas, recorriendo tres mil millas de costa americana, desde el séptimo grado de latitud hasta el istmo de Panamá.

Juan de la Cosa, Ojeda, Américo Vespucio, quien va a dar su nombre al continente, exploran la Guayana y una tierra donde los pueblos lacustres de los indios sugieren la idea de una Venecia primitiva, por lo que, no sin humorismo, se la bautiza con el nombre de Venezuela.

Bastidas, un notario de Sevilla que dejó la pluma de ave por la espada, continúa hacia el sur, desde Panamá, naufragan sus dos barcos y regresa a la Española cargado de riquezas. El gran piloto Vicente Yáñez Pinzón, por su parte, descubre el tumultuoso Amazonas, bordea la costa mágica del Brasil, pero las tempestades y los naufragios le arrebatan sus riquezas y vuelve agotado a España, con un grupo de sobrevivientes, para morir en la miseria. Casi al mismo tiempo, Lepe, un oscuro marino de Palos, alcanza un punto más austral de la costa brasileña.

Encabeza la quinta expedición Peralonso Niño, partiendo con una cáscara de cincuenta toneladas y treinta y tres hombres hacia la llamada Costa de las Perlas. Después de once meses, perdido en el océano, surge, ante el pasmo de sus contemporáneos, con redondas y magníficas perlas, palo de tinte y otros productos de las Indias, que avivan las codicia de los aventureros.

Las islas del Caribe, durante los primeros quince años que siguieron al descubrimiento de América, continúan centrando los principales esfuerzos de los españoles. La historia de Santo Domingo se repite, con pequeñas variantes, a lo largo de las islas del Caribe. Ahora está en turno Ponce de León, compañero del almirante y, como él, tocado por el delirio de los mitos. Alguien —el espíritu de El Dorado que anda suelto en las Indias— le dice al oído que en Puerto Rico el oro se encuentra a flor de tierra. Eso basta. Ponce de León reúne a unos locos, se apercibe de palas y escopetas y enfila la proa rumbo a Puerto Rico. Allí tiene la fortuna —la misma tuvo Colón— de encontrar un bondadoso cacique que cambia su nombre por el suyo, lo lleva a los ríos que arrastran pepitas de oro y aun le regala a su hermana. En pago de estos servicios, Ponce de León reparte indios a sus amigos para que trabajen como esclavos. Estalla la revuelta, mueren en un combate sesenta españoles, y las represalias, con su acompañamiento de incendios, ahorcamientos y esclavitud, inician la extinción total de la población indígena en la nueva isla.

Ponce de León, a semejanza del almirante, no se conforma con vivir tranquilo, disfrutando de sus minas, sus encomiendas y su gubernatura. Más tarde, Cortés define el espíritu caballeresco que entonces privaba, diciendo: "En otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguía-

mos el mayor prez y gloria que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó." El molde es heroico. El acatamiento a las "formas de su época", al espíritu caballeresco que domina en España, crea un patrón del que van a salir centenares de héroes cortados por la misma tijera.

Una conseja pasmosa, semejante a la conmovedora del paraíso terrenal, con todas las profundas y misteriosas significaciones, saca a Ponce de León de su real y muy positiva ínsula de Puerto Rico. Esta vez se le ha dicho que en la isla de Biminí hay una fuente milagrosa "que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos." Y allá se va Ponce de León, nuevo Amadís de Gaula, tras el mito. Seis meses recorre los mares en busca de la fuente de la eterna juventud, luchando contra las rocas de la península de Florida. ¿Regresa arrepentido? Todo lo contrario. En lo futuro no se conformará con buscarla como un simple aventurero, sino revestido de títulos especiales que le otorguen su disfrute permanente. Nueve años después —¿qué le importa el tiempo si está en posesión de la juventud?—, en 1521, obtiene el nombramiento de adelantado de Biminí y vuelve a la Florida. Una flecha lo hiere y pasa a morir a Cuba. Así acabaron —sentencia Oviedo— el adelantado y el adelantamiento.

La ocupación de Cuba cierra el periodo insular del descubrimiento de América. Un paisaje nuevo, una cascada de perlas y montañas de oro se levantan más allá del Caribe, donde se escucha una consigna colmada de promesas: "¡Al sur, al sur!", es el grito que sale de todos los pechos.

Tres novelas y un fracaso

En 1509, la Corona concede una autorización a Diego Nicuesa para colonizar la costa septentrional de Colombia, y otra a Ojeda para colonizar también lo que hoy se conoce por Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Nicuesa, un colono enriquecido con el negocio de minas en la Española, era —al decir de Las Casas— persona

muy cuerda y palanciana, graciosa en decir, gran tañedor de vihuela y sobre todo, gran jinete, que sobre una yegua que tenía hacía maravillas... era uno de los mejor dotados de gracias y perfecciones humanas que podía haber en Castilla.

Nicuesa, como de costumbre, gastó en la expedición toda su fortuna y aun contrajo deudas. El capitán del barco, enviado en su auxilio poco después, halló al gracioso palanciano en los huesos, muriéndose de hambre y de sed, con el pelo crecido y la ropa hecha jirones. De los setecientos hombres que llevó a la empresa, sólo quedaban cuarenta. El resto había perecido en riñas y naufragios, o por hambre, extenuación y enfermedades. Nicuesa, acusado en Darién de alentar ambiciones personales, fue embarcado con escasas provisiones en una vieja nave y no volvió a saberse nada de él. Es una nueva víctima del mito de las Indias.

Ojeda escribe por su cuenta el obligado folletín de aventuras de esos días. No bien sus barcos recogen las velas en la hermosa bahía donde después va a levantarse Cartagena de Indias, su audacia imprudente lo mueve a darles una batalla a los indios con sesenta soldados. Las flechas —según la frase consagrada— oscurecen el aire. Ojeda, viéndose rodeado de muertos y agonizantes, emprende una veloz carrera, protegiéndose con el escudo, que mostró después veintitrés señales de flechas. A excepción de Ojeda y de un soldado, perecieron todos los que tomaron parte en el trágico desembarco. Allí quedó, entre otros, Juan de la Cosa, el primer cartógrafo del Nuevo Mundo.

La expedición se disuelve, poco a poco, abandonada a sus fuerzas. En Tierra Firme no pueden admirarse los cuadros risueños que describiera el almirante a los Reyes Católicos. Las selvas y los bosques impenetrables, los bravos ríos de turbias aguas, el ardiente sol, las cordilleras y los animales, todavía no constituyen un elemento literario. Los españoles sólo los mencionan para maldecir-

los. ¿Dónde están los tesoros de Ofir? ¿Dónde el Palacio de malaquita del Gran Kan? ¿Y la muchedumbre de herejes para rescatar sus almas de las llamas del infierno? Los tesoros de Ofir se convierten en joyas de poco precio; el palacio del Gran Kan, en cabañas techadas con paja, y la muchedumbre de herejes, en indios invisibles que disparan sin cesar y con magnífica puntería sus flechas venenosas.

El desastre de Cartagena no ha significado experiencia alguna para Ojeda. Un nuevo arrebato le hace caer en una emboscada, de la que sale herido por una flecha. Es una escena de litografía. En el suelo yace Ojeda, rodeado de soldados llorosos. El médico no sabe qué hacer en ese trance; su farmacopea no comprende los antídotos, pero Ojeda no tiene el menor deseo de morir en la selva de un flechazo cuando se ha escapado de veintitrés en Cartagena, y ordena al médico que, con su fierro ardiente, le cauterice la herida. El galeno retrocede y no se decide a cumplir la orden, hasta que el capitán amenaza con ahorcarlo. ¿Está salvado Ojeda? Por poco tiempo. Un año más tarde, muere en la Española, rodeado de una leyenda de valor indomable.

"El drama castellano, a la vez cómico y trágico, que embelesa con sus afabilidades y espanta con sus terrores, ese drama en que se entremezclan sonrisas, sangre y el acero llamado por Lope en una de sus comedias, lengua de Toledo, en el que el sacrilegio y la devoción, la blasfemia y el cilicio, en suma, todas las antítesis se rozan y se codean en un pandemónium, ese drama castellano, decimos, se representa todos los días en el vasto y deslumbrante escenario de las Indias Occidentales." [3]

De este drama castellano, Vasco Núñez de Balboa es uno de los principales personajes. La sangre y la espada, el amor y el odio, el heroísmo y el crimen, con el descubrimiento del Pacífico como escenario, forman sus rasgos esenciales.

[3] Oliveira Martins.

La historia de Núñez de Balboa se anuda con la de Ojeda, quien, no pudiendo seguir adelante sin refuerzos, envía al letrado Enciso, en una carabela a demandar auxilio de la Española. Enciso —esa curiosa combinación de leguleyo, aventurero y hombre de ciencia abundante en la picaresca del Nuevo Mundo— cumplió el encargo, pero no regresó solo, sino trayendo consigo a un hombre que había de convertir el fracaso de Ojeda en una de las más brillantes hazañas españolas.

Núñez de Balboa comenzó su carrera, de polizón. Para escapar a una legión de acreedores, decidió colarse en el barco de Enciso, ocultándose en un tonel vacío. Llegando a tierra, Balboa se impuso. Tenía el genio del mando; era arrojado y prudente a la vez y pudo llevar a sus compañeros a Darién, la nueva Tierra Prometida "muy fresca y abundante de comida", donde se funda una ciudad: Santa María la Antigua. Como la primitiva Veracruz, ese conjunto de chozas no es otra cosa que una entelequia municipal. No importa. Emana de ella suficiente autoridad para revestir de apariencias legales todo lo que se emprenda. Enciso, dentro del sistema legal establecido ya, no es un obstáculo, y a la primera ocasión se le despoja de su mando, y en una nave, se le envía deportado a España.

Balboa es un Hernán Cortés sin imperio azteca. Bajo su mando, todo se resuelve fácilmente. "Nos dice mucho sobre sus métodos el que, como a Cortés diez años después, en Cholula, denunciase una muchacha india que tenía en su casa la conspiración tramada por los nativos para acabar con los españoles." [4] Lo mismo apacigua los recelos de los indios que las pasiones de sus compañeros. Su sangre fría, su valor, su compañerismo a toda prueba, le permiten descubrir el 25 de septiembre de 1513 el océano Pacífico y hacerse de grandes riquezas. "Teníamos —dice— más oro que salud."

El conquistador fracasado, Enciso, con la pluma en la

[4] F. A. Kirkpatrick.

mano, y en el ambiente de las antecámaras, es capaz de vencer a los más audaces conquistadores. Día a día, revestido de una paciencia infinita y de un interminable arsenal de argumentos jurídicos, escribe memoriales donde pinta a Balboa como un monstruo, promete montañas de oro a los funcionarios y termina por ganarse la voluntad del obispo de Burgos, Fonseca, prototipo del burócrata español, que sin salir de su oficina resuelve a distancia, llevado de sus simpatías y diferencias personales, los complicados problemas de las Indias. Fonseca, enemigo jurado de Colón, de Nicuesa, de Balboa y de Hernán Cortés, compra el pleito de Enciso, decidiendo al monarca a nombrar a Pedro Arias Dávila gobernador del Darién con poderes prácticamente ilimitados.

Los nombres que ostentó Pedro Arias o Pedrarias, como mejor se le conoce, describen por sí solos los diferentes rumbos que toma su vida. De joven, a causa de las batallas libradas contra los moros y los italianos, se le llamó "El Galán" y "El Justador". En los torneos era invencible y gustaba de repartir los premios, ganados a punta de lanza, entre las damas de la Corte. Más tarde, trocó sus apodos heroicos por el mote de "El Enterrado", que conquistó al sufrir un ataque de catalepsia. Pedrarias fue metido en un ataúd, creyéndosele muerto, y, cuando las monjas cantaban el oficio de difuntos en la iglesia del monasterio de la Cruz, en Torrejón de Velasco, los concurrentes a los funerales vieron con terror cómo se abría la tapa y a Pedrarias, envuelto en su sudario, volver a la vida. Desde entonces, "El Enterrado" llevaba consigo un ataúd, y en cada aniversario de su resurrección se hacía decir solemnes honras fúnebres.

Al nombrársele gobernador del Darién, Pedrarias era un viejo de más de sesenta años, casado con una rica dama, y gozaba de gran valimiento en la Corte. España, en ese momento, sufría otro violento espasmo de la fiebre de oro. Las noticias sobre los tesoros y las perlas del Darién, el anuncio del mar del Sur, hicieron que innumerables aventureros pidieran ser aceptados en la flota de Pedrarias, dejando muchos de ellos negocios y fortunas en sus provincias. Dos mil españoles se alistaron bajo las banderas de Fernando en aquella nueva expedición —la mayor que se había organizado con destino a las Indias y la más dispendiosa, ya que costó cincuenta mil ducados. El rey, tan reacio a dejarse llevar por el fácil entusiasmo, bautizó el Darién con los significativos nombres de *Castilla del Oro* o *Castilla Aurisia*.

Los hombres de Pedrarias, al llegar a la Castilla Aurisia, encuentran un conjunto de chozas circundado por la selva, y al descubridor del mar del Sur calzado con alpargatas y vestido con ropas de campesino, ayudando a los indios a componer el techo de su casa. De sus virtudes de Galán, al Enterrado no le quedaba rastro. Era un hombre ambicioso, endurecido por la guerra, cruel e injusto que odiaba a Balboa por ser joven y por habérsele adelantado en el descubrimiento del Pacífico. Apenas desembarcado, ordena la aprehensión de Balboa y le inicia un juicio secreto de residencia, en el que sólo se aceptaba el testimonio adverso de sus enemigos.

La pérdida de las provisiones embarcadas, los escasos alimentos que podían proporcionar los indios, la ruina de las cosechas motivada por una manga de langostas y las enfermedades del trópico, se conjuran para arruinar a los expedicionarios. En las pobres cabañas y en las arenas de la playa, los futuros millonarios, vestidos con sus trajes de seda y sus vistosos sombreros de pluma, ruedan muertos de hambre o consumidos por la fiebre.

Pedrarias marcha de desacierto en desacierto. A fin de aliviar en algo la escasez —ya muchos expedicionarios, desilusionados, se han vuelto a Cuba y a España— manda pequeños escuadrones de soldados a conquistar la tierra y a rescatar oro. Estas bandas de foragidos atormentan a los caciques, se roban a las indias y, en menos de un año, arruinan la obra colonizadora de Balboa.

Vasco Núñez, mientras tanto, ha logrado hacerse de

un aliado poderoso en fray Juan de Quevedo, que comparte la gubernatura con Pedrarias. "El Enterrado" tiene ya un nuevo apodo. Los frailes le llaman "Furor Dómine", y con él ilustra sus hazañas en el Nuevo Mundo.

Juan de Quevedo, horrorizado de lo que ocurre en Castilla del Oro, se apresura a denunciar al rey las atrocidades españolas: "Diéronse tan buena maña los capitanes, que el que iba por teniente de capitán general, lo primero en que entendió fue en tratar mal a los caciques y indios y prendelles por que le diesen oro; hasta los que venían a serville y ofrecelle oro los prendió y atormentó por que le diesen más, y teniendo preso a un cacique de Comagre, que es el más principal de todas estas tierras, el cual había venido a traelle dos mil pesos de oro, huyó con otro hermano del cacique de Careta y soltó los perros en pos de ellos y mataron al hermano de Careta, y el cacique de Comagre, que se llamaba Pongiaco, por huir de los perros entró por tierra de un su enemigo y matáronle; esto todo fue en una provincia que se llama Pocorosa, y al cacique de esta dicha provincia de Pocorosa tenía también preso a la sazón, y es tan amigo de los cristianos que nunca dexa de servilles, aunque después le han robado.

"Otras veces de allí fue a Tubanamá y los indios le salieron a limpiar los caminos por donde fuese, y él dice que iba en una yegua y comenzó a alancear a los indios."

La violencia impera en las selvas. El cacique Pocorosa, a quien se ha hecho víctima de vejaciones indecibles, toma por la fuerza el reducto de Santa Cruz, tortura a sus ochenta ocupantes, y sus indios, vertiendo oro fundido en la boca de los moribundos, les gritaban: "Hártate de oro, hártate de oro."

El obispo de Darién, dándose cuenta de que Balboa es el único hombre capaz de salvar del desastre a la expedición, interviene en su favor y lo salva de la prisión, primero, y después, de su deportación a España, a donde pensaba enviarlo Pedrarias en compañía de los expedientes judiciales adobados en su daño.

Una boda extraña y un asesinato que aún se recuerda con horror, precipitan el desenlace de este drama. El rey, movido por las cartas de Balboa y del obispo de Darién, decide nombrar al descubridor del Pacífico adelantado de la mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba. La situación de Balboa mejora notablemente. Habiéndole hecho ver fray Juan de Quevedo a Pedrarias la conveniencia de tener a Balboa como aliado, el terco viejo parece ablandarse y llega a concertar las bodas de una hija suya con Balboa. El obispo los casa por poder, en una cabaña, y Vasco Núñez, durante la ceremonia, en vez de estrechar la mano de la esposa, oprime la mano dura de su suegro el caballero D. Pedro Arias Dávila. Es, pues, ya hijo del Furor Dómine, adelantado del océano que ha descubierto, y marido de una noble española; pero todo se desvanece con la rapidez de un hermoso sueño.

De acuerdo con su suegro, Balboa funda un puesto avanzado en Acla, para iniciar la exploración del mar del Sur. El trabajo era titánico. En Acla debían labrarse las piezas de los bergantines, trasladarlas después, a lomo de indio, a través de selvas y montañas impenetrables, hasta el río Balsas, y allí embarcarlas, para ser armadas en la costa del Pacífico.

Mientras Balboa se encuentra entregado a esta espantosa tarea, la tragedia principia a tejer sus invisibles lazos. Durante casi todo el tiempo de su estancia en el Istmo, había vivido en compañía de una hermosa india, hija del cacique Careta, llamada Anayansi. Al hacerse público su matrimonio, tuvo que separarse de ella; pero en Acla, estando lejos del suegro Pedrarias, como verdaderamente la quisiera, mandó traerla, y reanudaron sus antiguas relaciones.

Un día, encontrándose Balboa ausente, el capitán

Garabito, amigo suyo, enamorado hacía tiempo de Anayansi, entró en su cabaña, dispuesto a forzarla, pero ella, con la ayuda del famoso perro Leoncico, que en la guerra cobraba sueldo de alférez, logró vencerlo, y echarlo fuera de la casa. Balboa supo el incidente y, llevado de su habitual prudencia —bastante comprometida era ya su situación para agravarla matando a Garabito—, se limitó a reprocharle su deslealtad, con palabras hirientes.

Garabito —caricatura de Yago—, se apresuró a escribir una carta a Pedrarias "donde le decía que Balboa planeaba levantarse contra su autoridad y establecerse independientemente en el mar del Sur; que por otra parte se jactaba públicamente de su preferencia por la joven india, con la cual había vuelto a juntarse, pues nunca pensó casarse con doña María..." [5]

Los cargos suceden a los cargos. Una simple palabra, un ademán, una reunión, se toman como indicios de traición, y la intriga llega a cobrar caracteres de tal modo graves, que al fin Pedrarias ordena su aprehensión, y en un juicio infame, se le condena a la última pena.

En el puerto de Acla, donde un pájaro negro le quitó de la cabeza el casco, dando fúnebres graznidos, muere decapitado, junto a cuatro de sus fieles amigos. Su verdugo es Francisco Pizarro, el antiguo porquerizo, al que Vasco Núñez abrió el camino del imperio incaico.

La aventura del mar del Sur la cierran cinco cabezas cortadas, puestas sobre maderos en una playa desierta, y la blanca melena del Furor Dómine agitada por el viento de la tragedia.

La pieza que faltaba al rompecabezas

Colón, al regresar a España de su viaje de descubrimiento, vive su única hora de gloria. De Palos a Barcelona, donde residen los monarcas, caminos y ciudades se llenan de entusiastas muchedumbres. Los marineros abren la

[5] Octavio Méndez Pereira.

marcha. Un puñado de indios, ataviados con sus plumajes y sus joyas, avanzan en el solemne desfile, silenciosos y muertos de miedo. En grandes cestas se exhiben los frutos extraños del Nuevo Mundo, y catorce mulas enjaezadas ricamente llevan pesados cofres, en los que el pueblo cree adivinar las piedras preciosas y las barras de oro del imperio del Gran Kan. Colón, a caballo, no despliega los labios, sumido en sus sueños. Estos indios y aquellos marineros pronto se convertirán en los cien mil guerreros de la cruzada que vaya a rescatar de las manos infieles el sepulcro de Cristo.

Tapices bordados cuelgan de los balcones. Las mujeres lloran de emoción. Las campanas, echadas al vuelo, agitan los corazones con un presentimiento. "Los hombres pensaban en los millones de almas que había que ganar para Dios, en las montañas de oro que traer a casa, en largas guerras, en vastos reinos que conquistar. ¡Todos entreveían ya cruces, encomiendas, riquezas, capitanías y gloria! Esta lluvia de fortunas asequibles caía sobre la nación en la plenitud de la vida, en el auge de la fuerza, en el ardor de la fe." [6]

La lotería de las Indias, veinticinco años después de estas escenas, ¿en qué se había convertido? Los millones de almas que había que ganar para la fe católica, las montañas de oro, los reinos, ¿en dónde estaban? Principia a perfilarse una cruda verdad: un nuevo mundo, una tierra de guerreros feroces o de salvajes desnudos, inocentes y desvalidos, que morían a millares o se perdían huyendo a las montañas.

Aquello no era lo que había prometido Cristóbal Colón. De sus grandiosas fantasías, un cuarto de siglo más tarde, quedaba, por un lado, una modestísima empresa de colonización, y por el otro, una empresa náutica no igualada en ningún tiempo. Ya para entonces, Santo Domingo, fundada en 1494. era una ciudad semejante a las españolas. Tenía su plaza mayor circundada de porta-

[6] Oliveira Martins.

les, iglesias, conventos, escuela y cárcel. El recuerdo de un Colón encadenado, no pasaba de ser un episodio desagradable que todos se empeñaban en olvidar. Su hijo, D. Diego Colón, segundo almirante, virrey y gobernador, no es un aventurero, sino un personaje emparentado con la nobleza española. Se ha casado con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba, y vive como un príncipe en un alcázar, rodeado de su séquito. Su esposa, a la caída de la tarde, pasea con sus damas por los jardines de su residencia, y don Diego juega torneos en la plaza, sostiene bufones y cantores y es contertulio del historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

Las espadas y los yelmos se enmohecen en los desvanes; pero, mientras descansan las armas, florecen las letras. Los frailes, en sus conventos, discuten la justicia de la conquista y de la esclavitud de los indios. Las tesis de Erasmo son objeto de violentas polémicas. La situación que prevalece en las otras islas es semejante. En Diego Velázquez, gobernador sin títulos nobiliarios, podrían estudiarse las deformaciones que en América operan el clima, la ambición de poder y las riquezas. Mantenía en Cuba su pequeña corte con bufones, controlaba el tráfico de esclavos, disponía de barcos y soldados, y su voluntad, guardando las apariencias legales, era omnímoda.

Todo es un puro contraste. Al mismo tiempo que este trasplante de vida europea prospera en los trópicos americanos —el obispo de Santo Domingo, Geraldini, protegido de León X, mandará grabar en la catedral el escudo de los Médicis— los indios de las islas mueren a millares. "Yo topé —escribe Las Casas— algunos muertos por los caminos, y otros debajo de los árboles boqueando, y otros, con el dolor de la muerte dando gemidos y como podían diciendo: ¡Hambre! ¡Hambre!"

El español, que desde los comienzos aspiró a vivir como señor del trabajo de los indios y más tarde de los negros, afrontó un grave peligro: los nacientes plantíos

de caña de azúcar, las minas de oro, las pesquerías de perlas estaban a punto de arruinarse por falta de brazos. El guerrero, en ese extremo, se convierte en un traficante de esclavos. Ya a principio del siglo XVI se llevaban indios de las Bahamas a las pesquerías de Paria, situadas a mil millas de distancia, y Carlos Pereyra calcula, conservadoramente, que en veinte años las Lucayas proporcionaron cuarenta mil esclavos.

Había sido Colón el iniciador del tráfico al empeñarse en mandar a España, contra la voluntad de Isabel la Católica, barco tras barco cargado de indios encadenados. No podía ser mayor el fracaso. La única riqueza positiva de las Indias eran los esclavos; y, como esclavos, eran detestables. Los ricos hacendados, con frecuencia, no compraban un servidor, sino un cadáver. Pero Colón no es del todo culpable, como no lo son los jóvenes inmigrantes españoles atiborrados de ideas caballerescas, sino un atrofiamiento del sentido de la justicia, propio de la época. La potestad de regalar en grande la ejerce el Padre Santo desde 1493, en que da para siempre la propiedad del Nuevo Mundo a la Corona española. Los reyes, a su vez, regalan a sus gobernadores hombres y territorios, y éstos los reparten a sus seguidores y amigos. Con aquella ecuménica concepción de la propiedad, ¿qué importancia tenían unos salvajes habitantes de las selvas? Eran simples bienes mostrencos, que pasaban a ser una pertenencia del primero que apareciera entre ellos enarbolando una espada y profiriendo extrañas fórmulas de posesión en un lenguaje desconocido.

La situación que guarda la empresa de las Indias, veinticinco años después del descubrimiento de América, confirma, sin lugar a duda, el fracaso de los ideales de Colón. Superada la etapa de la violencia, la colonización se afirma. Centenares de pequeños trapiches chorrean mieles oscuras y, en lugar de los bosques o de las plantaciones de tubérculos, el alegre verde de la caña de azúcar forma horizonte. Otra industria próspera: la cría del cerdo. No

es posible imaginar una burla más pesada. Los hidalgos que abandonaron sus casas tras el espejismo de grandes imperios y batallas heroicas, han venido a parar en meros porquerizos.

Cierran este cuadro las expediciones de descubrimiento y colonización de inmensos territorios. Por cada aventurero que regresa a España sano y salvo, centenares pierden la vida en un naufragio, o por una flecha envenenada, o por la fiebre. Los que salieron tras el señuelo del oro, vuelven con las manos vacías, pero "amarillos como el oro", de las hambres y las penalidades sufridas en las Indias. Decididamente, los peores enemigos de los españoles en las Indias no figuran en los libros de caballerías. Amadís de Gaula nunca combatió contra los mosquitos ni jamás se le ofreció la perspectiva de terminar sus días dentro de una olla, sazonadas sus carnes con yerbas de olor por golosos caníbales.

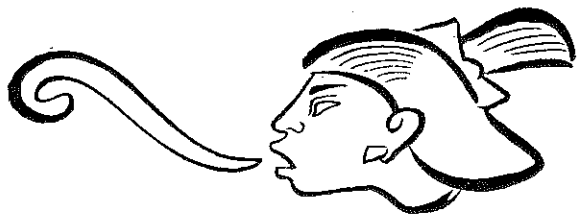
A los primeros fantasmas de "hidalgos" que rondaban por las abandonadas calles de la Española se suma una interminable caravana. Nicuesa, el palanciano tañedor de vihuela, se perdió en el mar. Ojeda murió en la miseria en Santo Domingo; Juan de la Cosa se pudrió en la selva acribillado a flechazos; Núñez de Balboa terminó su asombrosa carrera decapitado, y el mismo Colón murió agobiado a fuerza de tareas titánicas y de crueles desdenes.

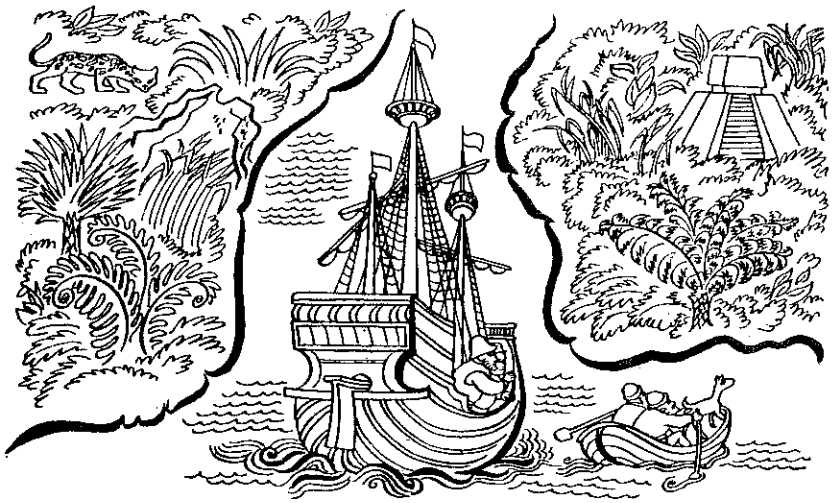
Ese Nuevo Mundo sin bautizar, que de pronto irrumpía como un huésped inoportuno, alterando el orden de la tierra, ¿qué era en 1517? América, para España, era el principio de una confusa aventura imperial. En su realidad física, América era un conjunto de islas y una línea imprecisa de costa que se extendía por el norte de la península del Labrador a la de la Florida y, por el sur, de Honduras al río de la Plata. Nadie sabía que el Pacífico representaba un camino para llegar a las verdaderas Indias ni la relación que guardaba con Tierra Firme. América, pues, era una reunión arbitraria de rotas líneas, un

rompecabezas geográfico, al que le faltaba una pieza que uniera el norte con el sur y diera coherencia, unidad, a esa inmensa barrera tendida de polo a polo.

La pieza que le faltaba al rompecabezas era México. Durante el cuarto de siglo de exploraciones, el gran arco del Golfo lo mantuvo apartado de los viajes, aunque de las costas de Cuba a la península de Yucatán mediara un espacio insignificante, dándose el hecho de que soldados y marineros emprendieran largas travesías en busca de Ofir y de Cipango, sin imaginar, que, rumbo al oeste, en una navegación de ocho días, hubieran descubierto el mundo presentido con mayor fuerza que todos ellos por el primer almirante.

El descubrimiento de México le dará una dimensión insospechada a la aventura colombiana. Aquí están los millones de almas que había que ganar para Dios, las montañas de oro que llevar a casa, las capitanías, la gloria y los vastos reinos deseados tan ardientemente por España. La empresa de colonización va a convertirse en epopeya. Los porquerizos, los colonos y los traficantes de esclavos, recuperarán su condición de guerreros. Es el momento culminante de la historia de las Indias.





III. EL DESCUBRIMIENTO DE MÉXICO

A PRINCIPIOS de 1517, ciento diez hombres, en su mayoría venidos del Darién, cansados de aguardar inútilmente que el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, les diera minas o encomiendas de indios, decidieron armar una pequeña flota "para ir a nuestra ventura —escribe Bernal— a buscar y descubrir tierras nuevas y emplear nuestras personas".

Logrando reunir entre todos algún dinero, propusieron a Francisco Hernández de Córdoba, un hidalgo rico, propietario de un pueblo de indios, organizar una expedición, de la que él fuera capitán. Hernández de Córdoba tentado por la oferta, y dos colonos más, Lope Ochoa de Caicedo y Cristóbal Morantes, compraron dos barcos mal abastecidos, y el propio gobernante les fio un tercer navío, a condición de que se lo pagaran con indios esclavos de las islas Guanajes.

Así las cosas, se nombraron como pilotos de las tres embarcaciones al famoso Antón de Alaminos, viejo acompañante de Colón, a un tal Camacho, de Triana, y a Juan Álvarez, de Huelva, apodado el Manquillo. La flota había salido de Santiago, residencia del gobernador, para aprovisionarse en Puerto Príncipe, cuando Antón de Alaminos recordó un hecho olvidado del cuarto viaje del almirante, que había de traer consecuencias insospechadas.

En 1502, navegando Colón por un pasaje cercano a las costas de Yucatán, tropezó con una piragua cavada en un enorme tronco de árbol. No era uno de los frágiles barquichuelos que los españoles estaban acostumbrados a ver en aquellos mares. La canoa, entoldada, venía cargada de mantas, ropas de color, cacao, hachas de cobre y otros productos desconocidos en las Antillas. Como si estos objetos no bastaran a denunciar la cercanía de pueblos más ricos y civilizados, los tripulantes hablaron de prósperas ciudades; pero el almirante, cansado de oír a los indios hablar de tesoros que nunca encontraba, prefirió seguir su camino. ¿No se creía, además, cerca del Ganges, uno de los ríos que conducen al paraíso terrenal? Sin embargo, Colón, tan atento a los menores acontecimientos, no dejó de expresar que tenía esperanza grande de hallar hacia el poniente *una tierra muy poblada y muy más rica*[1] que todas las conocidas hasta entonces.

Quince años más tarde, Alaminos, en el inicio de la azarosa expedición, refiere a Hernández de Córdoba el encuentro con la piragua y las frases del almirante. ¿No sería un aviso profético? ¿A qué navegar sin rumbo fijo, confiando a la fortuna el destino de la flota? Su derrotero debía ser el poniente. Allí tenían que descubrir los imperios que Colón había buscado en cuatro viajes infructuosos.

Hernández de Córdoba aceptó la idea y envió "un propio solicitando facultades para que si se hacía un descubrimiento fuese con la autoridad que representaba Velázquez como teniente de gobernador".[2] El gobernador, a

1 Carlos Pereyra.

2 *Idem.*

quien interesó vivamente la sugestión, se apresuró a enviarle las licencias necesarias al capitán, sin añadir un solo maravedí a lo que ya había invertido.

Atenidos a sus propios recursos, Hernández de Córdoba y sus dos socios compraron sartales de cuentas y baratijas para el rescate, pan de cazabe, maíz, aceite, vino, y por carne, cerdos que costaban tres pesos, pues "en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros".[3]

El ocho de febrero, los tres navíos dejan el puerto de Jaruco. Nadie tiene idea de lo que va a ocurrir. En estos últimos años, cada nueva expedición ha sido una tragedia. Si la suerte les favorecía en la nueva empresa, quizá lograrían rescatar algunas joyas de oro, un puñado de perlas o llenar las bodegas con indios para venderlos como esclavos en Cuba y en la Española.

Cruzan un mar desconocido, navegando de día por temor a bajos y arrecifes, y poniéndose al pairo de noche; pero una tempestad los arrebata y, por espacio de cuarenta y ocho horas, los barquitos andan a la buena de Dios, danzando entre las olas y los furiosos torbellinos.

Veintiún días más tarde, ante sus ojos incrédulos, se dibuja la blanca línea de una playa. El mar es azul, y en el cielo sin nubes un fuerte sol hace brillar los templos y el caserío de un poblado indígena. Nunca habían visto los españoles en el Nuevo Mundo un pueblo de esas dimensiones, adoratorios ni casas de cal y canto. No hay duda, es el Oriente, la tierra legendaria del Gran Kan. Los templos mayas se toman por mezquitas y pagodas, y aun antes de desembarcar, la extraña ciudad queda bautizada con el apropiado nombre del Gran Cairo.

Otra novedad es la gente, "vestida de algodón —de acuerdo con la pintura de Fernández de Oviedo— con mantas delgadas e blancas, e con zarcillos en las orejas e con patenas e otras joyas de oro al cuello, e también con camisetas de colores ansimismo de algodón, e las mujeres

[3] Bernal Díaz del Castillo.

cubiertas las cabezas e pechos, e con naguas e unas mantas delgadas como velos, en lugar de toballa o manto".

De la playa despegan diez piraguas. Los españoles, lamentando no haber llevado consigo a un intérprete de lenguas orientales, los llaman con voces y brazos. Los indios vienen también haciendo "señas de paz", pero no se atreven a subir a los barcos y regresan a la playa.

Los tres navíos permanecen anclados toda la noche, frente al Gran Cairo, y a la mañana siguiente, los mismos indios vuelven a los bergantines para invitar a los españoles, diciendo en lengua maya: "Conex c'toch." "Conex c'toch", palabras que Bernal oye como "Cones cotoche, cones cotoche", y que traduce por: "Andad acá a mis casas."

La muchedumbre de indios que se ve en la playa no deja de inquietar a los españoles. Después de tener una larga deliberación, deciden bajar en orden de batalla, llevando consigo quince ballestas y diez escopetas. No se parecen en nada estos recios guerreros que visten armaduras acolchonadas de algodón nativo y armados con arcos, rodelas y lanzas, a los indefensos indios desnudos de la isla de Cuba o a los guerreros feroces pero desorganizados de la América Central. A poco andar, los indios, sin previo aviso, atacan, y a la primera rociada de flechas ruedan quince soldados. Se entabla un rudo combate; allí entran por primera vez en acción las espadas y las armas de fuego que dan, no sin trabajo, la victoria a los españoles.

Íñiguez, el clérigo de la expedición, no ha permanecido cruzado de brazos durante la refriega. Aprovechando la confusión, entra en los abandonados santuarios y se lleva ciertas piezas de oro, navajas de obsidiana y un buen número de ídolos "con caras de demonios". En su retirada hacia los navíos, las fuerzas de Hernández de Córdoba hacen prisioneros a dos indios, ambos bizcos, a quienes llamarán Melchorejo y Julianillo y serán utilizados como los primeros traductores de los españoles en México.

Las tres naves, después de abandonar el Gran Cairo, continúan bordeando la península de Yucatán por espacio de medio mes. Era también un paisaje nuevo a los ojos de los españoles. Tierra sin ríos, el agua de tarde en tarde aflora en un pozo o en el fondo de una profunda caverna. Sobre el suelo rocoso prospera con fatiga una selva desmedrada que sólo se detiene ante los arenales de la costa. Por la mañana, la invaden finas nieblas de plata, y por las tardes, el cielo sin nubes se incendia con los rojizos resplandores del sol poniente, mientras los pájaros cantan, volando en simétricas bandadas.

El piloto Alaminos, tocado de la locura insular tan común en los conquistadores, porfía que Yucatán es una isla. Se navega con grandes precauciones, sólo de día, y a medida que el tiempo transcurre, la pobreza con que fue equipada la flota va revelando sus deficiencias. El agua se escapa por las hendiduras de los viejos toneles y de las pipas defectuosas que por la carencia de dinero se han visto obligados a comprar los armadores; el amargo pan de cazabe y el salado tocino a que se reducen sus alimentos, les provoca una sed que no satisfacen las cada vez más escasas raciones de agua.

Así llegan a la azul bahía de Campeche. Se refleja en las aguas, de un pálido jade, la mancha blanquecina de un caserío, al que bautizan con el nombre de Lázaro, por ser domingo de Lázaro el día que lo descubren. Ya la gente comienza a reunirse en la playa y, aunque los españoles tratan de rehuir una batalla inminente, la sed los empuja a desembarcar, toman un esquife, llenan en el pozo sus toneles y pipas, y ya están para regresar cuando hacen su aparición cincuenta indios vestidos con mantas de color. El diálogo se inicia por señas. Los mayas preguntan qué buscan en su tierra los extranjeros. El capitán se apresura a responder empleando gestos elocuentes, que sólo buscan aguas y marcharse luego a los navíos.

Entendido el propósito del capitán, los mayas hacen traer un manojo de cañas, le prenden fuego y, diciendo,

siempre por señas, que deben irse antes de que terminen de arder las cañas porque de lo contrario les darán muerte, se retiran en grave silencio. Ya los guerreros aprestan sus arcos y sus filosas espadas de obsidiana, cuando los españoles toman la determinación de volverse a los navíos. El ritual indígena, esta vez, les ahorra una lucha desastrosa.

Los peligros no cesan un momento. Hay en las Indias capitanes con buena estrella a lo que todo parece conjurarse en su beneficio, y hay capitanes de mala estrella que todo se les convierte en tragedia. Francisco de Córdoba es uno de estos últimos. Los navíos, las cuerdas, las pipas de agua, los desembarcos, los combates, son otros tantos motivos de desgracia. A los pocos días de abandonar a escape el pueblo de Lázaro, que al correr de los años será famoso en el mundo con su nombre indígena de Campeche, se desata un norte que los zarandea cuatro días con sus noches, haciéndolos correr, sin velas y con las sentinas inundadas, por la inhóspita costa de Yucatán.

Al calmarse el viento, los extenuados tripulantes de los tres barquichuelos avistan un nuevo poblado. Es Champotón, llamado por Bernal Potonchán, la última tierra que pisara Quetzalcóatl, según la leyenda al dejar México con la promesa de volver un día.

En el fondo de la bahía se miran las casas, las pirámides, los pozos y las doradas flores de maíz en campos bien cultivados. Los españoles ya no desean conquistar ni poblar nada. Su situación se ha vuelto tan difícil, que se conforman con que se les permita llenar sus barriles, sin tener que pagar por el agua un precio demasiado elevado. Con el mayor número de armas y soldados desembarcan; pero, no bien pisan tierra, los rodean numerosos guerreros que tienen el rostro pintado de negro, rojo y blanco.

Empleando el lenguaje desesperante y trunco de los ademanes, los indios formulan una pregunta extrañísima: "¿Vienen de oriente?" "Sí, vienen de donde sale el sol,

del oriente." Mas ¿por qué a los indios les interesa conocer el lugar de su origen? ¿Cómo es posible que ellos conozcan el sitio de donde realmente vienen?

Los indios permanecen a su lado el día entero, sin lograr aclarar la incógnita. A la "hora del Ave María", se retiran a sus casas y los españoles se pasan la noche deliberando. Unos —los más cautos— opinan que deben reembarcarse cuanto antes; otros —los más valerosos— se muestran partidarios de atacar inmediatamente por sorpresa. Carentes de un mando enérgico, no llegan a ningún acuerdo, y la noche transcurre en discusiones absurdas mientras, a lo lejos, entre las sombras, se escucha el sordo rumor de los que aprestan las armas.

La mañana siguiente sorprende al pequeño grupo de soldados dudando entre embarcarse o dar la pelea a los indios. Su indecisión no va a prolongarse largo tiempo. Los primeros rayos del sol iluminan a una multitud de guerreros ataviados con vistosos penachos, sobre los que flotan estandartes y banderas. Suenan los caracoles, las flautas, y atacan furiosos, enarbolando sus macanas erizadas de puntas de obsidiana. Entre el griterío se escucha, clara, una consigna: "Al calachoni, al calachoni." Es la orden de arremeter contra el capitán. El pacífico Hernández de Córdoba rueda por el suelo como un San Sebastián, atravesado por diez flechas. La mitad de los soldados ha muerto, y la otra mitad está herida. Bernal, el cronista de la batalla, recibe tres flechazos; a un viejo portugués y a un soldado español llamado Alonso Boto, se los llevan vivos los mayas para sacrificarlos.

Los españoles, viéndose perdidos, hacen un último y supremo esfuerzo, rompen los cerrados batallones de los guerreros, amparándose en los bateles que se hunden sobrecargados. La confusión es espantosa. Los mayas los persiguen hasta el agua y, como los soldados, en la agonía de la muerte, no pueden valerse de sus pesadas armas, desaparecen en las olas, abatidos a golpes de macana, en tanto que los menos graves se defienden con

espadas y remos. Allí hubiera perecido el resto si uno de los barcos no acude en su auxilio, echando a pique las canoas de sus perseguidores.

El viaje de vuelta a Cuba es uno de los más penosos que recuerdan las crónicas de esos días. Los heridos —todos los soldados a excepción de uno— están hinchados y no cesan de quejarse y de maldecir al piloto Alaminos, cabeza de turco de la expedición, que sigue en su porfía de que Yucatán es una isla.

No habiendo suficientes hombres para tripular los navíos, se incendia uno en alta mar, logrando así continuar la navegación hasta el Estero de los Lagartos, donde desembarcan y cavan pozos. El agua resulta salada. Las heridas se inflaman con la sal, y los labios se llenan de pústulas. Nadie tiene ánimos para reforzar el velamen ni para trabajar en las bombas aligerando las sentinas anegadas. "Oh, qué cosa tan trabajosa es ir a buscar tierras nuevas y de la manera que nos aventuramos" —exclama Bernal al recordar la pesadilla del retorno.

Con ser tan angustioso el presente, preocupa más a los españoles el futuro inmediato. ¿Podrían soportar, enfermos y sin agua, el mes de navegación que los separa de Cuba? En ese callejón sin salida en que se hallan, los ojos se vuelven a la ciencia de Alaminos. Él, que los ha metido con sus historias de nuevas tierras en esa aventura, ahora debe sacarlos de ella. Urgido por sus compañeros, Alaminos recurre a sus mapas; salva los problemas de tránsito que le plantea la intrusa isla de Yucatán; traza líneas complicadas y, al fin, decide que el camino se acortará si los barcos, en vez de desandar lo andado, enfilan la proa a la cercana Florida.

El nuevo rumbo a través del Golfo de México los lleva, en efecto, a la tierra donde perdiera la vida Ponce de León, cuando marineros y soldados deliran con oasis, arroyos y cascadas. Hernández de Córdoba, inmóvil en su lecho, pide que le traigan un poco de agua, "pues se secaba y moría de sed".

No ha terminado el capítulo de sus sufrimientos. Bernal, el piloto Alaminos y veinte soldados echan pie a tierra; pero, no ha transcurrido una hora bebiendo alborozados y lavando los paños de los heridos, cuando uno de los centinelas aparece a la carrera dando voces: "Al arma, al arma, que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero."

Apenas tienen tiempo los españoles de empuñar sus escopetas y ballestas. Un escuadrón de robustos indígenas, armados con grandes arcos y vestidos con pieles de venado, se lanza contra ellos, entablándose nuevamente la batalla. A cuchilladas se abren camino al mar, y los españoles, con el agua a la cintura, en una pelea salvaje, logran arrebatarles a los indios un batel que se llevaban. El desgraciado Alaminos recibe un flechazo en la garganta; a Bernal le dieron también un flechazo, aunque de poca importancia, y seis soldados y cuatro marineros resultan heridos.

Concluido el combate, al pasar revista, se advierte la falta de uno de los centinelas, Berrio, precisamente el único soldado que resultó ileso en los combates de Champotón, y a quien por última vez se le vio con un hacha en la mano cortando un palmito. Allá van los soldados. Encuentran un tallo cortado y señales de lucha. Todas las búsquedas resultan inútiles, pues Berrio ha desaparecido, y los historiadores no volverán a tomarse el trabajo de ocuparse más de él.

De la Florida, los dos barcos cargados de agonizantes y heridos cruzan el estrecho y llegan a La Habana, desde donde se escribe al gobernador Diego Velázquez dándole cuenta del descubrimiento de las peregrinas tierras llamadas a cambiar el rumbo de la empresa indiana. A los descubridores, el saldo de esta aventura les resulta adverso. El capitán Francisco Hernández de Córdoba fallece a los diez días de desembarco; de los ciento diez hombres que componían la flota perecen cincuenta y siete, y los supervivientes, después de gastar sus haciendas,

vuelven a la isla de Cuba comidos de deudas, heridos y extenuados.

Diego Velázquez escribe al Real Consejo de Indias, haciendo una amplia exposición acerca de su descubrimiento y de la cuantiosa suma gastada en este nuevo e importante servicio que presta a la Corona. Así prospera este gordo parásito. Da un navío a cambio de esclavos, silencia los esfuerzos y los sacrificios de los oscuros soldados y, ante la Corte, se adjudica la gloria del descubrimiento de México, llevado a cabo con un dinero que jamás salió de su bolsillo.

Juan de Grijalva

Para la segunda expedición, Diego Velázquez eligió como capitán a Juan de Grijalva, un deudo suyo, joven colono de veintiocho años, prudente para su edad, pero sin las dotes excepcionales ni la buena fortuna indispensables a un conquistador. Resumiendo su carácter, dice Las Casas que hubiera hecho un buen fraile.

Las noticias de los templos de cal y canto y de las grandes riquezas, llevadas por los soldados de Hernández de Córdoba, habían entusiasmado al flemático gobernador de Cuba, que apresuró los arreglos de la segunda flota enviada a México. Esta vez se utilizaron dos de los navíos que llevara Hernández de Córdoba, y dos puso Velázquez añadiendo verduras y algunas cuentas para el obligado rescate. De capitanes al mando de tres barcos iban Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Francisco de Montejo. De pilotos, los mismos de la anterior expedición, con uno nuevo, un tal Sopuerta, natural de Moguer. Doscientos cuarenta hombres se alistaron bajo las banderas de Carlos V. Consistían las instrucciones dadas a Grijalva en rescatar todo lo que se pudiera y, si "viese que convenía poblar o se atrevía a ello, poblase y si no que volviese a Cuba".

En su estilo encantador, describe Bernal la partida:

"Ya que estábamos recogidos todos nuestros soldados y dadas las instrucciones que los pilotos habían de llevar y las señas de los faroles para la noche, y después de haber oído misa, en ocho días del mes de abril de 1518 años dimos a la vela y en diez días doblamos la punta de Guaniguanico y dentro de diez días que caminamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos porque descayeron los navíos con las corrientes más abajo que cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba."

Este segundo viaje, aunque esté muy lejos de revelar el "secreto" de la tierra, descubre pormenores de las Indias desconocidos hasta entonces. El paso de Grijalva por nuestras costas y el relato de Bernal Díaz ofrecen al lector moderno la sensación de asomarse a un mapa antiguo, en el que las playas, los bosques, las ciudades y los hombres estuvieran representados con delicado primor.

Cozumel, la pequeña isla verde rodeada por el mar de topacio, muestra, entre limpios arrecifes, un portezuelo. El pueblo —el habitual puñado de casucas en torno al macizo templo esquinado— está desierto y los expedicionarios sólo encuentran, escondidos en unos maizales, a dos viejecitos mayas, a los que regalan ciertas chucherías, con la súplica de que fueran a llamar a los caciques del poblado. Los viejos aceptan el obsequio, pero no regresan.

Las escenas, sorprendidas al vuelo, tienen una vida propia que nos relaciona con las particularidades de ese mundo en apariencia tan hermético. Esperando la vuelta de los dos viejos, los españoles ven venir hacia ellos, sin temor alguno, a una "india moza de buen parecer", que habla la lengua de Jamaica conocida por casi todos los expedicionarios. ¿Qué hace esta mujer tan lejos de su tierra? La moza refiere su historia. Hacía dos años, su marido y diez jamaiquinos salieron a pescar al mar, pero la canoa zozobró y, llevados los náufragos por las corrientes a Cozumel, allí los mayas los hicieron prisioneros para matarlos después en solemne sacrificio.

Grijalva, considerando que puede fiarse de la jamaiquina envía con ella otro mensaje a los invisibles caciques, dándole un plazo de dos días para cumplir el encargo, al cabo de los cuales, vuelve puntual explicando "que no quería venir ningún indio por más palabras que les decía".

Como la expedición se demoraba innecesariamente en Cozumel, Grijalva se resigna a no tomar posesión legal de la isla, ordena la partida, y embarcan todos, no sin llevarse a la viuda de "buen parecer", arrancándole así de un lugar que tan dolorosos episodios debía recordarle.

De Cozumel, navegando siempre de día a la vista de la tierra, bordean la península de Yucatán, pasan de largo por Campeche, y van a fondear, a causa de los bajos, a una legua de Champotón, la costa de la Mala Pelea, donde tienen una cuenta que saldar. Nadie olvida el desastre del año anterior ni la muerte del capitán Hernández de Córdoba, que está pidiendo venganza.

Los soldados llevan gruesos vestidos acolchados —hábito aprendido de los mayas, que va a serles inapreciable en las guerras futuras— y falconetes, desconocidos en la expedición anterior.

Así y todo, antes de abandonar los esquifes, más de la mitad de los soldados son heridos a flechazos. Una circunstancia favorece momentáneamente a los mayas. En medio de las cuchilladas, el trueno de los falconetes y los alaridos de los guerreros indios, una nube de langostas se abate sobre el campo de batalla. Los soldados se cubren de las langostas tomándolas por flechas y, cuando vienen las flechas, descuidan la defensa creyéndolas langostas.

A pesar de la ayuda de los acrídidos, la superioridad del acero y las armas de fuego se impone al cabo y obliga a los indios a retroceder en franca derrota. La costumbre indígena de retirar a los caídos en plena batalla, no permite saber el monto de sus pérdidas. Grijalva resulta con tres flechazos y dos dientes rotos. Siete soldados mueren y muchos salen con heridas leves.

De Champotón se navega a la isla del Carmen, bordeando la costa. Antón de Alaminos sigue porfiando que

Yucatán es una isla que parte términos en ese lugar con la tierra firme y, como nadie es capaz de refutar sus afirmaciones geográficas, el maravilloso estuario queda bautizado con el nombre de "Boca de Términos".

El paisaje ha sufrido una transformación absoluta. Atrás queda el suelo rocoso de Yucatán con sus ríos subterráneos, su espeso chaparral y los pájaros coloridos que vuelan entre las nieblas matutinas. Ahora abundan los ríos, y los chorros de verdura se precipitan hasta el mismo borde del mar resplandeciente.

La pequeña isla, convertida en un asilo de piratas durante la Colonia, es un diminuto paraíso tropical. Una de sus caras mira a la costa oscurecida por los palmares y al agua espesa y vegetal de los ríos que allí desembocan. La otra cara mira al profundo azul del mar abierto. En las playas, de suave y bruñida arena, rompen las olas, tejiendo sus mágicas espumas. Una pirámide se yergue solitaria entre el boscaje, pero no hay huella de población ni de habitantes. En cambio, abunda la caza, por lo que, con ayuda de una lebrela, los españoles cobran en poco tiempo un buen número de venados y conejos.

Esta lebrela, mencionada incidentalmente en la relación del viaje de Grijalva, es el personaje de un episodio poco común en el agrio desarrollo de la Conquista. El animal, posiblemente a causa de su pasión venatoria o por un descuido de su dueño, quedó olvidado en la Isla de Términos. No es en modo alguno un gozquecillo o un perro vagabundo y plebeyo. El lebrel, en aquella época de afición a la caza, es el compañero inseparable de los monarcas y los nobles. Los grandes pintores acostumbraban retratarlo echado en el pavimento de mármol a los pies de su amo o entre la hierba de los cotos, olisqueando el aire azul del Renacimiento, mientras la enguantada mano del príncipe acaricia el cañón de la escopeta.

Una señora de esta prosapia ¿a qué peligros se exponía, abandonada en una tierra de antropófagos y donde los perros por añadidura son mudos y de siniestro aspecto?

La incógnita se resuelve al año siguiente, en 1519, cuando uno de los barcos de la flota de Cortés, despachado como explorador, avista la isla del Carmen. Los soldados, en la borda, están absortos ante el nuevo y risueño paisaje. De pronto uno de ellos exclama: "En esa playa está un perro." Fuertes risotadas corean la afirmación. "¡Un perro! ¿Un perro en el Nuevo Mundo? El hambre te hace ver visiones." El soldado se indigna ante la incredulidad de sus camaradas. "Pues si no es un perro —contesta picado— es el fantasma de un perro. Aguardad a que el barco se aproxime y os convenceréis de lo que os digo." A poco, todos deben rendirse a la evidencia. Sobre la arena amarilla de la playa, claramente se destaca la figura de un perro y la brisa lleva a sus oídos un débil ladrido de bienvenida.

Recoge las velas el barco, poniéndose al pairo, y un grupo de soldados toma el batel y se dirige a la playa. La lebrela no espera a que toquen tierra. Se echa al mar y sale a su encuentro, sin temor a las olas. El robinsón canino, la heroína de esta aventura, se halla muy lejos de mostrar el tradicional aspecto que ofrecen los náufragos. No puede relatar su historia, las aventuras del año entero que pasó en la isla, pero su estancia allí, a juzgar por su apariencia, no le ha sido en modo alguno desagradable. Bernal la recuerda "gorda e lucida".

Pocos náufragos habrán mostrado, en forma tan elocuente, una gratitud mayor por su rescate. De vuelta a la playa, la lebrela parece deshacerse de gusto. Se arrastra lamiendo las manos de los españoles, salta y se revuelca en la arena aullando de alegría o emprende una serie de estupendos saltos y cabriolas. En medio de aquel frenesí, súbitamente, se queda inmóvil y a toda carrera desaparece como una exhalación, en el boscaje.

Los españoles, al cabo de un rato, cansados de esperar, se disponen a volverse, chasqueados, al batel, cuando surge de nuevo la lebrela, trayendo en la boca un conejo recién muerto, que deposita a los pies de uno de los sol-

dados. ¿Pero qué es un conejo para el hambre, avivada por la brisa del mar, que se gastan los futuros conquistadores de México? La lebrela parece comprender la pequeñez de su regalo y vuelve a internarse en la selva, regresando con otro conejo. En poco tiempo reúne tal número de piezas, que los españoles tienen de sobra para la cena y aún les alcanza para el desayuno del día siguiente.

La abundancia de caza en la isla supone una tentación demasiado fuerte. Olvidados de todo, los españoles, con ayuda de la lebrela, organizan una batida por la isla. Al llegar el resto de la flota, el barco, anclado en una rada, se muestra empavesado con innumerables pieles de venados y de los conejos cobrados en pocos días. La anónima lebrela no vuelve a figurar en las relaciones de los cronistas, pero su recuerdo queda, con el delicado parto, en un navío, de la yegua de Juan Sedeño, como uno de los pocos tiernos sucesos que consigna la historia de la Conquista.

Volvamos a la expedición de Grijalva. A los tres días de haber dejado la laguna de Términos, avista un río. En la costa las olas golpean contra los bajos y coronan de espumas las filosas aristas de la roca. Dada la escasa profundidad del río, se dejan fuera las dos naves grandes y, con las dos pequeñas y los bateles, todo el ejército remonta la corriente. El río de Tabasco, al que se bautizó con el nombre de Grijalva, su descubridor, como la mayoría de los grandes ríos que desembocan en esa región del Golfo, es de una agreste hermosura. Espesos cañaverales, enormes ceibas, caobas y zapotes, extienden en ambas riberas un telón de fondo matizado de verdes. Un calor húmedo, una atmósfera de invernadero adormece los sentidos y convida al sueño. En la margen oscura, el cocodrilo, asustado por el chasquido de los remos, desaparece en un remolino de fango, y en aquel silencio, no exento de esa angustia que da la sensación de una fuerza terrible de reposo, se escucha el llamado vibrante de un pájaro invisible y el eco que el mismo despierta en la margen

opuesta. A medida que avanzan, el río va dando señales de vida. Primero, encuentran barcas de pescadores; luego, se oye el ruido que hacen las hachas al cortar la madera del bosque, y, por último, cincuenta canoas tripuladas con guerreros, que indican la proximidad de un poblado importante, obligan a los españoles, temerosos de una sorpresa, a desembarcar en un palmar de la orilla.

Como también en los esteros transitan canoas con indígenas armados y las que navegan en el río se acercan al palmar en son de guerra, ya se disponen los soldados a disparar las escopetas y ballestas cuando al capitán se le ocurre hablarles con los intérpretes Melchorejo y Julianillo, diciéndoles que no tuviesen miedo, pues venían a sus tierras con intenciones pacíficas.

Oído el mensaje, cuatro canoas se arriman a tierra y desembarcan treinta guerreros principales. Un alto jefe, a quien puede reconocérsele por el bezote de jade que adorna su labio, y un sacerdote ataviado con negras vestiduras, hacen de embajadores. Grijalva es un mozo valiente, pero carece de talento diplomático. Expresa sus intenciones crudamente, con lo cual produce entre los indios, tan cuidadosos de las formas, el efecto contrario al que se propone.

El joven capitán, antes de iniciar la plática, da a los embajadores el habitual puñado de cuentas verdes y diamantes azules. En el rostro del cacique principia a dibujarse una sonrisa de satisfacción, que desaparece cuando Grijalva, en forma nada política, solicita bruscamente el reconocimiento de un gran monarca llamado Carlos V, de quien los visitantes blancos son vasallos. El breve parlamento lo cierra una petición. Deben llevarle maíz, fruta, gallinas y oro, a cambio de las cuentas que les ha dado y de otras cosas peregrinas de que están llenos los barcos.

Los indios responden con ironía. Les sorprende que apenas llegados los hombres blancos, traten ya, sin conocerlos, de imponerles un amo. No necesitan ellos de ningún señor extranjero; tienen el suyo propio, a quien

respetan y quieren. Por lo demás, les darán comida en abundancia y cambiarán gustosos su oro; pero si se empeñan en darles guerra, antes deben pensarlo cuidadosamente, ya que tienen dispuestos miles de guerreros, y la batalla no será tan fácil para los blancos como fue la de Champotón.

Concertadas las paces, previa consulta con los caciques, los indios traen, según lo prometido, abundante comida, ropas y joyas con el ruego de que los españoles continúen su camino, en vista de que no hay más oro que ofrecerles. El oro estaba en México, y allí debían buscarlo los extraños viajeros. Terminado el rescate y temerosos de que el viento del norte demorara su salida, los españoles se embarcan y continúan su exploración de la costa.

A los tres días de navegación, descubren, en la boscosa margen de un nuevo río, un grupo de indios que, agitando blancas banderas en el extremo de larguísimas astas, hacen señas para que se acerquen. Grijalva, ante lo desusado del caso, envía dos bateles con soldados, y permanece él en su navío, organizando refuerzos, por si se trata de una emboscada. Los soldados encuentran, a la sombra de unos árboles, dispuesta sobre esteras, una comida de faisanes asados, pan de maíz y frutas desconocidas. Los indios, vestidos lujosamente, apenas desembarcan los hombres desconocidos, traen braseros de barro donde arde una resina perfumada con la que los sahuman. Sólo que no hay medio de entender lo que dicen. Julianillo, el intérprete, explica a los españoles que los indios hablan el náhuatl, lengua de un imperio lejano, que él no comprende.

Enterado de lo que ocurre, Grijalva, se apresura a desembarcar y, cuando los indios se percatan de que el joven capitán es el jefe de todos le hacen gran acato y lo invitan a sentarse. Por su parte, Grijalva extrema las muestras de cortesía, manda regalarles cuentas verdes, y por señas les da a entender que den su oro a cambio de los rescates que lleva.

Los españoles, privados de intérprete, no logran descifrar el misterio del encuentro. No es en modo alguno un encuentro casual. El llamamiento, la mesa dispuesta, la actitud deferente de los indios prueban que los estaban esperando. Mas, ¿quién los enviaba? ¿Cómo recibieron noticia de su paso, si carecen de caballos y de rápidos medios de comunicación?

Las señas no aclaran nada. Cuando Grijalva, en la forma más convincente posible, les muestra una pieza de oro y les da a entender que expliquen de dónde proviene, los indios, señalando al oriente dicen: *México* y *Culúa*, dos extrañas palabras cuyo oculto sentido se escapa a los españoles.

Es la seguda vez que el nombre de México se menciona en este viaje. El oro viene de México. Los indios han sido enviados por el señor de México. Más tarde averiguarían los españoles que durante muchos meses, los indios que en las márgenes del río enarbolaban las banderas blancas, habían estado al acecho, aguardando las naves por órdenes del emperador Moctezuma, a fin de averiguar de qué parte venían y con qué intenciones se acercaban a sus tierras.

Tampoco los indios descifran los misterios que les plantea la llegada de los blancos. No puede afirmarse si son dioses o si son mortales de carne y hueso. Sus intenciones no resultan menos confusas. En Champotón libraron dos sangrientos combates con los mayas y demostraron su espíritu sanguinario, mientras en diversos lugares sólo se conformaron con trocar oro por las cuentas preciosas y los raros objetos que traen en sus casas flotantes.

¿Únicamente desean oro los viajeros? Es fácil complacerlos. Los caciques ordenan que se lleve todo el oro disponible, y a poco, hombres y mujeres, señores y esclavos, acuden al campamento a cambiar sus joyas, con tanta profusión y buena voluntad, que en seis días obtuvieron "más de dieciséis mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de mucha diversidad de hechuras".

Como siempre —escribe Pereyra— Las Casas ajusta la cuenta: "Valía todo el oro que dieron más de mil ducados, sin el valor de la hechura de algunas cosas de ellas que pudieran valer más que el oro que tenían. El capitán les dio en pago del presente recibido, no con que salir de lacería, y fueron los objetos siguientes: un sayo, una caperuza de frisa colorada, y en ella una medalla no de oro, sino de las falsas; una camisa de presilla, con algunas gayas o labores, de hilo y no de seda; un paño de tocar; un cinto de cuero con su bolsa; un cuchillo, unas tijeras y unas alpargatas; unas servillas de mujer, unos zaragüelles, dos espejos, dos peines y algunas sartas de cuentas de vidrio de diversos colores, todo lo cual no valía en Castilla tres o cuatro ducados."

Terminado el rescate del oro en el río de Banderas, Grijalva se despide de los generosos caciques y ordena la partida. Los cuatro barquichuelos, con las velas desplegadas, continuaron su derrota. Días después, con buen tiempo, se vislumbra a proa una isla de blancas arenas, y más adelante, otra cubierta de verdes árboles, cercana a una extensa playa, a la que parecía servir de guardián un islote rocoso, donde el agua, azul y profunda ofrecía un abrigado fondeadero para los navíos.

La playa, un pequeño desierto de médanos ardientes sobre el que se proyecta la sombra de las gaviotas, el islote mismo con sus templos donde se encuentran dos sacerdotes tocados con sus fúnebres vestiduras y dos muchachos con los pechos abiertos —nuncios sombríos de un mundo en todo diferente al del Caribe— no son vistos con particular interés.

Siete largos días permanece Grijalva rescatando joyas de oro. El pan de cazabe, enmohecido, amarga; han muerto en los combates pasados treinta y cinco españoles; cuatro enfermos graves necesitan mayores cuidados de los que se les pueden proporcionar a bordo; los mosquitos no permiten conciliar el sueño, y el oro rescatado no compensa las penalidades sufridas. Este conjunto de difíciles circunstancias decide a Grijalva a enviar el oro y los enfermos a Cuba en el navío San Sebastián, bajo el cuidado de Pedro de Alvarado, mientras él sigue explorando la costa. Este doble error se traduce en la ruina del joven capitán.

Alvarado, soldadón orgulloso y atrabiliario, acostumbrado a imponer su voluntad, había ido de mala gana a la expedición, considerando una afrenta el hallarse a las órdenes de un capitán inexperto. El incidente del río de Tabasco, en que Grijalva le reprochó públicamente y con toda razón su falta de disciplina, ahondó, como era de esperarse, las diferencias que ya separaban a los dos hombres y provocó en Alvarado un resentimiento imborrable. Y era precisamente a este su único enemigo al que elegía el inocente Grijalva para que lo representara ante Diego Velázquez, su desconfiado pariente.

Mientras el capitán, con sus tres naves restantes, explora inútilmente las costas de Tuxpan y cambia cuentas por hachas de cobre creyendo que son de oro, Alvarado en Cuba lo traiciona, acusándolo de incapacidad y de no haberse atrevido a poblar la tierra, a pesar de sus muchas riquezas y favorables condiciones.

Meses más tarde, cuando el segundo explorador de las costas mexicanas aparece en Santiago, Velázquez ya lo tenía relegado al olvido. Años después, lo vio Las Casas en Santo Domingo, pobre y abatido. Luego, anduvo por el Pánuco, a las órdenes de Garay, sirvió a Pedrarias en el Istmo, y fue muerto en Honduras.

En México, su memoria oscurecida por las hazañas de Cortes viviría tan sólo en el suave correr de las aguas del río tropical que lleva su nombre.

Hernán Cortés

La noticia del oro rescatado por Grijalva conmueve profundamente a la isla de Cuba. Como en la época del primer almirante, la fábula de los tesoros y los grandes imperios corre de boca en boca, despertando esperanzas

y ambiciones largo tiempo diferidas. "Estaban todos espantados —escribe Bernal— de cuán ricas tierras habíamos descubierto." Los negocios del gobernador marchan viento en popa. Hernández de Córdoba no podía ya alegar derecho alguno como descubridor de México. Había quedado eliminado para siempre de la contienda. Grijalva, su pariente, no tiene carácter para reclamar por sí mismo ningún derecho sobre la tierra.

Para Velázquez, el éxito de la gubernatura consiste en llevar diplomáticamente sus asuntos. Ya no está en condiciones de fatigarse recorriendo mares tempestuosos y de exponer la vida en inciertos combates, cuando hay centenares de locos que sólo piensan en realizar algún heroico hecho de armas. Y en materia de influencia, ¿quiénes eran esos oscuros colonos ante un gobernador amigo íntimo del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, en cuyas manos estaban los negocios de Indias?

Dinero para fletar una tercera expedición no falta. Las dos anteriores lo han enriquecido, aun pagando el quinto del rey y haciendo regalos a sus valedores en la corte. Queda únicamente por resolver un problema nada fácil. ¿En quién hará recaer el nombramiento de capitán de la flota? Velázquez busca un hombre que sea lo bastante valeroso y capaz para mandar la expedición y que tenga la suficiente dosis de sumisión para obedecer sus órdenes y conformarse con un puesto subalterno.

Entre los posibles candidatos, figura, en primer lugar, Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria, hombre rico y poderoso. Pero su mismo poder ya supone un grave inconveniente. ¿Aceptará servir como segundo de Velázquez? Por otro lado, las exigencias de Porcallo resultan inadmisibles. Se niega a comprometer su hacienda en la expedición y la participación que ofrece es insignificante, tanto más cuanto que numerosos colonos están dispuestos a empeñar hasta la camisa con tal de obtener el ambicionado cargo de capitán general.

Otros candidatos son nada menos que los parientes

cercanos del gobernador, Agustín Bermúdez, Antonio Velázquez Borrego y Bernardino Velázquez. El caso de los tres es opuesto al de Porcallo. Carecen de poder y de influencia, pero, en cambio, están cerca de Velázquez y no cesan de importunarlo.

Grijalva no está descartado del todo. La mayoría de los soldados pide su vuelta, pensando —según escribe Bernal, que siempre supo hacerse eco del sentir de la mayoría— "que era buen capitán y no había falta en su persona y en saber mandar".

Cortés figura en la lista, de manera prominente. ¿Quién es ese colono de la isla de Cuba que pretende el cargo de capitán sin haber participado en alguna expedición militar?

El pretendiente en cuestión ha nacido en Medellín el año de 1485. Su madre, doña Catalina Pizarro, era, según el decir de Gómara, "muy honesta, religiosa, recia y escasa". Su padre, Martín Cortés, capitán retirado, fue un hombre devoto, que vivía con modestia de alguna tierra y del comercio.

Grandes sucesos históricos forman el marco de su infancia. Los Reyes Católicos toman en 1492 la ciudad de Granada, el último reducto de los árabes en España, y abren la etapa de la guerra moderna con la introducción de la artillería. Cristóbal Colón, ese mismo año, descubre América y, los judíos son expulsados del suelo español. El Gran Capitán, poco después, hará hablar al mundo de sus campañas en Italia.

Don Martín Cortés por haber sido soldado, desea para su hijo una profesión menos riesgosa y lo envía a Salamanca. En la famosa universidad aprende los pocos latines y las argucias de abogado que tanto van a servirle en las Indias. Dos años más tarde, sintiéndose sin vocación para los estudios, cierra los libros y regresa a su casa. Tiene diecisiete años, el genio pronto y la palabra fácil.

Los muchachos españoles no deben preocuparse demasiado por el porvenir. Su época sintetiza, en una frase,

los caminos que se abren ante el joven: "Ciencia, mar o casa real." Cortés ha eliminado la ciencia, es decir, ha rechazado la oportunidad de vestir la toga que le abriría las puertas de tribunales y cancillerías. Quedan el mar y la casa real, el viaje a las Indias, a un mundo maravilloso y lejano, o el servicio militar en Italia bajo las banderas del Gran Capitán. El dilema no es difícil de resolver, y Cortés se decide a tomar parte en la expedición de Ovando que se halla en organización; pero una noche sale de aventuras, con armadura y espada, escala una tapia ruinosa y cae entre los adobes, armando un tremendo alboroto. Al ruido, un marido celoso, valiéndose de que el galán yace en el suelo sin poder moverse, le da una soberana paliza que, complicada con unas cuartanas, lo obligan a guardar cama, mientras los navíos de Ovando parten a los soñados paraísos orientales.

Cuando recobra la salud decide marcharse a Italia, emprende el viaje, desiste de su proyecto en Valencia y un año entero anda a "la flor del berro". No importa lo que haga durante ese año que los biógrafos se empeñan en llenar con honrosos pasatiempos. Cortés es una presa segura de las Indias. Los aventureros fracasados y los victoriosos echan a volar, en puertos y tabernas, cuentos de extraordinarias riquezas y de tierras mágicas. Se sueña con cascadas de perlas, con lingotes de oro que un hombre no puede levantar y con esclavos indios que liberan al hombre blanco de todas las cargas de la existencia.

Al cumplir los diecinueve años, Cortés, con un hatillo de ropa al hombro y unas pocas monedas en la bolsa, se embarca en el navío de un tal Quintero, rumbo a la Española. Su vida está ajustada al patrón de la época. Estudiante fracasado de Salamanca, héroe de una oscura novela picaresca, lugareño con la cabeza llena de sueños que se ahogan en el tranquilo ambiente de su pueblo, encarna en América el tipo clásico del inmigrante de aquellos días.

No bien desembarca, pregunta dónde se encuentra el oro. Ovando, el gobernador, sonríe: "Amiguito: ante todo

debe saber salirse a una 'conquista'. Luego, hay que avecindarse, pedir solar y labrar casa."

Su primera hazaña en América no es nada honrosa. A las órdenes de Diego Velázquez, un "obeso flemático",[4] sale a combatir a la "Semíramis haitiana", la hermosa Anacaona, Flor de Oro, que se ha rebelado. La campaña contra unos indios que tenían las barrigas por broqueles, según escribió Las Casas con su peculiar, incisivo estilo, no le proporciona gloria alguna aunque sí una regular encomienda de indios.

Fuera de este triste episodio, el joven Cortés no participa en ningún hecho de armas. Sus mayores ingresos y su reputación en la Española los debe principalmente a la escribanía del ayuntamiento de Azua que desempeña con gran habilidad. A los cinco años de permanecer en la isla, Cortés hace un balance de su vida. Para andar de escribano y de colono pobre no necesitaba haber dejado su provincia, donde podía ejercer ambos oficios al lado de sus padres, en su casa, a la que nunca faltaba nada de lo esencial.

Lo inquieta, de tarde en tarde, el eco de los grandes viajes de descubrimiento. Está a punto de alistarse en la expedición de Alonso de Ojeda, pero su buena estrella lo salva del desastre; y así como perdió la flota de Ovando gracias a la paliza que le propinó el marido celoso, en esta ocasión no se embarca con Ojeda por culpa de un absceso que lo obliga a encamarse.

En 1511 se le ofrece una nueva oportunidad. El segundo almirante, don Diego Colón, ante la necesidad de establecer una colonia en Cuba —punto de enlace entre la rica isla de Jamaica y la Tierra Firme—, le confía su conquista a Diego Velázquez, nombrándolo gobernador en representación suya. Cortés se une a los trescientos hombres que participan en la empresa, no en calidad de soldado, sino de rábula ya que va "con funciones de orden civil pues servía como auxiliar al tesorero Miguel

[4] Carlos Pereyra.

de Pasamonte, para llevar las cuentas de la Real Hacienda".[5]

La conquista de Cuba se reduce a un simple paseo militar. Los indios, sus pobladores, son como los naturales de Santo Domingo, desnudos e inocentes, "muy sin mal de guerra" y casi no ofrecen resistencia. Diego Velázquez inicia su cargo de gobernador casándose con una doncella de la virreina María de Toledo. Un domingo, refiere Las Casas, celebró sus bodas, y el sábado siguiente lo halló viudo, buen pretexto para que en su nombre Pánfilo de Narváez recorriera Cuba tomando posesión legal de la isla.

En 1512, al fundarse la ciudad de Baracoa, Hernán Cortés sigue, con mayor éxito que en la Española, sus pacíficas tareas de escribano y granjero. Emprende el cultivo de la vid, cría vacas, ovejas y yeguas; explota minas de oro y aun se entrega al comercio en colaboración con Andrés de Duero y aporta a la sociedad dos mil castellanos. Sin embargo, lo que más consideración social y dinero le proporciona es la escribanía de Baracoa.

Desde luego, no es Cortés el único letrado o leguleyo con aspiraciones de conquistador. Nuestros conocidos, Batista, el notable de Sevilla, y el bachiller Enciso, con muchos otros de menor nombradía, son frutos de una época por mitad aventurera y legalista.

En medio de su naciente prosperidad, un grave choque tenido con el gobernador Velázquez estuvo a punto de arruinar su carrera. Sucedió que en la comitiva de la virreina doña María de Toledo, habían venido de España cuatro hermanas "de buen parecer" chaperoneadas por un hermano suyo de origen andaluz, llamado Juan Suárez. Estas damas, no se sabe si a causa de sus ambiciosas miras o por algunas de las sinrazones que con frecuencia persiguen a las mujeres hermosas, dos años después de su estancia en la Española no habían logrado casarse. Las cazadoras de maridos seguían, como era de esperar, el

5 Carlos Pereyra.

itinerario de los conquistadores, por lo que, viendo agotadas las posibilidades de matrimonio en Santo Domingo, pasaron a Cuba, en busca de mejor fortuna.

En la isla, el recién viudo gobernador se aficionó a una de ellas, con la cual mantuvo relaciones dudosas, que nunca llegaron a formalizarse. Por su parte, Cortés, compañero de Velázquez en todas sus correrías, dada su más modesta jerarquía se hizo novio de otra, llamada Catalina, como su madre, haciéndole promesa de matrimonio, que a poco rompió, dejando en entredicho el honor de la familia Suárez.

Las mujeres debían ser en su vida causa de muchos quebrantos. El gobernador tomó el partido de Catalina, y a él se unieron las tres hermanas, Juan Suárez, los servidores de Diego Velázquez, que formaban su casa, y algunos envidiosos y malquerientes de Cortés. Parece que éste fue el origen de una intriga que poco a poco se complicó y llegó a tomar proporciones desmedidas. Los enemigos de Cortés se reunían en la casa de Velázquez y lo acusaban de desafecto, y los enemigos de Velázquez se juntaban en la casa de Cortés para murmurar de su gobierno.

No podía seguir adelante este doble juego. Velázquez, dueño del poder, termina por enfadarse, tiene un fuerte altercado personal con Cortés y manda aprehenderlo arrojándolo encadenado a la cárcel.

Una noche, rompe Cortés el cepo y, aprovechándose del tranquilo sueño del alcaide —los alcaides tradicionalmente concilian mejor el sueño que sus prisioneros— le roba su broquel y su espada y corre a refugiarse en la pequeña iglesia. Este acto de rebeldía es la declaración de una batalla en toda forma. La deportación a España, acompañado de un proceso criminal en el que se le acumularán los cargos que la piedad de la época aconsejaba emplear contra los enemigos, supone para Cortés, no sólo la pérdida de su trabajo en las Indias, sino la ruina de su vida. Velázquez, a su vez, ve en el asunto una fuente de serios disgustos. Indudablemente el extremeño sabe algu-

nas cosas que pueden perjudicarlo. Su nepotismo —la mayoría de los cargos públicos en Cuba está en manos de sus parientes—, su avaricia y algunos turbios negocios de que Cortés conserva pruebas escritas, saldrían a luz si el extremeño logra evadirse de Cuba.

La iglesia queda estrechamente vigilada, y a Lagos, el alcaide de la prisión, se le remueve de su cargo y se le acusa de soborno. La ruptura del cepo, su profundo sueño y la fuga de Cortés, resultaban coincidencias demasiado sospechosas.

Al fin, el cerco puesto a la iglesia hace caer a Cortés en manos de Velázquez. Cansado de su encierro sale una mañana a tomar el sol, sin apartarse mucho de la puerta cuando el nuevo alcaide, Juan Escudero, le cae encima con sus corchetes y lo lleva a un barco que pronto se haría a la vela, rumbo a la Española.

Las pruebas sufridas iban revelando un carácter insospechado en el hombre que gran parte de su juventud había servido escribanías de pueblos rabones, durante una etapa en que los españoles se lanzaban a la exploración y conquista del Nuevo Mundo.

En el barco logra sacar el pie del grillete, cambia sus vestidos por los del criado que lo acompaña, deja a éste en su lugar y aprovechando las sombras de la noche, se desliza por la cubierta, aborda el esquife y todavía tiene ánimos para cortar la cuerda del esquife de otro navío cercano para no ser perseguido. No termina aquí su odisea nocturna. Largo tiempo lucha con la corriente del río Macaguanigua, hasta que, comprendiendo que sus fuerzas se agotan inútilmente opta por alcanzar a nado la ribera, atándose a la cabeza unos papeles que eran su principal arma contra Velázquez.

Ya en tierra, extrema su habilidad. Desde el seguro de la iglesia, procura hacerse amigo de los Suárez, se casa con Catalina, y habiendo reparado el honor de esta escrupulosa familia, trata de reconquistar la amistad de Velázquez. Los emisarios de ambas partes van de la iglesia al palacio y del palacio a la iglesia con recados y mensajes. Cortés se finge irreconciliable; el gobernador pide garantías; el número de los parciales de Cortés aumenta a medida que el tiempo transcurre y, por último, viendo Velázquez que el lío puede convertirse en un escándalo perjudicial a sus intereses, accede a reconciliarse, sin exigir garantías de ninguna clase.

Una tarde en que el obeso gobernador, de viaje por el interior de la isla, lee pacíficamente un libro de cuentas, en una granja apartada, aparece Cortés, armado de lanza y ballesta y seguido de su antiguo enemigo y ahora inseparable cuñado Suárez y le tiende la mano. Velázquez deja el libro, sorprendido, y los dos hombres, que habían jurado destruirse, se dan un estrecho abrazo. Esa misma noche duermen en una misma alcoba y en la misma cama.

Esta es la historia del peligroso escribano, cuyo nombre figura entre los candidatos al cargo de capitán de la tercera flota que se organiza con destino a México. La sumisión que sobre todas las cosas reclama Velázquez, ¿es uno de los rasgos del carácter del extremeño? Los incidentes pasados sólo han puesto de relieve su osadía, y al fin Velázquez había terminado ganando la partida, ¿Cortés no alentaría el propósito de vengarse?

Por otro lado, aunque al extremeño se le reconoce valor y prudencia, habilidad para ejercer el cargo de escribano y una persuasión innegable, carece de antecedentes militares. Su intervención en la campaña haitiana, el hecho de haber escapado de un navío y de cruzar un río a nado, no son razones que justifiquen su pericia en las armas ni su designación de capitán. Francisco de Montejo, el mismo Pedro de Alvarado, habían probado ser competentes soldados en las expediciones anteriores, y en Cuba existen caballeros de valimiento, como Puertocarrero o como Velázquez de León, que es, por añadidura, deudo de Velázquez.

A pesar de que las circunstancias no lo favorezcan, en

esta lucha azarosa Cortés no está solo. Dos aliados sutiles lo apoyan moviéndose con discreta habilidad en medio de la tempestad de ambiciones. Uno de ellos "era Amador de Lares, analfabeto que compensaba su incultura con una astucia acreditada en Italia, donde residió veintidós años y alcanzó el cargo de maestresala del Gran Capitán. El otro era Andrés de Duero, pequeñuelo como un gnomo, callado, sutil y enredador, que desempeñaba la secretaría de Velázquez".[6]

La influencia de estos dos aliados llegó a ser decisiva. Velázquez, reclamado por todos lados, acalló por último sus temores y se decide a dar el cargo a Cortés. El extremeño está dispuesto a empeñar sus bienes para sufragar gran parte de los costosos gastos que demanda la expedición.

El 23 de octubre —fecha anterior al regreso de Grijalva—, el escribano Alonso de Escalante formula las instrucciones de rigor. El documento, muy ceñido al espíritu legalista del español, especifica que Cortés procurará "por todas las vías e maneras e mañas, la vuelta de seis cristianos, acaso de los de Nicuesa, que Melchorejo y Julianillo tenían por cierto que estaban cautivos en la isla de Yucatán".

Después de fijar el derrotero que la armada ha de seguir, se le ordena "hacer cartas y memorias de todo lo que viere en la costa como puertos y aguadas". A los indios, debe "requerirlos (en nombre del rey) para que se sometan a su yugo e servidumbre e amparo real, e decirles cómo todos los naturales de estas islas así lo facen, e en señal de servicio le dan e envían mucha cantidad de oro, piedras, perlas e otras cosas que ellos tienen, e asimismo su alteza les hace muchas mercedes, e decirles que ellos ansimismo lo pagan, e le dan algunas cosas de las susodichas e de otras que ellos tengan". En este capítulo no se olvida, naturalmente, la obligación de instruirlos en los

[6] Carlos Pereyra.

misterios de la fe católica y en tratarlos con amor cuando se acercasen a rescatar.

La posesión de las tierras que se descubriesen, debería hacerse con la mayor solemnidad y ante escribanos y testigos. Pondría la mayor diligencia en descubrir el "secreto de las islas y tierra así de la maña y conversación de la gente de cada una de ellas en particular, como de los árboles y frutas, hierbas, aves, animalias, oro, piedras preciosas, perlas e otros metales, especiería e otras cualquier cosas que de las dichas islas e tierra pudiéredes saber e alcanzar, e de todo traer entera relación por ante escribano".

La lista de lo que podríamos llamar instrucciones accidentales, no es otra cosa que la lista de sus propias ideas sobre la nueva tierra. Cortés trataría de aclarar los siguientes misterios: el significado de las cruces de Cozumel, el lugar donde existe el oro y la forma de obtenerlo y dar noticia de las gentes de orejas grandes y anchas y de otras "que tienen las caras como perros" y a qué parte están las Amazonas.

Cortés, en sus largos años de colono, alcaide y escribano, no ha logrado hacerse rico. Tiene repartimientos de indios y minas que le dejan algún dinero y aún se dedica al comercio en compañía de Andrés de Duero, pero todo se lo gasta en comidas rumbosas, en darse buena vida y en ataviar ricamente a su mujer, por lo que su designación lo sorprende sin ahorros y con deudas. En ese apuro recurre a tres mercaderes amigos suyos, quienes le ofrecen cuatro mil pesos al contado y cuatro mil en mercancías "sobre sus indios y hacienda y fianzas". Cortés se decide a jugárselo todo a una sola carta y acepta el trato.

El solo nombramiento —todavía sujeto a numerosas contingencias— cambia su vida de la noche a la mañana. Ha dejado de ser un oscuro funcionario para convertirse en un personaje. Desde luego, su atavío se transforma. Anda por las calles de Santiago con un penacho de airosas plumas, y sobre el jubón de terciopelo luce una cadena

de oro con una medalla y unas lazadas de oro que le dan el aspecto, antes de serlo, "de un bravoso y esforzado capitán".

El cambio de Cortés, la magnitud que va cobrando la organización de la tercera flota, no hace más que remover el odio de los despechados en esta minúscula corte donde todo puede obtenerse por medio de intrigas y adulaciones.

Cómo se forma una expedición

Un domingo, ocurre un hecho sobremanera desagradable. El gobernador acompañado de los vecinos más pudientes de Santiago, ha salido de su casa para oír misa. A su derecha, en el lugar de honor, camina Cortés con su vistoso penacho de plumas, y unos pasos adelante, el bufón oficial, un truhán llamado Cervantes el Loco, divierte a Velázquez con gran número de cabriolas y chocarrerías.

De pronto, el bufón comienza a decir entre el asombro de todos: "A la gala, a la gala de mi amo Diego. ¡Oh Diego, oh Diego! Qué capitán has elegido, que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura, mas temo, Diego, no se te alce con la armada, porque todos lo juzgan por muy varón en sus cosas."

El pequeñuelo Andrés de Duero interviene y, dando unos pescozones al loco, lo recrimina, diciéndole:

"Calla, borracho loco, no seas más bellaco, que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de ti". Pero Cervantes, sin hacer caso de golpes ni de advertencias, sigue gritando:

"Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitán, y juro a tal, mi amo Diego, que por no verte llorar el mal recaudo que ahora has hecho, yo me quiero ir con él a aquellas ricas tierras."

La cosa no podía estar más clara. El bufón —sin duda bien pagado— había expresado, públicamente, lo que en privado, en corrillos interminables y al mismo gobernador

decían sus parientes y los enemigos de Cortés, sabiendo que a cada momento aumentaba la fuerza del extremeño.

Prácticamente la isla está en pie de guerra. Han bastado pocos días para que Cortés demuestre su talento de diplomático. En Santiago y en las poblaciones de la isla, los colonos venden sus haciendas para comprar armas y caballos —entonces muy escasos—, preparan en sus ranchos tocinos y pan de cazabe y apenas hay español a quien no se le vea coserse sus ropas acolchadas —las nuevas armaduras de las Indias—, tratar con prestamistas o escribanos o limpiar afanosos las viejas espadas y los mosquetones que hacía años permanecían arrumbados.

De Santiago se alistan en la expedición trescientos cincuenta hombres. Sólo de la casa de Diego Velázquez salen su mayordomo, Diego de Ordás, Francisco de Morla, Escobar el Paje, llamado así por ser paje del gobernador; un tal Heredia, Juan Ruano, Pedro Escudero, Martín Ramos de Lares, otros muchos amigos y paniaguados de Velázquez y hasta Bernal Díaz sale de su casa y resulta su deudo, según declara terminantemente es su *Historia Verdadera.*

Aunque Cortés se haya convertido en la sombra del gobernador y le prometa a cada rato hacerlo "mediante Dios, muy ilustre señor y rico en poco tiempo", las dudas de Velázquez sobre la lealtad de su capitán general van en aumento. Sus enfurecidos parientes no lo dejan vivir, envenándole la sangre con historias falsas, recuerdos poco gratos y augurios siniestros, apoyados por el viejo loco Juan Millán, astrólogo de profesión, que entre otras cosas decía: "Mirad señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso y como es mañoso y atrevido, os ha de echar a perder si no lo remediáis presto."

La atmósfera se hace irrespirable. Andrés de Duero no cesa de advertir a Cortés que acelere la partida, pues sabe de sobra que Velázquez, arrepentido en cualquier momento, puede revocar su nombramiento.

Cortés dispone los últimos y más apremiantes prepa-

rativos, y los pregoneros dan a conocer el bando de embarque. La playa se llena de mujeres llorosas y de niños que despiden a los suyos, pilotos y marineros, soldados cubiertos con sus ropas acolchadas, artilleros olorosos a pólvora, escopeteros y ballesteros que no abandonaban un momento sus pesadas armas.

Al día siguiente, Cortés, acompañado de sus amigos y principales capitanes, se despide de Velázquez. El gobernador lo acompaña hasta el barco, y allí, entre recomendaciones, juramentos de mutua lealtad y abrazos interminables, los dos hombres, que no habían de volverse a ver, se dicen adiós. A poco, los diez barcos se hacen a la vela, rumbo a Trinidad. El obeso gobernador, su séquito, la gente agolpada en la playa, van diluyéndose en una manchita oscura. Ahora, suenan en los costados de las naves las olas del mar y el viento que ha de llevarlos a la tierra de promisión.

En Trinidad, Cortés se aloja en la casa de Juan de Grijalva, y planta a la puerta su estandarte carmesí y las banderas reales, mientras los pregoneros atruenan el aire de la tranquila villa. Allí se unen a la expedición, entre muchos, los cinco famosos hermanos Alvarado, Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan; el viejo bastardo, Alfonso de Ávila, capitán que fue de uno de los navíos de la flota de Grijalva; Juan de Escalante, Pedro Sánchez Farfán, Gonzalo Mejía —más tarde iba a ser tesorero en México—, Joanes de Fuenterrabía, Lares el buen jinete —porque había otros Lares, aclara Bernal—, el muy esforzado Cristóbal de Olid y Ortiz el Músico.

De Trinidad, escribe Cortés una carta invitando a los vecinos de Sancti Spiritus, población que distaba dieciocho leguas, y acuden al llamado, Alonso Hernández Puertocarrero pariente del conde de Medellín; Gonzalo de Sandoval, uno de los primeros entre los conquistadores de México; Juan Velásquez de León, pariente del gobernador, y Juan Sedeño. En su mayoría son conquistadores fracasados, venidos a colonos por la fuerza de las circunstan-

cias, que vegetan en poblaciones minúsculas, vigilando sus piaras, sus campos de azúcar y sus encomiendas. La mayoría aportaba algo a la expedición, aunque a juzgar por el caso del noble Puertocarrero, su situación no debía ser nada bonancible. El pariente del conde de Medellín hace el viaje de Sancti Spiritus a Trinidad andando o en la grupa del caballo de algún vecino, por no tener dinero para comprar una cabalgadura. Cortés adquiere para él una yegua rucia y deja en pago las lazadas de oro que tanto le gusta lucir en la ropilla.

No hay cosa en que Cortés ponga la mano que no le salga bien. Acierta a pasar por el puerto el comerciante Juan Sedeño con un navío cargado de pan cazabe y tocinos destinados a unas minas cercanas, le habla Cortés y, como resultado de la plática, el comerciante se une a la aventura, vendiendo al fiado el barco y su valioso cargamento.

A todo esto, Velázquez, sin la seducción que Cortés ejercía sobre él y entregado a las habladurías de sus parientes, tiene la ocurrencia de enviar a dos mozos de espuela, de su entera confianza, con mandamientos para Francisco Verdugo, alcalde mayor de Trinidad, y naturalmente su deudo, en los que le ordena que detenga a Cortés y lo envíe preso a Santiago pues ha revocado el poder, otorgándoselo a Vasco Porcallo.

También envía cartas a sus antiguos criados Ordás y Francisco de Morla, "rogándoles mucho que no pasase la armada".

En cuanto Cortés se entera de la absurda maniobra del gobernador, tiene un larga plática con Verdugo, Ordás y los partidarios de Velázquez, a los cuales les hace ver que él ha cumplido fielmente sus compromisos, y la orden de Velázquez lesiona no sólo sus intereses comprometidos en la empresa, sino todos los de ellos. La situación de Verdugo es muy desairada; ¿cómo puede un alcalde sin guardias prender a un capitán rodeado de su ejército? Por lo que hace a los partidarios de Velázquez

—la mayoría resentidos a causa de no haber recibido jugosas encomiendas en Cuba— esperan más de la empresa confiada a Cortés que de lo que pudiera otorgarles en lo futuro el gobernador. En esa charla, Cortés hace tales ofrecimientos y da razones tan convincentes, que el mismo Ordás —prefería ser capitán a mayordomo— convence a Verdugo de que mantenga en secreto las órdenes de Velázquez por ser irrealizables. Cortés escribe entonces una carta a Velázquez diciéndole, con amorosas palabras, que su mayor deseo es servir a Dios, a su majestad y a él en su real nombre por lo que no debía dar oídos a sus deudos, ni mudar de parecer por consejo de un viejo chiflado como Juan Millán.

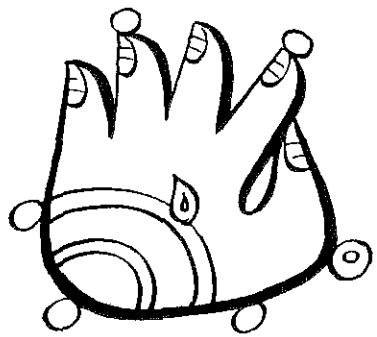
El triunfo de Cortés es completo. Al buscar a los mozos de espuelas enviados por Velázquez para llevar a éste las cartas, encuentran que uno de ellos —responde al nobilísimo nombre de Pedro Laso de la Vega— ha ingresado en el ejército, uniéndose a los parciales del capitán general.

En La Habana, se ultiman los preparativos y se agregan nuevos nombres a la expedición, entre ellos, el principal, Francisco de Montejo, pariente de Velázquez y después conquistador de Yucatán.

Velázquez, en el colmo del furor, reproduce en La Habana el juego de la Trinidad: envía cartas a sus amigos y a su pariente Pedro Barba para que eviten el paso de la flota y aprehendan a Cortés. Aquí es más rotundo el fracaso. Cortés seduce a Velázquez de León —ha enviado a Ordás por tocinos y pan cazabe en un navío—, no oponiendo resistencia el futuro adelantado; también a él su pariente el gobernador le había otorgado pobres encomiendas de indios. Pedro Barba es partidario decidido del extremeño, y los demás soldados "perdieran por él su vida", según expresa Bernal, otro de los innumerables parientes de Velázquez.

No hay nada ya que hacer en La Habana. Están nombrados los artilleros, refinados los cañones con vino y vinagre, hechas las armaduras de algodón, completas las ballestas y los casquillos de las escopetas; los caballos dispuestos y los hombres alistados.

El 10 de febrero de 1519 navegan los once navíos con velas desplegadas, rumbo a la isla de Cozumel, donde se hace alarde general. Cortés tiene bajo su mando quinientos ocho soldados, sin contar maestros, pilotos y marineros; dieciséis caballos, once navíos, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez cañones de bronce y cuatro falconetes.



IV. CORTÉS COBRA SU HERENCIA

CORTÉS cumple al pie de la letra las instrucciones formuladas por el gobernador de Cuba. Apenas llega a la isla de Cozumel, se ocupa "por todas las vías e maneras e mañas de procurar la vuelta de los seis cristianos" a que se refería el memorándum. La primera pista la han proporcionado los indios de Yucatán al decir con insistencia la palabra "Castilan". ¿Qué significado tiene esa palabra, dicha en una tierra descubierta al parecer por Hernández de Córdoba? Sin duda, los caciques de Cozumel podrán aclarar el misterio de esa Castilla que salió a recibir a los españoles desde la "isla" de Yucatán cuando ellos creían venir por primera vez a su encuentro.

Los caciques —interrogados por Melchorejo, el intérprete oficial de la expedición— confirman las sospechas de Cortés. A dos soles de andadura, partiendo de la costa, en Tierra Firme, se encuentran —ellos mismos los han visto— algunos dioses blancos y barbados venidos del oriente, aunque no viven como dioses, sino como esclavos,

ya que los guerreros mayas, al parecer, se cuidan poco de su origen divino.

En posesión de estos datos, Cortés ordena que dos navíos al mando de Ordás salgan a Cabo Catoche, llevando a los caciques sartales de cuentas para rescatar a los prisioneros. También el capitán manda la siguiente carta:

"Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados si los hubiésedes menester para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío ocho días de plazo para os aguardar; venís con toda brevedad, de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán."

Transcurridos los ocho días del plazo sin que aparecieran los españoles ni los caciques, Ordás regresa a Cozumel. Cortés reprocha su negligencia al mayordomo de Velázquez y, resignado ante lo que considera su primer fracaso en México, muy a pesar suyo, ordena la partida de la flota. Llevaban dos o tres horas de navegación cuando del barco de Juan de Escalante partieron grandes gritos y el disparo de un cañón. Cortés sale a cubierta e inquiere ansioso: "¿Qué es aquello?" "¿Qué es aquello?"

Un marinero le informa: "El barco de Escalante donde va el cazabe, está anegándose."

"Plegue a Dios no tengamos algún desmán" —responde Cortés, y ordena que toda la flota regrese a Cozumel.

Este accidente, que después se tomaría como un hecho milagroso, da origen a una escena fantástica. Entre los navíos anclados se desliza una canoa tripulada por seis indios remeros, y atraca a poco en la playa. Cortés envía entonces a Andrés de Tapia para que averigüe "que cosa nueva era venir allí junto a nosotros, indios, sin temor ninguno, con canoas grandes".

Tapia ve una canoa grande, semejante a las que cruzan diariamente el estrecho para visitar los templos de Cozumel, y sin dar importancia al suceso, emprende la vuelta, cuando uno de los indios remeros, saltando a tierra, le dice a un soldado "en español mal mascado y peor pronunciado": "Dios y Santa María y Sevilla."

El soldado corre a dar la nueva; regresa Tapia y, aunque el náufrago marcha a su lado, pregunta dónde se halla el español rescatado. Sus ojos no pueden creer que ese hombre moreno, rapado a la manera de un indio esclavo, que trae un remo al hombro calzando un viejo huarache y el otro colgado a la cintura, con una manta ruin y un braguero peor que cubre "sus vergüenzas", sea realmente uno de los españoles que con tanto ahinco buscan.

Ya en presencia de Cortés, éste hace la misma pregunta de Tapia: "¿Dónde está el español?" Entonces, el desdichado, que además lleva un libro de horas envuelto en su manta, se sienta en el suelo como un indio y responde con voz vacilante: "Soy yo."

Cortés ordena que se le den en el acto camisa, jubón, zaragüelles, caperuza y alpargatas. Ya vestido, el náufrago refiere su historia. Se llama Jerónimo de Aguilar; es natural de Écija y había llegado a ordenarse de evangelio en España. Al recibir la carta y las cuentas del rescate buscó a otro español avecindado en un pueblo cercano al suyo, llamado Gonzalo Guerrero, compañero también de naufragio, pero Guerrero, a pesar de sus ruegos, manifestó el deseo de permanecer entre los mayas para siempre.

La historia de los dos náufragos pasó casi inadvertida. Había en el siglo XVI demasiados naufragios y demasiados hechos de guerra para que los cronistas se detuvieran a considerar un acontecimiento privado de acento heroico, tanto más que el relato de Aguilar, a causa de sus valores educativos, mejor parece salido de la pluma de un enciclopedista del XVIII que hecho a golpes de azar, como esos troncos batidos por las olas que llegan a cobrar calidad escultórica.

En lugar de un solo Robinsón que se enfrenta a la naturaleza con los restos de un barco, una escopeta y hasta un complaciente esclavo negro, hagamos que dos hombres —un estudiante de cura con ideas muy definidas y un rudo marinero sin letras— naufraguen en una tierra misteriosa, poblada de bravos guerreros que no desdeñan, de tarde en tarde, darse un banquete de carne humana. ¿Cómo reaccionarían y cómo resultarían influidos por un ambiente enemigo los dos conejillos de Indias de este experimento?

Dejemos a Cortés reparando el barco de Escalante en el portezuelo de Cozumel y retrocedamos ocho años. Una carabela, a cargo del capitán Valdivia ha dejado el infierno del Darién y ha puesto la proa rumbo a la Española. Después de muchos días de navegar cruzando mares tempestuosos, el barco encalla en el bajo de los Alacranes —hasta en este nombre agorero la mala suerte persigue al andaluz— y la tripulación —ocho hombres y dos mujeres— se salva del hundimiento abordando el esquife. Procuran los náufragos alcanzar la isla de Jamaica, pero la corriente del golfo los arrastra a Yucatán —ellos resultan así los verdaderos descubridores de México— donde llegan moribundos.

La segunda parte de la aventura tiene un fuerte sabor antropofágico. Los diez españoles han caído en el territorio de uno de los innumerables señoríos que entonces se repartían el suelo de la península. Nada de lo que ofrece Yucatán guarda relación con lo observado en Darién o en el archipiélago del Caribe. Hay templos de blanca piedra labrada, anchurosos palacios y patios rituales donde se juega con una pelota elástica; guerreros ataviados con plumas y mantos de color; campos de maíz y cavernas abiertas en la roca, en cuyo fondo murmura el agua cristalina.

Los diez españoles están asombrados. Los guerreros mayas los han llevado presos a unas enormes jaulas de madera, y todos los días, sin faltar uno, atentos esclavos

les sirven venados y faisanes, tortillas de maíz, pescados exquisitos y jarros con espumoso chocolate. Poco a poco, los españoles van reponiéndose de los quebrantos sufridos. Valdivia, el capitán, mejora y echa carnes de tal manera, que da gusto verlo.

Cierta vez, la vida del poblado se altera. Desde temprano, los tambores atruenan el espacio. A lo lejos, se escucha el ruido de los pies de infinitos danzantes. Al caer la tarde, la puerta de la jaula donde yace el gordo Valdivia se abre, y una multitud de indios se lo lleva. Largo rato pueden escucharse sus gritos, el estrépito de una lucha y, más tarde, suenan los aullidos de triunfo de los mayas. Los españoles comprenden muy bien lo que ha ocurrido. A su capitán lo están cocinando, con el mayor esmero, los magos de la tribu.

A un hombre de nuestros días que ha reído durante muchos años viendo caricaturas de antropófagos, le es difícil sentir el dramatismo de la suerte de Valdivia, pero los españoles de nuestro cuento no estaban saboreando revistas ilustradas, echados en un cómodo sillón, sino que ya se veían dentro de las hollas humeantes, transformados en exóticos platillos. Locos de terror, quiebran los barrotes de la jaula y huyen a través de los bosques oscuros. El tam-tam de los tambores va apagándose lentamente a medida que crecen los ruidos misteriosos de la selva. El día siguiente sorprende a los fugitivos en tierras de un nuevo señor, enemigo jurado del cacique que primero los hizo prisioneros.

Con el grupo de náufragos se reproduce en pequeña escala lo que ocurrió a los indios del Caribe. Primero caen las mujeres con la espalda deshecha a fuerza de moler maíz en el metate. Por enfermedades y trabajos excesivos, otros cinco mueren en un corto lapso, quedando el grupo reducido a Jerónimo de Aguilar y a Gonzalo Guerrero.

Jerónimo de Aguilar no tiene vocación de náufrago. Apocado y falto de iniciativa, desde el principio se resigna a no ser otra cosa que un esclavo. Cumple sus deberes, consistentes en servir de bestia de carga sin despegar los labios. Algunos cronistas han querido ver en él, si no a un santo, por lo menos a un beato, y hasta se intentó poner su vida como ejemplo y enseñanza de náufragos disolutos.

Lo cierto es que, entre estos guerreros que aman con frenesí las armas y las mujeres, Aguilar hace un desairado papel. Lee continuamente su gastado libro de horas y, cuando encuentra a una joven con los pechos desnudos —cosa que sucede con mucha frecuencia—, baja púdicamente los ojos.

El cacique, para el que no pasan inadvertidos los extraños hábitos de su esclavo, decide hacerlo caer en tentación mediante un sencillo recurso. Pretextando deseo de comer pescado fresco, ordena al esclavo que salga de noche a una playa cercana y espere el amanecer. Entonces encontrará abundante pesca y podrá estar de regreso en la aldea al día siguiente.

Aguilar hace una profunda reverencia, toma sus redes y, ya se dispone a partir, cuando el cacique vuelve a llamarlo

"He decidido —explica— que no vayas solo, sino en compañía de una de nuestras mujeres. Es joven y hermosa y te aliviará las fatigas del camino."

Emprende la marcha Aguilar con las redes al hombro. Al llegar a la playa, hace una hoguera, cuelga una hamaca entre los árboles para su acompañante, y él se tiende en la arena, lejos de ella. No duerme. En el bosque se escucha el poderoso croar de las ranas, y las olas azotar la playa con su seco y cadencioso ritmo.

Cuando la luna desciende en el cielo, la muchacha inicia el reclamo amoroso. Lo llama. Tiene miedo a la soledad —le dice—, a los rumores de la selva. ¡Podía transcurrir la noche tan dulcemente estando juntos en la hamaca! Aguilar se revuelve en la arena sin responder palabra. ¿Quería Dios tentarlo, como a San Antonio, en

aquella remota tierra de gentiles? La muchacha suplica largo rato, pero viendo que sus ruegos caen en el vacío se entrega, rencorosa, al juego de herirlo con brutales sarcasmos. "¿No le gusta?... No, de ninguna manera podía gustarle tratándose de un eunuco, de un esclavo que no era hombre, sino un infeliz nacido sólo para cargar bultos y obedecer ciegamente las órdenes de su amo."

Ni siquiera la noche que se comieron los mayas a Valdivia ha sufrido tanto Jerónimo de Aguilar. Abroquelado en infinitas oraciones y en eficaces fórmulas para ahuyentar al espíritu del mal aprendidas en el seminario, pasa la noche. Al llegar el alba, sale a pescar, carga la pesca en sus espaldas, y en la tarde hace su entrada en el pueblo, seguido de lejos por la mujer que en vano había querido poner en peligro su virtud.

La defensa de su castidad —Aguilar se casaría al realizarse la conquista— no mejora su condición entre los mayas. Los guerreros lo hacen objeto de constantes burlas. Cierta vez que se ejercitaban en el arco flechando a unos perrillos, un soldado, para asustarlo, tomándole del brazo, le pregunta: "¿Y qué te parece si en lugar de esos perros te flecháramos a ti? Serías un magnífico blanco" —concluye, mientras Aguilar se retira cabizbajo, soportando las risas de los demás guerreros.

Los soles, las continuas vejaciones, los trabajos agobiadores —antes de su rescate había caído enfermo por cargar un fardo desproporcionado a sus fuerzas— le han curtido la piel, dándole la apariencia de un indio. Llega incluso a olvidarse de su español: su única lectura es la de su inseparable libro de horas, escrito en latín, y a Gonzalo Guerrero, que vive en otra aldea, apenas lo ve. Pero, bajo la apariencia de indio, vive insobornable su espíritu de occidental. No ama la tierra que le ha deparado el destino, ni se mezcla a sus hombres, ni deja huella fecunda de su paso. Es en todo mediocre. Como intérprete de la expedición, queda oscurecido por doña Marina y nunca se distingue en la guerra o en otra actividad por nada

notable. Al final, arrastrado por el heroísmo de sus camaradas, tratará de adornar su historia de náufrago con el cuento de haber sido elevado por los indios al rango de capitán, pero la desastrosa situación en que se le halla echa por tierra su mentira.

Gonzalo Guerrero, en cambio, no goza de buen crédito en las crónicas de la conquista. Se le considera un traidor a su sangre y a su cultura y aun se llega a decir que fue el inspirador de las batallas que libraron los indios de Yucatán contra los primeros expedicionarios españoles. Fuera de estas referencias, sólo tenemos de él las noticias amañadas que presentó Aguilar, porque de los renegados no gustan ocuparse los historiadores.

Sus ocho años vividos en Yucatán pueden contarse en pocas líneas Al revés de Aguilar, demuestra poseer grandes cualidades de náufrago; es arrojado y odia la esclavitud. No sabemos si entra a las armas por el amor, o si el amor lo lleva a las armas: el caso es que pronto lo vemos casado con la hija de un reyezuelo y ocupando los honrosos cargos de capitán y de cacique.

Al recibir Aguilar las cuentas del rescate, busca a Guerrero, le lee la carta de Cortés —el nuevo cacique es analfabeto— y recibe de él esta respuesta:

"Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos y soy cacique y capitán cuando hay guerras. Idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas los orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean ir de esta manera! Y ya veis mis hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis para ellos y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra."

Hallándose en esa porfía, la mujer del marinero interviene: "Mira con que viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no curéis de mis pláticas." Aguilar, desatendiéndose de la mujer, vuelve a la carga. "Guerrero era un cristiano y por una india no iba a perder su alma. En último caso, si por su familia lo hacía bien podía llevársela consigo." Los razonamientos de Aguilar caen en el

vacío, cansado de alegar, viendo la inutilidad de su empeño, le deja un puñado de las anheladas cuentas verdes y emprende solo el viaje, de regreso a Cabo Catoche.

Con esta plática termina la historia de los dos robinsones. Uno pasó sin dejar rastro de su larga estancia en México. Tenía una educación que lo hacía impermeable a la asimilación y al arraigo. El marinero iletrado, aunque su nombre y el de su descendencia se hayan perdido, quedará como el del primer español que sintió el llamado de nuestra patria. Fue el primer desarraigado europeo que unió sus destinos a los de una india anónima, y sus tres guapos chicos, asimismo, nuestros primeros mestizos.

El primer atisbo

El 12 de marzo llegó la flota a la enorme mancha que extiende el río Grijalva sobre el mar azul. Los navíos grandes, por el escaso fondo del río, anclan en la costa, mientras Cortés y su ejército remontan la corriente en las naves pequeñas y en bateles y desembarcan en la punta de los Palmares, situada a media legua del pueblo de Tabasco.

Con extrañeza de los soldados que acompañaron a Grijalva en la anterior expedición, los indios los reciben hostilmente. Centenares de canoas surcan el río, cargadas de guerreros, y entre las plantas acuáticas y los cañaverales de las márgenes pueden verse escuadrones que vigilan los menores movimientos de los españoles. ¿Por qué razón los indios de Tabasco, que recibieron a Grijalva amistosamente, hoy salen al encuentro de Cortés en son de guerra? Los españoles logran averiguar más tarde que los caciques de Champotón y de Campeche, enterados de la forma en que los tabasqueños habían acogido a los teules blancos el año pasado, les habían reprochado su cobardía. Los caciques de Tabasco, mal dispuestos a que se les colgara el sambenito de cobardes, tratan ahora de probarles a sus vecinos que no tienen miedo a los extraños viajeros llegados del oriente.

Cortés, deseoso de no perder tiempo en batallas inútiles y aprovechando el paso de una gran canoa, manda a Jerónimo de Aguilar les diga a sus tripulantes que no desea hacerles mal, sino por el contrario darle de lo suyo como a hermanos. Si ellos seguían empeñados en darles guerra habría de pesarles. Aguilar, inclinado sobre la borda, traduce a gritos lo que le dicta Cortés. Los indios, a cada nueva palabra, contestan empuñando arrogantes sus arcos y sus lanzas. Ni aun en esas circunstancias descuida Cortés su papel de misionero y procura deslizar, en medio de sus ruegos para que lo dejen tomar agua y les den cómida a cambio de cuentas y baratijas, algunas máximas doctrinarias; pero los indios terminan por cansarse y se alejan en su canoa, no sin advertir nuevamente que los matarán si pasan adelante.

Ante la obstinación de los indígenas, Cortés organiza un sencillo plan de ataque. Alonso de Ávila marchará por tierra al pueblo con cien hombres, en tanto que él, con el resto, remontará el río en los bateles y navíos previamente artillados. Al escuchar Ávila los tiros, caerá sobre Tabasco y las pinzas se cerrarán sobre el pueblo tomando entre dos fuegos a los testarudos indígenas.

Al día siguiente, después de la misa de rigor, Cortés remonta el río y llega a la margen donde se levanta Tabasco. Los acosan multitud de canoas, y en la ribera, compactos escuadrones de guerreros los aguardan con las armas dispuestas, "tañendo trompetillas, caracoles y altabajes". El capitán busca ante todo, una justificación legal a sus actos. Es evidente que los indios quieren la guerra y hay que dársela; pero antes —el descuido de estas exigencias podía acarrear la ruina de un conquistador— se les debía hacer un requerimiento ante la presencia del escribano real, Diego de Godoy, que, con un grueso manojo de papeles y la pluma de ave en la mano, ya se encuentra dispuesto en la cubierta. Una vez más, entre el estrépito de los tambores y de los caracoles, se escucha la vocecilla de Aguilar: "Rogaba les dejasen saltar a tierra, tomar

agua y hablarles de Dios y de su majestad. Si les daban guerra y si por defenderse hubiere algunos muertos, fuesen a su culpa y cargo y no a la de los españoles." Los indios, "haciendo fieros", elevan el diapasón de sus gritos, advirtiendo, en respuesta al complicado requerimiento, "que si saltaban a tierra, los matarían".

Bajo una lluvia de flechas y de piedras avanzan las embarcaciones hasta la cenagosa ribera. Truenan lombardas y mosquetones, acallando el furioso redoblar de los tambores. Los españoles, con el agua a la cintura, combaten rodeados de enemigos y atacan con centelleantes golpes de espada a los indios, que desaparecen en las aguas del río, tiñéndolas de rojo. Cortés ha perdido una alpargata en el lodo y tiene que salir combatiendo, descalzo de

un pie, hasta que se la encuentran. Ya en tierra, los blancos, reorganizados, invocan el nombre de Santiago y hacen retroceder a los indios, quienes se ven obligados a buscar un refugio en las cercas de madera que a toda prisa habían levantado la víspera para defender su pueblo. Cuando ya luchan cuerpo a cuerpo en las calles, Alonso de Ávila —que se ha retrasado por haber tenido que salvar esteros y riachuelos— une sus fuerzas a las de Cortés, con lo cual se hace posible la derrota de los tabasqueños.

Los indios han demostrado un gran valor. "Y así todos juntos —escribe Bernal— les tornamos a echar de las fuerzas donde estaban y les llevamos retrayendo y ciertamente que como buenos guerreros nos iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas. Y nunca volvieron de

hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes y tenían tres casas de ídolos y ya habían llevado todo cuanto hato había."

En el patio, por órdenes de Cortés, cesa la persecución de los indios. Los soldados, fatigados y sudorosos respiran trabajosamente abrumados por sus pesadas ropas acolchadas en aquella atmósfera de invernadero, en que parecía hacerse perceptible el crecimiento de las plantas. Sin darles tiempo a descansar, Cortés ordena que todos los hombres, puestos de pie, asistan a la toma de posesión de la tierra. Desenvaina la espada y con la rodela embrazada, a pasos lentos, se acerca a una ceiba que hay en medio del patio y, dando tres cuchilladas en el tronco, declara en voz alta y solemne que toma posesión de la tierra a nombre de su majestad Carlos V, y si hay alguna persona que lo contradiga, defenderá el derecho del rey con su espada. Los soldados responden que ellos serán los primeros en ayudarle si alguien se atreve a dudarlo, de todo lo cual el escribano Godoy formula un auto.

En legal posesión de la tierra, importa ahora arrancarle su "secreto", por lo que Cortés, a la mañana siguiente, ordena a Pedro de Alvarado y a Francisco de Lugo que, al frente de cien soldados cada uno y en distintas direcciones, exploren no menos de dos leguas del nuevo territorio de su majestad. A Pedro de Alvarado habría de acompañarlo Melchorejo en calidad de intérprete, pero al buscarlo se enteran de que había emprendido la huida en una canoa, dejando sus ropas castellanas colgadas de un árbol. Había fallado el intento de incorporar a la civilización a ese misterioso indio trastabado que por tanto tiempo acompañara a los españoles. En el retorno a los suyos, renunció a la indumentaria, al trato y a las costumbres de los blancos y prefirió volver a sus bosques, libre y desnudo. "Cortés —dice Bernal— sintió enojo con su ida porque no dijese a los indios algunas cosas que nos trajesen poco provecho."

A una legua del campamento, Lugo y sus hombres

chocan con numerosos guerreros indígenas que los envuelven, haciendo su situación tan comprometida, que el capitán tiene que enviar a un indio de Cuba, que era "gran corredor y suelto", a demandar refuerzos de Cortés, mas, antes de que llegue el auxilio, los hombres de Alvarado, al tratar de librar un estero, toman por otro camino y, cuando escuchan los tiros y los gritos de la pelea, corren a sumarse a las fuerzas de Lugo. Aun con este refuerzo, los indios siguen manteniendo la iniciativa y hacen retroceder a los españoles un buen trecho hasta que del campamento de Cortés —también ha sido atacado— llegan más soldados que ponen en fuga a los tenaces tabasqueños. Las pérdidas de los españoles son insignificantes: dos muertos y ocho heridos de Lugo, y tres lesionados por parte de Alvarado.

A Cortés le interesa, desde el principio de la campaña, ir dejando una serie de pueblos pacificados y amigos, porque la posesión de las tierras sin la total sumisión de los pobladores sólo se traducía en un papel de escribano. Por ello, esta vez, con uno de los prisioneros bien abastecido de cuentas verdes, envía un mensaje de paz a los invisibles caciques. El indio no vuelve. Otros prisioneros informaron a Jerónimo de Aguilar que todos los caciques están reclutando gente y haciendo preparativos para darles una gran batalla.

En el fondo no desean otra cosa los españoles. El espíritu caballeresco los hace ansiar ardientemente gloriosos combates en que puedan mostrar su arrojo. Las armas son su única profesión y su sola esperanza de glorias y de riquezas en aquella cruzada enderezada contra pueblos gentiles. Para Cortés —capitán sin batallas— es también la oportunidad de probar que puede ser un buen militar, digno de la confianza que, sin ningún testimonio y en forma meramente intuitiva, le dan sus soldados.

Se organizan las fuerzas, cuidando los menores detalles. Los caballos —aún no se les había hecho intervenir— fueron desembarcados. Al pisar tierra, a causa de su prolon-

gado encierro en los navíos apenas pueden andar y hay necesidad de friccionarlos y de hacerlos marchar para que estén listos al día siguiente. Se ordena que lleven collares de cascabeles a fin de infundir más pánico al enemigo, ignorante de su existencia, y se dispone que los mejores jinetes monten trece caballos de los que figuran en la expedición.

Cortés, como es natural, montaría su caballo zaíno; Pedro de Alvarado, una yegua alazana muy buena de juego y de carrera, que tenía por mitad con Hernán López de Ávila y que luego le compró en México la otra parte o se la "tomó por la fuerza"; Alonso Hernández Puertocarrero, la yegua rucia de buena carrera que Cortés le adquirió en Cuba a cambio de sus lazadas de oro; Cristóbal de Olid iría en un caballo "harto bueno", castaño oscuro, de su propiedad; Juan de Escalante, en uno castaño claro, tresalbo, nada bueno; Francisco de Montejo debía resignarse con el alazán tostado, poco útil para las cosas de guerra, que compartía con Alonso de Ávila, a quien asignaron el "Zaino", noble caballo oscuro, propiedad de Ortiz el Músico y de Bartolomé García, que no eran recomendables jinetes; Juan Velázquez de León, en la "Rabona", yegua rucia muy poderosa, revuelta y de buena carrera; Francisco de Morla, su castaño oscuro, también gran corredor y revuelto; Lares, el buen jinete, en su magnífico caballo castaño claro; Gonzalo Jiménez, el extremado jinete, uno oscuro, muy bueno y gran corredor; Morón, un overo labrado de manos, bien revuelto, y, por último, Pedro González Trujillo, un overo algo sobre morcillo que no resultó bueno para cosa alguna.

Dispuestos los escopeteros y arcabuceros, cebadas las lombardas, a la otra mañana, muy temprano, marcha el ejército al mando de Ordás, mientras Cortés, al frente de la reducida fuerza de caballería, toma por otro camino. Cerca del pueblo de Zintla, en un amplio llano circundado por espesos bosques, los esperan ya, alineados en orden de batalla, los cerrados escuadrones de los indios. Hasta

en ese accidente geográfico la suerte favorece a los españoles. El dilatado llano es el verdadero palenque donde los soldados y sus cabalgaduras podrían hacer alarde de su destreza. Faltan, ciertamente, las damas en sus palcos y los jueces de armas, pero Dios, en cuyo nombre se da el combate, no dejará de ser un excelente testigo y un juez que sabrá recompensar sus sacrificios.

Por un momento se contemplan los dos ejércitos. Silencioso el español, dispuesto en orden perfecto. El maya, vertiéndose hacia fuera, derrochando su fuerza antes de tiempo en alaridos y en saltos descomunales. Los penachos se agitan sobre los duros rostros pintados; los arcos se distienden lanzando un vendaval de flechas; las piedras silban en el aire y los escuadrones indígenas avanzan a todo correr. A la primera acometida, setenta españoles resultan heridos, pero los de Tabasco comienzan a sentir en sus carnes desnudas los efectos de las espadas de acero. Los tiros de los falconetes dan de lleno en los cerrados escuadrones, a los que causan enormes estragos, que los indios tratan de ocultar echando paja y tierra a lo alto, tañendo con renovada furia sus "atambores y trompetillas" y transportando a la mayor celeridad posible, sus muertos y heridos. A cada nuevo disparo, el "alalá" de los mayas responde iracundo.

Trabados en lo más duro de la pelea, los caballos españoles aparecen trotando en el llano, a espaldas de los mayas. Para Cortés y sus capitanes, éste es un juego peligroso, pero al fin y al cabo un juego, un torneo que se cumple atendiendo al pie de la letra el código de la caballería.

Entre los indios, la aparición de los caballos causa una terrible impresión. Nunca los habían visto, y se imaginan que caballo y caballero forman un solo monstruoso ser animado de mágicos poderes. Los capitanes están en su elemento natural: atacan y revuelven las cabalgaduras, tiran lanzadas a los rostros y retroceden en las acometidas al galope, con lo cual los enemigos quedan burlados. Esta

intervención unida a las espadas y a las armas de fuego, supone mucho más de lo que pueden resistir los mayas, quienes se refugian en los bosques y dejan en el campo ochocientos muertos y agonizantes, sin contar con los que ya han logrado retirar, de acuerdo con sus absurdas costumbres militares.

Los españoles tienen tres jinetes y cinco caballos heridos. A los hombres se les ponen compresas de paños húmedos, y a los caballos se les queman las heridas con la grasa de un indio muerto que destazaron con esa para nosotros extraña finalidad terapéutica.

Bernal escribe, como colofón de la batalla, este maravilloso desahogo: "Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, antes de que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de nuestro Señor en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro y yo, como pecador, no fuese digno de verlo."

Como después de la batalla los caciques continúan invisibles, Cortés, con cinco prisioneros provistos del acostumbrado puñado de cuentas verdes y diamantes azules, les envía una nueva embajada de paz. Poco después se presentan quince indios esclavos, vestidos de pobres ropas y los rostros "entiznados" llevando pescado asado, gallinas y pan de maíz. Aguilar, que conoce las costumbres de los mayas, comunica a Cortés la burla, pero el capitán ordena que sean bien tratados, y con un mensaje de paz y regalos, los devuelve a los caciques.

Al fin esta paciente política da sus resultados. Al día siguiente llegan al campamento treinta indios principales lujosamente ataviados, trayendo mantas y comidas. No

eran los caciques, sino sus representantes, encargados de solicitar autorización para quemar y sepultar a los muertos que se pudrían a centenares en el campo de batalla. Los señores vendrían a la otra mañana a concertar las paces con los blancos.

En la imaginación de Cortés se perfila una estratagema para terminar de vencer la rebeldía de los tabasqueños. "Sabéis, señores —dijo riendo a los soldados que lo acompañaban—, que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos y deben pensar que ellos solos hacen la guerra y asimismo las lombardas. He pensado una cosa para que mejor lo crean: que traigan la yegua de Juan Sedeño que parió el otro día en el navío y atarla han aquí, donde yo estoy; y traigan el caballo de Ortiz el Músico que es muy rijoso y tomará olor de la yegua y desde que haya tomado el olor de ella, llevarán la yegua y el caballo cada uno por sí en parte donde desde que vengan los caciques que han de venir, no los oigan relinchar ni los vean hasta que vengan delante de mí y estemos hablando."

Al mediodía, según lo prometido, cuarenta caciques invaden el improvisado aposento de Cortés, que los espera sentado en una silla de tijera, teniendo a su lado a Jerónimo de Aguilar. Entre profundas reverencias y nubes de incienso, los señores expresan en una larga plática su arrepentimiento por lo pasado y su decisión de mantenerse amigos en lo futuro.

Cortés les habla fingiendo enojo. Todas las veces que los había requerido con la paz, ellos se empeñaron en darles guerra. Por ser los culpables de lo ocurrido merecían la muerte, ellos y los habitantes de los pueblos, pero los españoles son vasallos de un gran rey que los envió a sus tierras para ayudar y favorecer a los que estuvieran en su real servicio, y si ellos prometían ser buenos, los ayudarían en todo. De no ser así, soltaría algunos tepuzques —al hierro llamaban tepuzque, aclara Bernal— que todavía estaban enojados por las pasadas guerras. Entonces hizo una seña a los artilleros que esperaban la orden de

poner fuego en la lombarda, y la pelota, en la calma del mediodía, salió zumbando con gran estruendo por los bosques. Como si no bastara esta manifestación del enojo de los cañones para terminar de aterrar a los caciques, traen además el caballo, y el animal, al percibir el olor que la yegua había dejado en la habitación de Cortés relincha, se para de manos y mira con sangrientos ojos a los sorprendidos caciques. Cortés, una vez obtenido el efecto que deseaba, se levanta de su silla, ordena a los mozos de espuela que se lleven lejos al cuadrúpedo y vuelve donde están los señores mayas, a los cuales asegura haberle dicho ya al caballo que no mostrara más enojo.

Cinco días permanecen los españoles en Tabasco, al que bautizan como Santa María de la Victoria, entregados a pláticas con los caciques, con el fin de ganar sus almas para el cielo, y sus cuerpos pecadores para la mayor gloria del Emperador Carlos V.

Ni una sola referencia sobre las nuevas tierras se encuentra en las crónicas y relaciones de esos días. Por mucho tiempo se experimenta un verdadero terror hacia aquella tierra, donde el agua establece un imperio tiránico y donde el paisaje de anchos ríos, esteros y lagunas, húmedos terrones y vegetación antropofágica, sugiere con fuerza la imagen hostil de un mundo abatido por el diluvio.

El 15 de marzo, un numeroso grupo de caciques y señores cruza los bosques mojados para rendir vasallaje a los blancos, a los cuales llevan un presente de oro, toscas mantas labradas y veinte esclavas jóvenes, pues son más ricos en hombres que en metales y piedras preciosas. Al preguntarles Cortés de dónde procede el oro, los caciques, señalando el poniente, responden que de un país llamado Culúa o México, "pero como no sabíamos —dice Bernal— qué cosa era México ni Culúa dejábamoslo pasar por alto".

La pasada resistencia de los indios se ha transformado en un vasallaje completo. La autoridad civil y religiosa, base de su existencia, son minadas hábilmente por Cortés empeñado en sustituirlas, a la mayor celeridad posible, con

las españolas. En el breve tiempo de su estancia en Tabasco, logra que todos los caciques presten obediencia a la monarquía, y así resultan los tabasqueños "los primeros vasallos que en la Nueva España dieron obediencia a su majestad".

La catequización no ofrece tampoco dificultades. Cortés refuerza su exposición doctrinaria, mostrando a los indios una estampa de la Virgen "con su precioso hijo en los brazos y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parecía muy bien aquella *tececiguata* y que se la diesen para tener en su pueblo, porque a las grandes señoras de aquellas tierras en su lengua llaman *tececiguatas*".

El mismo día 15, los carpinteros de la flota, ayudados por los indios, construyeron un altar, y el 16 se lleva al antiguo templo indígena la imagen de la Virgen y la cruz recién hecha. Fray Bartolomé canta misa y bautiza a las veinte esclavas, aderezando un sermón que se encargó de traducir, con gran contento suyo, Jerónimo de Aguilar.

El último día de su estancia —los pilotos auguran mal tiempo— es Domingo de Ramos. Las calles del poblado se llenan de caciques venidos de distintas regiones, mujeres y niños invitados desde la víspera para concurrir a la ceremonia. Se les da a todos ramos y flores y, cantando los oficios del día, fray Bartolomé, revestido de casulla y alba, encabeza una procesión que concluye al pie del nuevo altar, donde se dijo misa, y los españoles van besando, por turno, la cruz olorosa a madera recién cortada.

Por la noche se embarcan con buen tiempo —los pilotos se habían equivocado una vez más—, al día siguiente la flota se hace a la mar, rumbo al misterioso país de México, donde se da el oro. La costa desfila cerca de los navíos, y los soldados que habían acompañado a Grijalva le van señalando a Cortés los puntos conocidos: "señor, allí queda la Rambla que en lengua de indios se dice Ayahualulco; el espeso río Coatzacoalcos, bordeado de árboles

por los que trepan los monos inquietos y revuelan los papagayos; las altas sierras azules de San Martín, el río Alvarado llamado Papaloapan, que traducido significa «río de las mariposas», y más adelante, corriendo entre verdes sabanas, el río de Banderas, donde rescató Grijalva el tesoro, y la isla Blanca, la Verde, la de Sacrificios y el islote de San Juan de Ulúa".

Puertocarrero, oyendo las explicaciones que le dan a Cortés, se adelanta diciéndole: "Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia Montesinos,
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.

Yo digo que mire las tierras ricas y sabeos bien gobernar."

Cortés, dándose cuenta del sentido que encerraban las palabras de Puertocarrero, contesta sonriente: "Dénos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán; que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender."

El romance de Montesinos y la respuesta de Cortés serán bien entendidos por los partidarios de Diego Velázquez.

Historia de una esclava que quería dejar de serlo

Las veinte mujeres indias —el primer regalo de esta naturaleza que se hace a los españoles en México— permanecen hacinadas sobre un rincón de la cubierta. Han sido arrancadas a su mundo primitivo, al bosque y a las cabañas familiares, para ser embarcadas, sin que nadie se molestara en pedirles su consentimiento, en aquella extraña casa flotante Palabras desconocidas suenan en sus oídos, y los fuertes, desconocidos olores que la nave despide aumentan su confusión. Hay sin duda mucho de magia en las velas que se hinchan y crujen llenas de aire; en los relinchos de los caballos y en el continuo movimiento casi inexplicable de los hombres blancos que se encaraman como monos a las cuerdas y gritan alocadamente, mientras la tierra firme va quedándose atrás con sus árboles, sus casas, sus parientes y sus amigos.

Acostumbradas a pasar de mano en mano y a no ser otra cosa que una mercancía, toman el nuevo cambio con su fatalismo habitual. ¿Protestas? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? Sin embargo, esta vez no se las entrega a unos señores indígenas en cuyo caso ellas sabrían con exactitud cuál era su deber y cómo debían cumplirlo. Lo terrible de su situación consiste en que todas las reglas de su vida anterior, sus ideas, sus sentimientos, no les sirven ahora para nada. Cada una de ellas pertenece a un dios blanco, al que han de servir en lo que mande; pero, ¿cómo se sirve a un dios desconocido, en una casa rarísima que anda sobre el mar sin que los remos la impulsen? Pediría comida. ¿Y cómo dársela? Pedirá quizá que se acueste con él. ¿Y cómo podrá ser aquello? ¿Adónde les llevan? ¿Cuál sería su destino? Las preguntas quedan sin respuesta. Un cúmulo de hechos misteriosos, de situaciones inconcebibles las arrolla, aturdiéndolas en lo íntimo, aunque en el exterior aparezcan silenciosas y resignadas y se defiendan con su fatalismo de los peligros que las amenazan, como una tortuga sorprendida en la playa esconde la cabeza bajo el caparacho de su escudo.

De las veinte mujeres regaladas en Tabasco, una de ellas no sólo se destacó entre la muchedumbre de los cautivos americanos, sino que incluso llegó a sobrepasar la fama de numerosos soldados españoles. Se llamaba en lengua india Malinali, que quiere decir "torcer sobre el muslo", y al ser bautizada, su nombre cambió por el de Marina.

Malinali, en tanto que sus compañeras permanecen atontadas en la cubierta, sigue con sus negros ojos las

acrobacias de los marineros, anda por el barco examinándolo todo, y se pasa el día preguntando cosas en su lengua de pájaro. Bernal la recuerda a bordo, diciendo que era "de buen parecer, entremetida y desenvuelta".

En Veracruz los españoles afrontan un complicado problema lingüístico. Los embajadores de Moctezuma hablan náhuatl, el idioma que en el inmenso territorio dominado por los mexicanos juega un papel semejante al que desempeñó el latín en el imperio romano. El maya de Aguilar ha sido útil en Yucatán, en Campeche y en parte de Tabasco, pero en Veracruz se inicia una vasta área idiomática, en la que no es posible avanzar con éxito sin el conocimiento de la lengua. El obstáculo, al parecer insalvable, lo resuelve la india entrometida que había sido regalada al noble Puertocarrero. Marina, en efecto, habla el náhuatl, por ser su lengua natal, y el maya, por haberlo aprendido en Tabasco. De esa manera se organiza un sistema de traducciones que habría de funcionar con éxito a lo largo de la Conquista. A partir de Veracruz, Marina, del mexicano hará la versión en maya para Aguilar, y éste, a su vez, la traducirá del maya al castellano para Cortés.

Revela además Marina una discreta inteligencia, insospechada en una mujer indígena que puede regalarse como una mercancía de poco precio. En las primeras pláticas sostenidas con los embajadores de Moctezuma, sabe emplear el argumento decisivo, la palabra convincente donde antes fallaron los españoles ignorantes de los sutiles mecanismos del alma indígena. El talento diplomático de Cortés —sus mejores victorias fueron siempre diplomáticas— encuentra un valioso auxiliar en Marina, al grado de que se los ve identificados formando una sola persona, en la que Cortés fuera el pensamiento y Marina la palabra que le da forma.

No carece de persuasión la fresca belleza juvenil de la india. Cortés, al principio, entregado en cuerpo y alma a su empresa, utiliza a la esclava de Puertocarrero exclusivamente como una traductora; pero, a medida que trascurre el tiempo, el continuo trato, su afición a las mujeres en él tan poderosa, la diaria revelación de inesperadas cualidades, lo empujan insensiblemente a Marina. No se sabe si sus relaciones íntimas se iniciaron antes de la partida de Puertocarrero, pero no es difícil inferir que la decisión de enviar al pariente del conde de Medellín como su embajador ante Carlos V haya sido inspirada en el deseo de disfrutar, sin sombra de rivalidad, la posesión de Malinali. Haya sido así o de otra manera el caso es que en pocos días, la oscura esclava se convierte en la traductora oficial y en la querida no menos oficial del capitán general de la armada.

La rápida ascensión le va ganando títulos. En el olvido queda sepultado su nombre indígena, y en adelante ningún español la mencionará sin anteponer a su nombre cristiano el título de *Doña*, que asimismo consagra la historia. Doña Marina es la sombra de Cortés, su eterna compañera. Los códices aztecas la pintan, de manera invariable, cerca de la silla de tijera del conquistador ataviada con su túnica flotante y brotándole de la boca un manojo de coruscantes jeroglíficos.

Doña Marina, juzgada por el conjunto de su vida, resulta una de las peores jugarretas del destino. Para nosotros es la imagen de la traición por antonomasia. Ni Santa Anna, ni los conservadores que ofrecieron el trono a Maximiliano, ni los muchos traidorzuelos que hemos padecido, representan en forma tan definida y elocuente lo que supone ese afán de entreguismo, esa admiración por lo extranjero en menoscabo de lo nuestro que simboliza la amante de Cortés. Un país celoso de su integridad, combatido por influencias destructoras y sobre el que pesan graves amenazas contrarias a su soberanía, se ha empeñado en tomar a esa india entrometida como un Judas perfecto y después de asustar a los niños con su fantasma durante cuatro siglos, se da el nombre de malinchismo a todo lo que pueda dañar nuestra idea del patriotismo.

Por mucho que se grite, doña Marina no pasa de ser un espantajo, que se agita para velar las razones verdaderas en que se apoya el real malinchismo. El malinchismo está en las bases de nuestro sistema económico y social y lo fomentan la radio, los periódicos, los políticos entreguistas, los que quieren industrializar el país con capital norteamericano, los guías de turismo y todos los que andan en el sucio negocio de convertir sus pesos mexicanos en milagrosos dólares.

No es ése el caso de Marina. De común con los pueblos a los que ayudó a destruir, sólo tenía el odio. Se odiaban los mayas, los mexicanos, los zapotecas, los tlaxcaltecas y los otomíes que vivían haciéndose la guerra. Se odiaban las tribus y aun los barrios, combatiéndose despiadadamente, como ocurría entre la misma familia de los mayas. Texcoco y Tacuba, los pueblos que formaban al parecer una compacta y ejemplar alianza con Tenochtitlán, al final se pasaron al enemigo común, y hasta Tlaltelolco, unido materialmente a Tenochtitlán, la abandonó a la hora suprema. El angustioso llamado de Cuauhtémoc en favor de la unidad fue escuchado como un sarcasmo, y los españoles, en los últimos días del sitio de Tenochtitlán, horrorizados del odio que habían desencadenado, tuvieron que defender a sus enemigos los aztecas de la ferocidad de sus propios aliados.

Abundan las contradicciones en la vida de Marina. La genuina inspiradora del malinchismo, contra lo que pudiera pensarse, era reverenciada como un dios por los indios de acuerdo con el testimonio de Bernal: "Doña Marina —escribe— tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España." Un sentimiento mágico, un hábito arraigado de obedecer sin replicar al que manda, una supersticiosa adoración por ciertas formas rituales crearon en torno a la mujer enemiga de los suyos, una atmósfera de servil reverencia y acatamiento. Y no sólo Marina gozaba del favor popular. Cortés debió la desconfianza de la Corona y su postergamiento final al culto que le profesaban los indios. Parece así que el destino hubiera querido reunir a Cortés y a su amante haciéndoles objeto del amor del pueblo aniquilado por ellos. Para Marina, no pasaba de ser un consuelo. Para Cortés, fue la causa de su ruina.

La tragedia personal de Marina estriba en que, a pesar de todos los esfuerzos, nunca pudo dejar de ser una esclava. Quizá ella no tuvo conciencia de este drama, pero resulta impresionante comprobar, en el desarrollo de la conquista, cómo cada nuevo esfuerzo, cada victoria suya la hunde más en la esclavitud.

Desde pequeña debe luchar contra su sino. Nació en Painala, un pueblo cercano al río Coatzacoalcos. Su padre, un guerrero joven, era el cacique de la tribu. Tenían la cabaña más espaciosa, algunos esclavos y, cuando el reyezuelo volvía triunfante de una batalla, traía a la niña joyas de oro, mantas y plumas de colores. Un día el padre murió, no se sabe si de un flechazo o consumido por las fiebres del trópico, dejando a su mujer el cacicazgo. La madre de Marina todavía joven, a semejanza de la buena Penélope, luego se vio asediada por ambiciosos pretendientes y, como no esperaba la vuelta del marido, se casó pronto y tuvo un hijo varón de su segundo matrimonio.

La felicidad del principillo consorte hubiera sido perfecta, de no haber existido la heredera legítima. Aspiraba a que su hijo, andando el tiempo, se hiciera cargo, por derecho propio, del cacicazgo, pero la existencia de la niña suponía un grave obstáculo a sus proyectos. El cacique estaba pensando la forma en que se libraría de ella sin dejar huellas comprometedoras, cuando la muerte de la hija de una esclava que tenía aproximadamente la misma edad que Malinali, le dio al fin la oportunidad anhelada, y aprovechando el paso de unos mercaderes de Xicalango que salían para Tabasco les vendió a Malinali con el mayor sigilo —el negocio era doble— y a la mañana siguiente, el pequeño cadáver descompuesto de la hija de

la esclava se mostró al pueblo cubierto de flores, como el cadáver de Malinali.

Marina nunca se refirió a su estancia en Tabasco. Fue sin duda un periodo de oscura esclavitud que debería traerle dolorosos recuerdos. De niña aprendió a hilar, iba por agua al pozo de la tribu, molía el maíz, y de adolescente —en el trópico las niñas pronto dejan de serlo— pasó a ser la mujer de algún señor lo bastante rico para comprarla.

Este drama —tan común, por lo demás, en la realeza europea— tuvo un desenlace inesperado. En 1523, dos años después de realizada la conquista de México, Marina, ya casada con Juan Jaramillo, acompañaba a Cortés en su desastrosa expedición a las Hibueras. La selva, las turbias aguas del río Coatzacoalcos, le traían con fuerza a su memoria las crueles escenas de su infancia. ¿Viviría aún su madre? ¿Qué sería del padrastro y del medio hermano por quien la condenaron a la esclavitud?

No tardaría en saberlo. Dada la cercanía a que estaban de Painala, Cortés ordenó que un destacamento fuera al pueblo y aprehendiera al cacique, a su mujer y a su hijo, llevándolos a su presencia. "Esto me parece —escribe oportuno Bernal— que quiere remedar lo que acaeció con sus hermanos a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo." La sugestión es perfecta. Ante la poderosa Marina aparecen su madre y su medio hermano el cacique, pues el padrastro ya había muerto para entonces. La madre no sabe una palabra del motivo de su prisión ni, mucho menos, en aquel momento recuerda a la hija sacrificada; pero las dos muestran una semejanza de tal modo evidente que se reconocen sobre los años transcurridos, y la madre, temiendo por su vida y la de su hijo, se echa a los pies de Marina con el viejo cuerpo agitado por violentos sollozos.

Marina entonces la levanta del suelo consolándola. "Sabía muy bien que cuando la vendieron a los mercaderes de Xicalango no se dieron cuenta de lo que hacían, por

lo que había olvidado el mal pasado y los perdonaba. Dios le había hecho merced en quitarle de adorar ídolos y tener un hijo de su amo y señor Cortés y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo, y aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España no lo sería, que en más tenía servir a su marido y a Cortés que cuanto en el mundo hay."

En cuatro años, Marina había completado su educación occidental. Delante de su madre y de su hermano, en medio de su paisaje natal, caía en la cuenta de que no la ataba ningún lazo con lo que fue suyo en otra época. Creía haberse desarraigado de lo indígena y pertenecer en cuerpo y alma a los españoles.

No mentía Marina. ¿Pero se sentía realmente feliz en la posición que había alcanzado? El hijo que le había dado a Cortés y el haber sido su amante ¿justificaban su orgullo? Posiblemente, no. Fuera de su victoria ante su familia, de la pasajera vanidad de haberse sentido un José bíblico que en lugar de tomar venganza supo perdonar las ofensas recibidas, Marina, en su largo trato con los españoles, sólo vio confirmarse su condición de esclava.

Durante la conquista, cada triunfo de Cortés era en parte un triunfo suyo. Sin ella, la mayoría de las negociaciones diplomáticas hubieran fracasado, y muchas de las maniobras políticas de Cortés, falto de hábiles intérpretes, no habrían resultado eficaces. Marina evitó un derramamiento innecesario de sangre en Cempoala, descubrió la conspiración de Cholula, y su conocimiento del alma indígena, su tacto y su inteligencia constituyeron para Cortés una colaboración insustituible. En otro aspecto, Marina fue un soldado más en la conquista. No abandonó su puesto al lado del extremeño en las horas de mayor peligro; entró con él a México; sufrió el desastre de la Noche Triste y, aunque con frecuencia no se la mencione sino como la "lengua", puede sentírsela tremendamente activa en toda la campaña. Su figura cobra un relieve singular a la luz

de los incendios, en los grandes quebrantos de los pueblos indígenas en los que ella tiene tanta parte de culpa.

Esta sobrehumana tarea —al mismo tiempo es la amante de Cortés y la madre de su primer hijo—, a medida que se acerca a su meta, se vuelve contra ella. Al caer Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521, Cortés ya no es un aventurero acusado de rebelión, sino uno de los grandes capitanes de España. El imperio que ha conquistado le permite vivir con un boato que hace palidecer los remedos cortesanos del segundo almirante Diego Colón y de Diego Velázquez. Tiene una vajilla de plata, músicos, ministriles, bufones, un capellán y numerosos esclavos. Su autoridad es ilimitada y puede, por primera vez en su vida, satisfacer sus deseos amorosos sin temor a complicaciones desagradables, instalando en su residencia de Coyoacán un pequeño, pero bien abastecido serrallo. En él figuran la propia Marina; doña Isabel, hija del difunto emperador Moctezuma, mujer de Cuauhtémoc, que vive prisionero; doña Francisca, hermana de Coanacoch; una misteriosa india llamada doña Inés, "que paseaba antes que doña Marina su vientre grávido por la huerta" [1] y las españolas Leonor Pizarro y Antonia Hermosillo, que desaparecen al llegar de Cuba inesperadamente, su mujer legítima, Catalina Suárez, muerta misteriosamente, a poco de estar en México.

Para Marina la nueva situación es la confirmación absoluta de su sino. Cuando se realiza la victoria tan duramente perseguida, lejos de saborear su disfrute, pasa a formar parte, primero, del serrallo de Coyoacán y, a la llegada de la Marcaida, a ser considerada como una intrusa que debe ceder el lecho y las preeminencias de que goza a la mujer del conquistador.

Muerta Catalina Suárez, Cortés se aleja todavía más de su antigua intérprete. El último eslabón de la cadena que lo retenía a su pasada existencia de colono pobre, había desaparecido con la Marcaida, y ahora que se le abría el porvenir —en realidad se lo cerraban las intrigas

[1] Héctor Pérez Martínez.

de la Corte—, podía aspirar a casarse con una noble española y a tener hijos con ella que perpetuaran el nombre de su casa.

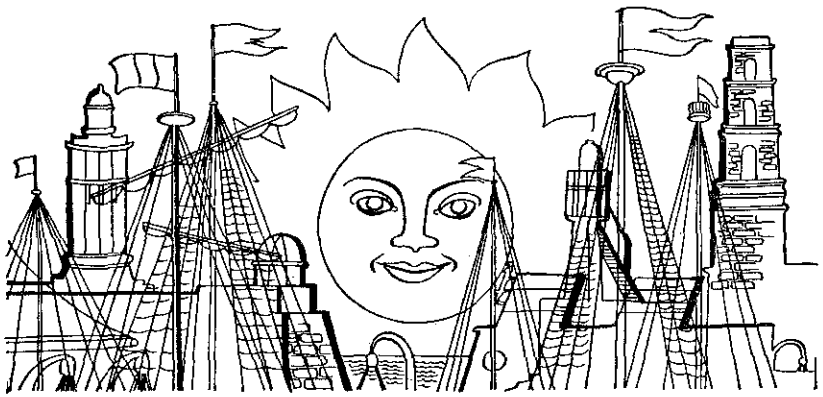
Podía haber terminado aquí la historia de Malinali, pero Cortés la prolonga, una vez más, al decidir casarla con Juan Jaramillo. Las bodas —ese mismo día Cortés le da en propiedad las encomiendas de Oluta y Tetiquipa— se efectuaron en Orizaba, en el inicio del famoso viaje a Honduras, una aventura incierta que estuvo a punto de costarle la vida a Cortés y que se ha considerado como su más grave error político. La ceremonia fue poco alegre. Jaramillo estaba borracho, no se sabe si de alegría o de tristeza. Se casaba por conveniencia con la india querida de Puertocarrero y de Cortés, y esto, que ya es un hecho nada honroso en nuestro tiempo, debía haber sido insoportable para un pretendido caballero español del siglo XVI.

La concertación del matrimonio viene a destruir la leyenda del idilio que se supone vivieron Marina y Cortés. El hijo de ambos, don Martín el bastardo —muy pequeño se lo quitó Cortés a la madre, confiándolo a un primo suyo—, fue el resultado de una colaboración profesional que rebasó los linderos de la traducción y de la guerra, un hijo de la necesidad, como los otros hijos de españoles habidos en las indias durante la Conquista y después de ella. De haber existido la sombra de un amor en Cortés, no le habría arrebatado al hijo ni la hubiera vendido a un hombre de la contextura moral de Jaramillo, contentándose con mantenerla sola y rodeada de la protección necesaria.

¿Amó Marina a Cortés? Le tuvo la fidelidad de la esclava, la adoración de la sierva al amo omnipotente, mezclada a la conciencia muy clara en ella del honor que suponía para una india ser la amante de un hombre blanco en el que se daban las circunstancias que hicieron célebre a Cortés. De cualquier manera, su sentimiento por él debió de haber sido en todo diferente al que hoy damos el confuso y terrible nombre de amor.

Concluido el viaje a las Hibueras, en el que Marina tiene la última oportunidad de traicionar a los suyos denunciando la pretendida conspiración que costó la vida a Cuauhtémoc, la intérprete de la Conquista vuelve a la sombra. Reflejaba la luz de Cortés y, al salirse de su órbita, no vuelve a figurar en la historia. El marido debe de haberla odiado. Ningún español prominente se casaba con indias, y a Jaramillo todos lo señalaban acusándolo de haberse casado por el dinero de Marina, conociendo su pasado. Así languideció hasta la muerte, ocurrida en 1531. Seis meses después, Jaramillo estaba casado de nuevo.

A los pocos años, la imaginación popular la convirtió en el fantasma oficial de la ciudad de México. Con el pelo suelto y la túnica flotante andaba en el aire nocturno, gritando por la suerte de sus hijos, los indios, a quienes ella había ayudado a destruir. Por cuatro siglos tuvo el privilegio de ser fiel, incansable "coco" de los niños mexicanos.



V. VERACRUZ, LA PUERTA ESTRECHA DE MÉXICO

VERACRUZ es una ciudad y es un mar. Una ciudad colmada de aire marino y de gaviotas. También de salina claridad. Donde la calle termina, se abre la plazuela azul de la bahía. El cielo de la costa y el profundo cristal del mar la ciñen, otorgándole esa atmósfera celeste, de ámbito sin fronteras, que la distingue.

El paisaje urbano está de tal manera contagiado del paisaje marítimo, que la perspectiva abarca por igual torres y mástiles, árboles y muelles. Esta convivencia estrecha del agua y de la piedra crea la sensación de que pisar Veracruz vale tanto como embarcarse. ¿En qué nave? En un balcón de madera, en una mesilla de los portales, mientras a nuestro lado fluye la rica onda de la vida porteña.

El primer acto que realizamos en Veracruz es renunciar a la circunspección de la meseta. Tiramos sobre la primera silla la chaqueta y la corbata. Luego, nos desabrochamos la camisa, hecho natural que, de golpe, devuelve a nuestro cuello la libertad tan duramente regateada en las altas ciudades del interior de México.

Un vaso de cerveza helada permite saborear mejor la primera docena de ostiones en su concha que se nos sirve entre rodajas de limón. El menú, por sí solo, es una invitación a la sensualidad: jaibas, camarones, cangrejos, langostas. No faltan los percebes olorosos a plantas marinas. Los pescados más finos figuran también en la lista: huachinangos pequeños de escamas sonrosadas; pámpanos de carne tierna y sápida; suavísimas mojarras de río; robalos y esmedregales. Faisanes y tórtolas baten sus alas sobre esta naturaleza muerta, necesaria prolongación de los caldos marineros y de las sopas de pescado con sus tonos ácidos, picantes, y su gama de sabores delicados. Los matices del ajo, del aceite de oliva, la intervención de las salsas de tomate y de "chilpachole", de las especias ya aclimatadas en el trópico americano, unidos a la fragancia de la nieve de guanábana y del aromático café, forman las principales delicias de la cocina veracruzana.

Después de comer, el monótono bisbisear de los ventiladores nos sumaría en un blando sopor. si el discurrir de la vida no lo ahuyentara con sus imágenes novedosas. Un hombre jovial ofrece guacamayas. Otro, tocado con un sombrero de palma de alas arriscadas, vende traviesos monitos de manos inquietas. Un mercader cubierto de tatuajes lleva un pavo real, cuya larga y sedosa cola barre el suelo. La vieja mulata, fumando su puro desfila con un cargamento de camelias, gardenias y orquídeas; un chicuelo apela a todos los recursos de la elocuencia tropical para que se le compren sus cestas de vainilla. Al poco rato de permanecer en el portal, me doy cuenta de que soy propietario de una camelia roja, de un portamonedas de piel de serpiente, de cuatro ejemplares de la misma edición de un periódico local, de dos paquetes de puros y de un sombrero de jipi tan útil para mí como los puros y los ejemplares del abominable diario adobado con artículos de algún plumífero superviviente de los tiempos de don Porfirio. Confieso que he estado a punto de sucumbir a la tentación de adquirir el pavo real, pero la melancólica reflexión de que

no podría tenerlo como huésped en mi reducida habitación y la más grave de que mi estado financiero empeoraría notablemente, de seguir escuchando las insinuaciones de los vendedores, me obligaron a cerrar los oídos a sus ofrecimientos.

La simpatía del veracruzano obra en mí como un poderoso reactivo. El aire fino del altiplano, lo mismo en México que en el Perú, crea seres graves, tristes y ceremoniosos. La cortesía es planta que florece a dos mil metros sobre el nivel del mar. Lo mismo podría decirse de la teología, al menos en tierras de América. Mientras en el altiplano la vida se matiza de una delicada dignidad, que ya encierra una roedora y activa propensión al misticismo, en la costa la vida se contagia de una despreocupada sensualidad, ruda quizá, pero inocente y dichosa.

¿En qué sitio de México es posible advertir las escenas que se desarrollan en la plaza de Veracruz? El palacio del Ayuntamiento, con sus blancas columnas y su airosa torre, es, en la tibia noche, bajo las estrellas resplandecientes, una decoración teatral, en la misma medida que lo son los portales vivamente iluminados y los árboles del jardín de recortados tollajes. Suenan sin cesar las guitarras costeñas, los sones jarochos y las marimbas. La música en sordina, de la banda municipal, llega por rachas. En este aire estremecido se confunden los gritos de los vendedores, las conversaciones de los parroquianos, las disputas de los marineros, las charlas de los pájaros desvelados y de las muchachas que pasean devolviendo saludos y requiebros. Pero este bullicio no altera los sentidos, sino que los exalta, como el vino de las campiñas mediterráneas.

¡La serenata veracruzana! Necesaria cura de reposo para el triste hombre de la meseta. Se vive al aire libre, a medio vestir, con el apetito afilado y la cabeza trastornada, porque se ha recobrado plenamente la sensualidad y, con ella, la certeza de nuestra condición corpórea.

Abundan los cuadros pantagruélicos. Veracruzanos de enormes panzas y carrillos colorados no cesan de trasegar

cerveza; gordas mujeres de comerciantes devoran descomunales fuentes de percebes y pescados; marineros negros y suecos atléticos de enmarañadas greñas rubias, se emborrachan hasta rodar bajo las mesas. En medio de esa humanidad glotona y bárbara, como aves que cruzan el pantano sin mancharse —emplearemos la imagen con el deliberado propósito de no abandonar el coto geográfico de la poesía veracruzana—, se mueven, llenas de gracia, las hijas de estas abigarradas y sudorosas matronas.

Rechazo escandalizado la idea de que tan prosaico destino aguarde a esos ángeles vislumbrados en una noche de magia. La ronda de mariposas, la recuerdo ahora, de vuelta a mi hotel, entre la luz verde que se cuela por el enrejado morisco de las persianas, como un fragmento de ballet del que se hubieran desvanecido los rostros y las figuras del conjunto. Sólo una figura se destaca en forma inolvidable. Es la de una adolescente. Tenía de la infancia la gracia libre y segura de los movimientos pero la bañaba la luz misteriosa de la feminidad. Su vestido blanco, sin un adorno, insinuaba la curva de las caderas y la sombra de los pechos menudos. La línea del cuello frágil todavía, y la de la dulce curva de la barba, sostenían el rostro inocente y la mata de cabellos castaños anudada por un cinta de terciopelo azul.

Por desgracia sus palabras no llegaban hasta el banco bañado de sombra en que yo contemplaba la escena, pero alcanzaba a distinguir su voz limpia de entonaciones graves, un poco aguda y segura de su fuerza. A cada vuelta, su figura se me hacía más hermosa. Las piernas desnudas, ágiles y finas, apenas tocaban el suelo. La seguía entre las apretadas filas de paseantes, y esperaba con ansia que asomara su noble cabecita. Al fin, su vestido blanco no apareció más en el jardín, y yo me retiré guardando en mi cartera de viajero, como Antonio Machado, la gracia de esta rama florecida en los muros alegres del viejo puerto. Que su imagen cierre la visión de la moderna Veracruz; ella hace buena compañía a las gaviotas y al espacio del

mar en que se desvanece. Después de todo, ¿qué figura podría simbolizar mejor la gracia salina de su gente? En la noche colmada de suavidad, en el día de sol ardiente, en medio de la risa de las mulatas y el paisaje de portales, anchos balcones de madera, mástiles y torres, quede la niña del vestido blanco. Ése es su paisaje. La expresión animada de una sonrisa del alma que penetra en el corazón con mayor eficacia que los sones jarochos y el murmullo capitoso de la marimba.

La historia de nuestra primera ciudad

Veracruz, nacida de una ficción jurídica en 1519, comienza en realidad su existencia activa el primer año del XVII. El haber sido fundada sobre un desierto de Sahara en miniatura, determinó, desde el principio, un vicio de origen contra el que ha luchado sin tregua hasta nuestro siglo. No sólo contra la arena ha combatido, sino contra el viento. El "norte", que sopla intermitente cinco meses del año, ha llenado de aspavientos los relatos de los viajeros y los registros de todos los capitanes de navío llegados al puerto. Más tarde, posiblemente a mediados del XVII, cuando Veracruz ya atraía por sus riquezas a los piratas, hizo su aparición el vómito negro. El aullido del viento, y la muerte acechando tras de los médanos de arena, hicieron de Veracruz la puerta estrecha de México. Estrecha y peligrosa, fue, sin embargo, la única abierta al occidente, el podrido cordón umbilical que nos ataba a Europa.

Puerto exclusivo de los españoles, no vio en largos siglos otra bandera que el estandarte real, acompañado de tarde en tarde por la insignia de la calavera ondeando en los navíos bucaneros. A pesar de las adversidades, Veracruz prosperaba. En la isleta de San Juan de Ulúa se construyó una fortaleza angulosa, coronada por almenas y aspilleras. En sus muros se empotraron argollas donde amarraban las carabelas cargadas de aceite, vino, instrumentos de hierro, mercurio y telas labradas.

La ciudad era poca cosa. Un puñado de casucas y de bodegones, un monasterio y una iglesia techada con paja.

La mayor parte del año, Veracruz aparecía desierta y mustia bajo el sol del trópico, batida por la arena de los médanos; pero, cuando venía la flota de España, la aldehuela sufría una transformación radical. Las mejores casas rebosaban comerciantes llegados en literas y en caballos, a toda prisa, de la ciudad de México. Con frecuencia desembarcaban virreyes, arzobispos, oidores y magistrados importantes. La playa ardiente coronada por el pico de Orizaba y la presencia de los cargadores indígenas teñía de exotismo aquella escena, que parecía arrancada de Cádiz o de Sevilla.

El sofocado arzobispo, revestido con sus pesados ornamentos, marchaba bajo palio, entre la procesión de frailes cabizbajos; el virrey, atormentado por su casaca bordada de oro y el peso de las cruces y del peluquín, recibía los parabienes de los oficiales; los severos rostros de algún inquisidor o del oidor destinado a la audiencia de Guadalajara, ponían una nota de la seca gravedad española en el bullicio de marineros descalzos, soldados bisoños y recatadas damas de la virreina.

Más allá, al filo del agua verde, escoltados por soldados, los arrieros descargaban la plata y el azúcar, la cochinilla, el tabaco y la vainilla. Olía a chocolate y a especias, a incienso y a mar. Los redobles de los tambores se mezclaban al sonido de las campanas. Llegando la noche, a la luz de los hachones y los candiles de aceite, los marineros tocaban la guitarra, pasaban las bolsas con escudos de mano a mano, y los soldados soñaban con batallas, los escribanos con minutas y pleitos jugosos, las damas con serenatas y raptos a la luz de la luna y los jóvenes inmigrantes de hatillo al hombro, con fortunas de Marco Polo.

En verdad, la vida de México ha desfilado íntegra por la puerta estrecha de Veracruz. Las armas de fuego, la viruela, la religión, los animales domésticos y las plantas europeas, los libros, el arado, el municipio, la intolerancia,

la sangre, el idioma y las virtudes de España, todos los elementos esenciales de nuestra civilización han desembarcado en Veracruz. Por ahí han llegado los conquistadores, los virreyes y los arzobispos, y por ahí también se han marchado de regreso a España. Los tiros de dos invasiones francesas, dos americanas y una inglesa han resonado trágicamente entre los médanos, como resonó el primer cañón que mandó disparar Hernán Cortés en 1519. Los botines de charol del emperador Maximiliano pisaron la tierra de su imperio en Veracruz, y tres años más tarde, sobre esas mismas limpias arenas, reposó el ataúd que lo devolvía embalsamado a Europa. Su liberalismo arrancó, con su indiferencia, las primeras lágrimas a Carlota y fue refugio de la Reforma con Juárez y del constitucionalismo con Carranza.

La marejada de la historia no ha hecho escéptico ni triste al veracruzano. Sigue siendo un venero de alegría inagotable y el fiel guardián de la puerta de nuestra casa que mira al occidente. Todo lo espera del mar. Lo mismo la vida que la muerte. A nosotros, los del altiplano, que vivimos de espaldas a las costas, poco nos ha interesado su prosperidad. El primer puerto de la República continúa siendo el puerto pobre de los últimos días del porfirismo, porque Veracruz es y será siempre el espejo de la nación. Hoy, lo vemos reflejar al mexicano que ignora el océano. Mañana, su bahía, atestada de barcos en los que flote nuestra bandera, reflejará, para los millares de inmigrantes europeos que desembarquen en sus espaciosos y modernos muelles, la riqueza y la abundancia de un pueblo que ha civilizado sus costas. Única tarea capaz de restablecer un equilibrio, roto desde la Conquista, entre el trópico colmado de signos promisores y las tierras pobres de la meseta bañadas en la transparencia de su perpetuo otoño.

Esta ciudad de Veracruz, henchida más de futuro que de historia, se levantó —ya lo hemos dicho— en uno de los sitios más inhóspitos del país. El 20 de abril de 1519, víspera del arribo de la flota de Hernán Cortés, el arenal no conservaba resto alguno de la expedición de Juan de Grijalva. Los médanos de arena dorada sólo mostraban la huella desvanecida de las gaviotas. El viento se entretenía en rizarlos, prolongando en tierra sus juegos marinos. El niño Eolo, conocido en lengua azteca por Ehécatl, los bordaba con limpias aristas, o alisaba la superficie dejándola tan brillante y pareja como un campo de nieve recién bruñido por el aire de la noche. Es el arquitecto que gusta de arar en el mar y construir sobre arena. Artista de manos infatigables, todos los días borra sus encajes y sus paisajes diminutos para fabricar al siguiente día nuevos primores.

A veces, desilusionalo de no poder realizar sus locos sueños, se encoleriza, cambia de un rabioso manotazo los médanos, hace huir a las gaviotas y se retuerce entre la arena aullando de impotencia.

Ese día, 20 de abril, el niño Eolo amaneció de buen humor. El mar languidecía en la playa coronada de tranquilas espumas. La isla de San Juan de Ulúa zozobraba bajo el peso de su verdura, semejante a una balsa demasiado cargada. Podía vislumbrarse, en Sacrificios, la cima blanca del adoratorio surgiendo de la verde mancha de los árboles. Y el arenal de oro, rizado, virgen de pisadas, parecía aguardar un suceso de la mayor importancia. El Pico de Orizaba, cuando lograba sacudirse las nubes inoportunas, asomaba su blanca cabeza como preguntando: —"¿Han llegado al fin los nuevos dioses?"—, y hasta los zopilotes, de suyo poco curiosos, se mecían en el viento, atisbando la llanura resplandeciente del Atlántico, convertidos en vigilantes centinelas.

El Jueves Santo, día 21, en aquel escenario se repite

un espectáculo ya común hacía veinticinco años en otras playas del Nuevo Mundo. Diez navíos de infladas velas, no muy distintos de las gaviotas cuando vuelan a ras de las olas, aparecen en el mar, anclando cerca de la islilla de San Juan de Ulúa. La carabela de Cortés se distingue por los estandartes reales y su propia bandera flameando en los mástiles. Apenas fondea la armada, dos grandes piraguas, llenas de indios, parten de la playa antes aparentemente desierta, dirigiéndose sin vacilación a la nao capitana.

Cortés los recibe en su silla de tijera puesta bajo un toldo en la cubierta. Lo rodean personajes de novela: Pedro de Alvarado muestra los dientes entre el bosque rojizo de la barba; Gonzalo de Sandoval que después sería el brazo derecho de Cortés en la Conquista, se retuerce el bigotillo para que se le crea un capitán maduro; la Malinche, ataviada con sus ropas indígenas, no aparta los ojos del extremeño; Jerónimo de Aguilar, atezado por los soles de Yucatán, repasa en su memoria el idioma maya aprendido en el cautiverio que lo ha elevado al rango de intérprete que ostenta. Relinchan los caballos en la sentina, y Antón de Alaminos, sin jubón, con el pelo revuelto, grita las últimas órdenes de la maniobra a los marineros, toda gente de turbios antecedentes.

Los indios se inclinan, tocan el suelo con las manos, y luego se las llevan a la frente en señal de reverencia. A todos saludan con dignidad de señor a señor, como en una corte oriental. Exponen su embajada en lengua azteca; Marina traduce al maya para Aguilar, y éste del maya la vierte al español. Cortés, a través del cedazo de tres idiomas, se entera de lo que dicen los indios: "Un criado del gran Moctezuma los envía para saber qué hombres eran y qué buscaban. Si algo hubiesen menester que se lo dijesen y traerían recaudo para ello."

Cortés los invita a comer. Se les sirve vino de España y, concluido el banquete, les regala un puñado de cuentas verdes, diciéndoles: —"Que vienen a verlos y a contratar

con ellos. No les hará enojo alguno y debían tomar por buena su llegada a la tierra."

El Viernes Santo, a pesar de la solemnidad del día, desembarcan los caballos y se instala la artillería "en unos montones y médanos de arena que allí hay, altos, que no había tierra llana, sino todos arenales", escribe Bernal recordando con pasmosa fidelidad las peculiaridades del lugar. Los españoles pasan ese día, muy atareados, levantando barracas. El Sábado de Gloria, con ayuda de unos indios terminan de levantar el real bajo el pesado sol de la cuaresma.

El domingo, Pascua Santa de Resurrección, llega al campamento el gobernador de la provincia, indio curioso y de gran desparpajo. Se llamaba Tentlitl, nombre difícil, que los españoles cambiaron por Tendile, y venía acompañado del cacique Cuitlalpitoc, quien era conocido pocos días más tarde en el real por el gracioso, familiar y españolísimo de Ovandillo.

Se cruzan los saludos prescritos por las complicadas etiquetas de dos pueblos puntillosos en materias de ceremonial. De la entrevista con los enviados de Moctezuma depende la suerte de la expedición y el rumbo que tome. Cortés está a punto de revelar la incógnita que lo atormenta, pero el espíritu del cristianismo se sobrepone al del político y, en vez de sentarse en su silla taraceada, les pide que aguarden mientras ordena a los soldados que aderecen un altar a la mayor prisa. Es la primera misa celebrada en territorio mexicano. Los caciques escuchan con asombro la voz de fray Bartolomé de Olmedo, siguiendo con interés los movimientos del padre Juan Díaz que la beneficia. Mucho más asombroso resulta para ellos el espectáculo de los teules blancos, arrodillados, con las cabezas inclinadas, dándose fuertes golpes de pecho y pronunciando palabras de misterioso significado.

Concluida la misa, se inicia el convite alegrado con vino y, al ser levantados los manteles, Cortés se retira con los caciques a un lugar aparte. Es el capitán el que

toma la palabra afirmando, en primer término, su condición de cristianos. Presentada su principal carta de identidad —identidad que ninguno de los magos del emperador Moctezuma sería capaz de poner en claro— explica que son vasallos de Carlos V, el mayor señor que hay en el mundo, pues tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores. Su poderoso monarca, que conoce la existencia de Moctezuma desde hace años, lo ha enviado para decirle muchas cosas interesantes. Viene también a contratar con los indios de buena amistad. Por último cierra su plática enderezando una pregunta inquietante: "¿Dónde y cuándo ordena Moctezuma que lo vea?"

Tendile, que se ha quedado atónito al saber que en las tierras donde nace el sol existe un monarca tan poderoso como el suyo, reacciona violento ante la pretensión de Cortés y responde "algo soberbio": —"Aún ahora has llegado y ya le quieres hablar; recibe este presente que te damos en nombre de nuestro señor y después me dirás lo que te cumpliera."

Hacen su aparición los servidores indígenas, y en largas esteras extienden el primer regalo que Moctezuma hace a los soldados de la nueva expedición: piezas de oro, mantas finas de algodón y plumería, faisanes, que en las crónicas se anotan como gallinas, frutas y pescado asado.

Cortés recibe el presente "riendo y con buena gracia". Él, a nombre de su señor, desea regalar algo al gran Moctezuma. En las manos tendidas de los caciques pone unas piedras margaritas de las que tienen curiosas labores dentro, envueltas en algodones perfumados con almizcle, y un sartal de diamantes torcidos. Eso no es todo. A continuación ofrece una silla de caderas con entalladuras de taracea y una gorra de terciopelo carmesí adornada con una medalla de oro, no sin rogar que Moctezuma se pusiera la gorra en la cabeza y se sentara en la silla cuando los españoles fueran a visitarlo.

El real español, más que aspecto de campamento, tiene aire de feria. Cuando los soldados no recogen ostras y cangrejos, se les ve a la puerta de sus cabañas trocando diamantes de vidrio, cuchillos corrientes y espejos, por pepitas de oro y alhajas. Todos los desechos, botones, hebillas, eslabones, espuelas rotas, guantes estropeados tienen su valor en aquel mercado. Lo que se rescata es una miseria y aún debe partirse con los soldados que abastecen de pescado el real, pero algo queda, y no hay español que no guarde, con su espada y su hatillo de ropa, un poco del amarillo metal por el que abandonaron su casa. Las indias que preparan la comida de los capitanes, los esclavos de los caciques y algún señor de las cercanías que acude en sus andas para ver de cerca a los extranjeros, aumentan la animación que reina en el campamento, a despecho del sol inmisericorde. Entre aquella muchedumbre no vista nunca en el Nuevo Mundo, se distinguen unos indígenas atareados en llenar tiras de extraño papel. No son "tamemes",[1] ni escribanos, ni acuden al real con el propósito de trocar oro. Cortés pregunta a Tendile qué oficio desempeñan.

Nada más fácil que satisfacer la curiosidad del capitán. Esos indios son los pintores reales, los que dibujan para Moctezuma todo lo que no puede ser explicado por medio de palabras al monarca.

El cacique hace venir a un pintor, y tomando la tela de sus manos, la muestra a Cortés. El extremeño se admira. En la tira de papel, con sueltos y fieles trazos, están dibujados sus compañeros de armas, los caballos, los cañones —perros que arrojan fuego por el hocico—, los navíos —llamados "acales" en lengua azteca—, y hasta él mismo puede verse sentado en su silla de tijera, y a su lado la Malinche, ataviada a la usanza de la tierra y con la boca llena de jeroglíficos.

[1] Nombre de los cargadores mexicanos.

Los pintores sólo han representado las tareas pacíficas de los españoles, pero es necesario que Moctezuma tenga una idea de lo que significan realmente sus caballos y sus cañones. Cortés, dándose cuenta del efecto que en el emperador causarán estos lienzos, ordena a los artilleros que tengan bien cebadas las lombardas; después se vuelve a Pedro de Alvarado y le dice:

"Si en estos médanos de arena pudiéramos correr bueno fuera; más ya verán que a pie atollamos en la arena; salgamos a la playa después que sea menguante y correremos de dos en dos."

A la caída de la tarde, en la arena de la playa caracolean, trotan y galopan los caballos como en un juego de cañas. Los escopeteros disparan al aire sus arcabuces y, por primera vez en el Imperio de Moctezuma, escúchase el trueno del cañón. Los pintores —forzados periodistas precortesianos— bosquejan aceleradamente lo que observan, los caciques cruzan entre sí una larga y triste mirada: "¿Qué podrán hacer los batallones de su señor contra estas armas que lanzan el rayo a distancia? Y contra los monstruosos venados, ¿qué valían los brazos de los caudillos?"

Ya no hay nada que hacer. Los presentes de Cortés viajan a lomo de indio por la cordillera. Tendile llevará su embajada a Moctezuma y estará de regreso en una semana; pero, antes de emprender la marcha, ruega que se le conceda una gracia. ¿Pedirá un caballo, un cañón, un simple mosquete? No, sólo pide llevar el casco enmohecido y un poco dorado que le ha visto a un soldado, pues el dios Huitzilopochtli tiene uno semejante y el emperador se holgaría de verlo. En el acto se despoja al soldado de su reliquia y se le da al Tendile, no en calidad de regalo —según Cortés se encarga de aclarar— sino de préstamo que deberán devolver lleno de granos de oro, ya que "deseaba saber si el oro de México era como el que sacaban de los ríos españoles".

Una semana más tarle, como lo ha prometido, el cacique está de vuelta. Ha hecho un viaje de novecientos

kilómetros a través de fragosas cordilleras, cruzando ríos, barrancas y valles desiertos. En esa larga ruta ha pasado del calor del trópico al frío de las montañas. Además, visitó a sus familiares, habló largamente con Moctezuma y aun perdió varios días mientras el monarca consultaba a los dioses su parecer sobre este complicadísimo asunto; mas ahí está de nuevo, sin mostrar cansancio, ataviado con sus plumas y sus joyas, inclinándose ante Cortés entre las nubes de copal y los ramos de flores que los nobles de su séquito le ofrecen al jefe de los teules.

Se tienden las finas esterillas y sobre ellas, los diligentes servidores colocan finos paños. De las petacas, todavía calientes del sudor de los cargadores, principian a salir los regalos de Moctezuma. Pájaros de oro que mueven la cabeza y las alas, pescados maravillosos que tienen una escama de oro y otra de plata fundidas al mismo tiempo y los extraños animales de la tierra figurados en el precioso metal se alinean como en el escaparate de una juguetería de El Dorado, ante los ojos incrédulos de Cortés. La nueva corre de boca en boca, y un ancho círculo pronto rodea al severo Tendile. Escudos, corazas, yelmos cubiertos con placas de oro, penachos y cuadros de plumería, mantos y trajes bordados, rebosan las esteras. Tendile hace una pausa. Siempre que los ojos de Cortés casualmente se fijan en el grupo de sus soldados, descubre miradas encendidas, rostros codiciosos. Al fin, el sueño de las Indias se realiza en este Nuevo Mundo, que sólo había mostrado antes fértiles tierras, algunas pobres joyas y salvajes tímidos o feroces. Nunca han visto tanto oro junto ni creyeron que lo hubiera en esa cantidad, y tanto se les había ocultado, que ya desesperaban de tenerlo como botín de su propiedad algún día en su vida. ¿Pero era en verdad suya esa riqueza? No. Pertenecía por derecho a Diego Velázquez, el gordo conquistador sedentario, que siempre les robaba el oro y la gloria ganados con su trabajo.

La marcha de sus pensamientos toma, bruscamente,

un nuevo giro, pues varios indios avanzan penosamente sosteniendo una rueda "como de carreta". Es el sol de los indios y es su calendario, un calendario de perfección desconocida para los europeos. Ni siquiera a Botello, el astrólogo profesional de la expedición, interesan los signos zodiacales de que está labrado el gran disco. Cortés lo pesa con los ojos. El tesorero real calcula su valor aproximado: valdrá veinte mil pesos de oro, si su experiencia no lo engaña.

Sin dar tiempo a que los españoles se repongan de la sorpresa, el Tendile hace otra señal a los esclavos y aparece, brillando con luz blanca y fría, el símbolo de la luna, de plata maciza, en una rueda de igual tamaño a la del sol. Por último, el cacique ofrece a Cortés el casco enmohecido del soldado, lleno de pepitas de oro que tendrían un valor de tres mil pesos. Bernal comenta, cincuenta años después, todavía encandilado: "Aquel oro del casco tuvimos en más por saber de cierto que había buenas minas, que si trajesen veinte mil pesos."

Desgraciadamente para Cortés, las noticias que le trae el cacique no alegran su corazón. Moctezuma se niega terminantemente a recibirlo. Más que las frases de mera cortesía diplomática, dulcifica la cortante negativa la promesa de regalar a Carlos V —a quien el monarca desearía vivamente conocer— un puñado de piedras preciosas. Cortés alega que ha cruzado mares y padecido infinitos trabajos sólo por ver a Moctezuma. Es necesario que entregue personalmente el mensaje que le ha confiado su emperador, y esta legítima petición no puede rechazarla Moctezuma.

Tendile se defiende como puede, y Cortés lo acosa con sus razonamientos convincentes, hasta que el cacique, ante su insistencia, promete regresar a la corte mexicana, no sin declarar que juzga completamente inútil una nueva embajada.

En estas escenas no faltan los rasgos que revelan el sentido del humor de ambos pueblos. Moctezuma, con su

regio presente, ha enviado a un cacique mexicano que es la réplica indígena de Hernán Cortés. Podemos imaginar lo que ocurrió en el palacio del emperador azteca cuando recibió los lienzos de sus pintores. Tendile, respetuoso, vestido de pobres ropas, le va explicando lo que significa cada uno de los dibujos coloridos. Moctezuma tiene gran interés en saber quién es el capitán de los hombres blancos. Su embajador se lo señala con su grueso dedo moreno. Por primera vez en muchos días sonríe el desdichado monarca.

—¡Pero si es igual al cacique Quintalbor! —exclama.

Quintalbor, llamado a la presencia del monarca, sufre la mayor sorpresa de su vida. Ahora resulta que él, un oscuro cacique, es idéntico no a un dios blanco cualquiera, sino al jefe de todos, al que desata comentarios apasionados en la ciudad y es la preocupación de su señor Moctezuma y la causa de que perezcan tantos hombres en los adoratorios.

La sorpresa en el campamento español es grande y regocijada. Los soldados no dejan un momento tranquilo a Quintalbor. Se le saluda, se le llama, se le pregunta si tiene oro; pasa de corrillo en corrillo y por todas partes se escucha el nombre multiplicado de Cortés, quien debe sufrir con paciencia la broma que le ha jugado, tal vez sin proponérselo, el invisible emperador Moctezuma Xocoyotzin.

No tiene mucho tiempo para disfrutar del equívoco. Quintalbor se marcha con Tendile, y una semana más tarde, cuando el fatigado embajador hace su tercera aparición en el real, se ha quedado para siempre en Tenochtitlán, no volviendo a figurar en las crónicas de la Conquista.

Por su parte, Tendile confirma la negativa de Moctezuma en la última entrevista que sostiene con Cortés. El monarca, para verse libre de inoportunos visitantes, se deshace de cuatro "chalchihuites", piedras verdes que ellos estiman tanto como una carga de oro. Son, con otras piezas, su regalo personal a Carlos V.

Sólo ahora, en posesión de estas piedras fabulosas, Cortés pierde el sentido. Sale con ellas en la mano gritando a los soldados "Verdaderamente debe de ser un gran señor, y rico, y si Dios quiere, algún día le hemos de ir a ver."

El entusiasmo contagia a los jóvenes guerreros. Todos gritan:

"Ya queremos estar envueltos con él."

¿Qué importan los batallones indígenas, las travesías penosas, las cruentas guerras que les aguardan? Tenochtitlán brilla en su imaginación. Desde ese día será su sueño y su vigilia. Su única meta.

Los pies de barro

Una mañana, a poco de ido el embajador, los españoles reciben la nueva de que todos los indios han desaparecido. Ovandillo se ha marchado el primero con sus amigos y sirvientes, sin dejar el menor rastro de su paso. Quedan como únicos dueños del arenal los españoles, y aun ese trozo de tierra no es suyo. Pertenece al emperador Moctezuma.

La situación empeora cada día y no es difícil que la expedición termine agobiada, antes de conquistar nada, por el peso de las disensiones, las envidias y los odios. Los deudos y amigos de Velázquez reclaman, ya no encubierta, sino abiertamente, el estricto cumplimiento de las instrucciones dadas a Cortés. Se ha venido a rescatar y no a poblar. El cazabe amarga y ha criado moho; los moscos, en la noche, impiden conciliar el sueño; de día, el calor es insoportable. ¿Qué aguarda el capitán para regresar a Cuba, si Moctezuma no desea seguir en tratos con ellos y el tesoro acumulado sobrepasa todas las esperanzas? Los que han dejado estancias y bienes en Cuba atizan la discordia, urgiendo el regreso. En batallas, por enfermedades y padecimientos han muerto treinta y cinco hombres. ¿Cuál será la suerte del mermado ejército en tierras

pobladas de tanta gente, atreviéndose a desafiar al formidable Imperio?

Un suceso inesperado permite vislumbrar a Cortés que el Imperio de Moctezuma ni está unido, ni es tan formidable como parece. Los centinelas apostados en los médanos le llevan a cinco indios que han descubierto atisbando el real. Traen rodajas de piedras azules en la nariz, finas hojas de oro labrado en las orejas; su color es oscuro, y sus trajes diferentes de los aztecas. Los indios se prosternan ante Cortés, diciendo repetidas veces:

"Lope Luzio, Lope Luzio" —palabras extrañas en que los españoles creen adivinar voces de su propio idioma. Cortés interroga a los intérpretes. Aguilar no entiende esa lengua.

Doña Marina, fértil en recursos, pregunta en mexicano si entre los recién llegados hay alguno que entienda ese idioma. Dos de los cinco extranjeros se adelantan hablando el náhuatl, con lo que la plática se inicia siguiendo las vueltas y recodos que ofrecen dos idiomas indígenas y uno europeo, tan contrarios entre sí como los hombres que de ellos se sirven. El parlamento de los indios corre por cauces claramente delimitados. Por delante, la cortesía con sus dulces palabras de bienvenida. Detrás asoma su cara angustiada la curiosidad: ¿Quiénes eran? ¿Hombres o dioses? ¿Amigos o enemigos? La fama de sus hechos en Champotón y en Tabasco ha llegado a los oídos de su señor, que se holgaría en servirlos.

La conversación cobra ánimos, y los recién llegados revelan detalles inestimables. Han presenciado el desembarco y hubieran querido visitar el campamento desde el primer día, mas el temor a los hombres de Moctezuma los mantuvo alejados y temerosos.

Cortés interroga sin descanso:

"¿Son enemigos de Moctezuma?"

"Enemigos a muerte. Los ha vencido en la guerra y los obliga a pagarle excesivos tributos."

"¿Moctezuma tiene otros enemigos?"

"Innumerables. Toda la tierra lo odia; todas las provincias lo combaten."

El Imperio de Moctezuma muestra su lado vulnerable. Es un coloso que tiene los pies de barro. Cortés siente que la suerte está con él. No es casual tampoco que el pueblo de los enemigos del emperador se encuentre en las cercanías del Puerto de Bernal a donde se dirige. Despide con regalos a los embajadores, anunciándoles su intención de visitar sin tardanza al cacique. En adelante los totonacos se llamarían *lope-luzios* y serían la primera punta de lanza dirigida contra los mexicanos. El destino la puso en manos de Cortés y habría de utilizarla como su mejor arma en la Conquista.

La pajarita de papel

La aparición de los totonacos, que permitirá emprender sin vacilaciones la marcha de la Conquista, no basta a calmar los ánimos de los partidarios de Velázquez. Poco les importa que el Imperio de Moctezuma muestre una grieta honda por la que ellos se puedan deslizar hasta su misma entraña, si deben seguir a un rebelde en una aventura descabellada. Cierto es que todos tienen la intención de volver a México, pero en mayor número y mejor pertrechados.

Su plan no es heroico, pero es prudente y de fácil realización. Sólo que los amigos del gobernador de Cuba no han contado para nada con la voluntad de Cortés. Él también tiene meditada una jugada maestra, cuya primera fase ya se está ejecutando puntualmente. Ha pedido a los cinco hermanos Alvarado y a otros partidarios suyos que recorran el campamento, proponiendo la conveniencia de poblar la tierra. De esta manera Velázquez no podría quedarse con el oro rescatado como lo había hecho en las dos expediciones anteriores. Los soldados no desean otra cosa que poblar y acceden regocijados. Sacudida la tutela de Velázquez, surge un problema: ¿Quién quedaría como capitán general? Se impone la respuesta: ¿Quién otro podría ser

sino Cortés, que ha demostrado plenamente su capacidad, su valor y su inteligencia para hacerse responsable de la buena marcha de la empresa?

Son los mismos partidarios de Velázquez los que se encargan de realizar la segunda parte del plan de su enemigo. No bien caen en la cuenta de lo que se trama, corren a la tienda de Cortés exigiendo violentamente el regreso. Comprenden que ha llegado el momento de proceder con energía y se enfrentan a su capitán con furiosas voces reprochándole que trate de erigirse en autoridad, traicionando las estipulaciones a que se ha comprometido solemnemente en Cuba.

Cortés se muestra admirado. Él respeta todas y cada una de las estipulaciones y, en prueba de su lealtad, ordenará que los soldados estén embarcados en sus respectivos navíos para el día siguiente.

Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Escobar el Paje, Pedro Escudero y muchos oficiales y soldados, reprimen con trabajo una sonrisa de satisfacción. Han ganado la partida. Los pregoneros, al son de trompetas y tambores, anuncian el bando de embarque. Su efecto es inmediato. Abandonando sus quehaceres, los amigos de Cortés —avisados de lo que ocurría— y la mayoría de los soldados se precipitan a su tienda. La gritería es espantosa y todos quieren hablar al mismo tiempo. "Se les ha traicionado, se les ha engañado, pues en Cuba se pregonó que venían a poblar y resulta que el capitán sólo tenía poderes para rescatar. En nombre de Dios y de su majestad debe revocar la orden de regreso. Los intereses de la Corona han de sobreponerse a los intereses de Velázquez, y quien no quisiera poblar, bien podía marcharse en el acto a Cuba."

Cortés mantiene firme su bando, alegando que "la simple voluntad de sus soldados es insuficiente para establecer una población en la que él represente, como lo piden, la autoridad suprema".

Los soldados suplican. Cortés, haciéndose mucho de rogar, al fin acepta y se inclina ante lo inevitable. Bernal,

comenta el desenlace de la disputa con estas palabras: "Y como dice el refrán 'tú me lo ruegas y yo me lo quiero'; y fue con condición que le hiciéramos justicia mayor y capitán general, y lo peor de todo que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro de lo que se hubiese después de sacado el real quinto." Entonces le toca intervenir al escribano Diego de Godoy. Su pluma de ave corre ligera por el grueso papel amarillento. Ese día memorable, queda fundada en nombre de los muy poderosos, excelentísimos, muy católicos y muy grandes reyes y señores doña Juana y el emperador Carlos V, su hijo, la Villa Rica de la Vera Cruz.

La designación de alcaldes es otro y no el menor, golpe de sutil política, ya que se nombran para tales cargos a Puertocarrero, amigo de Cortés, y a Montejo, partidario —hasta ese momento— de Velázquez. Los regidores, el maestre de campo, el alguacil mayor y el tesorero, pertenecen sin discrepancia a los parciales de Cortés.

Poco más tarde, en una mesa cubierta con un paño bordado, se instala solemnemente el ayuntamiento. Descubierto, llega Cortés vestido de gala. Con mano firme se desabrocha el jubón de terciopelo, y del pecho saca las instrucciones de Velázquez, poniéndolas respetuosamente sobre la mesa. Su voz no se altera: "Constituido el ayuntamiento, extinguida la autoridad de Velázquez, viene a ofrecer ante la representación popular la formal renuncia del cargo de capitán general que le hiciera el gobernador."

El ayuntamiento solicita un plazo razonable para deliberar y le ordena que se retire. A poco, un guardia armado vuelve a llevar al extremeño a la mesa concejil. Alcaldes y regidores se ponen de pie, declarando que, después de graves reflexiones, han decidido anular el poder antiguo, revistiendo de los títulos de justicia mayor y de capitán general a don Hernando Cortés.

El espíritu legalista español puede celebrar uno de sus mejores triunfos. "De una plumada —escribe Prescott—, el campamento militar se ha transformado en una comunidad civil." Y no sólo eso. Ha nacido la primera ciudad y el primer ayuntamiento de México. No son otra cosa que una pura entelequia municipal, pero sobre esta entelequia descansará la estructura legal de la Conquista. Cortés ha dejado de ser el lugarteniente de Velázquez para constituirse, por derecho propio, en la autoridad máxima de la expedición española.

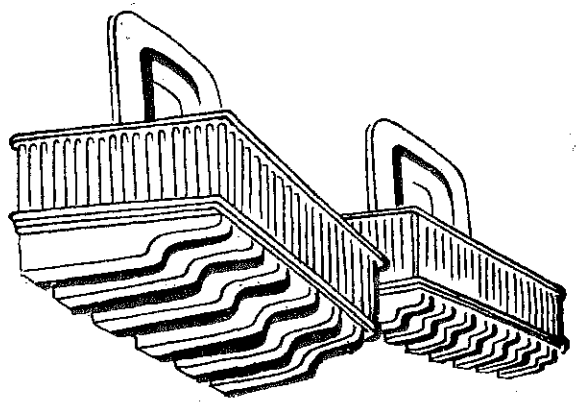
El acta de constitución de la Villa Rica es también, por una ironía del destino, el acta de defunción del pobre conquistador sedentario don Diego Velázquez. Al morir su autoridad —una autoridad hecha asimismo de papel— enflaqueció de ira y murió poco después maldiciendo el día en que se le ocurrió nombrar a Cortés capitán de la tercera flota enviada a México. En el siglo XVI los papeles realizaban, a veces, milagros de que no eran capaces las espadas.

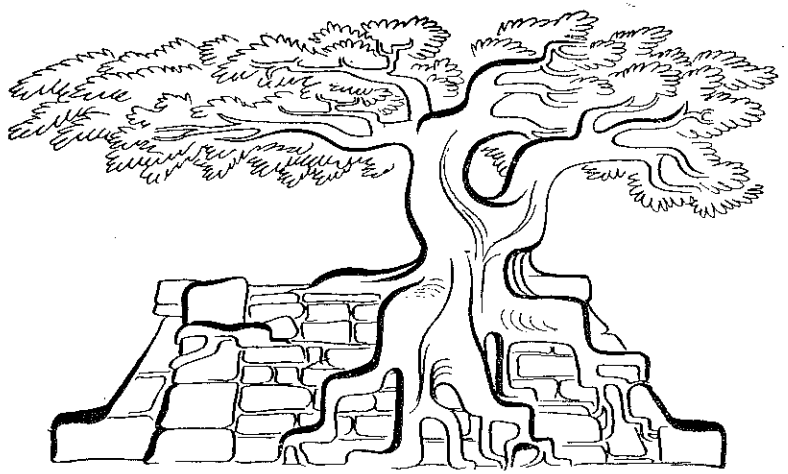
Aquietados los ánimos, sería locura permanecer en los arenales. Los barcos tienden las velas, rumbo al Puerto de Bernal, descubierto por Antón de Alaminos. Cortés, con el grueso del ejército, marcha por tierra, a través de los bosques tropicales, en busca de Cempoala, la capital de las tribus totonacas.

Atrás quedó la recién fundada Villa Rica de la Veracruz. Poca cosa era en verdad aquella ciudad nacida accidentalmente del choque de dos facciones rivales. Las hoscas figuras de la horca y de la picota, símbolos de la jurisdicción municipal, indicaron a los pocos navegantes que años después visitaron el arenal, que allí se había erigido una comunidad española.

La arena, limpia y dorada, invadió poco a poco las cabañas donde se amontonara el tesoro de Moctezuma. El viento derribó los techos que cobijaron sueños, conspiraciones y batallas diplomáticas libradas en cuatro idiomas diversos. En uno de sus habituales arrebatos de furia terminó arrojando al mar los restos informes de la puebla. La playa recobró su virginidad intocada, y la primera Villa Rica de la Vera Cruz, entelequia municipal, sólo quedó

consignada en un testimonio de notario. Pero su nombre andaba ya por Europa encabezando una carta célebre que leía en latín Erasmo de Rotterdam y se guardaba como una preciosa reliquia en las bibliotecas de los humanistas. Entre los españoles, Veracruz evocaba el tesoro de Moctezuma y el resplandor maravilloso de Tenochtitlán, de la que había sido puerta derribada por el viento.





VI. CEMPOALA, CLAVE DE LA CONQUISTA

La tierra cambia apenas abandonan los españoles el arenal donde se fundó la primitiva Villa Rica de la Veracruz. El paisaje de las costas mexicanas es, sin duda, semejante al de las Antillas, aunque más suntuoso y variado. Al norte se extienden blandas llanuras de jugosa yerba, en las que pacen los venados. En estas llanuras —Bernal les da el nombre de sabanas— es posible reconocer las "hermosas vegas y riberas, tales y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores ansí de apacibles a la vista como de fructíferas", mencionadas por el ayuntamiento de Veracruz en su carta del 10 de julio de 1519.

Los muchos ríos que desembocan en la mancha azul del Atlántico, cortan la llanura con sus quebradas y espesas cortinas vegetales. Abundan los bosques de árboles gigantes y las plantaciones húmedas del cacao. Las orquídeas se prenden al tronco de los caobos. El campo está aromado de vainilla y flores desconocidas. De tarde en tarde, los maizales irrumpen con sus dorados tonos en aquella sinfonía de verdes gloriosos no registrada en crónica alguna de la Conquista.

En medio de esa naturaleza, a la par tierna y violenta como sus mismos hombres, se levantan los poblados indígenas abandonados la víspera, con su casa de ídolos en que se mezclan cuerpos mutilados, navajones de pedernal, incensarios, joyas y "muchos libros de su papel cogidos a dobleces como a manera de paños de Castilla". Rinden la jornada en el río Huitzilac, llamado también de las Canoas y, hoy, de la Antigua, por la tercera Villa de la Veracruz que continúa dormida en su boscosa margen.

Pequeños incidentes alegran la fatiga de la marcha. Dan muerte a un gran pescado —posiblemente un tiburón— arrojado en seco por el mar a la playa. Pedro de Alvarado, montado en su yegua alazana, logra alancear un venado, pero escapa el animal, y el cazador no puede cobrar la pieza, con gran desencanto de los hambrientos soldados.

El ejército ha seguido la costa en busca de Quiahuixtlán, hasta que unos guías enviados por el cacique de Cempoala lo conducen a la capital de los totonacos. A una legua de la ciudad, veinte indios, llevando ramos de flores, surgen de la espesura, y explican a don Hernando que su señor, por ser hombre gordo y pesado, se quedó aguardándolos en su aposentos.

El incentivo del próximo poblado acelera la marcha. Los bosques y los campos cultivados se multiplican. Ya se distinguen, entre la sombra de los árboles, los templos y los humos que anuncian la cocina. De pronto, los corredores de campo que marchan a la vanguardia, regresan a rienda suelta, con rostros transfigurados, gritando que las paredes de los templos y de las casas son de plata pura. En la imaginación de los soldados se dibuja, de golpe, la visión de una portentosa Cíbola. Arrojan las gorras acolchadas al aire, enloquecidos de gozo. Algunos se arrodillan bendiciendo al Señor, que al fin remedia, con tan singular portento, su crónica miseria. Marina y Aguilar —en quienes encarna la prosa de Sancho Panza— se encargan de traer a la realidad a los ilusos soldados, haciéndoles ver que lo que los corredores de campo han tomado por plata no

es otra cosa que la cal de los muros recién enjalbegados. Los guerreros, menos locos que don Quijote, toman el chasco a broma y queda desde entonces como un refrán la frase de que a los conquistadores *todo lo blanco les parecía plata.*

A pesar de que Cempoala no sea, ni con mucho, una Cíbola, tiene suficientes atractivos para llenar de admiración a los españoles. Bernal la describe como un vergel. Las calles atestadas de curiosos, la riqueza de la ciudad, el esplendor del campo, determinan que se la llame Villaviciosa y Sevilla. Si antes bendecían al Señor por la fábula de la plata, ahora lo bendicen por las hermosas tierras descubiertas con ayuda de su infinita misericordia.

El cacique Gordo —con este apelativo figura invariablemente en las crónicas—, raro espécimen entre los indios, risueño y sentimental, como son casi todos los hombres de carnes abundantes, los espera en el centro de la plaza, rodeado de caciques. Refulge en su morena tez el oro de sus arracadas y bezotes. El ritual de bienvenida —un ritual que los españoles encontrarán lo mismo en Tlaxcala que en Cholula y Tenochtitlán[4] se cumple al pie de la letra. Primero, ceremonias, flores, incienso y amorosas palabras. Luego, el copioso banquete en el alojamiento enramado y el ofrecimiento del oro. Por último, el largo parlamento.

En Cempoala, Cortés se muestra como un Don Quijote y como un teólogo. Viene a deshacer entuertos y agravios. Su misión consiste en proteger al débil y en castigar a los malos, impidiendo el sacrificio de los inocentes y el culto a los ídolos, que son la viva representación de los demonios.

El cacique Gordo suspira con fuerza y, discretamente, su oscura manaza enjuga las lágrimas que ruedan por los abultados carrillos. No es que se arrepienta de sus idolatrías ni, mucho menos, que haya podido conmoverlo el problema aritmético de la Santísima Trinidad que Cortés expone. Nada de eso. El muy ladino busca un instante propicio para hablar de su propia situación y, redoblando

los suspiros, en un arranque de dolor incontenible, interrumpe la disertación teológica con fuertes sollozos.

"No puede más. La tragedia suya y la de su pueblo es espantosa, y sólo con la ayuda de los valerosos teules podría conjurarse. Hacía poco tiempo que los mexicanos los habían sojuzgado; pero ya no pueden sufrir una hora más los tributos y las vejaciones que les imponen. Los recaudadores del tirano Moctezuma se llevan el oro, el cacao y el maíz, violan a las mujeres ante su vista y están obligados a contribuir con un número grande de esclavos, de vírgenes y de muchachos, para que sean sacrificados en los templos de México."

Cortés escucha ansiosamente. Cada reproche, cada lamentación, en las circunstancias por las que atraviesa el ejército, es de un valor inmenso. Antes de oír al cacique, no vislumbra siquiera la forma en que podría combatir al Imperio Azteca. El azar dictaba sus acciones, y procedía sin plan y sin orden, asestando palos de ciego al coloso que se juzgaba invencible. Ahora, el plan íntegro de la Conquista se le ofrece nítido en sus menores detalles. Librará de sus amarras las fuerzas del odio y, con ellas, aplastará el Imperio de Moctezuma. El cacique Gordo es incapaz de medir el efecto que sus quejas provocan. Le está ofreciendo a Cortés la tea con que pueda incendiar el montón de inflamable paja sobre el que descansa el trono del tlacatecutli mexicano. Y caso curioso: entre los indios y los españoles sólo hay dos hombres que puedan leer el futuro, y estos dos hombres son: Cortés, el vencedor, por el camino de su agudo talento político, y Moctezuma, el vencido, por el menos claro, pero no menos infalible, de su intuición religiosa.

Al día siguiente, Cortés, muy de mañana, reanuda su marcha a Quiathuixtlán, despidiéndose de su aliado el cacique. "Le aguardan sus *acales*, pero no debe afligirlo la ausencia de los españoles. Volverán dentro de poco a Cempoala y, juntos, lograrán derrotar a Moctezuma."

Una grata sorpresa espera al ejército. Cuatrocientos indios tamemes se han puesto a sus órdenes para llevar el bagaje y la artillería. Los alegres soldados se despojan de sus pesadas mochilas; por su parte, los indios cubanos ya no soportarán íntegra la carga de los cañones y de la impedimenta militar.

Desfilan los corredores de campo. En orden, marchan por la plaza los caballos y los soldados. Atrás, en una larga hilera, cerrada a retaguardia por un peletón de blancos, avanzan como hormigas los hombrecillos oscuros llevando en sus espaldas, lombardas, mosquetones y los preciosos fardos del rescate.

El orgullo azteca

Quiahuixtlán está desierta. No hay un alma en las calles. Abandonadas se ven las casas. Sólo en el templo, quince sacerdotes sahuman a los españoles con sus incensarios de barro. Marina pregunta dónde se encuentra la gente del pueblo. Con voces humildes responden los sacerdotes que huyó de miedo a los teules y a sus caballos y no regresarán hasta saber de cierto lo que son en realidad los extranjeros. Los indios están confusos y horrorizados. No saben si se trata de hombres o de dioses, pues la historia de sus batallas, los relatos deformados que corren de boca en boca, crean en torno a ellos una atmósfera de asombro y de miedo, que los fuerza a buscar la protección de los bosques y a dejar abandonados sus hogares y sus bienes.

A poco de estar Cortés en Quiahuixtlán, aparece, llevado en andas, el cacique Gordo. No bien está en presencia del capitán, reanuda la letanía de sus lamentaciones. Los españoles representan la única posibilidad de sacudirse el yugo azteca y a ellos se abraza desesperadamente, no vacilando en emprender largos viajes, que forzosamente habían de reventar a sus heroicos cargadores.

Es un acto dramático de primerísima calidad. Maneja con maestría los recursos patéticos. Tampoco esta vez escatima lágrimas y suspiros capaces de enternecer a las pie-

dras. En un momento en que está tratando de pintar con sombríos colores la forma en que los recaudadores del tirano se llevan a sus mujeres y a sus hijos, súbitamente la catarata de los agravios muere en sus labios, palidece —si ello es posible—; su corpachón tiembla furiosamente y, murmurando algunas palabras de excusa, se retira lo más aprisa que le permite su corpulencia de paquidermo. ¿Qué ha sucedido? ¿A qué se debe la precipitada fuga? "Hablando del rey de Roma, luego asoma", sentencia Cortés al explicarle doña Marina la razón del ataque de pánico sufrido por el cacique. Sucedió que mientras hablaba, un indio de su séquito se le acercó discretamente avisándole que cinco recaudadores de Moctezuma llegaban al pueblo en ese momento.

El espectáculo que presencia Cortés confirma las pinturas del reyezuelo totonaco. Los cinco recaudadores cruzan la plaza, sin dignarse mirar a los españoles. Llevan el cabello recogido en alto y atado con una cinta roja. Aspiran el perfume de unas raras flores, los esclavos los abanican con mosqueadores de plumas verdes, y los sigue una turba servil de caciques totonacas.

Estos emisarios son diferentes de los amables embajadores que Cortés conoció en Veracruz. Su poder —reflejo del poder imperial que ostentan— es enorme. No necesita Moctezuma un soldado para hacerse sentir en los territorios conquistados, pues con cinco hombres armados de bastones reina más eficazmente que si mandara un ejército a recabar sus tributos.

Cortés puede ver con qué honra los acoge, encubriendo su odio, el quejumbroso cacique Gordo. Los hace entrar en los aposentos enramados, y pronto los servidores desfilan con jarras de chocolate y bandejas de ricas viandas. Don Hernando está informado minuciosamente de lo que ocurre. Los recaudadores han reprochado al cacique el hecho de haber recibido a los teules blancos sin el expreso consentimiento del emperador y el obsequiarlos con joyas de oro. El oro es de la propiedad de Moctezuma, y nadie más que

él puede disponer de los tesoros totonacos. A fin de calmar la cólera de los dioses, se les debían entregar, sin dilaciones, veinte esclavos destinados al sacrificio.

En este punto, Cortés manda llamar al cacique y le ordena que haga prisioneros a los soberbios recaudadores. El cacique, colocado entre la espada y la pared, rechaza la audaz propuesta, que supone el aniquilamiento de sus pueblos. No puede decretar el suicidio en masa de todos sus súbditos renunciando a la sombra de poder que todavía ostenta. Cortés tiene ganada de antemano la partida: "Sus cañones, sus caballos, la condición de sus invencibles guerreros, ¿no merecen la confianza del cacique? ¿Ha cruzado los mares para defenderlo o para entregarlo maniatado a las injustas pretensiones de Moctezuma?" El gordo señor, quebrándose las manos y no sin derramar un nuevo torrente de lágrimas, se doblega a las exigencias de su terrible aliado. Los cinco recaudadores, con todo y orgullo, son puestos en colleras, y a uno que se resiste, le dan de palos, con lo que se cumple simultáneamente un sacrilegio y una venganza.

El vencedor de los partidarios de Velázquez ya está urdiendo otro de sus golpes políticos, dirigido esta vez contra el propio corazón de Moctezuma. Al llegar la noche y sin que lo adviertan los totonacos, liberta a dos recaudadores, a los cuales manda llevar a su presencia.

"¿Quiénes son ellos y por qué están presos?"

Llenos de indignación contestan los aztecas: "Bien sabe Malinche que son mexicanos. También debe saber que con su ayuda y por consejo los han hecho prisoneros los caciques de Cempoala y Quiahuixtlán."

Cortés finge asombro. "Ignora todo lo que les ha ocurrido y en prueba de ello, y, aunque se disguste el cacique Gordo, les concede la libertad." Los recaudadores se despiden haciendo reverencias y Cortés ordena que un batel los saque de Quiahuixtlán, secretamente, y los lleve a lugar seguro.

Al día siguiente, cuando el atribulado cacique Gordo

le participa a Cortés la fuga de los dos prisioneros y su intención de sacrificar a los restantes, Cortés le reprende con aspereza: "¿Cómo es posible que haya dejado escapar a los mexicanos? O ha querido traicionarlo para ganarse la voluntad de Moctezuma o sus guardias no sirven para nada." El cacique, deshecho en lágrimas se retuerce las manos jurando que es inocente de todo ese diabólico enredo. Cortés admite al fin sus excusas, pero le advierte que, como sus carceleros no le inspiran la menor confianza, él mismo se hará cargo de los prisioneros, y en ese momento ordena que los recaudadores sean llevados a uno de los navíos. cargados de cadenas.

El efecto de esta maniobra en la Corte de México es precisamente la que buscaba Cortés. Moctezuma, al enterarse de la prisión de sus funcionarios —desacato del que no hay antecedentes en los anales del Imperio—, tiene un arranque juvenil y manda que un ejército se aliste para aniquilar a sus rebeldes tributarios, Más tarde, cuando los dos recaudadores libertados llegan a México y le refieren lo que por ellos ha hecho Cortés, cancela la salida de sus tropas y, en su lugar, dispone que dos deudos suyos —posiblemente dos jóvenes hijos de Cuitláhuac— vayan a Quiahuixtlán, con un presente, para agradecer tan cumplida muestra de amistad.

Los mensajeros, asistidos por cuatro ancianos, con el regalo, exponen la gratitud del emperador, pero también sus reproches, pues con el auxilio de los blancos los de Cempoala se han atrevido a rebelarse, negándole obediencia y tributos. Sólo el gran respeto que les profesa por saber de cierto que son ellos los seres de que hablaban sus antepasados, determina que no se tome una venganza inmediata contra los totonacos. Sin embargo, andando el tiempo, "no se alabarán de aquellas traiciones".

A las quejas de Moctezuma, Cortés antepone las suyas propias diciendo cómo una noche, sin despedirse, su emisario Cuitlalpitoc abandonó el real, siendo ello causa de que buscaran refugio entre los pueblos totonacos, donde los

recibieron con amor y juraron obediencia y sumisión a Carlos V. (Es así como Moctezuma se entera de que su imperio principia a desmembrarse.)

Despedidos los enviados de Moctezuma, el cacique Gordo, al ver que el temido emperador en lugar de enviar a un ejército para destruirlo había mandado a dos miembros de la más alta nobleza mexicana con espléndidos regalos, empezó a sentirse seguro y a pensar en las ventajas que obtendría de sus inesperados aliados. En un pueblo llamado Cingapacinga,[1] situado a "dos días de andadura" de Cempoala, tenía un viejo pleito con el cacique, por cuestiones de tierras y de linderos. Había llegado el momento de solucionar este problema con la ayuda de los "teules", que con tanta facilidad habían engañado a Moctezuma. Con el pretexto de que unos guerreros mexicanos estaban destruyendo estancias y sementeras, el ladino cacique Gordo, que ya veía abrírsele un risueño porvenir, solicita de Cortés el envío de unos soldados a Cingapacinga.

Cortés accede a la petición, pero al mismo tiempo imagina una hábil estratagema. "Sabéis, señores —dice a sus capitanes— que como estos indios nos tienen por dioses... he pensado que, para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar a sus enemigos, enviemos a Heredia el Viejo."

El vizcaíno Heredia, veterano de las campañas italianas es un dechado de imperfecciones, uno de esos raros productos de la carrera de las armas, en cuyo cuerpo se registran, como en la crónica de una batalla, todos los horrores de la guerra. Tenía de por sí mala catadura: la barba, enorme;

[1] En la edición de la *Historia verdadera* que preparó don Joaquín Ramírez Cabañas dice la nota respectiva que "posiblemente se trata de Tizapancingo o Tizapancinco, pueblo desapatecido que figura en el mapa agregado al informe del Alcalde Mayor de la Antigua Veracruz, Álvaro Patiño, de 15 de marzo de 1580. Puede consultarse el manuscrito en la Biblioteca Nacional, registrado con el nombre de Diego Hernández Diosdado, Srio. que lo redactó".

la nariz, ganchuda; la cara, medio acuchillada; era tuerto y, por añadidura, cojo de una pierna.

Cortés lo manda llamar y le dice ante los nobles totonacos: "Id con estos caciques hasta el río —un río situado a un cuarto de legua escaso— y cuando allá llegáredes, haced que os paráis a beber y lavar las manos, y tirad un tiro con vuestra escopeta, que yo. os enviaré a llamar. Esto hago porque crean que somos dioses o de aquel nombre y reputación que nos tienen puesto, y como vos sois mal gestado creerán que sois ídolo."

Heredia, sin molestarse por la alusión a su fealdad, se marcha con los caciques; al llegar al río dispara su escopeta y lo manda llamar Cortés, anunciando que, en prueba de su buena voluntad, él mismo iría a Cingapacinga en compañía de cuatrocientos soldados y catorce caballos. "Esto pongo aquí —escribe Bernal concluyendo el gracioso episodio—, por cosa de risa y porque vean las mañas que tenía Cortés."

En Cingapacinga, los españoles no hallan rastro de guerreros mexicanos, ni señales de despojo, ni siquiera intenciones de resistencia, cosa que aprovechan los totonacos para iniciar a su placer el saqueo del pueblo. En eso, ocho indios salen llorando y a través de Marina, se dirigen a Cortés preguntándole por qué causa quería matarlos sin haber hecho nada para merecerlo. Los de Quiahuixtlán y Cempoala tenían con ellos viejos pleitos, y ahora, validos de los teules, pretendían robarlos y asesinarlos, según estaba ocurriendo ya, si Cortés no lo impedía.

El engaño de sus aliados era evidente. Cortés ordena la inmediata devolución del botín y reconviene públicamente a los totonacos: "¿Por qué le habían mentido? Los españoles no vienen a sacrificar ni a robar a los vecinos, delitos que se castigan con la pena de muerte."

Aquella habilidosa política permite a Cortés hacerse de un nuevo aliado en su lucha contra Moctezuma. Se conciertan las paces entre los pueblos rivales, y los vecinos de Cingapacinga, en una solemne ceremonia, prestan el juramento de obediencia a la sacra majestad católica del emperador Carlos V.

Satisfecho de su éxito, el ejército, de regreso a Cempoala, pernocta en un pueblo intermedio, donde se descubre que un soldado español apellidado Mora había robado a los indios dos gallinas. Cortés, en vena de deshacer entuertos, ordena se le ahorque sin contemplaciones. Ya el ratero está pataleando en el aire, cuando Alvarado, juzgando el castigo excesivo, corta la cuerda con un tajo de su espada, salvándole la vida.

Sermonea Bernal: "He querido traer esto aquí para que vean los curiosos y aun los sacerdotes que ahora tienen de su cargo los santos sacramentos y doctrina a los naturales de estas partes, que porque aquel soldado tomó dos gallinas en el pueblo de paz aina le costara la vida y para que vean ahora ellos de qué manera se han de haber con los indios y no tomarles sus haciendas."

En 1950 no ha perdido su vigencia el pequeño sermón de Bernal. Convendría que lo escuchasen los muchos millares de gentes rapaces que engordan y prosperan robando a los indios.

Los viejos sitios evocadores

Una mañana de marzo, salgo de Veracruz, rumbo a Cempoala. Atrás queda la ciudad, arrebujada en el manto de la niebla que el mar echó sobre sus hombros para defenderla del frío de la madrugada. Por la ventanilla del tren se ven desfilar las últimas casas pintarrajeadas de colores alegres. El sol ilumina de rosa el algodón cardado de esta niebla matutina que cubre los campos y llena de formas los barrancos. El paisaje en cuatro siglos, ha sufrido una transformación radical. Respiramos el aire grueso y caliente de la costa, pero han desaparecido los grandes bosques y, con ellos, su sombra henchida de fragancia. No revuelan el colibrí ni el cardenal que Prescott advirtiera en este punto de la marcha. Tampoco nos salen al paso los viejos anima-

les de la tierra, ni es posible vislumbrar, cruzando el llano, la tropa ligera de los venados.

Sólo en algunas hondonadas brillan las hojas de las plantas acuáticas y crece tímido el helecho. En la llanura, seca y gris que se extiende a lo lejos, pacen los ganados. Con frecuencia desfilan cabañas africanas de techos cónicos y poblados de casucas miserables. La grandeza de los árboles es lo único que revela el vigor de la tierra costeña. El ramaje frondoso del mango compone, por sí solo, un bosquecillo. El zapote, que es al poblado jarocho lo que fue la encina a los villorrios del Fausto goethiano, alcanza a cobijar bajo sus ramas poderosas una aldea completa.

La brillante desnudez de los paisajes de Díaz Mirón, con su furia genésica, deslumbra al viajero. El patán mira con ardientes ojos a la zagala descalza; de la tierra brota un aliento impuro y turbador; la llanura gime solitaria, entregada al sol, y en el cielo azul, llameante y curvo.

un vil zopilote resbala
tendida e inmóvil el ala.

El río de la Antigua, llamado del Colibrí por los indígenas, restablece las antiguas líneas del paisaje, suavizadas en nuestros días por las palmeras y los plátanos que matizan sus márgenes. Un puentecillo colgante se refleja en el agua. La visión de Gauguin, el tierno paraíso de las islas orientales, desaparece; el tren reanuda su marcha a través de la llanura cercada por alambradas, hasta alcanzar la estación de Villa Cardel, puerta de entrada a Cempoala. Allí dejamos el ferrocarril y nos embarcamos en un desvencijado carromato que, por campos imposibles, entre cañaverales y riachuelos de caudalosas aguas, nos conduce al poblado, cerca del cual se levanta la ciudad arqueológica de Cempoala.

Aquí estoy al fin sentado en lo alto del templo mayor. Por el norte, una cadena de montañas, precipitándose en el mar, cierra el horizonte. No alcanzo a definir las sugestivas relaciones que despierta en mí la contemplación de estos montes. Su profunda tonalidad azul, sus acusados perfiles, llenos de suavidad y de atrevimiento, los ligo, sin poder evitarlo, al arte imaginativo de los totonacos y, de manera particular, a esa preciosa cabeza de guerrero cubierta con un casco roto que guarda nuestro museo de arqueología.

El mar verde claro de los plantíos de azúcar cubre la llanura. Al sur, velando la moderna Cempoala, el bosque teje su rico festón en el que se destacan los penachos de las palmas y las copas de los mangos cargadas de frutos. Y a mis pies, el limpio recinto de la ciudad arqueológica. Se distinguen los cimientos del enorme muro que circundaba el perímetro sagrado. Allá lejos, fuera del círculo de la plaza, el observatorio levanta sus muros desconchados y, frente a mí, cerca del templo que me sirve de mirador, se yergue un cuadrado y macizo teocali.

Las manos de los arqueólogos han despojado a estos monumentos de la tierra que los cubriera por siglos. Los templos así rescatados se advierten en medio de la llanura como dos cascos de navíos hundidos que hubieran sido devueltos a la superficie y mostraran las huellas de su prolongada inmersión submarina. Las raíces han desencajado sus piedras; la acción de las sales y del agua, el paso de los topos y de las serpientes, son visibles en los frisos que ostentan frescos marchitos. En todo su cuerpo se advierten las mordeduras de la flora antropofágica de la costa.

Los adoratorios rescatados milagrosamente, y el paisaje solitario poseen tal fuerza evocadora que la imaginación es capaz de reconstruir, sin que falte detalle, el aspecto que ofrecía Cempoala ese ardiente y lejano día de junio en que los soldados españoles regresaban de su excursión a Cingapacinga.

El muro de serpientes vuelve a ceñir la plaza. Los templos, coronados de almenas se cubren de pinturas y de esculturas policromas. En la cimas de los templos arde el fuego frente a la puerta penumbrosa donde alientan los

ídolos gigantescos. Me llega el olor a carne descompuesta de los sacerdotes, y observo sus largos cabellos amasados con sangre, sus vestiduras fúnebres y sus orejas hechas pedazos por las constantes mutilaciones del ritual. A la izquierda del *cu* mayor, cubierto por una enorme techumbre de paja, se encuentra el alojamiento de los españoles. El blanco caserío, medio oculto por la sombra de los árboles, se desparrama en torno a los brillantes templos. En los jardines, como enormes cálices colmados de perfumes se miran los floripondios y las flores del corazón llamadas *Xolloxóchitl* en lengua india. Ceibas, ciruelos y zapotes de lisos troncos de acero pavonado llenan de frescura deliciosa aquel lugar donde los españoles creen percibir la imagen del paraíso terrenal.

Ahora los soldados, vestidos con sus ropas acolchadas, entran en la plaza. Los saludan el redoble del teponaxtle, el tambor sagrado, y la aguda, monótona melodía de las flautas indígenas. El cacique Gordo, ataviado con sus plumajes, parece un pajarraco descomunal de los que viven en los relatos de Simbad el Marino. Se adelanta Cortés, medio envuelto por las nubes de copal —la perfumada resina de los bosques mexicanos— que despiden los incensarios de barro. Ocho mujeres indígenas, ataviadas con trajes bordados y collares y zarcillos de oro, son presentadas al capitán. Suena la voz del cacique y, a continuación, como un eco deformado, la suave de Marina y la chillona de Aguilar.

"Tecle [2] —dice el cacique—, estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y ésta, que es mi sobrina —añade tomando de la mano a una gorda y fea princesa— te la doy a ti, por ser señora de pueblos y vasallos."

Sonríe Cortés. Durante largo rato habla, y nuevamente se escuchan las voces de sus lenguas. Tiene en merced el presente de su amigo; mas, para aceptarlo y convertirse los españoles en sus hermanos, como lo piden, es necesario que abandonen a sus ídolos. No deben tampoco sacrificarse más ánimas, pues aquellos demonios los tienen engañados.

[2] Señor, según la versión de Bernal Díaz.

Los caciques y los papas responden atropelladamente. No pueden abandonar a sus dioses, pues les dan salud, buenas cosechas y todo lo que es menester para la vida.

La contenida indignación de Cortés al fin estalla. No le es posible resistir más el espectáculo de los sacrificios a una divinidad que para él es la representación del demonio, ni el de los brazos y piernas que comen los indígenas "como vaca que se trae de las carnicerías en su tierra", ni el de los corazones y las vísceras humanas "que se vendían por menudo en los mercados", ni puede sufrir a los muchachos "vestidos de mujer que andaban a ganar en el maldito oficio". Alterado se vuelve a sus compañeros de armas: "Si no vuelven por la honra de Dios, no podrán hacer en adelante cosa buena." Deben prepararse para luchar porque ese mismo día, aunque les cueste la vida, han de ser destruidos los demonios.

"Todo es ahora confusión, tumulto y amenaza de guerra donde hacía poco reinaba la paz y la dulce fraternidad de las naciones." [3] El cacique Gordo, a quien se le ha ordenado destruir los ídolos sin dilación, manda llamar a sus guerreros. "Perecerá el pueblo y con ellos los teules blancos si son deshonrados los amados dioses!"

Acuden los caudillos empuñando sus insignias de mando. Silenciados batallones de soldados avanzan por las calles e invaden la plaza, tendiendo los arcos. Los españoles se apoderan violentamente del cacique Gordo y de los principales señores y amenazan con matarlos tan pronto como los guerreros disparen contra ellos una sola flecha.

Doña Marina se encara al lloroso reyezuelo, remachando los argumentos de Cortés: "Si no acceden a la petición del teule blanco, no serán amigos de los españoles, ni se darán provincias que gobiernen según se les ha prometido. Por el contrario, los dejarán desamparados en manos del vengativo Moctezuma."

[3] Prescott.

El temor a los mexicanos termina por matar en el cacique el último impulso de su voluntad. Derritiéndose en lágrimas, con los brazos en alto, exclama que él se desentiende de aquel feo negocio. "Ni eran dignos los totonacos de llegarse a los dioses venerados ni mucho menos autorizaba una sacrílega destrucción a la que se oponía, pero si los españoles persistían en sus propósitos, 'que hiciesen lo que quisiesen. . .' "

Los caciques, como bestias acosadas, se aplastan contra el suelo. Otros ocultan el rostro en sus mantas. Los españoles suben las grandes del templo y derriban de sus pedestales a los ídolos. Es un terrible momento el que viven los totonacos desde que los teules se lanzan a los adoratorios hasta que los pesados cuerpos de sus dioses ruedan despedazados por las escalinatas. Convencidos de que el aniquilamiento de su mundo no tardaría en sobrevenir, cierran los ojos y se agazapan esperando la muerte. Al abrirlos de nuevo Cempoala permanece intacta. El sol brilla en el cielo y los colibrís vuelan suspendidos sobre los floripondios. Únicamente los mutilados fragmentos de sus deidades llenan el pavimento de la plaza, como prueba de su terror injustificado.

El hilo mágico se había cortado con brusquedad. En el corazón de los indios también se rompieron los ídolos. Al día siguiente, los adoratorios, enjalbegados de nuevo, albergaban una estampa de la Virgen y una cruz que sostenía guirnaldas de flores. Los sacerdotes, vestidos de blanco y con los cabellos trasquilados, barrían, cantando, los aposentos; componían ramos y fabricaban velas con la cera de sus panales, arte desconocido la víspera del derrocamiento de sus dioses.

La Cempoala actual

Mientras el viejo armatoste me conduce, de vuelta, a la estación de Villa Cardel, donde debo tomar el tren para Jalapa, cruzando los vados de los riachuelos y el verde mar

de la caña de azúcar, reconstruyo las vicisitudes que ha sufrido Cempoala.

De acuerdo con el testimonio de los cronistas, la Villaviciosa y la Sevilla de Bernal, la ciudad-vergel regida por el cacique Gordo era una población de treinta mil almas. En 1580, el mapa del alcalde de Veracruz Álvaro Patiño, la menciona transformada en una miserable aldea de treinta habitantes. Es decir, en pocos lustros, la antigua capital de las tribus totonacas había sufrido una pérdida de mil por uno, altísimo porcentaje que no registra ningún otro centro indígena de nuestro país. Al iniciarse el siglo XVII, cuando el puerto de Veracruz se cambia del río de la Antigua al arenal donde desembarcó Cortés, Cempoala no vuelve a figurar en los mapas. La selva comenzó invadiendo el recinto sagrado de la plaza, luego hizo brotar en las pirámides tímidos arbolillos que fueron creciendo hasta convertirlas en boscosas colinas, y por último, con suavidad, sin realizar avances espectaculares, terminó echando de sus cabañas a los totonacos, que aún se aferraban a las tablas de aquel naufragio, cubriendo con una ola vegetal los restos de Cempoala. Entre las piedras desunidas de las escalinatas vivían tranquilas las serpientes, y en el estrecho recinto de los adoratorios los leopardos hicieron su guarida.

La lucha del árbol contra la piedra, del bosque contra la pirámide, de la naturaleza contra la obra del hombre, es de un dramatismo increíble. Yo he visto las raíces de los árboles sacar de quicio fachadas enteras, abrir en canal las escalinatas, desintegrar los tablamentos y plantar en señal de triunfo la bandera de un árbol en el remate del más elevado adoratorio. En la lucha, hay árboles que resultan vencidos. A muchos los ahogaron las piedras y sus esqueletos, fosilizados en violentas posturas, se han conservado como testimonio de estas silenciosas y desconocidas batallas.

A fines del siglo XIX la expedición arqueológica de don Francisco del Paso y Troncoso, guiándose por los mapas antiguos y los relatos de los cronistas, se internó en la selva,

localizó las románticas ruinas y logró devolver a la luz el pétreo esqueleto que había permanecido en el olvido por más de tres siglos. Aun antes de efectuarse la exhumación, había nacido en los aledaños de la primitiva Cempoala una aldea nueva, un paradero de labriegos y pastores, llamado Angostadero, nombre que todavía se conserva en los mapas, pues no fue sino hasta 1928 cuando el gobernador Tejeda ordenó que se le restituyese su antigua designación indígena. Cempoala —hoy Zempoala, ignoro si con razón o sin ella—, gracias a dos pequeños ingenios de azúcar, ha visto aumentar su población en estos años a tres mil habitantes. ¡Curiosos juegos de la demografía! Treinta mil almas tenía en la época de su mayor auge; treinta llegó a contar antes de su extinción, y tres mil posee en la actualidad, fiel al capricho del número que parece regir su destino.

Cempoala se descompone hoy en dos ciudades. La ciudad muerta, con sus limpios templos y pirámides brotando como gigantescas flores de piedra en un coto esmeradamente cuidado, y la ciudad viva, informe conjunto de casuchas polvorientas. El contraste se impone. En México, una inteligencia previsora atiende vigilante las ruinas arqueológicas, mientras el gobierno de las ciudades y los pueblos se abandona a las peores manos. Ésta es la razón por la que México exhibe con orgullo una serie de bien organizadas ruinas, en tanto que los villorios son un ejemplo de incuria y de miseria.

La dignidad severa de la ciudad muerta y la ruindad de la ciudad viva ilustran, de muy gráfica manera por otra parte, el paso de la barbarie indígena a la barbarie mestiza de nuestros días. Desde luego, se advierte que no hemos logrado construir en el trópico metrópolis que igualen el esplendor de los centros urbanos indígenas. No tenemos nada que se compare a Chichén-Itzá y a Uxmal en Yucatán, o al Tajín y a Cempoala en Veracruz. La ciudad antigua era el ámbito religioso por excelencia, el escenario del culto, y se la construía con el sentido místico con que

un arquitecto de la Edad Media edificaba una catedral gótica. La plaza, circundada por el muro de serpientes, era el seminario, el recinto de los sacerdotes y el espacio consagrado tradicionalmente a las danzas y reuniones del pueblo. El misterio de los altos templos, el ordenamiento de las escalinatas y terrazas, la hosca grandeza de los edificios, componían escenarios grandiosos, en los que se representaban las complicadas ceremonias del ritual.

La urbe precortesiana, concebida como un foro en su conjunto, a sus valores plásticos reunía el entendimiento del medio circundante, el arte de armonizar la naturaleza con la traza y la disposición de la ciudad. Hay sin duda un juego de ceñidas correspondencias entre la pompa del paisaje tropical y la apariencia de aquellas metrópolis. Los frisos, los colores brillantes de que están pintados los adoratorios, el escalonamiento de las terrazas y las columnas descubiertas, respondían a los matizados verdes del follaje y a la arquitectura de la flor, cuyo vigor se refleja en el suntuoso adorno de la piedra. La flor, el tigre, el cocodrilo y la serpiente alientan en los muros al pie de las escalinatas, y en el interior de los santuarios oscuros que rematan los templos. Los huertos de las casas, los estanques, los preciosos arbustos que convertían a Cempoala en un vergel, completan el esfuerzo urbano del indígena, porque la ciudad es, para él, ante todo, ordenamiento, sujeción, intento clarificador de los elementos naturales que la circundan.

Sigamos nuestro camino. El camión va por la linde de un río. Agua verde que se desliza serena rompiendo su cristal en las pulidas rocas de la orilla. Unas mujeres cobrizas se bañan, cubriéndose la cintura con telas de colores. El agua escurre por los senos firmes, gotea en las negras trenzas, abrillantando los muslos finos y redondos. Al pasar, nos sonríen enseñando los dientes luminosos.

Más adelante el pueblo. Polvo y tablas podridas. Los árboles de los huertos blanquean, cubiertos de esta tierra molida del trópico, de esta ceniza que se extiende sobre

Cempoala como un sudario. Bajo la sombra del mango, un herrero golpea su yunque. Dos cebús blancos pastan en un altozano. Las chiquillas, desnudas, juegan entre el polvo, a la puerta de sus casas, donde se advierte la figura de la mujer iluminada por las llamas del fogón.

Cempoala carece de alumbrado, de banquetas. de calles pavimentadas. Las casas de madera, con su techado de lámina, se alinean de cualquier manera entre las bardas de los huertos. Dos sillas, una mesa de madera corriente, algunos cacharros, componen el menaje. Siempre en el pequeño corredor o en la calle, los catres de sucia lona puestos al sol nos dicen más de las costumbres del vecindario que de otra cualquier escena sorprendida en la improvisada ciudad.

En la arbolada plaza, con sus bancos, su kiosco y sus puestos de fruta y de bebidas y la imprescindible farmacia —el único edificio construido de ladrillos en Cempoala— hay cierta animación, a pesar de ser mediodía. La gente nos mira con curiosidad manifiesta. Para ella somos extranjeros, animados de quién sabe qué desconocidos propósitos. "¿A qué venimos a Cempoala, si no ofrece nada interesante?" Otra vez me invade el bochorno de que se me sienta un extranjero sospechoso en mi propia tierra. No bien abandonamos nuestras ciudades y nos internamos en los campos, en los villorios, en las aldeas indígenas, sólo encontramos miradas de recelo, sonrisas dudosas, una curiosidad un poco burlona que nos pesa sobre la espalda como un fardo. Y también nosotros sentimos extranjeros a los lugareños, porque las diferencias entre las aldeas y las ciudades, entre los citadinos y los labradores, entre los mexicanos civilizados y los mexicanos bárbaros, son enormes. Componemos dos mundos antípodas. A mí me toca ahora representar el papel de extranjero, pero después de todo, este escamoteo de mi nacionalidad en mi patria no me acarrea demasiadas molestias. Siempre se encuentra uno buena gente y hospitalidad generosa. En cambio, si estos indios totonacos, por alguna necesidad extrema tuvieran

que venir a nuestra ciudad, su estancia aquí les sería particularmente desagradable. Las ciudades no se hicieron para ellos. Su miseria les impide alquilar un cuartucho en el último de los hoteles; no pueden ir al cine ni al teatro; un periódico les parecerá escrito en chino; un teléfono les resultará un aparato diabólico y, por lo demás, completamente inútil, y de los restaurantes tendrán más o menos la idea que un condenado en el infierno puede tener del cielo. Nunca se ha dado el caso de ver a un indio vestido de manta entrar en un restaurante o en un cine. Sería algo inaudito. Si existiera la posibilidad, una posibilidad que no se ha presentado en muchos años entre ocho millones de indígenas, de que un huichol, un maya o un otomí tuviera dinero y voluntad para entrar en una sala de espectáculos, estoy seguro de que el correcto empleado de la puerta le impediría el paso. Y haría bien. Nuestra concepción del orden social sufriría un grave quebranto.

En la plaza se nos acerca un muchacho. Ágil y delgado, sus ojos brillan con esa alegría inteligente y cordial propia de los costeños. Sin duda tiene paludismo, a juzgar por su piel amarilla que restiran los pómulos salientes. El sombrero de palma, echado hacia la espalda, deja escapar su oscuro cabello ensortijado. Viste pobremente: camisa limpia, un pantalón lleno de remiendos, y huaraches; pero no acepta de nosotros el poco dinero que le ofrecemos a cambio de sus informaciones.

Charlamos con él, dando vueltas por la plaza. Al amparo de una ceiba nos encontramos a un grupo de gente que curiosea algo. Nos acercamos, abriéndonos paso con trabajo, y tenemos ocasión de presenciar una escena rara en nuestros campos. Sentados en una mesa, seis mocetones juegan a las cartas. Apuestan fuerte. La emoción y el calor los tienen descompuestos, y las camisas se les pegan a la espalda, empapadas de sudor. Más que un juego de cartas parece esto un pugilato. Dan frecuentes manotazos en la mesa, haciendo bailar monedas y naipes, y se cruzan frases hirientes. A su lado, de pie, cuatro soldados, apoya-

dos en en el cañón de sus fusiles, contemplan la escena sin quitar la vista de los apopléticos jugadores. Al principio creímos que estos soldados, a falta de matar algo, matan el tiempo asistiendo a las vicisitudes de la partida, pero nuestro guía se encarga de sacarnos del error explicándonos que los soldados estaban cumpliendo con su deber, pues los juegos de naipes, antes de establecerse tan saludable vigilancia, degeneraban en sangrientas riñas.

La plática del guía, exenta de amargura, va descubriéndonos curiosos pormenores de la vida en Cempoala. Hace años, el boticario, hombre progresista afecto a las antigüedades, logró introducir la luz eléctrica en el poblado, adquiriendo de su peculio una planta. El beneficio duró poco tiempo. Los vecinos se olvidaron de pagar el consumo, los empleados desertaron y la instalación se arruinó, volviendo Cempoala a las tinieblas. En realidad, nadie echa de menos el alumbrado.

—¿Escuelas?

—Sí, hay algunas —nos responde el guía—. Sin embargo, como los muchachos deben ayudar a sus padres desde pequeños, olvidan pronto lo que aprendieron.

—¿La agricultura?

—De eso se vive. La tierra es fértil y el agua abunda, pero a nadie se le ocurre construir presas y aprovechar mejor el caudal de los riachuelos. El clima, ¿sabe usted? —sigue charlando el guía— no ayuda gran cosa. Nos quita la poca voluntad que tenemos para el trabajo. Mire usted los techados. Están cubiertos de láminas viejas, tan mal puestas, que todos los años el viento del Norte las arranca causando muchos perjuicios. Sin embargo, prefieren trabajar desganadamente, una vez al año, que hacerlo en firme una sola vez y para siempre. Por lo demás, abundan las enfermedades. A pesar de que se gasta mucho en botica, casi todos los niños están enfermos, y las mujeres son ya unas viejas antes de cumplir los treinta años.

En eso llegó nuestro camión y nos despedimos del amable guía. Le dimos las gracias. ¿Qué más decirle? Hubiéramos querido darle algún ánimo, pero él, adivinando nuestro deseo, cuando el vehículo se ponía en marcha levantando espesas nubes de polvo, dijo sonriente, haciéndonos con la mano un gesto amistoso: "No hay que preocuparse. Así es la vida. Nada de esto nos apena más de la cuenta."

Ya en la estación. entre los gritos y las carreras de una multitud vestida de colores abigarrados y mientras el sol bañaba el paisaje con una llama de fuego cegadora, tuve ocasión de charlar con una mujer de Cempoala. Era aún muy joven, aunque su extrema palidez y su aire enfermizo le daban la apariencia de una vieja. Sus ojos, negros y apasionados, ofrecían un marcado contraste con sus mejillas hundidas y sus delgadas manos amarillentas y nerviosas. De la juventud le quedaban los ojos y la vivacidad interior que reflejaban. Había vendido su única vaca para consultar a un médico en Jalapa. Estaba enferma. Tenía fiebre en la tarde y se pasaba la noche tosiendo. "Estoy contenta de ir a Jalapa —me dijo—. Hace muchos años que no salgo de Cempoala. Me curarán y podré, además, comprarles algunas cosillas a los niños. ¿Conoce usted Jalapa?" Antes de que yo asintiera, ella respondió: "Es una ciudad preciosa. Tiene de todo: cines, bonitos vestidos, automóviles y letreros luminosos. Yo pasé en Jalapa dos meses cuando todavía era joven, pero extrañaba mi pueblo, mi casita, mi marido."

El tren apareció, arrojando nubes de vapor que el sol doraba, y la mujercita se despidió de mí, deseándome "mucha suerte en el viaje". Le ayudé a subir sus canastas al vagón de segunda, y no se cansaba de pedirme que perdonara las molestias que me daba, mientras con mano temblorosa se arreglaba los cabellos desordenados.

Yo abordé mi carro, triste y cansado. Cempoala lo tiene todo. Gente magnífica, tierras fértiles, agua en abundancia, todo, menos estímulo y un poco de cultura. Un empujón bastaría para que se pusiera en marcha. Pero no hay nadie que se decida a empujarla. El progresista boticario, después de su intento civilizador, ha vuelto a sus ídolos. Al menos éstos no provocan quiebras ruinosas.

VII. LA ESCALERA DE MÉXICO

El 16 de agosto de 1519, Cortés deja Cempoala en busca de la fabulosa Tenochtitlán. Lo acompañan cuatrocientos soldados, quince caballos y trece mil guerreros totonacos. La artillería está compuesta de siete lombardas. Cuarenta señores —mitad rehenes, mitad guías y consejeros— figuran en el séquito. Al iniciar aquella aventura, el corazón de los españoles rebosa sentimientos caballerescos. Confían en Dios y en la fortaleza de su ánimo. Sin navíos para regresar a España, disgustados con Velázquez, no esperan de Cuba —esto es, del mundo exterior— otra cosa que el envío, más o menos remoto, de enemigos de su misma sangre que se aprovecharán de los trabajos sufridos en México.

Y de la tierra ¿qué saben? ¿Han logrado arrancarle su *secreto*? Los aguardan grandes ciudades hostiles, millares de guerreros belicosos y antropófagos, pero su valor crece a medida que el peligro aumenta. La aventura es para ellos una embriaguez. Henchidos de fuerza juvenil, llenos

de fe y de codicia, en ese momento representan los ideales y las ambiciones de su patria.

Si en nada se parece la conquista de México a los paseos militares mediante los cuales redujeron los conquistadores a los indefensos indios de las Antillas, tampoco guarda relación el paisaje isleño con el de la nueva tierra por la que se internan. Frente a ellos, en las mañanas claras y en los atardeceres, como un faro, la nieve del Pico de Orizaba dominando el muro impenetrable de la cordillera. En las dos primeras jornadas, no lograron trasponer la faja de la *tierra caliente*. Las sabanas, ya para entonces cubiertas de verde y jugosa yerba, suceden a los plantíos de tabaco y de cacao. La mayor parte del tiempo caminan entre bosques. La selva mexicana es mucho menos feroz y desmelenada que las selvas africanas o de la India, descubiertas por los portugueses en aquellos años. Abundan ciertamente los mangles y los zapotes colosales, pero no son estos gigantes los que predominan, sino los árboles de maderas preciosas, los arbustos exquisitos del cacao y de la vainilla, las plantas delicadas del tabaco, el algodón y el tomate, las extrañas flores que admirara el botánico Hernández a principios del siglo XVI. Parece que lo que nuestra selva pierde en truculencia lo gana en calidades, pues no la abrazan lianas y enredaderas, ni se distingue por los excesos de los bosques orientales. Todos los raros especímenes venenosos, los árboles que provocan el sueño, los que con un tajo de la espada se convierten en la fuente milagrosa de Moisés y los que pueden ser ordeñados a semejanza de las vacas, están proscritos de nuestra selva, como están igualmente proscritos elefantes, tigres, boas y, en general, todas las curiosidades que los circos nos muestran.

En cambio, revuelan los pájaros de mil colores. Brillan los insectos irisados como gemas y los perfumes de las flores se desvanecen en el aire espeso y caliente del trópico. La contemplación de esa naturaleza, pródiga sin excesos, permite sentir a los españoles el ambiente de las islas en

que han vivido tantos años, pero la tercera jornada acusa diferencias. Desaparecen los bosques de cedros rojos y caobos. Los primeros escalones de nuestra casa se insinúan en forma casi imperceptible. La tierra, con suavidad, sin ser apenas sentida, empieza a levantarse. No se altera la respiración del viajero. Las piernas no advierten el escalo, y, a pesar de que la montaña se reviste de apariencias tropicales en muchas leguas, es evidente el hecho de que se va ganando altura. Se borran las últimas plantaciones de cacao y las flores no exhalan ya perfumes enervantes. Los mismos árboles de la costa desmejoran visiblemente, perdiendo lozanía, y una flora hosca y carnosa, erizada de espinas, que a veces toma la forma de candelabros, brota de las rocas. Han hecho su aparición los cactos y los nopales, descarriados retoños de los que florecen en el altiplano. A poco, se descubren encinas, araucarias y pinos. Forman la avanzada de los compactos escuadrones que ven extenderse sobre sus cabezas oscureciendo la montaña. Se presentan con timidez, ya que alternan con gente desconocida y extranjera, de costumbres en todo diferentes a los de estos soberbios señores de las alturas.

¿Qué milagro se opera en el aire? Delgado y salubre, lleva a los españoles la tónica frescura del pino. Ahora todos respiran a grandes bocanadas y, mientras los pulmones se llenan de este aire fino, sienten que recobran, por una causa misteriosa, la agilidad y la dicha de otros días. Los ojos están cubiertos de lágrimas. Por un momento, sobre ese puñado de locos aventureros sopla un viento familiar, la atmósfera de la montaña natal, el clima espiritual de la aldea donde resplandece la nieve y la figura del pino evoca fiestas íntimas y navidades cargadas de relatos prodigiosos. En medio de la escalera mexicana, España les sale al encuentro. ¿No es otra España? ¿Una Nueva España? Antes de que se gane la tierra, México está bautizado. Su nombre le durará tres siglos, pero su vida oscilará siempre entre la Nueva España y México, porque participa de las dos naturalezas en igual medida.

Ya en la región de los pinos, el paisaje se contagia de grandiosa solemnidad. Aquí los horizontes se ensanchan, adquiriendo tonalidades luminosas; los panoramas se multiplican, y la distancia, como un hada, transforma en fantasía los elementos que toca con su varita mágica.

¡La poesía de la altura! Allá muy lejos, en el fondo, la selva de la tierra caliente se disuelve en una vaga transparencia. De igual manera queda a sus pies, convertida en una niebla confusa, la antigua vida de colonos transcurrida en los bosques antillanos.

La áspera y rugosa epidermis de los montes se funde en azules luminosos y hasta las copas triangulares de los pinos se vuelven sombras irreales, manchas de color, matices y tonos en el creciente y poderoso oleaje de granito y de pórfido. Están en plena montaña, en el umbral del clima templado donde los aires del mar y la montaña se mezclan, creando un ambiente de suavidad extrema. Los españoles van de prodigio en prodigio. Dominando el fresco olor del pino, una racha de perfume desconocido, como un presentimiento del paraíso, estremece el alma. Han descubierto el árbol del liquidámbar, la resina indígena que había de quemarse, años más tarde, en la Basílica de San Pedro, venciendo a los más costosos inciensos importados de Oriente. El liquidámbar es, por sí solo, un incensario. Mucho antes de que los ojos descubran su gigantesca figura, las ondas de su esencia embalsaman al absorto viajero. Se cuenta que los sacerdotes de la expedición, el padre Juan Díaz y fray Bartolomé de Olmedo, se arrodillaron, alabando a Dios por tamaño portento. Cortés, igualmente emocionado, demanda explicaciones. Los indios cortan unas ramas y se las muestran, pronunciando su nombre con reverencia. En lengua indígena, la aromática trementina se llama Xochiocotzoquahuitl, nombre que ciertamente no añade belleza al liquidámbar.

Divagación sobre un purgante

Jalapa es conocida del mundo a través de un purgante. Su nombre se hizo universal por estar registrado con hermosas letras góticas en millares de tarros de porcelana que figuraban de manera invariable en las estanterías de incontables farmacias. En Francia y en Alemania, en Turquía y en Argentina, durante muchos años, la mano del boticario con frecuencia se extendió hacia el pote sobre el que podía leerse un extraño título *Xalapae Convulvis*; pero ni el boticario ni el enfermo asociaron nunca el nombre del purgante al de la maravillosa región de América que lo producía.

Jalapa ocupa en nuestra geografía un lugar de excepción. Es propiamente el rellano de la escalera de nuestra casa. Colocada entre el altiplano y la costa, representa un punto de referencia singular, donde se equilibran las influencias capitosas y apasionadas del trópico con la severidad y el orden de las mesetas interiores. Cuando se lee la descripción que hace Prescott de esta parte de la cordillera oriental de México, uno se imagina un altísimo valle —el de Puebla— que desciende hacia el mar en un declive montañoso, capaz de ser abarcado totalmente con la vista. En realidad, esta visión no pasa de ser un intento de síntesis geográfica. Jalapa, obligado tránsito del antiguo camino que parte de Veracruz a la ciudad de México, es apenas un punto inadvertido en el oleaje de granito de la gran cordillera. Situada a ciento diez kilómetros del puerto y a mil doscientos metros sobre el nivel del mar, sólo en las mañanas claras es posible advertir, desde la cumbre del Macuiltépetl, como una fina línea de cobalto, la presencia del océano.

Jalapa pertenece por derecho propio a la montaña; es la montaña misma que reúne la orquídea, el naranjo, el cafeto, la araucaria y el pino, el húmedo calor de la costa, la niebla de las alturas, el claro sol y la nieve resplandeciente de los volcanes.

Jalapa, el entresuelo de México

Llegamos a Jalapa cuando ya era de noche. Es evidente que el viejo ferrocarril había realizado un esfuerzo superior a sus años. Jadeando y arrojando humo y vapor por todos sus enmohecidos flancos, había escalado ásperas laderas, barrancas y montes. Habíamos asistido, desde la plataforma del último carro, a una de las hazañas más impresionantes realizadas por la naturaleza. Ni siquiera en los Andes, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en la soledad de la puna, he sentido el aliento henchido de tanta fuerza de la tierra. En México, como en ninguna parte, la naturaleza sabe potenciar sus motivos.

El paisaje tropical queda abajo, fundido en una mancha violeta. A medida que el tren salva penosamente una eminencia, o libra un recodo, la montaña multiplica sus formas aumentando su poderío. Caminamos sobre las copas de los pinos. Advertimos los bosques de oyameles y araucarias diluyéndose en los flancos de las cordilleras, azules en la distancia, verdes en la cercanía, oscuras sombras en las alturas coronadas por la niebla. Profundos barrancos traen a este paisaje de tierra fría la ardorosa vitalidad de la costa. En el fondo húmedo y caliente, maduran la caña de azúcar y el cafeto. Las orquídeas se prenden al tronco de los caobos, y los cedros, cuyas copas de verdes brillantes alcanzan los finos troncos de los pinos, componen un friso vegetal que reúne en un breve espacio todos los ejemplares de la flora mexicana. Para completar esta síntesis, abajo revuelan los colibríes, mientras a cincuenta metros las águilas trazan círculos majestuosos, acechando su presa.

El tren alcanzó la estación de Jalapa bajo un diluvio torrencial. Hacía tres horas viajábamos en pleno trópico, sufriendo un calor sofocante, deslumbrados por el sol de Veracruz, y ahora soplaba un viento helado que empujaba rachas de lluvia espesa a los pasillos de nuestro carro. De

pronto, el cuadro costeño que ofrecía el interior del tren quedó sin justificación posible. Los rancheros, vestidos de blanco, temblaban de frío; las mujeres se cubrían con sus rebozos y sus mantos. Reinaba la sensación de que toda aquella gente tan alegre y segura de sí misma hacía pocos instantes, por algún motivo inexplicable debía arrojarse de cabeza a un estanque de agua helada. Entre exclamaciones y denuestos, los viajeros recogieron sus flores, sus naranjas, sus racimos de plátanos, los pescados enormes que hicieron el viaje colgados junto a la ventanilla, sin duda con el piadoso propósito de que no se perdieran el paisaje; las aves, los tamales y los juguetes que habían comprado en las estaciones del tránsito.

Al día siguiente, mi primer idea al abrir los ojos fue correr al balcón. Abrí las persianas, me adelanté deslumbrado hacia el barandal de hierro y, de un golpe, se me ofreció Jalapa circundada de su espléndido paisaje.

La mañana transparente, húmeda y tierna, tenía la suavidad del aliento de un niño dormido. En la falda de las cordilleras, el sol no cae de plano, sino que llega tamizado por los impalpables cendales de la niebla. Los ojos, asombrados, no aciertan a detenerse en ninguno de los sitios que descubren. A mis pies, los tejados de bruñida pizarra contornean calles empinadas, por las que trepan las casas de anchos balcones de madera y ventanas cubiertas de rejas. Pinos y araucarias aumentan la fragancia del aire. Las bugambilias y las manchas de los huertos matizan el caserío. Al poniente, dominando la altísima cordillera, el Pico de Orizaba. La nieve de la cima, flotando milagrosamente en el cielo azul, y a su lado la extraña forma del Cofre de Perote, por cuyas faldas avanza la ruta de Hernán Cortés. Y hasta donde la vista alcanza, las parcelas, las colinas barbechadas, los matices aterciopelados de los montes, las pinceladas claras del sol acusando relieves y barrancos, la distancia mágica que convierte en color las formas inmensas en su ámbito cristalino.

Para nosotros, nacidos en el altiplano, las tejas se asocian de manera estrecha con el trópico. Acostumbrados a la línea recta de la azotea arábiga, el tejado es un elemento extraño, una nota pintoresca y bizarra, característica de un modo de vivir diferente del nuestro. Quizá a este sentimiento se deba que el tejado tenga para mí el encanto propio de la tierra caliente. En Jalapa, el tejado —el sobradillo— da a la ciudad un aire familiar, un sentido generoso de la convivencia urbana, desconocido en nuestras adustas ciudades de los altos valles. El techo del hogar se extiende a la calle y protege al transeúnte contra las inclemencias del tiempo. La necesidad de marchar al cobijo del alero obliga a discurrir muy cerca de las grandes ventanas abiertas y de los amplios zaguanes, lo que también es una manera de participar en la vida de las casas. Mientras las nuestras aquí arriba forman un mundo aparte, una entidad celosamente sustraída a las contaminaciones callejeras, en el trópico la habitación no recata en modo alguno su intimidad, sino que la muestra al paseante con cierta despreocupación ajena por completo a nuestras costumbres.

En tanto caminaba despacio por las sombreadas calles, iba asomándome, sin temor de ser inoportuno, a la tranquila existencia de aquellas gentes. En todas las pequeñas salas se ordena el antiguo ajuar de bejuco. Fotografías iluminadas cuelgan de las paredes, componiendo un verdadero árbol genealógico. Abundan las mujeres vestidas de negro, inclinadas sobre su máquina de coser, y no faltan las señoritas que bordan junto a la ventana y las que ensayan en el piano vertical interminables escalas.

En el borde de las aceras, viejas mulatas, sentadas a la usanza oriental, venden gardenias, cigarros y frutas. Pasando el cubo del zaguán, el jardín se advierte como una verde claridad a través de la calada verja que cierra el patio y que propiamente forma la puerta de la casa. Con frecuencia se organizan tertulias en la acera, para mejor gozar el fresco de la noche.

Una tarde, momentos antes de abandonar aquellos lugares, visitamos el estadio de Jalapa en compañía de jóve-

nes amigos universitarios. Sentados en las graderías altas, contemplamos el radioso paisaje. A mis pies se extendía el curvo espacio de la pista, cerrado por una graciosa columnata. Jugaban los muchachos medio desnudos, y sus gritos llegaban hasta nosotros, contagiándonos un poco de su alegría vital. Bajo el cielo transparente se yergue la preciosa ciudad. Brillan sus nuevos edificios; las casas con aleros y terrazas, colmadas de verdor, coronan la suave colina que sirve de asiento a la ciudad. Los prados cubiertos de grama, la llama azul de las jacarandas, los pinos oscuros y las dulces araucarias, me recuerdan, por su esmero, los abiertos recintos de las universidades americanas en la época del verano.

La frescura de los extensos parques, el aroma de los azahares, los árboles frondosos y el fondo de las montañas veladas por la niebla, la suave danza de los colores y la plata de las nubes llameantes que forma sobre las montañas azules otra superpuesta cordillera de sueño, componen los rasgos de este paisaje.

Pienso en Cempoala ahogada por el polvo, en sus casuchas corroídas de miseria y en los jugadores gordos y brutales custodiados por soldados armados. Jalapa es la visión del trópico civilizado. La avanzada de un esfuerzo redentor que se ha puesto en marcha hacia la costa. El rellano de la escalera de nuestra casa, el entresuelo que puede salvar a muchos jóvenes que se pierden por falta de estímulos en la costa, y el alivio de todos los cansados seres del altiplano.

El reinado de la flor

En el parejo deslumbramiento del trópico, el vegetal es siempre joven y agresivo, mientras en el aire fino de la meseta pierde bríos transformándose en una flora a la que distingue cierta ponderación y continencia aristocráticas. Entre los dos extremos de nuestra geografía, los deliciosos climas de las cordilleras intermedias condicionan una ve-

getación profusa y brillante, de plenitud nunca excesiva. La verde clorofila no ha perdido su vigor, pero la altura le ha quitado su veneno, la naturaleza antropofágica, sus plagas y sus vicios originados en las temperaturas cálidas. En una palabra, la altura de México cumple una tarea civilizadora. Lo mismo con el vegetal que con el hombre.

El campo en Jalapa, por ello, resulta una prolongación de sus jardines. Coatepec no es otra cosa que una huerta gigantesca, un desmesurado invernadero al que protege su techo de nieblas. Las redondas copas de los naranjos escalan, en compactos escuadrones, las colinas o extienden sus hileras simétricas por la hondonada de los valles. Los frutos amarillos relucen como el oro, y el aroma del azahar embriaga los sentidos. Bajo la sombra protectora de su madre —el árbol llamado chalahuite—, maduran las cuentas rojas del cafeto. Una jacaranda baña de luz morada las hojas de los platanares y la bugambilia hace correr un borbotón de sangre sobre un blanco muro. Cada árbol es aquí una pajarera. En las románticas cañadas, el liquidámbar vierte su incienso cerca del hilo de la cascada.

Y dentro de esta huerta al aire libre, las cercadas huertas donde reina, por derecho propio, la orquídea. A la orquídea, la parasitaria favorita de las mujeres, se la cultiva en jaulas colgadas de los árboles, y resulta, por la forma y el color, tan semejante al pájaro, que el visitante se extraña de que no lo salude con un trino.

Los cronistas de la Conquista y de los primeros años de la Colonia, al referirse a las flores de los jardines indígenas, hablaron siempre de rosas, pero lo cierto es que en el México precortesiano no había rosas, como tampoco existían tigres, perros ni leones. Nuestras flores son mucho más misteriosas y primitivas que las flores europeas. El clavel de España, por ejemplo, es perfecto en su equilibrio. Nuestro zempazúchitl, al que los españoles llamaron, en gracia de su parecido, clavel de las Indias, es una flor de pétalos desordenados y violentos. Tiene el color ama-

rillo —el color simbólico de la muerte entre los aztecas— y su acre perfume no guarda relación con la fragancia apasionada del clavel verdadero.

Aquí las flores son también un poco desorbitadas. Sus caprichosos pétalos imitan, como en las orquídeas, la forma de los pájaros y de las mariposas. No distingue a su piel ese matiz de seda transparente propio de las flores europeas, sino una carnosidad voluptuosa manchada de rojo, de violeta y de amarillo. Los estambres y pistilos, lejos de mostrarse recatadamente, se extienden ávidos cubiertos de polen, ansiosos de fecundar a las flores femeninas. Ciertas especies poseen un aroma tan intenso, que basta un solo ejemplar para perfumar una casa. Otras son gigantescas: no hay florero capaz de contenerlas.

En Jalapa se siente vivir a las flores. De noche, paseando por sus callejuelas, de pronto queda uno envuelto en la onda del jazminero. Un perfume que satura los poros del aire, penetrante y embriagador, crea el ambiente de *Las mil y una noches.*

Yo no sería capaz de precisar el género de las relaciones que se establecen en Jalapa con las flores y ni siquiera acertaría a mencionar sus nombres. Me ha complacido la idea de comparar un jardín a una ciudad dotada de un eficiente sistema de señales de tránsito. El color —ese pacto suscrito entre pájaros y mariposas, insectos y flores— funciona con una perfecta regularidad, ordenando la vida que se agita en los jardines. Un color es la señal roja del peligro. "Alto —le dice la mariposa al pájaro—, si me comes te enveneno." Otro color es una luz verde que enciende la flor, gritando: "Adelante, por aquí, te doy mi miel a cambio del polen que me fecunde."

Algo más que todo esto ocurre con las flores en Jalapa, algo mucho más misterioso y complicado que un sistema de colores por medio del cual se cumple una función genésica. Una noche, de tertulia en el corredor de una casa, comencé a sentirme inquieto. Era una inquietud la mía semejante a la que se experimenta cuando una persona de atracción poderosa nos mira con insistencia a nuestra espalda, obligándonos a volver la cabeza. Al desviar la vista hacia el barandal, descubrí una de esas magníficas flores del trópico mexicano de abiertas corolas amarillas salpicadas de sangre, meciéndose sobre su tallo. Naturalmente, no di importancia a ese furtivo gesto de seducción floral. ¡Tantos hechos desconocidos excitan a diario nuestro sistema nervioso! Días más tarde, cruzando ya muy noche el mismo corredor, volví a sentirme atraído por aquella misteriosa y desconocida fuerza. ¿Había olvidado alguna cosa? ¿Alguien se ocultaba entre las sombras de las grandes plantas que oscurecían ese tramo del corredor? Me detuve y miré con atención. Una flor de carnosos y afelpados pétalos, manchados de amarillo, se levantaba en su tiesto, solitaria y espléndida.

El indio percibía estos delicados signos de la naturaleza mucho mejor que nosotros, rindiendo un culto a la flor del que conservamos suficientes noticias para imaginar la importancia de que se revestía. Así como en la Europa de aquel tiempo una ley prohibía a los plebeyos el uso de la espada, en Tenochtitlán un código no escrito vedaba a las clases inferiores el llevar algunas flores. Al menos, la magnolia, la orquídea y la flor del cuervo —*Plumeria rubra*— eran flores destinadas a la aristocracia. La figura del *dandy* empezaba a perfilarse en las viejas ciudades. Los altos funcionarios, los nobles y los recaudadores de tributos andaban por calles y caminos aspirando el perfume de sus flores predilectas.

Los señores no cultivaban en sus jardines verduras o árboles frutales, sino flores. De los indios, era sin duda el primer aficionado el emperador Moctezuma. Su pasión llegó al extremo de enviar una costosa expedición de guerra contra Malinali, un señor de Oaxaca, celoso propietario de un raro arbusto que no quiso ceder a ningún precio, llamado tlapalixquixochitl, nombre que significa de muchas flores rojas, "no porque sean del todo coloradas —aclara Sahagún— sino porque son manchadas y rayadas

de colorado". Como es de suponerse, el capricho del emperador costó la vida al testarudo Malinali.

Los pueblos sujetos a la jurisdicción del Imperio azteca pagaban parte de su tributo en flores, y sabemos que Cuernavaca tenía la obligación de proporcionar diariamente las flores que se empleaban en los palacios del monarca. Moctezuma, además de los jardines que formaban parte de sus residencias urbanas, poseía un jardín tropical en Cuernavaca y un lugar destinado al descanso en el bosque de Chapultepec, donde gustaba refugiarse —como lo haría Maximiliano siglos después— huyendo de los trágicos augurios que amargaron sus últimos años.

El culto a la flor —se cultivaban extensas parcelas con flores rituales, y a las mujeres se las bautizaba de preferencia con nombres de flor —extendíase por las mesetas y los tibios valles de la vecindad llegando a los climas intermedios.

En nuestra época, gracias a los caminos y a los mejores transportes, podemos gozar el privilegio azteca de admirar las flores cortadas la víspera en las costas. Hemos dado carta de ciudadanía a las rosas, claveles y nardos de España, a las gladiolas y a los tulipanes de Holanda, y después de pintar flores durante la Colonia para consolarnos de su ausencia, hemos aceptado las enseñanzas de los jardineros japoneses, sin tener en cuenta a los maestros indígenas, que han hecho una profesión de erigir arcos, tejer alfombras y componer ramos exquisitos. Sin embargo, el reinado de la flor está ganando adeptos. Mientras las comunidades indígenas del valle de México se han disuelto o han sufrido transformaciones radicales, Xochimilco, apoyándose en el antiguo cultivo de sus flores, está más vivo y fuerte que nunca. La flor ritual, la humilde flor del campo, la mágica flor privilegio del noble azteca, aroma los altares domésticos, cubre las tumbas de los anónimos caminantes, llena de frescas ofrendas los cementerios. La flor es la piedad y la única gala del indio. Con ella bautizaba a sus hijas, con ella perfuma sus sueños y con este

frágil símbolo de belleza perecedera continúa defendiendo su esperanza.

El último escalón

Todavía muchos kilómetros adelante de Jalapa, el aire es húmedo y tibio. No hay casa —esas pequeñas casas blancas de tejados pajizos— que no se vea adornada con flores. Los campesinos cabalgan en mulas o en caballos. Abundan las parcelas sembradas de tabaco, papayos, naranjos y azáleas.

En el último escalón de nuestra casa, la altura se hace más sensible. Ordénase el paisaje en grandiosos planos, componiendo la clásica escenografía que ha dado celebridad a Suiza: caseríos colgados de las aristas de las rocas, blancos villorrios recostados en el fondo de los vallecitos, montañas de suaves tonos y el vislumbre de un oscuro barranco recortado por las copas triangulares de los pinos.

Toda esa risueña y blanda decoración desaparece al acercarnos a la falda del Cofre de Perote. El manto de piedra se riza en puntiagudas lajas, manchadas de musgo y líquenes. Avanza la carretera entre nieblas y nubes que nos echan a la cara su aliento frío, como una muchedumbre de fantasmas que se deshiciera al escuchar el canto de un gallo invisible. Sobre el mar de lava y su oleaje petrificado cuelga el pesado cortinaje de la tempestad. La línea del agua pinta un claroscuro de grises desvaídos, y el rayo ilumina de tarde en tarde un paisaje de ruinas apocalípticas.

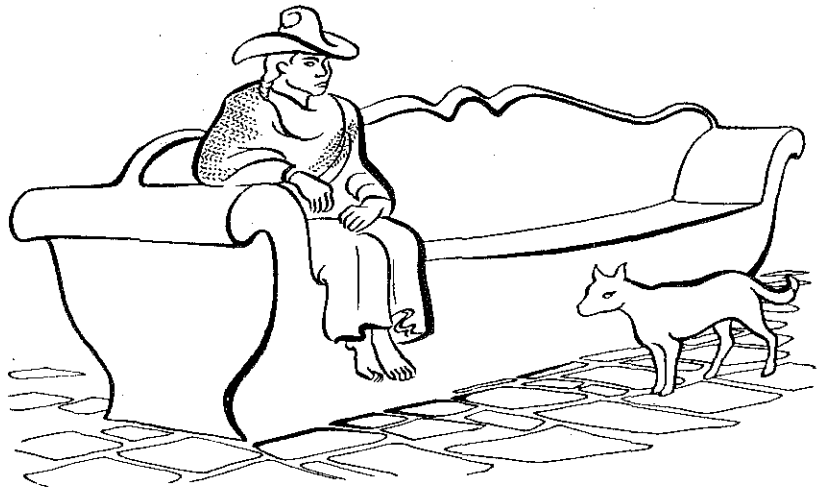
La entrada al altiplano, traspuesto el Cofre de Perote, es el escenario de una noche de Walpurgis indígena. Tres lagos muertos en sus cuencas de cal resplandecen en el aire cristalino de la meseta. Presenciamos uno de los momentos críticos de la naturaleza, uno de los grandes desfallecimientos. Ha terminado el ascenso de la cordillera y se inician las mesetas centrales del país, el piso superior de esta caprichosa casa, situado a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. En este punto la línea volcánica, el eje de fuego que atraviesa el territorio, del este al oeste,

del Atlántico al Pacífico, hace el primer alto, rematando su esfuerzo con las figuras colosales del Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. También la flora padece una crisis semejante. De los excesos de la costa, del vigor empleado en cubrir de pinos y oyameles cadenas interminables de montañas, debe pasar a la organización aristocrática que priva en la meseta, y en la transición de un colapso; sus retoños se desintegran y mueren para transformarse en nuevos ejemplares.

En los calveros de atormentados perfiles, la cal, brillando entre las rocas, finge el ropaje de la nieve. En el llano salitroso y reseco, se esparcen los negruzcos cadáveres de las palmas del desierto. Este es el "malpaís"; aquí aúlla el coyote en las noches de luna y se pasean las sombras de los nahuales. Los arrieros apresuraban el paso de sus bestias; las diligencias cruzaban el páramo arrancando chispas a las piedras del camino real, y los indios conjuran aún a los espíritus, santiguándose devotamente.

Ahora, el pequeño ejército español, libre de obstáculos, después de cruzar la entrada severa y grandiosa del altiplano, avanza en firme por valles espaciosos. No ha desaparecido del todo la hosquedad del paisaje. La pareja tierra, amarilla y desnuda, recuerda los llanos solitarios de Castilla. No volverán a surgir los tejados. En alguna plaza el ayuntamiento esboza el trazo de la arcada que en las grandes ciudades tomará las proporciones de los señoriales portales. El campesino cruza la calle bordeada de cactos, arreando sus pollinos. Se habla en voz baja. El hombre es grave y ceremonioso. Las mujeres, suaves y graciosas, apenas tocan con sus pies descalzos el suelo. Se diría que no andan, sino vuelan.

Pocos árboles en el campo. De preferencia, fresnos y pirús, brotando en la linde de los maizales. Florecen como estrellas las puntas aceradas de los magueyes. La mancha azul de las montañas cierra el horizonte, y en el cristal del cielo flota la nieve de los volcanes. Un sol claro y picante llena de claridad este novedoso paisaje de América.



VIII. TLAXCALA, O DEL ALTIPLANO

Un largo muro de cal y canto, defendido por una fortaleza, cierra el paso a los conquistadores. El silencio es tan profundo, que se escucha la respiración agitada de los soldados. ¿Se ocultarían detrás del muro las fuerzas tlaxcaltecas? Pronto lo sabrían. Cortés se alza sobre los estribos, pica espuelas al caballo y dice en voz alta mirando a su estandarte: "Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la cruz. Con ella venceremos." Desfilan los jinetes, los arcabuceros, los peones con la espada desenvainada. Por el pasadizo revuelto de la entrada, se precipitan, al último, los aliados cempoaltecas. Nada. No hay un solo tlaxcalteca que guarezca esta inútil y formidable defensa de su tierra.

Después de correr largo rato, la avanzadilla de jinetes que explora el terreno encuentra a un puñado de guerreros. Los caballos les dan alcance y los indios se defienden con sus macanas erizadas de puntas de obsidiana. Ruedan muertos cinco de ellos, pero un escuadrón oculto sale en

su ayuda y la primera batalla se libra en el altiplano. Termina con la retirada de los tlaxcaltecas. Diecisiete españoles resultan heridos; uno solo muere esa misma tarde y es sepultado con el mayor sigilo, para que los indios sigan creyendo en la inmortalidad de los teules blancos.

Por la noche, los españoles acampan al borde de un arroyo. Con el *unto* de un indio gordo que sus compañeros de armas no tuvieron tiempo de llevarse, curan a los heridos, y los soldados se ven obligados a descansar en pleno campo, cerca de su cadáver destazado, esperando el día siguiente colmado de incertidumbres.

La mañana del 2 de septiembre quiebra albores en el cielo transparente de la meseta. El ejército reanuda su marcha y, al avistar un pueblecillo, los enviados cempoaltecas que se han despachado a Tlaxcala —la gran ciudad enemiga de los mexicanos— con un mensaje de paz, aparecen llorando. Refieren una falsa historia: los tlaxcaltecas, luego de haber oído su embajada, los arrojaron en una prisión y tenían dispuesto ofrecer sus carnes a los dioses cuando lograron escapar quebrando los barrotes de la jaula. Cortés no pierde tiempo en escuchar sus quejas. Sobre el repecho de una hondonada, aparece el ejército de Xicoténcatl el Mozo. La garza de su escudo, que Bernal tomó por un avestruz, con los colores blanco y rojo de su casa, ondea en el aire. Los penachos, los mantos bordados y los escudos se agitan furiosamente, y agudos gritos se mezclan al batir de los tambores y al lamento de las chirimías. Cortés dispone enviar al general unos prisioneros tlaxcaltecas, tomados la víspera, con el ruego de que no les dieran guerra, pues "querían tenerlos como hermanos". Los gritos se vuelven más agudos y los guerreros hacen muecas y ademanes de burla a los españoles. Caracoles y trompetillas redoblan sus lamentos. Todos los ojos de los teules están fijos en su capitán. Cortés no se precipita y manda llamar al notario para que certifique que viene de paz y se le recibe en son de guerra. El notario demanda en español la rendición inmediata de las armas, recibiendo

de los indios, como respuesta, una granizada de flechas y de piedras. Ha concluido la etapa legalista, y el español puede ahora, con la conciencia tranquila, entregarse a la guerra. El esperado grito de combate se escucha en labios de Cortés: "¡Santiago, y a ellos!" Todavía no se extingue la última palabra y ya los jinetes bajan la hondonada llevando las lanzas en ristre, y detrás, los arcabuceros y los ballesteros avanzan en líneas cerradas. Bernal Díaz exclama, ponderando el número de los tlaxcaltecas: eran tantos, "que a puñados de tierra nos cegaran". La pelea ofrece un momento difícil. La yegua de Sedeño, "revuelta de juego y de carrera", que montaba Juan Morón, es muerta de un solo tajo. Morón cae cubierto de heridas y, aunque sus compañeros logran rescatarlo con grandes esfuerzos, fallece a los dos días. La ofensiva de los tlaxcaltecas obedeciendo a un plan cuidadosamente estudiado, en esta segunda batalla se dirige contra el caballo, monstruo fabuloso, animado de poderes mágicos, que era el terror y la preocupación mayor de los indios. Los despojos fueron paseados por los pueblos tributarios y, más tarde, según supieron los españoles, ofrecieron a Camaxtle, su dios principal, junto con la carta de la embajada, las herraduras de la yegua.

Una hora antes de ponerse el sol, los indios, que nunca combatían de noche, se retiran en buen orden. Cortés en su carta al emperador, resume el encuentro diciendo que hizo mucho daño a los tlaxcaltecas, "sin recibir de ellos ninguno más del trabajo y cansancio del pelear y la hambre". En realidad, aparte de la yegua, resultaron quince soldados y cuatro caballos heridos. El unto del indio muerto, bálsamo en verdad más extraño que el de Fierabrás, empleado con tan mala fortuna por Don Quijote, vuelve a cubrir las inflamadas heridas de los españoles.

El tres de septiembre descansó el fatigado ejército, y el cuatro, muy de mañana, para que los indios "no sintiesen su flaqueza", salieron de excursión a los pueblecillos de los alrededores, abandonados de prisa, en los que no faltaban pavos ni maíz. Los cempoaltecas, no contentos

con robar lo que encontraban a mano, prendían fuego a las casas, estableciendo una cadena de represalias que sólo rompería la total consumación de la Conquista.

Ese mismo día, nuevamente se envió a Xicoténcatl, con los prisioneros, una oferta de paz acompañada de una misiva. El general contestó que fuesen a su pueblo donde estaba su padre el viejo cacique Xicoténcatl y "que allí harían las paces con sus carnes y honraría a los dioses con sus corazones". Si bien esta amenaza no pasaba de ser el legítimo deseo de un caníbal, el caudillo prometió además que al día siguiente tendrían su respuesta. El emplazamiento llenó de consternación a los españoles. Los indios preparaban una tercera batalla, mucho peor que las anteriores, a juzgar por el tono de su joven general.

Nadie durmió en el real esa noche. Los escopeteros limpiaban sus mosquetes. Los ballesteros hacían flechas y engrasaban las cuerdas de sus ballestas. Los peones, por su parte, afilaban las espadas y reparaban sus deteriorados escudos. Cortés repetía incansable sus últimas instrucciones: los jinetes debían atacar en escuadrones cerrados, dirigiendo las lanzas a los ojos de los enemigos para que no les fuesen arrebatadas. Los peones se cuidarían de tirar estocadas a las entrañas, y en ningún caso romper las filas, tanto si atacaban como si se batían en retirada.

Sin duda el más atareado en el campamento fue el clérigo Juan Díaz, que se pasó la noche oyendo en confesión las culpas de los soldados. Entre penitencias, oraciones y preparativos bélicos —a Dios rogando y con el mazo dando— aquellos campeones de la fe vieron asomar el alba del 5 de septiembre.

De acuerdo con la apreciación de Cortés, el ejército de Xicoténcatl se componía de ciento cincuenta mil hombres; Bernal Díaz, también afecto a la exageración, calcula cincuenta mil soldados. Los historiadores —algunas docenas— que se han ocupado del trillado asunto suman, restan o multiplican conforme a sus simpatías o a la idea personal que se han formado de la batalla, pero es Prescott, que

conocía bien a los españoles por haberse ocupado largamente de sus hazañas, el que se encarga, en forma tangencial, de esclarecer la verdad con este escolio oportuno: "En la famosa batalla de las Navas de 1212, librada entre españoles y árabes rivales igualmente conocedores de la ciencia militar, los árabes dejaron en el campo doscientos mil muertos, mientras los cristianos sólo perdieron cien hombres." [1]

Los lamentos de Bernal permiten juzgar la furia de la batalla: "qué prisa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros y con qué grandísimas gritas y alaridos". Después de Dios, los jinetes fueron su fortaleza, porque los indios peleaban a la desesperada y aun llegaron a combatir en el real de los españoles, de donde fueron arrojados por la fuerza.

La acostumbrada concisión de Cortés pinta de este modo el final del encuentro: "y quiso Nuestro Señor en tal manera ayudarnos, que en obra de cuatro horas habíamos hecho lugar para que en nuestro real no nos ofendiesen, puesto que todavía hacían algunas arremetidas. Y así estuvimos peleando hasta que fue tarde y se retrajeron". Las estimaciones de Bernal no guardan relación con las apuntadas para la batalla de las Navas: un solo muerto, sesenta soldados y todos los caballos heridos. Las pérdidas de los tlaxcaltecas son todavía más difíciles de precisar: tenían la costumbre de ocultar a sus muertos y lesionados, arrojando tierra y distrayendo al enemigo por mil medios para que no se percatara de sus bajas. Este extraño pudor que entorpecía grandemente las operaciones, su costumbre de hacer de preferencia prisioneros, la retirada de varios escuadrones, motivada por una riña surgida entre un general y Xicoténcatl, precipitaron su derrota.

Los españoles entierran al muerto con el mayor sigilo y Bernal se lamenta del frío y de la escasez que padecen,

[1] El dato lo consigna Alfonso IX y es reproducido por Mariana.

suspirando: "¡Oh qué mal refrigerio teníamos, que aun aceite para curar, ni sal había!"

Otra vez se busca la conciliación. Con tres indios principales que habían hecho prisioneros se manda decir a los senadores "que luego vengan de paz y nos den pasada para México, como otras veces les hemos dicho, y que si ahora no vienen, les mataremos a todas sus gentes y porque les queremos mucho y tener por hermanos no les quisiéramos enojar si ellos no hubiesen dado causa de ello".

En Tlaxcala, la situación es también difícil. La flor de la nobleza ha muerto y no se ha podido ganar una batalla. Los indios no están acostumbrados a sostener prolongadas campañas, ni a enfrentarse con seres de naturaleza indefinida, montados en monstruos fabulosos y dotados de armas de potencia nunca imaginada. Los magos y los sacerdotes debían resolver, a la mayor brevedad posible, tres angustiosos problemas: ¿Los extranjeros eran dioses?; ¿eran mortales de carne y hueso?; ¿podían ser derrotados o eran invencibles?

Los magos y los sacerdotes consultan los astros y sus libros rituales, sacrifican muchos esclavos para leer en sus corazones los horóscopos divinos, se entregan a crueles penitencias y, después de romperse la cabeza y de implorar la sabiduría y el consejo de los dioses, presentan al senado sus conclusiones. Los extranjeros eran sin duda mortales de carne y hueso, pues, como ellos, se alimentaban de maíz, perrillos y gallinas. ¿Cuál era entonces el secreto de su fortaleza? Aunque los extranjeros fueran hombres, eran unos hombres excepcionales, ya que descendían del sol en línea directa y por ello durante el día resultaban invencibles. Sin embargo, llegando la noche, la ausencia de su padre los convertía en unos seres más débiles que los niños y podía derrotárseles sin ningún trabajo.

La fórmula de los magos es tan simple y tan bien razonada, que los senadores la acogen con entusiasmo. Por un momento, la maravillosa revelación les hace pensar que su vida, la amada libertad de la república y sus creencias

religiosas están a salvo. Gracias a la sabiduría de los sacerdotes y a la misericordia infinita del dios Camaxtle, Tlaxcala logrará sacudirse aquella espantosa pesadilla y, mientras los hechiceros profesionales vuelven a sus templos, a organizar una matanza general de compatriotas que refuerce la seguridad en la inminente victoria, los senadores ordenan el ataque al campamento enemigo para la noche siguiente.

Xicoténcatl reúne diez mil hombres, ataca el cuartel silenciosamente por tres distintos sitios; pero como los españoles duermen con las armas en la mano y los caballos ensillados, al dar la señal de alarma los corredores de campo y los centinelas, reciben a los atacantes a cuchilladas y tiros de escopeta y ballesta. Los tlaxcaltecas, seguros de hallar unos hombres desfallecidos, vuelven la espalda, asustados, y los españoles los persiguen largo trecho a través del llano iluminado por la luna, haciendo una espantosa carnicería. Los vaticinios de los magos —parece ser que los tlaxcaltecas se vengaron de la derrota sufrida, llevándolos a la piedra de los sacrificios— habían resultado erróneos, una vez más.

Para los españoles, el amanecer es doloroso. Otra victoria en tales condiciones hubiera significado una derrota definitiva. Andan entrapajados, los más con dos y tres heridas; el mismo Cortés padece fiebres, carecen de ropas de abrigo para defenderse del frío, no hay sal ni abundantes víveres, once están enfermos, cuarenta y cinco han muerto; nada se sabía del pequeño destacamento dejado en la Villa Rica, y el fin de la guerra no podía ser previsto, ignorándose las condiciones que prevalecían en Tlaxcala. La imagen de la inaccesible y bien guardada Tenochtitlán parecía desvanecerse en el aire como una ilusión perdida.

Los soldados, al principio, trataban de desechar el pesimismo y se afirmaban en la idea de la misión divina que a ellos les tocaba desempeñar por algún camino todavía no claramente definido a sus ojos: "pues habíamos es-

capado a tan peligrosas batallas, para algún buen fin era nuestro Señor Jesucristo servido guardarnos".

Días más tarde, los partidarios de Velázquez y los que dejaron bienes en la isla de Cuba sufren un ataque de pánico y, aprovechando el desconcierto y la fatiga de aquellos difíciles momentos, se presentan en las habitaciones de Cortés y le exigen, en un largo parlamento, la vuelta sin dilación a la Villa Rica de la Veracruz. "No se debe tentar a Dios con actos temerarios. Andan peores que bestias, porque las bestias, después que han hecho sus jornadas, les quitan las albardas, les dan de comer y reposan, mientras ellos de día y de noche andan cargados de armas, calzados, están heridos y flacos y corren el peligro de ser sacrificados. La historia está de su parte. El capitán recordará que ni los romanos ni Alejandro se atrevieron nunca a realizar nada semejante."

Cortés, según su costumbre, les responde con un discurso persuasivo. "Conoce las gloriosas hazañas de Alejandro y de los romanos, pero las historias dirán de los españoles que hicieron en México lo que no se atrevieron a realizar los grandes hombres del pasado. ¿No dicen los cantares que más vale morir por buenos que vivir deshonrados? ¿Que dirá Moctezuma al saber que ellos se han retirado en franca derrota? ¡En qué tendrá nuestras palabras y lo que le enviamos decir! ¡Que todo es cosa de burla o juego de niños! Así que, señores —concluyó—, que de aquí en adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba y lo que allá dejáis y procuremos hacer lo que siempre hemos hecho, que después de Dios, que es nuestro socorro y ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos."

Los parlamentarios se despiden, corridos, lamentando que sus citas históricas no hubieran tenido ningún éxito. Aquella fue la última vez que los partidarios de Velázquez intentaron contrariar los planes de Cortés. A medida que avanzaban, los acontecimientos les cerraban toda posible puerta de escape. La isla de Cuba y sus intereses pertenecían a un pasado ya en proceso de completa liquidación.

Sofocando en su cuna el nuevo brote de rebeldía, Cortés manda a los tlaxcaltecas el siguiente ultimátum: "Si en dos días no acudían al real a tratar las paces, ellos irían a la ciudad para darles muerte y destruirles sus propiedades. Debían saber por última vez que todo se les perdonaba, incluso la muerte —la pérdida que más sintieron los españoles— de la yegua."

Al recibir este mensaje, el viejo Xiconténcatl habló ante el senado: "Los teules —principió afirmando con tristeza— no han podido ser vencidos. Nuestros hijos y nuestros amigos han muerto a millares en el campo de batalla. Piden paz y se dicen enemigos de los mexicanos que hace cien años nos combaten. Vivimos cercados, sin algodón, sin sal y sin nada de lo que es necesario para la vida. Yo propongo que, en vez de empeñarnos en darles una guerra inútil, les mostremos amor y paz y traigámosles aquí luego con nosotros y démosles mujeres para que de su generación tengamos parientes, que según dicen los embajadores que nos envían a tratar las paces, traen mujeres entre ellos."

El discurso de Xicoténcatl logra persuadir a los tres senadores que con él integraban el poder ejecutivo de Tlaxcala, y se acuerda despachar mensajeros al joven Xicoténcatl, con el fin de que suspendiera las hostilidades, pero el general se negó terminantemente a obedecer las órdenes del senado. ¿Qué sabían los viejos de las cosas de la guerra? Él había dado muerte a la yegua y a numerosos "teules" y tenía pensado darles otra batalla nocturna para completar su derrota. El senado, oída la respuesta del general, ordenó entonces a los capitanes del ejército que no lo obedecieran; Xicoténcatl, sin embargo, lejos de la ciudad y con gran ascendiente sobre los soldados, se decidió a continuar la campaña, iniciándola con una extraña combinación política encaminada a demostrarles a los senadores que los temidos hombres blancos no eran dioses, como ellos creían después del fracaso de sus magos, sino simples mortales.

Una mañana aparecen en el real de Cortés unos emisarios llevando gallinas, pan de maíz, incienso, plumas y cuatro viejas de "ruin manera". "Este presente —dijeron— le envía el capitán Xicoténcatl. Si sois 'teules bravos', como afirman los de Cempoala, tomad estas cuatro mujeres y matadlas para que podáis comer de sus carnes y corazones. Si sois hombres, comed de esas gallinas, pan y fruta; y si sois 'teules mansos' aquí os traemos el incienso y las plumas para que hagáis con ello vuestra ofrenda."

"Otra vez —contesta el extremeño— venía a rogar y manifestar de parte de nuestro señor Jesucristo, que es él en quien creemos y adoramos, que no maten ni sacrifiquen a ninguna persona. Todos somos hombres de carne y hueso, como ellos, y no teules, sino cristianos."

Los embajadores, lejos de marcharse en seguida, permanecen en el real todo ese día y la noche, yendo y viniendo al campamento de Xicoténcatl, examinando las armas y la disposición de las casas, secreteándose y tomando actitudes misteriosas. Los hombres de Cempoala, que ven con profundo recelo a los tlaxcaltecas —andando el tiempo los tlaxcaltecas verían con el mismo recelo a los cholultecas y a los aztecas—, hacen circular la versión de que los pretendidos embajadores no son otra cosa que espías. Marina, a su vez, logra saber por dos indios de un pueblo vecino que Xicoténcatl está a corta distancia del real preparando un nuevo ataque nocturno. En posesión Cortés de esos datos, interroga separadamente a diferentes enviados, y éstos confiesan que, en efecto, son espías y no embajadores de su capitán. Cortés procede entonces con su acostumbrada rapidez y, sin más averiguaciones, ordena que se corte las manos a diecisiete de los torpes mensajeros. Chorreando lágrimas y sangre, los mutilados se presentan ante Xicoténcatl con este mensaje: "Que vengan cuando quisieren, de día o de noche, que allí les aguardaríamos dos días y que si dentro de dos días no viniesen que les iríamos a buscar a su real."

Prácticamente, con ese cruel episodio termina la guerra.

Xicoténcatl, sin víveres, privado del apoyo del senado, del pueblo y de sus capitanes, se convierte en un rebelde indefenso. Es incapaz de entender la oscura situación, en la que abundaban los hechos incomprensibles, pero su instinto le hace prever que, si continúa la guerra en forma ininterrumpida, terminará derrotando a los extranjeros. Ahora la tribu está herida de muerte, y todo lo que intente resultará inútil. La derrota no cambió su primitiva actitud hacia los españoles. Nunca les fue afecto; conspiró y se rebeló contra ellos cuanto le fue posible, y terminó su vida, como era de esperarse, en la horca.

En el capítulo LXXI de la *Historia verdadera*, titulado "Cómo vinieron a nuestro real los cuatro principales que habían enviado a tratar las paces y el razonamiento que hicieron y lo que más pasó", cuenta Bernal que, estando los españoles una mañana aderezando sus armas, llegaron los corredores de campo con el aviso de que una multitud de indios, cargando bultos y acompañados de cuatro señores, se dirigía a sus cuarteles.

Cortés dispone que nadie se mueva ni manifieste curiosidad ni interés especial ante los embajadores. Llegados éstos, sahuman al capitán, besan la tierra y, haciendo tres profundas reverencias, exponen su mensaje. "Los caciques de Tlaxcala, vasallos, aliados, amigos confederados, se vienen a meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules. Debe perdonarlos porque no han salido de paz y por la guerra que les dieron, pues creyeron y tuvieron por cierto que eran amigos de Moctezuma. . ."

Cortés cree político mostrar enojo, exige más formales garantías de paz y despide con un puñado de cuentas a los enviados, advirtiéndoles que, si volvían de noche al campamento, se expondrían a ser muertos.

Al día siguiente recibe Cortés la visita de unos señores mexicanos. Moctezuma, temeroso de una inminente alianza con sus enemigos los tlaxcaltecas, se apresura a rogarle que no vaya a México "por ser tierra estéril y fragosa",

ofreciendo, en cambio, pagarle al emperador Carlos un tributo en oro, piedras y ropa.

Está hablando Cortés con los mexicanos cuando se presenta el general Xicoténcatl a formalizar las negociaciones de paz. Él y su brillante séquito van ataviados con los colores blanco y rojo de su escudo.

De la noche a la mañana ha cambiado la situación de los españoles. Se escucha el palmoteo de las mujeres indias haciendo las tortillas, abundan las gallinas y la fruta. Se ha ganado una extensa provincia y en su lucha contra el Imperio Azteca cuentan hoy con un poderoso aliado. La desvanecida imagen de Tenochtitlán se presenta a sus ojos más clara y cercana que nunca.

El pasado y el presente

He aquí que llega Cortés. Las escenas de la victoria se reproducen en Tlaxcala, la ciudad en la que nunca había entrado un enemigo triunfante. Los soldados desfilan bajo los arcos de verdura. De lo alto de los templos y de las casas desciende una espesa lluvia de flores. El teponaxtle y las chirimías no cesan de tocar ensordeciendo el aire. El ejército, con las armas dispuestas, avanza trabajosamente en medio de la multitud que inunda las calles, rebosa las azoteas, cubre las escalinatas de los templos y lucha por tocar las brillantes armas de los dioses. Clavigero, describiendo las manifestaciones de júbilo de los tlaxcaltecas, dice "que más parecían celebrar el triunfo de la república que el de sus enemigos". Tiene razón el historiador. El pasado de Tlaxcala se contradice con este inesperado recibimiento y adhesión a unos extranjeros que han dado muerte a la flor de la nobleza de la orgullosa república.

Los tlaxcaltecas pertenecían a la misma familia de los aztecas. Emigraron en su compañía del lago de Tezcoco donde vivieron largos años. Agotadas las tierras, rodeados de pueblos hostiles, buscaron otro lugar más favora-

ble donde avecindarse, y una porción emigró, fundando su residencia en los valles pródigos de las faldas de la Malinche. Allí la organización tribal sufrió modificaciones, dividiéndose la primitiva monarquía en dos y, más tarde, en cuatro cacicazgos, que dieron origen a una singular estructura política. Los barrios estaban divididos por cercas, y los señores gobernaban su feudo con absoluta independencia unos de otros, aunque, para resolver los asuntos comunes o cuestiones de guerra o de paz, los cuatro caciques se reunieran en una especie de senado.

Este conjunto de circunstancias quizá determinó que el matiz feudal en Tlaxcala fuera más acusado que en otros principados Cada señor habitaba en su barrio, donde tenía sus castillos y sus templos particulares. Disponía de las tierras, de la vida de sus vasallos y de los tributos.

En los primeros años de la Colonia los descendientes de los nobles, sujetos a los caciques, seguían considerándose nobles y, según Camargo, el historiador de la provincia, a pesar de su miseria, rehusaban desempeñar "oficios viles y bajos", alegando que eran hijosdalgo. Por desgracia, la literatura colonial no tuvo poetas satíricos que nos dejaran el retrato de estos indios, verdaderos héroes de la picaresca, en todo semejantes a sus modelos españoles. Los caciques —a los cuatro los ligaba un pacto federal no definido claramente—, los nobles guerreros, lo mismo en tierras de salvajes que en naciones de gente de razón, vivían sobre las espaldas del plebeyo, con cuya esclavitud sostenían la libertad de la patria.

Cuando los aztecas, ya poderosos, exigieron a la república el obligatorio tributo, amenazándola con destruir sus ciudades si no lo daba, los tlaxcaltecas contestaron a sus antiguos compañeros de inmigración "que ni ellos ni sus antepasados habían pagado nunca tributo a un poder extranjero y que nunca lo pagarían. Si su país era invadido, ellos sabrían defenderlo y derramar su sangre por la libertad".

La respuesta, como todas aquellas a las que distingue

un tono espartano, inicia una guerra ininterrumpida. Los niños se educan en el odio al azteca. Una represalia da origen a otra más sangrienta, y los prisioneros de ambas partes mueren de manera espantosa, con lo que el ritual del sacrificio cobra formas de refinamiento indecible. Una muralla china tan inútil como la verdadera, defiende el único paso abierto en las montañas. Los tlaxcaltecas se visten con telas de henequén, ya que carecen de algodón; no tienen sal para sazonar sus alimentos; viven en la pobreza, cercados de enemigos, pero conservan su libertad exterior, y este sentimiento de celosa independencia compensa sus interminables sacrificios.

Con semejante historial, Tlaxcala celebra alegremente su primera derrota, iniciando una estrecha colaboración con los vencedores, que sólo quebrantará, muy a pesar suyo, el advenimiento de la Independencia. El odio y el poder despótico habían terminado por ablandar su espíritu. Xicoténcatl, el anciano cacique ciego, goza pasando su mano por los cabellos y el rostro de Cortés. Moctezuma, sin lucha, entregará su reino a los invasores. Los dos pertenecían a una generación destruida, que rehabilitaría la siguiente, formada por sus hijos.

A Tlaxcala dedica Cortés dos largas páginas de su segunda carta de relación. Es la primera gran ciudad, no sólo de México, sino de todo el Nuevo Mundo conocido hasta entonces, que se ofrece a los ojos de los españoles. Cortés la describe con la encendida efusión del amante que ha conquistado, tras largos empeños, a la mujer amada. Nuevamente el regusto oriental, la atmósfera encantada de Marco Polo, anega su relato. Tlaxcala es la ciudad que Cristóbal Colón deseó encontrar siempre. De verla, le hubiera escrito a su reina una carta llena de alborozo, porque Tlaxcala podía representar muy bien el premio de sus trabajos y la mejor confirmación de sus visiones proféticas. No tuvo esa fortuna, como tampoco la tuvieron Juan de la Cosa, Vasco Núñez de Balboa, Hernández de Córdoba o Juan de Grijalva. A excepción de Juan de Grijalva, todos

habían muerto para 1519, tras el espejismo de los imperios indios. ¡Cortés está ahora frente a su enorme herencia, la tiene en sus manos y, por él, Europa conocerá su existencia! ¿Con qué ciudad puede compararla para que el emperador Carlos V se dé cuenta de lo que ha conquistado? No lo piensa mucho. La compara a Granada, porque es la que con mayor fuerza se distingue en España por sus rasgos orientales: "La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucho más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y aves y caza y pescados de los ríos y otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas."

La pluma dibuja un mercado al que asisten diariamente treinta mil almas, "tan bien concertado como pueden ser en todas las plazas y mercados del mundo". Allí se vende loza "como la mejor de España", leña y carbón, yerbas para comer y medicinales.

En sus paseos por la ciudad advierte "casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan" y aun ¡oh prodigio! baños, siempre concurridos. El hallazgo acentúa el ambiente morisco de la ciudad, añadiéndole una peregrina nota de color, aunque tal vez la existencia de baños en el Nuevo Mundo, lejos de afirmar la idea de la civilización, confirme en los europeos su parentesco con el mundo de los gentiles, pues Cortés, luego de encarecer el buen orden y policía de Tlaxcala, cierra el capítulo, asegurando que se trata de gente de toda razón y concierto y tal que lo mejor de África no se le iguala. El remate cierra la posibilidad de una comparación más ventajosa y el indio queda circunscrito al continente africano, representación atemperada de la barbarie, si bien esta vez la piedad de su conquistador le concede una calidad superior a la que mostraban sus oscuros pobladores.

Concluida la novela de la guerra, queda por leer el

colofón —un colofón necesariamente incompleto— que añadieron a la historia de Tlaxcala los siglos transcurridos. A Tlaxcala la distingue en nuestros días un grave sentido de la vida, que alcanza por igual al paisaje y a los hombres. Las calles no se ven concurridas a ninguna hora. De noche, la soledad y el silencio son absolutos. Por todas partes, indios melancólicos, vestidos de sucios harapos. En minoría cuentan el político de chamarra, el viejo burócrata y el comerciante pobre, los tres tipos más familiares en Tlaxcala.

Las ruinas de la capilla real, mutilado fragmento renacentista, los oscuros portales, el nobiliario palacio de gobierno, las iglesias descomunales y desiertas y los bancos del jardín, que semejan catafalcos, prolongan en el corazón de la ciudad el ambiente del siglo XVI. Estas reliquias de un esplendor pasado, nos hablan de las fuerzas que intervinieron en la formación de Tlaxcala y que no se presentan —al menos en forma tan exclusiva y preponderante— en ninguna otra ciudad mexicana.

Bajo la sombra de la Iglesia prosperaron estrechamente unidos los restos de una nobleza indígena y los españoles de tendencias nobiliarias disputándose el dominio de la tierra. Ambos por igual, el conquistador que aspiraba a cacique y el cacique antiguo que no quería dejar de serlo, mostraban idéntico celo por los privilegios y muy semejante celo religioso. Con el tiempo, prevaleció el influjo español, y el indio fue debilitándose; pero el fenómeno de esta concurrencia de fuerzas se inició con tanto vigor y se conservó durante tanto tiempo, que habría de sobrevivir hasta nuestros días, dejando su honda huella impresa en la arcaica ciudad.

Tlaxcala se me ha ofrecido desde la torre del convento de San Francisco. Montes calizos la ciñen. Allá lejos, donde el cinturón de rocas se abre a los llanos fértiles de la meseta, la dulce curva del río Zahuapan tiñe de verdor el paisaje. Trepando por las faldas de la colina, dispersas como un rebaño de ovejas gigantescas, las iglesias de cúpulas rojas y de muros leprosos acentúan la aspereza de los

agrios calveros y roquedales. La ciudad blanca se extiende a mis pies, recortada por las masas oscuras de los árboles.

Otra perspectiva ofrece el sendero que, partiendo del santuario de Ocotlán, serpentea por encima del caserío y desciende, entre cúpulas y azoteas, hasta encontrar las calles principales de Tlaxcala. Las cabañas se ven tras las rejas de los cactos. Un chico armado con una larga pértiga corta las tunas con que se adornan las enormes nopaleras. El colorín y el pirú están cargados de rojos frutos. Un indio vestido de manta arrea sus pollinos, mientras a mi espalda las torres del santuario se encienden y parecen flotar en el aire alucinado. Los magueyes y los maizales suben hasta el mismo borde del camino, y por un momento nos creeríamos transportados al valle de México, al armonioso y radiante paisaje de Velasco, si la presencia de estas ásperas colinas y estos fresnos centenarios no nos trajera a la realidad.

En la última vuelta del camino surge la noble planta de una escuela, el edificio civil más grande de Tlaxcala, y su vista tiene el poder de alejar los pensamientos melancólicos que me invaden. La calle, por un momento, rebosa de vida. Muchos escolares van descalzos, pero no carecen de libros. Los veo correr y perderse entre el polvo dorado de la tarde. Son la única esperanza en este gran sepulcro ruinoso, donde las armas enlazadas de los indios y de los españoles sólo evocan marchitas glorias de un pasado nada honroso.

San Francisco, o el triunfo del genio de México

Una empinada calzada de piedra nos lleva al convento de San Francisco. La circundan los más hermosos y robustos fresnos que haya visto en mi vida. Al final de esta calzada se abre un arco de piedra, de líneas grandiosas y puras. Al extremo se levanta una torre cuadrada, tan sólida y soberbia, que no puede concebirse sino haciendo compañía al noble arco y a los fresnos que medio la ocultan con su

ramaje siempre verde. He aquí la entrada. Las bodas del árbol y de la piedra se cumplen con religiosa gravedad, y un aire venido del Renacimiento aligera el espíritu. Traspuesto el arco, se abre la inmensa explanada del atrio circundado de ruinosos muros. En el centro, aún de pie, sobreviviendo a las vicisitudes, un portal y la fachada de la iglesia: apenas una pared desnuda y unas molduras clásicas enmarcando la puerta coronada por una sencilla ventana.

Estamos muy cerca del Renacimiento. Se le ha desembarcado en Veracruz y luego, a mata caballo, lo han llevado a Tlaxcala. La sorpresa no ha permitido que reaccione el genio de México y prospera el trasplante siguiendo la guía del cordón franciscano.

Entramos a la iglesia. El aire del Renacimiento, tan celosamente guardado, sufre una alteración y no por culpa nuestra, sino del español que siempre está pensando en Andalucía. De la iglesia se han proscrito las bóvedas y las cúpulas tan caras al mexicano, cubriéndose con tejas de techumbre. Sin embargo, el español no está satisfecho con haber importado al Nuevo Mundo una forma de su tierra y hace que los indios le labren un artesonado morisco. El indio toma su hacha, corta sus cedros centenarios y labra el artesonado, tachonando de estrellas de oro la oscura madera. Moriscos son los dibujos, la traza y los adornos que aligeran la pesadez de los soportes. Ha trabajado como un artesano español o como un ebanista árabe, sólo que esta vez se permite, al menor descuido, grabar en la marquetería del alfarje unos ángeles que son de su exclusiva responsabilidad, pero los altares que se alinean partiendo de la puerta vuelven a establecer el quebrantado aire del Renacimiento, acallando la rebeldía de los ángeles. Los fustes de sus columnas son de oro liso o imitan los jaspeados del mármol. Lejos están sus capiteles de intentar la más leve profanación a los estilos tradicionalmente consagrados. En otros altares, angelillos de pura cepa renacentista trepan por las columnas, y los frontones, aunque muestren claras tendencias a la división, obedecen al orden

establecido por el plateresco. Además, la línea de clásica sencillez y los tableros con óleos que nos hacen pensar en los flamencos, alejan toda idea de intromisión por parte de ese elemento perturbador, activo y terrible que es el barroco mexicano.

Continuemos la marcha a través del bosque de cedro labrado. A mano derecha, se levanta un altar consagrado a la Virgen de Guadalupe. El genio de México ha hecho su aparición y no en forma subrepticia, solapadamente, sino con violencia y sin miramiento alguno para sus vecinos renacentistas que parecían gozarse de su triunfo. Cierto es que ha tenido necesidad de un recinto aparte para no dar idea del suplante, mas al fin ahí está, y terminará por apoderarse de la iglesia entera a juzgar por la savia que permea estos inesperados delirios brotados en el cedro.

La yedra cubre los fustes. Los basamentos se adornan con arabescos caprichosos, y las columnas superiores se esponjan en frutos de oro que ilumina el sol de la mañana. La muchedumbre proscrita de los altares platerescos empieza a intervenir, y los ángeles asoman entre el follaje, nos saludan desde los frisos o los vemos sostener, sin que se pierda su risueña apariencia, los medallones que aumentan la gloria del altar. Se ha repetido en San Francisco de Tlaxcala, por distintas razones, el milagro de la cesta abandonada que el acanto cubrió con sus hojas dando origen al orden corintio. Dejamos en la tierra de México una forma clásica y, a la mañana siguiente, nos es difícil reconocerla. Ha nacido en ella una flora de raro vigor. La armazón sigue siendo occidental, pero el adorno, la vestidura, son mexicanos. Es un fruto mestizo. El sol de la meseta abrillanta los colores tradicionales; el genio de México pone en movimiento la serena línea arquitectónica. Lo mismo pasa con los pimientos dulces de España que aquí se contagian de un picor extraño. El arte y la naturaleza proceden igual con sus trasplantes.

Mientras divago, el conserje termina al fin por impacientarse y trata de apresurar mi visita, encareciéndome los

tesoros que encierra San Francisco. "Le falta a usted —me dice— la capilla de la Tercera Orden. Allí le esperan la pila donde bautizaron a los cuatro senadores de la República de Tlaxcala y el púlpito donde se predicó el santo evangelio por primera vez en el Nuevo Mundo."

Para huir de su horrible cantilena me dispongo a seguirlo. En el mismo umbral del Sancta Sanctórum descubro un pequeño calvario, compuesto por cinco breves esculturas. Lo miro a través de las burbujas del vidrio antiguo que cubre el nicho sumiéndolo en la sombra. Vislumbro a un apóstol de rodillas. Su facha convencional, de tenor italiano sorprendido en plena aria, y la cara de villano de película, de mal ladrón, me interesan poco. Voy a continuar la marcha, pero la figura de Cristo me encadena. Lleva un lazo de encaje abierto en el extremo, como una flor. Los bordes de las heridas se rizan, fingiendo pétalos de extrañas rosas; el cuerpo atormentado, la hermosa cabeza, tienen un delicado movimiento de suave lucha entre el cielo que lo reclama y la tierra que todavía lo sujeta. Su lazo de encajes, las flores de sus heridas, colman con la gracia del barroco la imagen del dolor varonil que este Cristo simboliza.

La capilla de la Tercera Orden consagra la exaltación mexicana de Cristo. No están precisados con rigor los matices que distinguen nuestra peculiar idea de la muerte, ni se han analizado los sentimientos religiosos del pueblo, entidades relacionadas entre sí de manera indisoluble. Dentro de este campo inexplorado, perturbador, cargado de elementos sagrados y morbosos, tendría lugar preferente la idea que México se ha hecho de Cristo.

Un índice iconográfico, un escrutinio de imágenes realizado en millares de iglesias nos llevaría a la conclusión de que en México cuenta, de preferencia, el Cristo muerto. Los altares y los presbiterios están llenos de nazarenos coronados de espinas, maniatados y sangrantes; la crucifixión con sus infinitas motivaciones que comprende los variados delirios de nuestros imagineros, establece el ámbi-

to secreto y encendido donde se nutre la piedad del mexicano. La vida de Cristo, en nuestro país, se fija preferentemente en el tiempo de su agonía y de su muerte. La gracia del niño Jesús nacido en el establo aparece fugitivamente por Navidad. El Cristo adolescente, el Cristo de la cruzada de Palestina, el de la resurrección y el de la ascensión, apenas son motivo de recordaciones incidentales. Viven un momento en los sermones de circunstancias y en los cuadros, secundarios siempre, que recogen estas escenas del evangelio. En cambio, las imágenes trágicas están visibles el año entero, en los sitios preferentes, y nunca falta la urna inquietante del Santo Entierro.

En las iglesias más humildes de mi ruta no he dejado de ver nunca esta siniestra representación del Cristo muerto. Está en la tumba, en su urna de cristal, entre sábanas de encajes. Reposa la cabeza en almohadones de terciopelo y lo cubren rosas marchitas de papel. La imagen de un Cristo que no tuvo resurrección, inmóvil y mudo triunfa en México, sobre la figura militante del cruzado de la justicia y de la caridad.

A la entrada de la capilla de la Tercera Orden, la urna puntual del Santo Entierro me sale al paso. Las devotas le han puesto al Cristo una cofia ridícula, que mal se compadece con sus rasgos varoniles. Veo en él a un Don Quijote entrapajado, medio muerto en su lecho después de la paliza que le infligieran los desalmados yangüeses.

La capilla consagra la exaltación mexicana de Cristo. Los cuadros de tres altares refieren la historia de la pasión. Un Divino Rostro se ahoga en su caja de vidrio. Cerca de esta cabeza tronchada, sentado en un nicho con los pies al alcance de los labios, se ve un Cristo de madera, cubierto de sangre y de verdugones. Más allá flotan los rizos de una cabellera postiza sobre el rostro mutilado de Jesús. En el rincón, un Nazareno que ha perdido su peluca, vestido con una túnica morada demasiado grande para su cuerpo, pone una nota grotesca en esta alucinada y deformadora mistificación de su imagen, prostituida además por

los ebanistas-peluqueros que le han rizado la barba o se la han partido, haciendo de él un don Juan zorrillesco.

Dos figuras antiguas, casi inadvertidas en la desorbitada e irreverente zarabanda, reivindican para Cristo su dignidad comprometida. Están en el mismo altar. La más cercana es un óleo de 1700 y representa la escena de la columna. Cristo, derribado en el suelo, es golpeado por un verdugo de retorcidos mostachos y aire feroz de turco. De sus heridas salta la sangre en llamas y cae al suelo ardiendo todavía. A través de una ventana asoman los rostros serenos de la Virgen y de un apóstol. La dulzura de ese cuerpo inocente y las llamas de su sangre que lo envuelven, forman un bello contraste.

La segunda imagen, situada en el último nicho del altar, es una escultura. El Nazareno tiene la cabeza colgante; los brazos se agitan en el aire; las piernas y los pies fuera del nicho ya no pertenecen a ese cuerpo. El alma se escapa y la carne tumefacta se deshace en tierra. El sarmiento que se retuerce y se consume en el fuego, no anuncia la presencia de Jehová sino la muerte dolorosa de su hijo ya transformado en hombre.

En los altares de la capilla de la Tercera Orden alcanzamos la culminación del barroco. Los festones en espiral de las columnas impulsan el tallado. ¿De dónde arrancan? ¿Adónde convergen? ¿Cuál es su fin o principio? La temida subversión de los órdenes se ha realizado, y de estas nefandas mistificaciones ha nacido el barroco. El orden clásico ha muerto, pero no os aflijáis demasiado, señores tradicionalistas. Volvió el clasicismo y murió para siempre el barroco. El barroco que era nuestro clásico.

Del convento, trepando la cuesta en la que se reclina, llegamos al alto camino del santuario de Ocotlán. Desde la escalinata de un pequeño templo, me detengo a contemplar la perspectiva que ofrece el asilo de los franciscanos. La áspera torre cuadrada asoma entre las copas de los fresnos, todavía amenazante. Las almenas se destacan, netas, sobre el enorme recinto amurallado. Abre sus estrechos claustros el seminario contiguo, y las rojas tejas, los fuertes sillares de la iglesia, tomados de los palacios indígenas, me traen con fuerza reminiscencias feudales. Ya para marcharme, recuerdo los objetos encarecidos por el conserje: el primer púlpito y la primera pila de bautismo de la Nueva España.

Nuestras ciudades han de pagar un alto precio por estos privilegios. El convento feudal y la visión de la pobre Tlaxcala tendida a sus pies, lo están proclamando.

Ocotlán, el falso barroco

El sol de la Edad Media ilumina todavía algunas manifestaciones de la vida mexicana. Costumbres y sentimientos desaparecidos, alientan, llenos de vigor, en nuestro país, bajo otro cielo, y las escenas que describieran los antiguos cronistas europeos se reproducen aquí, encarnadas en extraños personajes. La muchedumbre de creyentes, de enfermos, de hombres que tenían una deuda por saldar o un nuevo favor que pedir, ha dejado de transitar los caminos de los santuarios famosos y puede vérsela en los polvorientos senderos del Nuevo Mundo, con el fervor religioso, inocente y bárbaro de hace mil años.

Los españoles cubrieron de santuarios el suelo de México. No hay provincia, ni ciudad, ni villorrio de cierta importancia que no tenga el suyo. Vírgenes y santos milagrosos, extranjeros o autóctonos, un día del año, congregan en torno de su iglesia a sus devotos venidos de los más distantes rincones del país. Desde muy temprano repican las campanas, echadas al vuelo. Los cohetes estallan en el aire. Una caravana interminable afluye a las puertas del templo. Los peregrinos llegan, con las rodillas sangrantes, los brazos en cruz, coronada la cabeza de espinas, el rostro descompuesto, entonando en voz alta plegarias y letanías. Allí están los indios que han recorrido a pie, con sus míseros ahorros del año, enormes distancias. Acuden los cojos, los tísicos, los leprosos, los enfermos incurables y los

pícaros con sus barajas marcadas, los borrachos al olor del vino y los ladrones ante la perspectiva del fácil despojo. En la calle atruena la feria. Adentro, el altar resplandece y los devotos besan el suelo, se pintan los rostros con el polvo, lloran y confiesan a gritos sus pecados. En medio de las lágrimas, el calor, las oraciones y los gemidos, el sudor y la esperanza, una esperanza frenética, desatentada, casi corpórea, el ídolo furiosamente amado se vislumbra detrás del vidrio de su nicho centelleante de piedras. Las alcancías se llenan de monedas calientes, acariciadas por meses; milagros y ceras caen como espesa lluvia en las manos tendidas de sacristanes y curas.

Este cuadro, tan familiar al mexicano, se me representa mientras avanzo por el camino de tierra que sobre las casas de Tlaxcala conduce al celebérrimo santuario de la Virgen de Ocotlán. En una vuelta, traspuesto un macizo de gigantescos eucaliptos, veo proyectarse las dos torres churrigueresca de la iglesia. Ya no se borrarán más en el paisaje montañoso. El primer cuerpo, desproporcionado basamento de las torres, está cubierto de rojo ladrillo poblano. Esta base mezquina de donde brotan las torres ha merecido que algunos críticos condenen su evidente desproporción como un error arquitectónico. Para mí significa el primer intento de renunciar a la gravedad burlando sus leyes para dar la impresión de que las torres flotan en el aire sin base aparente que las sustente. Sobre el cimiento estrecho de roja tierra, invisible a la distancia, el movimiento impreso a los cuerpos superiores labrados como un encaje, los hace ascender en dos formas aéreas, semejantes a las nubes barrocas que, a veces, parecen formar parte de la cantera de los templos.

La fachada del santuario, considerada como la obra maestra del churrigueresco indígena, no pasa de ser una buena muestra de la habilidad de nuestros artesanos. No hay una sola huella del genio plástico de México en esta fachada convencional. Se trata de una obra de repostería, de una humorada de maestros y canteros del XVIII que

anticipa el mundo del romanticismo, todavía mezclado con el espíritu de la Colonia. Las columnas tienen cinturas delgadas y bustos poderosos; los angelitos bonachones, idénticos a los de porcelana que se veían en los salones y en los cementerios del XIX, sostienen los doseles en miniatura, desmayados follajes, y el conjunto blando y femenino de esta descomunal pieza de repostería, termina por empalagar. Nadie es capaz de presenciar una montaña de azúcar, sin sentirse ligeramente indispuesto.

El altar mayor también pertenece, de acuerdo con las clasificaciones consagradas, al churrigueresco, pero entre la fachada y este altar se advierte un divorcio absoluto, mucho más señalado que entre el plateresco renacentista y el barroco. Mientras el estilo de la fachada acusa la decadencia en la blandura y afeminamiento de sus líneas, el churrigueresco del altar, áspero y compacto, delicado y sobrio, revela un estilo en plena madurez.

La mayoría de las obras churrigueresca en México se acercan de tal modo al barroco apropiándose su forma y su sentido, que entran ya por derecho propio en el ámbito del barroco mexicano. La circunstancia de que las columnas conservan su estructura churrigueresca no determina que pase a formar parte de una familia por lo demás no claramente delimitada. El barroco, entre nosotros, es el gran catalizador de estilos. Se apropia los elementos más lejanos y disímbolos, los mezcla y les otorga movimiento y color, expresión y sentido mexicanos. El churrigueresco, cuando aparece tan diferenciado y extranjero como en la fachada de Ocotlán, acredita su nombre. Cuando se reúnen estas particularidades, podemos bautizarlo de barroco. Y es que con frecuencia el churrigueresco es un nuevo tipo del barroco, una expresión más, la última quizá, de este proteico estilo que gusta de reunir lo contradictorio para subordinarlo a un orden delicado e imaginativo, colmado de vigor, tan espontáneo, que se antoja creado por la misma inspiración de México.

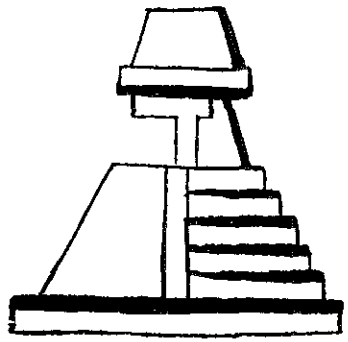
El interior de la iglesia —a excepción de este altar y

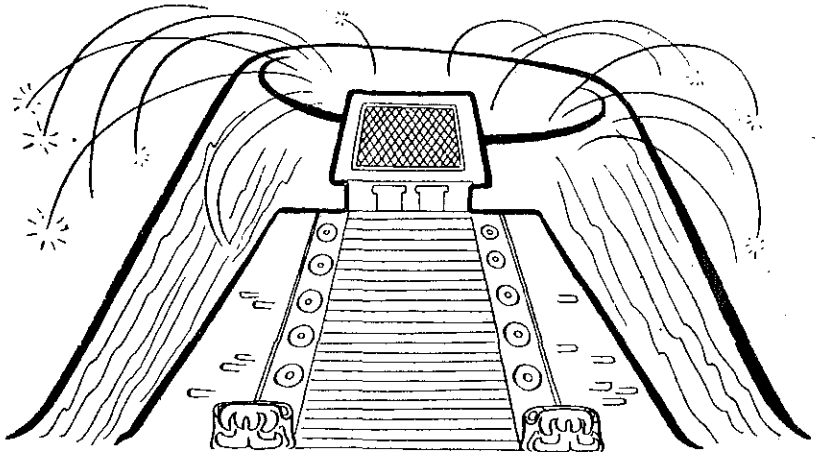
del camarín de la Virgen, barroco severo de un lejano regusto oriental—, ha sufrido una mutilación semejante a la que sufriera en 1931 la basílica de Guadalupe. La historia de estos atentados es por demás curiosa y aleccionadora. California importa nuestro barroco y allí corre la suerte del vino europeo, convirtiéndose en un detestable producto. Más tarde, la Iglesia, inspiradora del barroco genuino, importa el barroco hollywoodesco y con él decora sus más célebres santuarios. Con esta especie de consagración, el estilo falsificado prospera y lo hacen suyo los nuevos ricos que pueblan, en la tierra del barroco por excelencia, las colonias modernas con millares de muestras de lo que hoy es visto como el único estilo del barroco posible.

El amaneramiento de los cuadros de Ocotlán, los pobres decorados, el servilismo que distingue a los arabescos ramplones, señalan el abismo que media entre un arte nacido de las entrañas mismas del pueblo y la mutilación de una forma degenerada. Esta corrupción no es nueva en México. Se presentó el día en que hizo su aparición la epidemia del neoclásico, que fue también el último día de nuestro barroco en su expresión arquitectónica. Las esculturas religiosas europeas, producidas en serie, invadieron las iglesias, y, así. hoy podemos encontrar una prodigiosa escultura estofada de San Francisco casi invisible, y en el lugar de honor, como objeto de devoción inmediato, un grotesco San Francisco importado quizá de Barcelona.

La decadencia de la Iglesia se refleja en la degeneración del arte que nació a su calor en los días prósperos. El arte religioso no se levantará de sus cenizas, pero nosotros tenemos la obligación de defender nuestro patrimonio, impidiendo su total aniquilamiento. Un deber más urgente consiste en abrir nuevos cauces al sentimiento del arte, vivo y poderoso en el mexicano a pesar de las corrientes deformadoras que lo combaten. Salvada de un naufragio casi total de valores la mano del artesano, hay que luchar porque no permanezca inactiva, apartándola de la mistificación y dándole motivos adecuados al tiempo y a las aspiraciones del pueblo.

Partiendo de las seculares raíces hundidas en la tierra, al árbol viejo pueden salirle nuevas ramas henchidas de humanismo. La Revolución pareció lograrlo un momento. Cuando busque otra vez el corazón del pueblo, el arte vendrá a su encuentro y será su expresión natural y su medida.





IX. CHOLULA, LA CIUDAD SANTA DE ANÁHUAC

Por el camino sombreado de árboles van los de Cholula a recibir al conquistador. Las pirámides ya se distinguen claras, sobre el fondo de sus eternos modelos, los volcanes. Ronca el tambor y plañe la chirimía. Los señores, con sus mantos bordados, sus plumajes y sus insignias, se inclinan reverentes. Los sacerdotes, vestidos de negro, despeinados y feroces, agitan, cantando, los incensarios. Malinche desciende del caballo y abraza a los caudillos. Jerónimo de Aguilar y doña Marina traducen, como pueden, las frases de cortesía. Atrás, el pequeño ejército de tlaxcaltecas mira con odio a los señores de Cholula, sus poderosos vecinos y tradicionales enemigos.

Surge una dificultad: la primera. Los caudillos se oponen a que los tlaxcaltecas entren "con armas a la ciudad", y Cortés accede a la justa petición, ordenando que sus recientes aliados acampen fuera de Cholula.

De los conquistadores, es Cortés el que nos ha dejado las más fieles pinturas de la tierra y de las ciudades indígenas. Bernal Díaz, en cambio, se siente atraído por los hombres y los hechos de guerra. Cuando Cholula se ofrece a la distancia, blanca y torreada, le parece contemplar al propio Valladolid. Muchos años después, en Guatemala, toma la pluma y pergeña estas breves notas, los únicos trazos de un cuadro que se le había borrado de la memoria: "Y es tierra de mucho maíz y otras legumbres y de mucho ají y toda llena de magueyales, que es donde hacen el vino. Hacen de ella muy buena loza de barro, colorado y prieto y blanco, de diversas pinturas, y se abastece de ella México y todas las provincias comarcanas, digamos ahora como en Castilla lo de Talavera o Plasencia."

El odio teje su intriga en torno a Cholula. Los cempoaltecas, recién liberados del yugo de Moctezuma, y los tlaxcaltecas, que tienen viejas cuentas pendientes con la rica y abastecida ciudad, deslizan en el oído de Cortés rumores y sospechas. Han visto grandes hoyos erizados de estacas y disimulados con tablones para que en ellos se precipiten las cabalgaduras; las azoteas están colmadas de pedruscos y adobes, las calles tapiadas, y en las cercanías se ocultan veinte mil guerreros aztecas dispuestos a caer sobre los españoles.

La red espesa de la intriga va cerrándose. Los tlaxcaltecas entran y salen con nuevas y alarmantes noticias. Saben de cierto que los sacerdotes, esa misma mañana, sacrificaron a Huitzilopochtli cinco niños para que les dieran victoria en su proyecto de desbaratar a los intrusos. Y si todos estos hechos no bastaran a denunciar una conspiración dirigida desde México, Malinche debía enterarse que las mujeres habían abandonado la ciudad llevándose a sus hijos, y que los guerreros, en los palacios, hacían grandes preparativos bélicos.

De los informes llevados por sus aliados, uno inquieta a Cortés particularmente; es un informe que podría determinar, en nuestra época, un elemento propicio a la caracterización del barroco: los indios juran haber visto descomunales ollas y hasta los tomates y el ají con que sazonarían

las carnes de los teules. Don Hernando no necesita tantas pruebas para proceder sumariamente. Él, por su parte, ha observado que los alimentos escasean y que, cuando manda llamar a los caciques, fingen repentinas enfermedades. Se ordenan detenciones. Los nobles no saben una palabra de la conspiración. El cacique mayor, llevado a la presencia de Cortés, declara que les había cortado el envío de víveres por haberlo ordenado así su señor Moctezuma.

Dos sacerdotes, sorprendidos en un templo, descubrieron un inquietante secreto: el dios cojo, Tezcatlipoca, y el venerado dios de la guerra, Huitzilopochtli, "les habían ordenado que diesen muerte" a los extranjeros en Cholula. La traición de los sacerdotes nos descubre de manera inequívoca el clima religioso, apenas esbozado por las plumas de los conquistadores, que prevalecía en Cholula. La voluntad de los dioses es que perezcan los intrusos en la ciudad santa de Anáhuac, precisamente en el recinto sagrado que han profanado con su presencia, y no en otra parte. Los oráculos están descifrados. La suerte, echada. Los dioses, más que las torpes indecisiones de Moctezuma, son los culpables de la tragedia que se avecina, una tragedia en la que intervendrán dos deidades en pugna y que Bernal compendia con esta frase admirable: "Mejor lo hizo nuestro señor Dios que todo se les volvió al revés."

Cortés convoca en el acto a un consejo de guerra. Se escuchan encontrados pareceres. Unos se muestran partidarios de retirarse a Tlaxcala. Otros aconsejan salir a Huejotzingo. El extremeño piensa que cada nuevo aliado supone un nuevo compromiso; por ello no es posible defraudar sus esperanzas, ni político mostrar debilidad al vigilante Moctezuma. Él tiene su plan de sencilla aplicación y de muy saludables efectos. Esa misma tarde convocará a los caciques diciéndoles que ha decidido salir de la ciudad al día siguiente. Como es costumbre, deben enviarle muy temprano soldados y cargadores que transporten el bagaje y la artillería. Los nobles han de acudir también para despedirle y, una vez reunidos todos en uno de los

patios de su alojamiento, podría castigárseles en forma adecuada.

Poco después, Marina confirma la existencia del complot. Una vieja la ha buscado para rogarle que se ponga a salvo en su casa, pues aquella misma noche los de Cholula, auxiliados por los aztecas, darían muerte a los españoles. Ella, viéndola tan moza, rica y de "buen parecer", desea además que se case con un hijo suyo que es persona de rango. Marina le responde: "¡Oh madre, que tengo mucho que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora con vos, sino que no tengo aquí de quién me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho: por nuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos teules están velando y sentirnos han."

Marina denuncia a Cortés el hecho. Prenden a la vieja, y la frustrada madre política de doña Marina hace ante los conquistadores un relato pormenorizado de lo que sabe.

La noche transcurre sin que los indios ataquen a los españoles. Al amanecer del día siguiente hacen su aparición los nobles, los tamemes y más hombres de guerra de los que Cortés había pedido la víspera. Se les hace entrar en el patio, custodiándose sus puertas, a fin de que ninguno salga.

Apercibidos con espadas y rodelas, arcabuces y lanzas, aguardan los soldados la señal convenida. Cortés monta a caballo. Lo rodean los embajadores de Moctezuma. Su palabra, tranquila, suena en el patio. Aguilar y doña Marina traducen su discurso a los tres mil hombres que se hacinan en el amurallado recinto. "Ha venido de paz, como un amigo, y ellos desean matarlo. Conoce sus planes y no ignora que tienen las ollas dispuestas para comérselos en salsa de tomate." A medida que habla se enciende de ira y en el cuello y en la frente le saltan dos gruesas venas azules: "Esas traiciones se castigan por ley. Hoy perecerán y la ciudad será destruida."

Suena un tiro de arcabuz y los españoles entran en los

patios espada en mano. Ruedan los tamemes casi desnudos y los nobles y los guerreros, que no pueden valerse de sus armas. La confusión es espantosa. Los indios que tratan de huir escalando los muros son muertos a tiros. Los morteros y los arcabuces abren grandes surcos en la multitud horrorizada. Espadas y lanzas, dirigidas a los ojos y a las entrañas, derriban a los hombres, como las hoces abaten las últimas espigas en el campo segado. La sangre empapa los penachos de plumas, las mantas, y forma charcos en el suelo. En los patios, mueren tres mil indios. Concluida la matanza, salen los españoles a la calle. Los tlaxcaltecas vienen en su ayuda y caen con furia sobre la odiada ciudad. Entonces la artillería entra en acción. Los cholultecas corren, ocultándose en las casas y en los templos. De allí los echa el fuego. Para los tlaxcaltecas ha sonado la hora de una venganza largamente aplazada. No perdonan a las mujeres y a los niños que, según sus informes, deberían estar ocultos en las barrancas vecinas, y son los mismos españoles los que al final, cansados de tanta ferocidad, protegen de sus aliados a sus enemigos los cholultecas.

Los indios recurren a un último extremo. De acuerdo con una tradición, si se desencajaban ciertas piedras de la pirámide, el agua saldría a raudales inundando la ciudad. Las piedras son arrancadas, pero no dejan escapar un sola gota. ¿Qué más puede hacerse? El fuego consume los adoratorios. Un indio de los que permanecen en el templo mayor se rinde a los españoles; el resto perece por el fuego y la espada. Muchos prefieren arrojarse de lo alto de la pirámide al verse abandonados por sus dioses.

Concluido este episodio en el que mueren seis mil indios de Cholula, surge en Cortés el rasgo quijotesco, y manda abrir las puertas a los cautivos que aguardan en las cárceles su turno para ir al sacrificio. El político concierta las paces entre tlaxcaltecas y cholultecas y recibe, bajo juramento y en presencia de los escribanos, la sumisión al rey —un rey ignorante de que sus dominios se ensanchaban a diario— de la vencida Cholula. Las cruces reemplazan a los ídolos en lo alto de las pirámides. La ciudad no pertenece ya al emperador Moctezuma. Su nuevo monarca es Carlos V.

Pocos años después, fray Toribio Motolinia expresó este juicio sobre la matanza de Cholula: que siendo imposible evitar el castigo "fue bueno para que todos los indios de la Nueva España viesen y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son falsos y mentirosos".

Tenochtitlán está ya al alcance de la mano. Un muro azul, entre nieves eternas, es el único obstáculo que separa a los españoles de la fabulosa ciudad. Moctezuma, en su palacio, consulta a los astros, pero el cometa, visible en el cielo, presagia la ruina de su imperio. En su cauda sangrienta puede leerse la nueva forma que México va tomando.

Trasmundo

Las notas de Cortés sobre Cholula —Churultécal la llama— son escuetas y vigorosas. El colono que llevan dentro los conquistadores destaca los "baldíos y aguas" para criar ganado que no tiene ninguna ciudad de las que antes visitaron. Los rasgos y peculiaridades del paisaje urbano se describen con amorosa complacencia, porque estos españoles, obligados a salir muy jóvenes de sus ciudades y a vivir largos años en miserables aldeas ahogadas por la selva tropical, sienten profundamente la insinuación de las grandes urbes indígenas. Así resulta un nuevo Ulises estremecido de emoción, ante los humos, no de una Ítaca retrospectiva, sino de una Ítaca futura en la que morarían ellos y sus hijos para siempre.

La gente de Cholula está más vestida que la de Tlaxcala. Los honrados ciudadanos llevan albornoces encima de la ropa y son diferentes de los africanos en que tienen "maneras", esto es, adornos de que carecen los mantos de los árabes. No hay un palmo de tierra en el inmenso llano que no se halle labrado. Así y todo, falta el pan y hay

mucha gente pobre que pide limosna en las calles, en las casas y en los mercados, "como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razón". Curiosa nota sin humorismo. La disputa entre teólogos y letrados sobre la razón de los indios, todavía no iniciada, aunque va a prolongarse siglos interminables, en este punto podría zanjarla la observación de Cortés. Los indios entran a la razón por la amarga puerta de la mendicidad, que es atributo de cultura. No se busquen otras semejanzas. Ni los mercaderes, ni los artistas, ni los monarcas, despiertan una idea de rango cultural, como estos limosneros indígenas, que de puerta en puerta van implorando su pan, igual que lo imploran en los atrios de las iglesias, en las calles y en las plazas, los famosos mendigos españoles, italianos o franceses.

Ciertas omisiones de su segunda carta de relación nos parecen hoy imperdonables. Cortés no menciona la pirámide de Cholula, a pesar de su grandeza, pero sí advierte el carácter religioso de la "Roma de Anáhuac": "E certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad y todas son de mezquitas."

Apartemos las cartas de relación a Carlos V. Cerremos el libro y vayamos a lo alto de la pirámide. Las cuatrocientas torres que consignó en 1519 don Hernando se levantan aún en el anchuroso valle. No son ya las mismas. Ahora, sobre la pirámide, se asienta la iglesia de la Virgen de los Remedios, y sobre las ruinas de los destruidos templos, quizá en su mismo lugar, están de pie las iglesias erigidas durante la Colonia. Para completar la reminiscencia árabe de la segunda carta, casi a los pies de la pirámide, las cúpulas de la capilla real insinúan en el aire barroco la imagen de la mezquita, el sueño del español y su nostalgia de Andalucía, hechos realidad de piedra en el mundo mágico de Cholula.

Hay desde luego en el valle una continuidad histórica que no ha podido romper el tiempo transcurrido. "Las dos

sierras muy altas y muy maravillosas" —el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl— continúan estableciendo la tónica del paisaje. No hay un palmo de la vieja tierra que no se vea cultivado. Posiblemente, a principios del XVI, abundaron los árboles. En la actualidad ha desaparecido todo exceso. Los árboles, escasos, acentúan la sobriedad del paisaje, dándole su necesaria profundidad. La línea azul del monte se advierte mejor bajo el negro penacho del eucalipto; el copudo fresno viste la desnudez de la parcela; el sólido ciprés de piedra verde alza su columna barroca frente a la fachada de la iglesia.

Cholula se ufana de tener trescientas sesenta y cinco iglesias —una para cada día del año— donde se veneran las imágenes del santoral católico. No poseía menor número de templos cuando la descubrió Cortés. En la pirámide se veneraba a Quetzalcóatl, el dios civilizador, y en otros muchos templos se rendía culto, no sólo a los dioses domésticos de los aztecas, sino a las deidades de las diversas tribus que poblaban el suelo de México, particularidad que, como era de esperarse de su erudición, hizo pensar a Prescott en la Roma que cobijaba por igual a Osiris y a Júpiter. Y no es necesario violentar el concepto de la continuidad histórica. Se presenta siempre que establecemos comparaciones. ¿No es semejante esta peregrina inmigración de dioses que ahora contemplamos? Los santos de África, de Europa y del Oriente, las legiones de arcángeles y querubines, los papas y los prelados, la paloma y el ojo de la Santísima Trinidad, las ánimas del purgatorio, han venido de lejanas tierras y se aposentan en forma de estatuas, de pinturas y hasta de cromos en sus hermosas casas construidas por los indios.

Brillan a la distancia las cúpulas amarillas y rojas; en el aire transparente los ojos descubren, como en un sueño, sombríos muros almenados, airosas espadañas, torres que son verdaderas piezas de mayólica, fachadas labradas, con sus puertas y ventanales. No se trata de una alucinación. El viento nos trae, cercanos o distantes, sonidos de millares

de campanas. De día y de noche se oyen repiques madrugadores o nocturnos, cuyo secreto se nos escapa. Y es este campaneo que brota como una niebla armoniosa del valle, el que se encarga de decirnos que las formas con que nuestros ojos se recrean no son ninguna ilusión de los sentidos.

La Cholula de nuestros días es una ciudad venida a menos. Su enorme plaza está poblada de árboles melancólicos. El portal del ayuntamiento cubre con sus arcadas uno de los costados. Los burros, atados a las columnas, componen una pequeña estampa romántica, que sería muy del agrado de nuestros tradicionalistas. Cerca, los radios y los automóviles de alquiler, los choferes y los indios vestidos de manta que sueñan con los ojos abiertos sentados en el suelo, representan, en forma adecuada, las dos tendencias que chocan y se disputan el privilegio social de Cholula.

La decadencia, una decadencia sin paliativos, pesa rudamente sobre la ciudad. Los encomenderos, los pequeños barones de la tierra, los hidalgüelos que gozaron de riquezas y privilegios han tenido que abandonar sus viejas casas, y su lugar lo ocupan comerciantes de tres al cuarto o politicastros de bajísima estofa.

En otro costado de la plaza, la portada de piedra y los muros del atrio de la iglesia franciscana de San Gabriel y de la capilla real, abren uno de los espacios arquitectónicos más singulares de México. Aquí se funden dos tendencias de la Conquista, la feudal y la arábiga, y un estilo de vida que los ata y que definitivamente pertenece al pasado. Cuatro altísimas paredes almenadas, sin otro adorno que el de sus pesados contrafuertes, forman la iglesia. Su sencillez hosca y amenazante, contrapartida del arabesco del barroco y de sus calientes fantasías, se impone en medio de Cholula, solitaria y terrible. No es ésta la única y ni siquiera la más notable iglesia-fortaleza de México; otras levantan sus almenas y torreones en el resplandor de los llanos salitrosos, o sobre las casas del poblado, semejantes a un castillo de la Edad Media en el centro del

burgo. La iglesia de San Gabriel, en cambio, aparece rodeada de disímbolas construcciones. A su espalda se yergue el monte apenas desbastado de la pirámide; pegada a ella, como una imposible hermana siamesa, la capilla real, y a su alrededor, casas viejas, piedras antiguas, hacen resaltar su hosca y disparatada insolencia.

No guarda relación con sus vecinas, ni en estatura ni en carácter. Lo que tiene de fortaleza resulta en menoscabo de la iglesia. Se impone con brutalidad, porque establece en tierra india y barroca el aire, el clima, de una Edad Media fuera de tiempo y de lugar. Gigantesca pieza de museo trasladada a la Nueva España, fortaleza religiosa sin frailes guerreros y sin vecinos levantiscos, se justifica porque nos permite, sin tener que recurrir a las tarjetas postales, saborear un trozo minúsculo de medioevo. Aquí se pasean las sombras de Heine y de Bécquer. Los contrafuertes, el quebrado muro bajo el cual se cobijan unos sencillos sepulcros del XIX, las sombras y la soledad nos ofrecen la imagen romántica de la Edad Media.

Por su parte, las almenas de la capilla real prolongan la línea feudal de la iglesia de San Gabriel, si bien ahora suavizada por las columnillas pintorescas y la gracia de su portada renacentista. ¿Quién podría imaginar que detrás de esta fachada ambigua se oculta la mezquita? ¿Qué relación guardan el gótico y el herreriano con este recinto de traza morisca?

En la capilla real el genio de México ha trabajado a la inversa; es decir, lejos de enriquecer el modelo arquitectónico, lo ha descarnado, privándolo de los arcos complicados y de los encajes que distinguen al mudéjar. De la sinagoga de Santa María la Blanca, en Toledo, conserva su bosque de chaparras columnas, pero en el trasplante ha perdido la curva del arco morisco, su ligereza aérea y los calados capiteles que otorgan al interior de la mezquita española su indecible encanto oriental. Nada hay en la capilla real de encajería ni de ojivas. Tampoco existen los artesonados, porque el constructor, sobre las columnas se

ha complacido en levantar cuarenta y nueve cúpulas, elemento desconocido en la sinagoga.

El esqueleto pétreo, a pesar de las revolucionarias modificaciones, conserva el espíritu de la mezquita, su amplitud y su grandeza en tal medida que reclama la voz del almuecin y los blancos alquiceles, si bien en Cholula la idea de Alá el invisible, no podría concebirse. La divinidad se manifiesta en figuras reales, en personajes que forman un mundo fantástico, aparentemente dormido en las fachadas y en los altares de las iglesias. Sin embargo, las vírgenes que ensayan un paso de baile andaluz, los prelados de barbas cándidas y tiaras doradas, los santos de oscura piel, la guardarropía celestial, en fin, que luce en sus peanas o se hacina en las sacristías como en los desvanes de un teatro, la utilería religiosa y surrealista compuesta de llaves, espadas, plumas, águilas y leones, torres y varas de nardo, aureolas de latón y cabezas decapitadas, no pertenece a un mundo petrificado y distante sino a la vida del pueblo, en la que interviene de manera profunda.

En el famoso santuario de la Virgen de los Remedios que señorea la cumbre de la pirámide, tuve ocasión de contemplar, encerrado en la vitrina de un feo altarcillo clásico, a San Bernardo. Sostenía en su brazo un grueso manojo de listones de muy variados colores. Un hecho de mi adolescencia sepultado en el olvido y ligado a esas cintas de seda, apareció, doloroso y vivo, de pronto, en mi memoria. Según la conseja, cuando un pecador es medido con las cintas de San Bernardo el santo, o lo mata, juzgando su redención imposible, o le concede su gracia y lo convierte en un practicante fervoroso. Yo fui medido mientras dormía, ignorante por completo de la tremenda prueba a que me sometieron. Me extrañaban las graves miradas que me seguían a todas partes, la atmósfera de tensión que se hizo en la casa y que me oprimía angustiosamente. Pasado algún tiempo, mi conducta mejoró, posiblemente privada de incentivos pecaminosos, y el secreto me fue revelado: San Bernardo se había dignado perdonarme la vida. Durante muchos días, sin saberlo, estuvo mi vida a merced de fuerzas omnipotentes, desencadenadas por el rito de medirme con una cinta morada, como se mide a los muertos para comprarles su ataúd.

Los habitantes de Cholula sostienen una relación con estas imágenes, muy semejante a la que me ligó a mí con San Bernardo. Hay algo de novelesco en ellas. Se inician el día del nacimiento, en forma personal, subordinadas al santo bajo cuya advocación los padres encomendaron el destino del recién nacido, sólo que este padrinazgo impuesto por ajenas simpatías súbitas, favores recibidos, determinan que el círculo de las amistades se ensanche considerablemente. El creyente, en su afán de protección y consuelo, no cesa en su empeño de procurarse nuevos abogados. En ese extremo, las mujeres abandonadas por el novio o el campesino que perdió su cosecha, no vacilan en castigar a sus curialescos valedores, y se da el caso de que un San Antonio viva cabeza abajo o se le arrincone de mala manera como a un enemigo peligroso.

Transcurre la vida del creyente arrastrando consigo una muchedumbre de enemigos y amigos extraños: El Santo Señor de Chalma, la Virgen de los Remedios, San Benito, el Señor del Gran Poder, un cristiano que murió en el circo romano, un mártir crucificado en el Japón antes de que se inventara la bomba atómica, una beata recién canonizada... Y estos seres viven en su trasmundo y condicionan su vida de manera más activa, aunque menos visible, que las personas de carne y hueso con que las vemos discurrir diariamente.

Barroco

De todos los pueblos del valle de Cholula, mi predilecto es Tonatzintla. Al mediodía, bajo en su busca por el ancho camino que trepa la cuesta del Observatorio. Ha llovido durante la noche. El día anterior, los campos barbechados se extendían con su pardo color de tierra removida. Hoy, el

verde tierno se insinúa en grandes manchas, y el ramaje de los árboles brilla al sol claro y luminoso de esta mañana de febrero.

Al final de la cuesta, unos campesinos que pintan el muro de su casa me saludan con sus brochas chorreando azules y rosas. Allá lejos, en una parcela, advierto el traje blanco de un labrador y la falda roja de su mujer que lava la ropa. Ya a la entrada del pueblo, dos niños recogen lechugas en una cesta. Me sonríen, al pasar, mostrándome con orgullo su hortaliza. En la calle principal, don Pancho, campesino paralítico de ambas piernas, desde lo alto de su inseparable caballejo, me da los buenos días. Beatriz, su hija, una pequeña de cabeza despeinada, asoma su carita a la puerta. Al reír, abre la boca, enseñando tres dientes únicos.

—¿Se los llevó el ratón? —pregunto.

Beatriz, inconsolable por el robo de que ha sido víctima, desaparece tras el montón de maíz rojo y morado que se apila en el cubo del zaguán. Poco a poco, me invade el ambiente campesino. Un olor a boñiga y a hierba mojada flota en el aire. Cantan los gallos. Dos lustrosos bueyes descansan, con el yugo uncido, bajo la sombra de un árbol.

Llego al atrio de la iglesia, y mientras espero que el sacristán abra la puerta, me siento en el brocal de un antiguo pozo. Amo este lugar y, cuando siga la ruta de Cortés a través de los volcanes y me encuentre de vuelta en mi casa ahogado por el bullicio de la ciudad, lo recordaré con tristeza. Me sé de memoria los epitafios de las tumbas y hasta los nombres de sus moradores. Bajo ese azulejo redondo yace un Quechol. A mi espalda, en la pared, reposan de sus juegos interrumpidos tres Toxqui: Agustina, de un año; Antonio, de catorce meses; Miguel, de diez años. Frente a mí, adosado al derruido muro de una capilla abierta, un mismo azulejo enlaza los nombres de cuatro niños Tecuatl. José Aurelio, José Margarito y José Macario murieron a la edad de un año y seis meses entre 1897

y 1902. El último, José Sabás, se reunió con sus hermanos al cumplir los dos meses. También sucumbió en 1902, año en que los Tecuatl aumentaron con dos ángeles más el cielo particular de Tonatzintla.

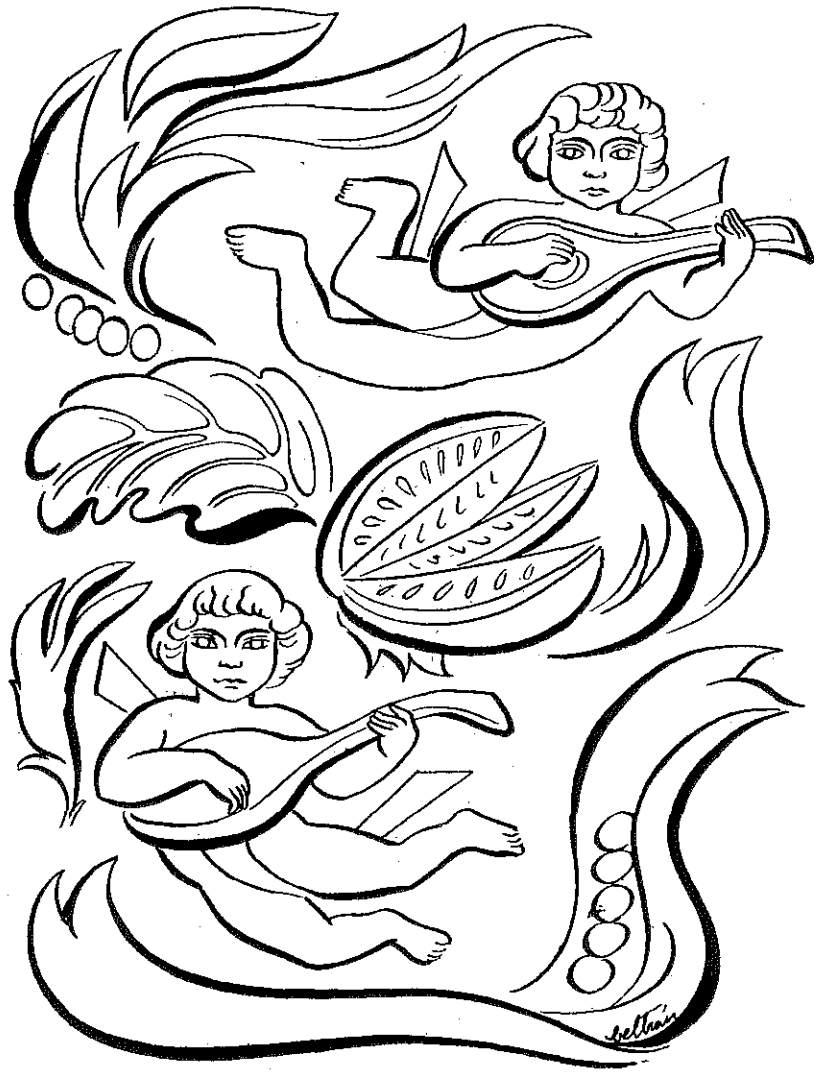
Los naranjos están cargados de frutos. En la rama del ciprés, un pájaro, después de ensayar dos escalas con el solo propósito de llamar mi atención, canta, sin quitarme la vista. De pronto, como lo hizo Beatriz, se llena de rubor, alza el vuelo, y se oculta en una de las almenas del atrio.

La puerta de la iglesia rechina y dos niñas asoman y me invitan a pasar. Son las hijas del sacristán, que no pudo venir por estar arando su campo. La más grande trae envuelto en el rebozo a su hermanito, gracioso muchacho de cabellos cortados al rape, que tiene por ojos dos húmedas cuentas de obsidiana. Las dos niñas se sientan en el suelo y siguen mis movimientos sin perder detalle. Cuando me vuelvo a ellas, sonríen avergonzadas, igual que chicos sorprendidos en una falta. Si ellas pudieran se ocultarían en el púlpito y, desde allí me observarían, pero el padre les ha confiado las llaves de su paraíso y deben hacer honor a la importante misión, soportando con estoicismo las miradas de los intrusos.

El milagro del arte indígena me borra el grupo minúsculo, y sus tres caritas las veo transfiguradas, brotar y multiplicarse entre los arabescos dorados que se precipitan de la cúpula de Santa María Tonatzintla. Yo mismo asciendo en el delirio indígena, y lo telúrico de México, diluido en mi sangre, se me revela de golpe. Asisto a la transfiguración del indio, al que sólo hemos dejado su mano de artista. Veo otra vez salir de esta misma iglesia el entierro de una niña, celebrado el pasado domingo. Hacía pocos días jugaba en el polvo del camino y era menos valiosa que un corderillo. Ahora reposa en su blanco ataúd abierto, con las manitas cruzadas y los ojos cerrados. No es un pedacito de carne descompuesta que conserva difícilmente la figura de la infancia, sino un ángel dormido, un símbolo ideal de la transfiguración operada en ella por la

muerte. Nadie deja traslucir su pena. Ríen las muchachas que sostienen la caja y las que forman el cortejo. Delante marchan unas niñas regando pétalos de flores. Tres músicos populares —uno de ellos renquea lastimosamente—, tocando una flauta y dos guitarras desafinadas, cierran el grupo, sobre el que se agitan grandes ramos de flores. Seguimos el entierro tras de la estela de los pétalos y la descompuesta, burlona, deformada melodía que apunta la flauta y acompañan las notas cascadas de las guitarras. Así llegamos al cementerio, situado a la orilla del pueblo. Nunca he visto nada tan inocente, grotesco y conmovedor como este entierro. Al regresar, pisando los pétalos rojos y blancos que tapizan la carretera, los rayos del sol, precipitándose por un desgarrón abierto en las nubes que coronan el Popocatépetl, iluminan con su blanca, cegadora cortina, las nieblas que surgen de las gargantas de la sierra. Brillan los azulejos de las torres. Un hombre, borracho, descansa apoyado en una barda, y en el oriente, la nieve del Pico de Orizaba se tiñe de rosa.

Estas imágenes, contradictorias, me asaltan irremediablemente mientras contemplo la decoración interior de la iglesia, suma y compendio del barroco indígena. El indio se ha apartado de toda influencia extraña y ha hecho *su barroco*, el que siempre ha deseado realizar sin conseguirlo más que en parte, porque él es el peón y no el arquitecto, el siervo siempre y nunca el amo. Pero en Tonatzintla la iglesia es suya y nadie le regateará su libertad, ni le impedirá hacer lo que le venga en gana. Sobre el remoto patrón de un barroco tan deformado entonces que ya era una expresión mexicanísima, trabaja el suyo propio. ¡Dichoso tú, indio, que ahora sí vas a poder fijar la nostalgia de tu paraíso! Poblarás el cielo con tus padres y tus vecinos aunque los disfraces de papas medievales; los harás flotar en el oro y en los colores con que gustas adornar a tus mujeres los días de fiesta, y allí quedarán para siempre en su mundo encantado, gozando de los frutos y de los objetos que tú has amado con locura.



Un rosetón, rematado por la paloma del Espíritu Santo, situado en el centro de la cúpula, es el punto de donde arranca o adonde converge —confusión y despiste del barroco— el arabesco de valiente relieve que enciende la iglesia. Blanco es el fondo, dorados los bordes, ingenuo y torpe el trazo suntuoso del dibujo. Entre su libre y rica trama, cuelgan los frutos coloridos, asoman los rostros sardónicos un poco hieráticos de los santos; brillan el sol y la luna, y las máscaras de las danzas del carnaval esmaltan las arcadas y sobrenadan en esta multitud indígena, semejante a la que contemplamos un día de mercado.

El arte popular, tan pegado a la tierra y tan desasido de ella, no podría olvidar a sus niños muertos, cotidiano drama de su existencia. Esta vez al menos, no los mete en el ataúd sino que con sus cuerpos forma guirnaldas inverosímiles y en sus manos coloca las guitarras y los laúdes que deseara regalarles cuando mueren.

Éste y no otro es el ámbito sagrado del indio, su sueño y su delirio. Con materiales mágicos ha creado su paraíso, y por un momento lo vemos remontarse, envuelto en los arabescos de su nube barroca, estático y burlón, mientras las guitarras de sus niños muertos tocan desafinadas, y su espíritu, al fin libre, hace desaparecer la cúpula y se nos va por el aire, en busca de su última morada.

Cruzo nuevamente el atrio donde yacen muchos de los artesanos anónimos que trabajaron en esta iglesia. Vuelvo a sentarme en el brocal del pozo. Es hora de comer, y los vecinos, para evitarse el trabajo de rodear el atrio, cortan por el cementerio, cuidando de no pisar las tumbas. Yo quisiera decirle a Juan, el campesino que una tarde me cedió el arado, y a Pedro Cielo Cuautle, dueño de seis vacas para las que he cortado yerba: "Juan, te he visto hoy en una bóveda de la iglesia. A pesar de que tenías una tiara de oro y una barba postiza te he reconocido; y a ti, Cielo, te he visto con un sayal de franciscano colgado de una pechina." Pensé que lo sagrado no debe sufrir contaminaciones, y me callé a tiempo.

Al salir del cementerio, el espectáculo de unas muchachas que jugaban frente a su escuela me hizo detenerme. Estoy en la portada de piedra que forma la entrada principal del atrio y que mira a un volcán apagado. El arco invertido de la cima le presta al paisaje un sentido hosco y trágico. Gozo viendo corretear a las escolares. Una sola trae zapatos. Las demás andan descalzas, con sus largos vestidos de percal y sus trenzas sueltas. Juegan, locas de alegría, con una pelota, revoloteando, sin tocar el suelo, como las abejas de una colmena.

Una escena inesperada vino a enturbiar mi dicha. De la tiendecilla cercana sale un indio. Sin duda se trata de un forastero, pues su sombrero de palma es distinto del que llevan los indios de este valle. Se cubre con un zarape desteñido, y su traje de manta no puede sufrir más parches y remiendos de los que muestra. Parece solo. Sin embargo, detrás de él aparece una niñita, su hija, sin duda, tan pequeña, que con trabajo le llega a la cintura. Viste como las indias mayores, larga falda sujeta por una faja y un rebocito atado al pecho que sostiene en la espalda un fardo proporcionado a su estatura.

El indio arrea sus burros y emprende la marcha. La niña lo sigue entre el polvo que levantan los asnos, sin mirar a las escolares que juegan, insensible a su alegría, muda y terrible, muerta para todo, aun antes de haberse asomado al umbral de la vida.

El mutilado volcán es la imagen de una tierra donde alientan muchos millares de niñas viejas. Y no sería difícil que esta escena pertenezca al ambiente que determina el barroco mexicano.

La pirámide

La pirámide de Cholula, olvidada por Hernán Cortés, ha ido, con el transcurso de los siglos, cobrando importancia. Las iglesias y los palacios que se construyeron durante la Colonia, la ciudad que se edificó con piedras tomadas de

su cuerpo, el santuario de la Virgen de los Remedios que en la cumbre de su destruida mole ha venido substituyendo al templo de Quetzalcóatl, hoy resultan disminuidos, ante la tremenda fuerza subterránea que se desprende de ella. Los indios que una tarde de 1519 trataban de remover los sillares para inundar la ciudad, confiados en su magia, no se imaginaron que, mutilada la pirámide, transformada Cholula por trescientos años de predominio occidental, las fuerzas ocultas que yacían en sus entrañas habrían de manifestarse, venciendo a las fortalezas y a las mezquitas de importación.

La pirámide nace de la contemplación del volcán. Más como un entendimiento de sus líneas eternas que como una réplica de su forma. No se debe a una simple coincidencia que la pirámide más extraordinaria de América se haya construido en las cercanías del volcán en el que se depuran y subliman los rasgos clásicos del Pico de Orizaba que se asoma al Atlántico, y los del volcán de Colima que mira al Pacífico.

En el valle de Cholula, la aventura geológica de la naturaleza alcanza su culminación. Aquí es posible contemplar al Popocatépetl en todo su esplendor, y los ojos aciertan a descubrir, sin esfuerzo, el Citlaltépetl.

El dios plutónico que rige los destinos de México, el demonio que edificó nuestra casa conturbada, ha jugado con las fuerzas y los materiales violentos y arcangélicos de la naturaleza, creando un paisaje esencialmente barroco por las contradicciones que determina. Entre la danza de los azules de la cordillera, los verdes de la parcela cultivada y los tonos ocres, suaves y aterciopelados de los montes vecinos, se yerguen las cimas cubiertas de nieve de los volcanes. Son éstas las líneas arcangélicas del paisaje. Las violentas, tanto como en el valle de México, están representadas por los tumores de piedra que nacen en la falda de las montañas, los volcanes mutilados, los cráteres extintos que se multiplican como testimonios de los cataclismos desencadenados por los dioses de nuestra geografía.

¿Cuál es la misión de la pirámide situada en medio de semejante paisaje? Es la suya una misión trascendente: la de interpretar lo telúrico, organizando un cuerpo místico donde se operen simbólicamente las sagradas funciones de la naturaleza.

El paisaje no se crea de un solo impulso. Primero, surge del mar la desmesurada plataforma del altiplano. Después, los volcanes se elevan, alimentándose de sus propios detritus, a través de expulsiones constantes de lava y de ceniza. La llanura, atormentada, se llena, poco a poco, de organismos milagrosos, en tanto que los viejos se destruyen y modifican en desapariciones y partos sucesivos. Por último, los dedos de la lluvia y del viento se encargan de pulir y abrillantar el áspero boceto, la imagen defectuosa gestada en las fraguas de la tierra.

La obra aún no está terminada. No lo estará nunca. De tarde en tarde, las fuerzas plutónicas reanudan sus juegos y aumentan la familia de volcanes con nuevos hijos, el último de los cuales hemos visto nacer y desarrollarse ante nuestra vista. Su antecesor, el Jorullo, en Michoacán, todavía el 28 de septiembre de 1760 era una pequeña colina sobre la que se asentaba un ingenio de azúcar. El día 29, la colina estalló, destruyendo el ingenio y un pueblo vecino. Las cenizas, arrojadas por el recién nacido, llegaban a Querétaro, situado a 150 millas de distancia, en lluvia tan espesa, que hacía necesario barrer tres veces al día los jardines, las azoteas y los patios de las casas. Cinco años después, la colina se había transformado en tres elevadas montañas que, por espacio de muchos años, fueron el terror de una vasta región.

El Paricutín era un sembradío de maíz. Cierta mañana que araba la tierra su propietario, vio con miedo cómo se abrían los surcos, vomitando humo y fuego. Juzgando el fenómeno cosa de demonios, abandonó la yunta y corrió al pueblo en busca de auxilio. ¿Quién podría prestárselo? A las pocas horas, el campo de maíz había desaparecido. Comenzó a llover ceniza, que el viento arrastraba a enormes

distancias. Ardieron los bosques y se inició un bombardeo de pedruscos ardientes, un fuego continuado de morteros, un disparar ininterrumpido de catapultas, que transformó el boscoso paisaje en un desierto. Por la herida abierta en los surcos fluía un torrente de lava, semejante a las aguas de un río desbordado, que se tragaba pinos ardiendo, iglesias y barrios enteros de los contiguos villorrios.

De noche, el volcán era un juego de pirotecnia. Los pedruscos describían parábolas luminosas; los gases encendían resplandores amarillos y blancos, y la imponente hornaza iluminaba con sus llamas —las llamas del sol destructor de los aztecas— el horizonte cubierto con los esqueletos de los árboles calcinados y la ruina de los pueblos sepultados bajo su mortaja de lava. Al día siguiente de nacido, el pequeño volcán medía veinte metros. No cumplía el año y ya su estatura alcanzaba los doscientos. En la actualidad sigue creciendo, y ningún geólogo es capaz de predecir su futuro tamaño, teniendo en cuenta la precocidad del miembro menor de esta familia de gigantes interoceánicos.

Los constructores de la pirámide de Cholula trabajan siguiendo el proceso del volcán. Al principio, levantan un pequeño templo. Es un primer brote del poderío de la tribu. Ese tímido intento, pronto se cubre con una construcción piramidal. No se edifica al lado del templo, sino que al antiguo se le sepulta bajo una capa de tierra, y sobre ella descansa la nueva estructura, imitándose así la invasión de lava, las capas de ceniza y de piedra que van añadiéndose, integrando el cuerpo del volcán.

El constructor puede edificar un templo aislado, pero, aún en ese extremo, lo subordina al conjunto y, más tarde, lo somete al organismo principal, como es el caso de Cholula.

Ya tenemos un templo sepultado y dos pirámides contiguas que reflejan dos etapas cercanas de la evolución de la tribu. El infatigable arquitecto proyecta entonces, dentro del perímetro sagrado una nueva pirámide. Es todavía,

a semejanza de las construcciones primitivas, sencilla y un poco ruda. Dos frisos pintados con un enérgico motivo plutónico coronan las terrazas. Transcurren los años y Cholula se convierte en la Meca de Anáhuac. Es un centro de la religión y del comercio. De los rincones apartados de México vienen en peregrinación los devotos, y a la sombra de los volcanes se pagan las vajillas de barro pintado y transparente con granos de cacao, y se trueca el maíz por joyas de oro y aromados manojos de vainilla y tabaco.

Su propia dinámica exige que sea sepultada y que su cuerpo quede como el esqueleto de la nueva que se proyecta. Vienen los enterradores, trayendo en hombros los adobes infinitos que deben amortajarla. Sus escalinatas, sus terrazas, sus brillantes frescos, que nunca jamás han de ver la luz del sol, se cubren con esmero, y sobre esta momia de pirámide se construye la nueva, resplandeciente de gracia, aérea y fina como un Popocatépetl barroco al que le hubieran tallado millares de escalinatas en los flancos. Corre la sangre en los adoratorios, desciende por las escalinatas y forma charcos en los descansos. Pífanos y teponaxtles cantan la gloria de *nuestro señor el Desollado*.

Las hogueras, en la cima, arden gozosas, haciendo compañía al fuego lejano del Citlaltépetl, semejante a una estrella, y al humo que deja escapar de su boca ese fumador impenitente que fue en sus buenos tiempos el Popocatépetl.

Con esta pirámide, ¿ha terminado el proceso que arranca de los oscuros tiempos bárbaros? No, mientras la tribu mantenga intactos sus poderes mágicos. Cuando el ámbito de lo sagrado parece delimitado, el hombre se lanza a una aventura de audacia increíble. Esta vez no se trata de recubrir la última pirámide, sino que pretende superar a todas, levantando sobre ellas una construcción de dimensiones colosales, un monte artificial, de grandeza nunca vista en el Imperio de Anáhuac. Es su último esfuerzo, porque la Conquista cortó violentamente la organización tribal, y el sentido religioso de la naturaleza tomó por otros

cauces, rompiéndose el lazo plutónico que unía a los hombres con el volcán, su maestro prometeico.

Para los indios el misterio del volcán residía en el poder infernal del fuego que ardía en sus entrañas. Las potencias mágicas de su pirámide residían, asimismo, en las ocultas formas que yacían bajo su cubierta, en los demonios que se quedaron dentro gesticulando, en las reliquias intocadas de su pasado religioso que formaban las entrañas de la pirámide.

Igual que hoy podemos leer la edad del volcán y fijar su evolución a través de sus capas geológicas, así podemos seguir el proceso de un pueblo y las etapas de un sentimiento telúrico en las estructuras ocultas que escaparon a la destrucción. ¡Curioso género de venganza, a largo plazo, de los dioses aztecas! Mientras en la cúspide se rendía culto a la Virgen de los Remedios, los demonios plutónicos, debajo del altar, seguían riéndose en la sombra. La lucha abierta hace cuatro siglos entre las deidades indígenas y las españolas, ha entrado, con el descubrimiento y resurrección de la pirámide, en una nueva fase. Los descendientes de los cholultecas han disparado contra los guardianes de la zona arqueológica, temiendo que el templo católico de la cima se derrumbe a consecuencia de los túneles que se han cavado para localizar las estructuras sepultadas.

No sabemos el fin de esta lucha que arranca de la antinomia más profunda de la conciencia mexicana. De mí sé decir que he olvidado los rostros de los ángeles y de los santos, la muchedumbre que puebla altares y fachadas, y sólo me acompañan las máscaras grotescas, terribles y burlonas de los viejos demonios que gesticulan en la entraña de la pirámide, en los mismos cimientos del templo de una virgen guerrillera y española, a quien concedió el título de generala un virrey cuando se iniciaban las luchas por nuestra independencia.

El volcán, ya lo hemos dicho, constituye el *leit-motiv* del paisaje en el altiplano. El Pico de Orizaba parece surgir del mismo Atlántico, donde es a la vez el faro de los marinos y la nota característica de la costa oriental de México. Acompaña largo trecho al viajero en su ascensión a la meseta y, cuando su cono de nieve parece borrarse entre las nubes desvaneciéndose en la distancia, la forma del Popocatépetl crece y se impone en el espacio abierto ante sus ojos. Este segundo volcán domina los extensos valles de Puebla y de México. En Cholula, la tremenda fuerza de su presencia originó el ambiente de fervor religioso que privó en la Meca de Anáhuac. En México, su motivación no es tan poderosa, aunque viva ligada entrañablemente a su horizonte.

El viajero, en su marcha al Pacífico, al vislumbrar el alto valle de Toluca, tiene a su espalda el Popocatépetl, no esfumado en la distancia como el Pico de Orizaba, sino oculto por la fragosa sierra que ha traspuesto. En ese momento, el milagro plutónico se reproduce puntual, y una figura cónica, una pirámide azul cubierta de nieve, solitaria y magnífica, se impone familiar en el nuevo paisaje.

La continuidad de una forma piramidal, la reiteración de un fenómeno que se traduce en cataclismos y temblores condicionarán los trazos peculiares de la geología y los rasgos comunes a las alturas nacidas bajo el signo de lo plutónico.

Nosotros estamos demasiado influidos por la técnica para representarnos el espíritu religioso con que el indio se acercaba a la naturaleza. Lo que sabemos de su vida, los fragmentos que nos han llegado de su arte, de su ciencia y de su religión, no bastan a recomponer, satisfactoriamente, el alma del primitivo. Al mexicano moderno, para llegar a una conciencia perturbada por las sagradas y misteriosas fuerzas de la naturaleza, sólo le queda el hilo plutónico, la constante de una fuerza que ha permanecido in-

tacta hasta nuestros días, el cataclismo nunca conjurado que pende sobre nuestras cabezas, no cada siglo azteca de cincuenta y dos años, sino un día y una hora no determinados en calendario alguno.

Somos así testigos de acontecimientos que presenciaron los indios hace centenares de años, y las catástrofes que sepultaron sus aldeas se reproducen hoy en el campo y en las ciudades con los mismos detalles. Dionisio Pulido, el propietario del campo de maíz en que apareció el Paricutín, y los habitantes del pueblo de San Juan de las Colchas, tragado por su lava, son hombres que han sufrido emociones en todo semejantes a las de sus remotos abuelos cuando la lava del Ajusco se tragó sus míseras habitaciones y los dejó en el desamparo.

El diabólico carácter del suelo determina también situaciones y costumbres incomprensibles en otros países. Ciudades enteras se han construido para resistir a los temblores; un cronista de la Colonia relacionaba los sucesos de su reseña a los sacudimientos de la tierra y decía así: "Hoy, mientras el virrey contemplaba desde un balcón de palacio la marcha de los soldados que salieron a combatir contra Lorencillo el Pirata, ocurrió un temblor de tres credos." La medida del temblor, como la de los huevos pasados por agua, se hacía por credos o por padrenuestros, y la costumbre ha llegado a nuestra época. No es de creerse tampoco que, en naciones más tranquilas, un hombre se acueste dueño de una hectárea sembrada con maíz y se levante convertido en propietario de un flamante volcán que atrae a millares de curiosos y de turistas.

Mi conocimiento de los temblores era muy completo antes de cumplir los diez años. Muy pequeño, estuve a punto de morir a causa de un desprendimiento originado por un temblor célebre. Con frecuencia me despertaba un viento duro que abría las puertas aullando, y desaparecía dejando la casa tambaleante. Otras veces he tenido que salir a gatas de la habitación en tinieblas, pues el suelo bailaba agitado por la epilepsia. No recuerdo haber vivido

nunca en una casa que no presentara cuarteaduras motivadas por los sismos, y una noche, cerca de la madrugada, ya siendo un hombre, me sorprendió en la calle un temblor espantoso. El asfalto se abría crujiendo en largas y profundas grietas; luces lívidas iluminaban el horizonte y las personas salían a la calle, en ropas de cama, enloquecidas de terror.

Un mediodía inolvidable, a la hora de mayor tránsito, tembló en forma desusada. De un edificio de quince pisos cayeron enormes bloques de concreto; las fuentes se vaciaron, y las gentes se arrodillaban en medio de la calle, pidiendo al cielo misericordia. El desastre —suavizado por el manto de barro en que descansa la ciudad de México— lo motivó en esta ocasión el volcán de Colima. Al día siguiente, por encargo de mi periódico, volé a la ciudad, en un avión militar, pues la vía del ferrocarril estaba interrumpida por derrumbes de montañas enteras.

Al acercarse el avión, un paisaje lunar surgió entre los penachos de las palmas, a la roja claridad del crepúsculo tropical. Colima aparecía derrumbada, sin calles y sin plazas, convertida en un informe esqueleto disperso por la mano de la muerte. No logré reconocer la ciudad donde transcurrieron tantas vacaciones felices. Los portales góticos de la plaza se veían destruidos en el suelo, sin que su unidad quedara rota, y por todas partes extraños equilibrios de paredes, habitaciones recortadas por un cuchillo fabuloso, los cuadros, en fin, con que había de familiarizarnos años después la guerra, era todo lo que ofrecía Colima.

De noche, la escena era más lúgubre. Los supervivientes se hacinaban en campamentos improvisados; vecinos enlutados, alumbrándose con antorchas, removían los escombros de sus casas, y el desfile de los ataúdes era interminable. En cinco minutos ocurrieron los más variados géneros de muerte. Por asfixia y por fuego, por derrumbes y caídas, perecieron centenares de personas. Unas murieron por no salir de sus casas; otras, por abandonarlas; la mayoría, por salvar a sus parientes atrapados.

Mi experiencia en plutología —experiencia que comparten millones de compatriotas— se completó con el nacimiento inesperado del Paricutín, cuya imagen —como la de una famosa estrella— se ha proyectado en los cines del mundo y ha sido impresa en toda publicación que se respeta.

Imaginemos los temblores y el nacimiento de los volcanes entre las tribus nómadas que poblaron los valles de la meseta. En nuestro tiempo, el Paricutín, al año de nacido, ya tenía docenas de biografías y había dado mucho que hacer a una numerosa tribu de geólogos, pero en aquellas remotas edades, una catástrofe era entendida como la manifestación de la cólera de los dioses. El volcán ahogaba sus pueblos, arrasaba sus campos, mataba a sus hijos. La violencia hería su sensibilidad, virgen aún, y en su conciencia quedaba registrada con caracteres indelebles.

Para aquel curioso hombre de Anáhuac, nada de lo que ocurría a su alrededor pasaba inadvertido. El cielo inspiró sus dioses y su calendario. Amaba las plantas y conocía muchos de sus secretos. Formó los primeros jardines botánicos de que se tenga noticia y sus herbarios revelan con qué amorosa atención estudiaba los ejemplares del mundo vegetal.

El realismo del arte indígena y, más que el realismo, la estilización, que es el entendimiento personal de las formas, podrían hablarnos de la huella impresa por la naturaleza en su espíritu. Pero el tigre, el colibrí, el floripondio, el mismo cielo distante y sereno, el mar, que nunca sintió el hombre del altiplano, ¿qué valen ante el poder telúrico de los volcanes?

El indio los ve siempre y los siente en su alma. Cataclismos, terremotos, temblores, han sido sus eternos compañeros. Los primeros pobladores del valle de México están sepultados bajo el espeso manto de lava que vomitara el volcán Xitle. Para él, todas las creaciones anteriores del hombre han sido destruidas, en los tiempos mitológicos, por sucesivos cataclismos. La generación que puebla el

Anáhuac a la llegada de los españoles, no está en modo alguno exenta de la amenaza. Cada siglo de cincuenta y dos años podrá desaparecer por terremotos, en un día trágico, llamado temblor.

Volviendo al arte primitivo de los indígenas, el ambiente de horror que determina y que es uno de sus rasgos primitivos, sólo podría explicarse por el miedo ancestral que habían heredado. El aliento de horror que sopla sobre la piedra de sus esculturas, los monstruos que pueblan sus templos, la expresión de angustia infinita que ha dejado en los rostros de sus ídolos y en las caras de las figurillas de barro que ha modelado por millones —la concepción indígena de sus contemporáneos— reflejan, en forma extraordinaria, las escenas de aquellos días de tragedia, comparables a los apocalípticos de la destrucción del mundo.

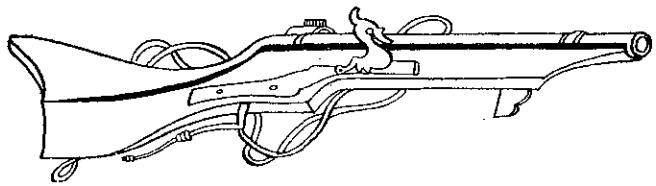
La influencia del volcán no queda limitada a su impacto en la sensibilidad de un pueblo. Las culturas también se clasifican por los materiales que predominan en sus creaciones. Cierto es que la cultura de los indios pertenece a la edad de la piedra pulimentada. Sólo que no se trata de una piedra muerta y fría, sino encendida y animada por un perpetuo temblor, porque es piedra volcánica y la trabaja un hombre poseído del demonio plutónico.

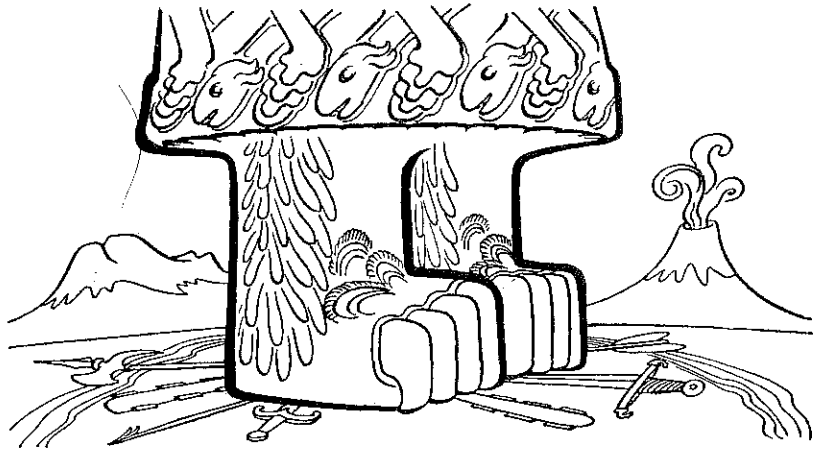
Arquitectos y escultores usaban, de preferencia, la piedra nefrítica, llamada en lengua azteca *quetzalitztli*, y la roja sangre petrificada del *tezontli*; los armeros, con el *iztli*, la obsidiana, hacían navajas, espadas y mazas. Durante la Colonia, el *tezontli* y la piedra nefrítica dieron su fisonomía característica a la capital de la Nueva España, y en los salones y en las sacristías, podían verse, con frecuencia, las lunas negras de la obsidiana. Las brillantes pinturas que recubrían los templos y las estatuas se obtenían del cobre, el cinabrio y el ocre, minerales todos de procedencia volcánica.

Una teoría plutónica no estaría completa si no se tuviera en cuenta la propia psicología del mexicano. En la

tierra pobre y gris, dominada por volcanes trágicos, alienta el indio. Su frágil, terrosa figura está de sol a sol inclinada sobre el surco. En la calle se le ve silencioso, tratando de ocupar el menor espacio posible, extraño a un mundo que no le pertenece, porque él es, ante todo, una parte, una expresión, y no la mejor, de su paisaje, pero un día, este indio, que se deja vencer en el mercado por el regateo del cliente, que anda con los ojos bajos y que ha hecho del "sí señor" y del "quién sabe" sus expresiones favoritas, deja el arado, toma el fusil y recorre el suelo incendiado de México clamando venganza. Cada revolución ha sido en nuestra patria un cataclismo, un irrumpir desordenado de poderes ocultos, un terremoto que la ha llenado de angustia y de esperanza.

De este espíritu conturbado participan los mexicanos sin excepción alguna. La furia destructora y constructiva, los brotes de su pasión no regulados, son inundaciones de lava ardiente que a todos alcanzan. La barbarie, el fanatismo, la esclavitud en que ha vivido el pueblo no explican estos súbitos sacudimientos del alma nacional, porque no obedecen a ideas difundidas, a ideales claramente establecidos, sino a ese estremecido sentido de lo telúrico que arde detrás de su piel de piedra, poderoso y amenazante, como el fuego oculto de los volcanes que un día no registrado en ningún calendario incendia y abrasa el horizonte de México.





X. TENOCHTITLÁN, PIEDRA SOBRE AGUA

En los últimos días de octubre, los españoles abandonaron Cholula. Frente a ellos, como la última barrera, se alza la falda azul que une a los dos volcanes. Detrás de esa cortina, tendido entre las cimas resplandecientes del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, se abre el mundo fascinador de México.

Han cesado las lluvias desde el mes anterior, y los campesinos recogen las mazorcas, medio ocultos entre las altas y secas cañas de maíz. Un tono de oro viejo tamiza el valle. En el cielo navegan majestuosas y pesadas nubes de mármol.

Los españoles no advierten la increíble fascinación de los volcanes. Bernal resume sus impresiones del escalo diciendo: "Y subiendo a lo más alto, comenzó a nevar y se cuajó de nieve la tierra y caminamos la sierra abajo y fuimos a dormir a unas caserías que eran como a manera de aposentos y mesones, donde posaban indios mercaderes, y tuvimos bien de cenar y gran frío." Cortés es más explícito "...a ocho leguas de esta ciudad Churultecal están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agos-

to tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto de ellas se parece; y de la una, que es la más alta, sale muchas veces, así de día como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa, y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vira; que, según parece, es tanta la fuerza con que sale que aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo puede torcer; y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise desta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen y les encomendé mucho procurasen subir la dicha sierra y saber el secreto del gran humo de dónde y cómo salía."

Bernal considera los volcanes como una manifestación hostil de la naturaleza. A Cortés le interesa, sobre todo, arrancarle su secreto al monstruo, saber de dónde brota aquel humo que no logra torcer el viento y explicarse la incomprensible presencia de la nieve en una latitud que, según sus cálculos, debía coincidir con el paralelo de la isla Española.

Los enviados, al mando de Diego de Ordás, no pueden alcanzar el cráter. El intenso frío, los torbellinos de nieve y el estrépito de la erupción "que salía con tanto ímpetu y ruido, que parecía que toda la sierra se caía abajo", los obligan a retroceder, pero no vuelven con las manos vacías, sino con un buen puñado de carámbanos y trozos de hielo. Ya no hay duda. Es nieve —la primera que se tocaba en el Nuevo Mundo— la que brilla en las altas montañas del Anáhuac.

Durante los días de su estancia en Cholula, los españoles han tenido tiempo de familiarizarse con los colosos. El Popocatépetl —monte que humea— se levanta al ras de la tierra, en una línea azul, de firme trazo, que compone el triángulo casi perfecto de su figura, para unirse con la silueta de la mujer dormida bajo el blanco sudario de

la nieve. No es la forma aislada del Pico de Orizaba visto desde el mar. Aquí la Naturaleza ha gestado dos formas —una clásica y otra barroca— y las ha unido en un conjunto de armoniosos contrastes, inolvidables.

En Cholula, la atención se fija en los volcanes, borrándose toda otra motivación del paisaje. Son el calendario del campesino, su reloj puntual, su barómetro y casi su único espectáculo. A la hora del alba, cuando aún brillan las estrellas y el valle permanece hundido en la noche, las sombras de los volcanes van iluminándose hasta cobrar un tinte rosa de una magia y de una pureza novedosa y arcangélicas.

A medida que el día avanza, la luz, semejante a un escultor, va acusando detalles. A mediodía, es posible advertir los densos bosques de la falda, la ceniza que recorta la nieve y las rocas desgarradas que forman la cabeza gigantesca de la mujer dormida.

Por la tarde, estas figuras milenarias, sin las cuales no podría concebirse siquiera el paisaje mexicano, descomponen la luz vespertina, convirtiéndola en una melodía aquietadora. Sus rasgos se diluyen en manchas violeta y en luces escarlata y, mientras la noche se adueña de las cosas, por mucho tiempo, la nieve de las cimas sigue flotando como una nube de plata en el cielo tembloroso de estrellas.

Los indios concibieron al Popocatépetl como el monte doloroso que arde en perpetua pena cerca de su amada yacente. No es el amor sorprendido en un apasionado arrebato, sino el amor expresado en símbolos grandiosos. Nunca la tierra ha creado nada más conmovedor que estas figuras colosales. Ellas representan el dolor varonil y el amor perdido en un volcán que arde siempre, y en una mujer muerta, especie de Beatriz espectral, que parece nacida, no de la tierra, sino de los sueños y del ambicioso corazón de los hombres. Es el último ascenso de los españoles y la etapa más emocionante de la ruta. La primera jornada los sorprende en Calpa, pueblecillo de la jurisdicción de Huejotzingo, perdido en las estribaciones de la se-

rranía. Las cimas de los volcanes han desaparecido en el oleaje de granito, y el pequeño ejército avanza oculto por las copas de los pinos y de los abetos. Se respira trabajosamente el aire delgado de las alturas, y el helado viento enrojece las mejillas. Los indios de la isla de Cuba van quedándose en los senderos imperceptibles del bosque, muertos de frío y de fatiga.

A mediodía, los españoles llegan a la parte más alta de la falda que une a los dos volcanes. Mientras la cercanía ha descompuesto la figura de estas eminencias, las líneas de la Malinche y las distantes del Pico han logrado restablecer su equilibrio. Ya no se ven caseríos y pormenores del valle de Cholula. Sobre su profundidad marina y sobre las nubes, el cono de nieve del Citlaltépetl se dibuja con precisión, recostando su cabeza en el dorado cielo del trópico. Adelante golpean las olas en la playa de Veracruz; un poco más lejos está Cuba y Diego Velázquez y, más allá, en un punto invisible y remotísimo, España, sus pobres casas y sus padres que esperan volver a verlos un día cargados con el oro de las Indias. Y del lado opuesto, invisible en la niebla, la misteriosa Tenochtitlán, la Cíbola y el nuevo Cipango con que soñara el almirante de la Mar Oceana. El viento que sopla en las alturas los aturde con sus historias. El que menos, ya se siente conde, dueño de castillos, de encomiendas, de cotos de caza y de cofres llenos de doblones, de piedras preciosas y de collares de perlas.

Nadie se atreve a romper el silencio maravilloso que allí reina. Están en otro mundo que no guarda relación con las ambiciones y los deseos que los animan. Un mundo de grandiosa soledad, viejísimo y tan nuevo, que parece recién nacido, donde las líneas son increíblemente puras y los colores restallan en el aire con una fuerza nunca vista.

A los lados de la vereda trazada en los pastos amarillentos, se yerguen, de un golpe, con un vigor increíble, las dos cimas: la del Popocatépetl, cubierta de brutales cicatrices sobre un zócalo de arena calcinada, ondulada suavemente

en colinas, y la del Iztaccíhuatl, en planos rotos y atrabiliarios. El pecho de la mujer dormida se ha transformado en un ventisquero: su cabeza, en una montaña helada y grotesca; sus pies, en un acantilado cortado a pico sobre el abismo. La nieve ya se toca con las manos. Arde en el cielo azul y parece quemar su blanco resplandor. La soledad es algo que no puede expresarse con palabras. Es la soledad que debe reinar en lo intemporal, en lo eterno.

En Tláhuac, yendo camino de Ixtapalapa, descubren Tenochtitlán los españoles. Dice Bernal: "Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua... nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas del libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua y todos de calicanto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños..."

Es ésta la primera impresión, la imborrable. El veterano que se ha lanzado a la búsqueda del tiempo perdido, recuerda cincuenta años después, en su modesta casa de Guatemala, la imagen de la ciudad reflejándose en sus lagos. Los templos, los palacios, el pardo caserío, han surgido nuevamente de las aguas. El antiguo soldado no traza esta vez el cuadro de Tenochtitlán con tres o cuatro certeros brochazos realistas, según ha sido su costumbre en Cempoala, Tlaxcala o Cholula. Bernal, ahora, apunta una sugerencia rara en él: el sueño y Amadís de Gaula. Es decir, dos sueños.

Si en aquel tiempo el cura y el bachiller Sansón Carrasco hubieran realizado un escrutinio por las casas españolas tendrían que haber encendido hogueras en todos los corrales, pues en ninguna faltaban los libros de caballería. Las preferencias estaban —¿hay que decirlo?— por Amadís de Gaula, ese modelo ideal del buen caballero —especie de *Superman* de la Edad Media— que con Marco Polo y Cristóbal Colón comparte la responsabilidad de haber lanzado a la aventura de las Indias a millares de jóvenes españoles.

En la sangre llevan al hermoso guerrero cubierto con su negra armadura. El soldado que no ha leído el Amadís, lo ha oído leer o conoce sus aventuras por haberlas escuchado en las noches del vivac. No se sabe dónde empieza la realidad y dónde termina el sueño. ¿Lo han leído, lo han soñado o lo han vivido? Lo mismo da. Su imaginación, como la de Don Quijote un siglo más tarde, está llena de castillos, de florestas, de combates magníficos, de romances y de mágicos filtros.

No pueden dar crédito a sus ojos, y los soldados se preguntan "si era entre sueños". Presente o lejana en el recuerdo, Tenochtitlán es un sueño.

"Viajero, has llegado a la región más transparente del aire" —advierte Alfonso Reyes—. Los montes que circundan el valle se reflejan en el agua, matizándola de azules y verdes profundos. Sobre ese fondo de musicales tonos, la nieve del Iztaccíhuatl y del Popocatépetl y, más abajo, en un extremo, para establecer el debido contraste, se yerguen los conos truncos de los volcanes abortados que forman la sierra sagrada de Santa Catarina.

En el centro del lago el espejismo de Tenochtitlán. Dominando el caserío y las manchas oscuras de los huertos, las severas y finas pirámides con las altas techumbres de sus adoratorios; como a través de un cristal se advierten las masas rectangulares de los palacios, las plazas y los canales, todo contagiado de azul, de agua intrusa y de cielo que reina soberano y en dondequiera se refleja.

Ixtapalapa, donde pasa la noche Cortés, tendría de doce a quince mil almas. Una parte de ella estaba en tierra firme, a la orilla del lago, y otra en el agua. Cortés, hablando de las casas en que los alojaron, escribe: "que son tan buenas como las mejores de España, digo, de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería y suelos y complimientos para todo género de servicio de casa, excepto mazonerías y otras cosas ricas que en España usan, aquí no las tienen".

El huerto, de acuerdo con la costumbre de los señores,

carece de árboles frutales y hortalizas. En cambio abundan las flores, los arbustos fragantes y las yerbas olorosas. Del lago pueden entrar directamente las canoas a los jardines sin que sus tripulantes tengan necesidad de tocar tierra. No faltan grandes albercas de "muy gentil cantería", abastecidas con toda clase de peces de agua dulce y con tantas aves acuáticas que "muchas veces casi cubren el agua". "Ahora —se lamenta Bernal— todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa."

A la mañana siguiente, el ejército sale de Ixtapalapa por la recta calzada que conduce a través del lago hasta el mismo corazón de Tenochtitlán.

Es un gran día, tanto para los aztecas como para los españoles. Los caballos relucen de limpios. Brillan las armaduras y las espadas al claro sol de noviembre. Cortés y sus capitanes se han ataviado con sus mejores galas. Aún es temprano. Coyoacán, Churubusco y Mexicalcingo aparecen veladas en la cercanía, y la niebla matutina se arrastra, deshaciéndose perezosa a flor de agua.

El ejército ha conservado cierto orden en la marcha, pero antes de llegar al fuerte de Xólotl que domina el cruce de la calzada, soldados y caballos se ven envueltos por una muchedumbre. Estas grandes calzadas cortadas de trecho en trecho por puentes levadizos, desempeñan la doble función de calles y de caminos reales. Son las vías de abastecimiento principal y el paseo obligado en una ciudad que carece de abundantes espacios abiertos. Por ello, a medida que los teules avanzan, el tránsito va ofreciendo obstáculos insuperables. Los batallones de soldados y los mercaderes que salen a remotas expediciones, los esclavos cargados con vigas y petates, al alfarero que lleva a las espaldas sus pintadas ollas de barro, el cazador con su caza y el agricultor con sus verduras, se revuelven y chocan en el estrecho espacio de la calzada.

El sol calienta de firme, desvaneciendo los últimos jirones flotantes de niebla. El lago, cubierto de canoas es un puro reflejo. Llegan las barcas cargadas al borde de la

calzada, y los tripulantes se alzan de puntillas a riesgo de volcarlas, tratando de mirar, lo más cerca que sea posible, las blancas carnes de los teules, sus extrañas armas y los caballos bañados en sudor que, con los cuellos arqueados y tascando el freno, hienden lentamente al apretado muro del gentío.

A pesar de la multitud, en esta ciudad no se escucha el ruido habitual de las ciudades europeas. La vida de Tenochtitlán es una *vida casi de insecto*. No existen carretas ni coches. No hay bestias de carga ni otras cabalgaduras que las de los españoles. Tampoco se escuchan las exclamaciones y los gritos característicos en la existencia urbana de España. Los indios apenas hablan, se mueven noble y despaciosamente, porque nadie tiene prisa.

La pareja extensión del lago va poblándose de huertos flotantes. Son las chinampas, las pequeñas islillas cultivadas con un arte chino, hechas de barro, que pueden navegar empujadas por las pértigas con sus hortalizas y sus cabañas encima. A otras las han hecho anclarse en el fondo del lago las raíces y forman todas un campo de labor surcado por canales donde se abren inesperadas plazoletas de agua, henchidas de lirios y de nenúfares amarillos y violetas.

En el fuerte de Xólotl, los señores de Tezcoco, Ixtapalapa y Tacuba se adelantan a recibir a Moctezuma mientras los españoles siguen avanzando despacio hasta que al trasponer un puentecillo la agitación de la multitud les anuncia la presencia del emperador.

Moctezuma ha dejado sus andas y avanza sostenido del brazo por dos señores, exceso de cortesía que lo hace parecer como inválido. Un palio adornado con plumas de quetzal, bordado de oro y piedras preciosas, lo cubre. Delante de él marcha un grupo de nobles, barriendo el suelo y tendiendo a su paso mantas de fino tejido. Moctezuma lleva la corona de oro y las orejeras de jade propias de su rango, una preciosa capa de plumas, y sus sandalias de oro están incrustadas de piedras preciosas.

Se apea del caballo Cortés y, a través de sus intérpretes, entre reverencias y nubes de incienso, se cruzan las palabras de bienvenida. Cortés, que no descuida el menor detalle, saca del jubón de terciopelo negro un collar de piedras margaritas, sujetas a un cordón de oro perfumado con almizcle, se lo echa al cuello del emperador, sonriendo y trata de abrazarlo, pero los señores que lo conducen lo impiden tomándole los brazos. Tocar al monarca es considerado por la etiqueta de la Corte como un grave desacato a la majestad real.

El encuentro no debe prolongarse. Moctezuma ordena a los señores de Tezcoco y Coyoacán que acompañen a Cortés hasta el alojamiento que se le ha preparado, y él se despide de sus huéspedes, volviéndose a la ciudad. Con él regresan los nobles de su séquito, fijos los ojos en tierra, en largas filas ordenadas a los bordes de la calzada. Por mucho tiempo quedan temblando en el aire las plumas de quetzal de su palio. El pueblo se ha postrado al paso de su señor y nadie se atreve a romper el silencio. Todos se han quedado petrificados.

La partida de Moctezuma permite a los españoles avanzar con desahogo. Han traspuesto el verdor de las chinampas y comienzan a flanquear la calzada, las primeras casas de adobes encalados, de rojo tezontle o de piedra labrada. Por el vano de las puertas se ve el patio cuadrangular y la mancha oscura del jardín. Los numerosos templos que *parecen jinetes* entre las apretadas hileras de casas, dan a la ciudad un carácter muy peculiar. Esa vida pegada al suelo, ese trajín entomológico de hormigas atareadas y de insectos irisados que pulula en el agua y en la tierra, de pronto levanta el vuelo y quiebra la línea horizontal de la ciudad con una muchedumbre de audaces pirámides flanqueadas por dobles escalinatas, en cuyas cimas se yerguen los dos adoratorios gemelos.

"Es cosa de notar —dice Bernal— que ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera como esto pasó." ¿Qué recuerda

tan vivamente el cronista? Las cabezas que coronan las azoteas, los incontables cuerpos que tapizan las terrazas y escalinatas de los templos, las mujeres y los muchachos que se agolpan en las calles y desbordan las canoas y las plazas.

Aturdidos y deslumbrados, rota la voluntad y dejándose llevar por la multitud, llegan los españoles a su alojamiento. Es éste el palacio de Axayácatl, padre de Moctezuma, enorme construcción que sirve de museo personal y de monumento erigido a la memoria del difunto monarca. Ahí se guardan, intocados, en una "recámara muy secreta", las piezas de oro y los objetos preciosos dejados por Axayácatl.

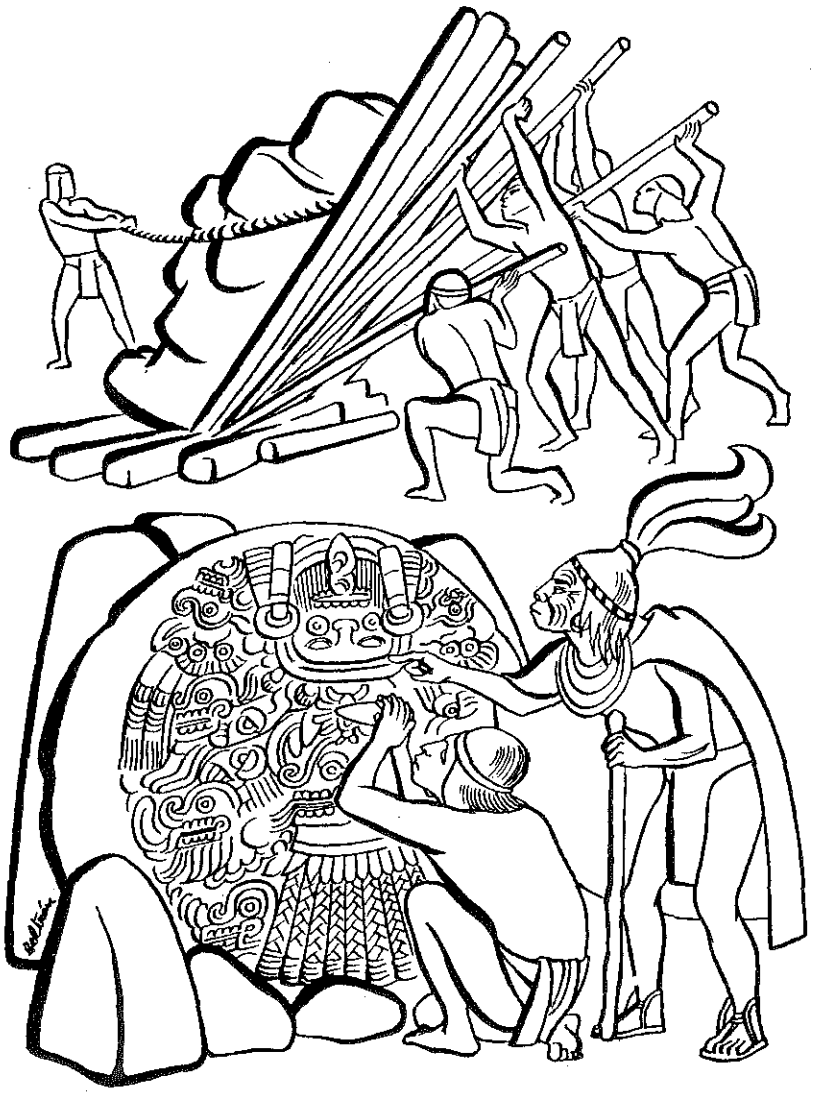
Moctezuma los está esperando. Apenas entra Cortés, le pone él mismo un collar de conchas, de cada una de las cuales cuelgan ocho camarones de oro, y tomándolo de la mano lo lleva al aposento dispuesto para el capitán, donde se despide diciendo:

—Malinche, en tu casa estás tú y tus hermanos. Descansa.

Apenas desaparece el anfitrión, los españoles se ponen a recorrer el palacio. A Cortés se le ha cubierto de esteras una estancia, y la cama —un simple edredón de plumas— tiene un magnífico dosel. A cada soldado aguarda una estera cubierta con un toldo de manta. La cal de los muros es reciente. Por todas partes se ven enramadas y manojos de flores.

Un banquete compuesto de interminables platillos se halla dispuesto. Hay que comer, pero antes debe pensarse en la seguridad del ejército. Los cañones asoman luego sus bocas a los cuatro puntos cardinales; los centinelas, escopeta al hombro, aparecen en las azoteas, y se alistan los caballos.

El recibimiento, en verdad, no se esperaba tan soberbio. El día quedaría fijo en la memoria: era el 8 de noviembre de 1519.



Tenían cuatro días en Tenochtitlán los españoles y no conocían más que el palacio de Moctezuma y algunas casas y jardines. En realidad, Tenochtitlán comprendía dos ciudades. La ciudad en que ellos vivían, centro administrativo del Imperio, con su palacios, sus quintas de recreo y sus templos, y el señorío de Tlaltelolco recientemente conquistado. Tlaltelolco, situado al norte de Tenochtitlán, era famoso por su mercado y su gran templo, que lo convertían en un centro económico y religioso de primerísima importancia.

Cortés, deseoso de conocer el templo mayor, del que todos hablaban, envió una embajada a Moctezuma compuesta por la Malinche, Jerónimo de Aguilar y un paje conocido con el nombre de Orteguilla, que ya entendía la lengua náhuatl, para solicitar la venia del monarca.

Moctezuma no podía negarse y concedió la autorización, pero al mismo tiempo temió por sus dioses. Los teules blancos, llevados de su odio, serían capaces de combatir contra ellos, como habían combatido en las calles de Tenochtitlán dos facciones rivales para obtener la supremacía de una deidad, y después de pensarlo mucho, decidió estar presente durante la vista. Era la única forma de evitar un desmán o, al menos, una irreverencia.

A la mañana siguiente, muy temprano, acompañado de un numeroso séquito, se apeaba de sus andas fuera del perímetro sagrado, llevando en la mano su cetro de oro. Delante, los heraldos, mostraban en alto dos mazas que indicaban al pueblo la presencia del *tecatecutli*. Los sacerdotes lo ayudaron a subir las ciento catorce gradas del templo, sosteniéndolo por los brazos, y, al llegar a la última plataforma, entró en un adoratorio y cayó de rodillas, solo, ante sus dioses amenazados.

Mientras Moctezuma se entregaba a la oración, Cortés y sus capitanes habían salido a caballo del palacio de Axayácatl, seguidos de numerosos caciques, tomando la

calzada que partía del templo mayor de Tenochtitlán para desembocar en el mercado de Tlaltelolco.

La plaza, "era tan grande —escribe Cortés— como dos veces la de la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo".

En primer término, estaba la calle de los mercaderes de joyas, tocados y mosaicos de plumería. Dos guerreros jóvenes, recién llegados de una lejana expedición, se probaban enormes penachos de pluma. Un vendedor, sentado en cuclillas, sostenía el espejo de obsidiana, y su compañero, de pie, trataba de ajustar al rostro del soldado la máscara oscura de una calavera. Allí se vendían collares de oro y de jade, brazaletes, pectorales, bezotes y orejeras, escudos incrustados en lapizlázuli, capas de plumas verdes, rojas y azules, insignias, máscaras, juguetes, piezas de oro y plata, salidas en su mayoría del gremio de orfebres de Atzcapotzalco. A continuación se ordenaban los tejidos, "de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad"; huaraches de Tenayucan, mantos y huipiles.

De aves, menciona Cortés gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos Algunas se vendían vivas, y de otras sólo las pieles con las plumas, la cabeza, el pico y las uñas. En el apartado de la caza, se veían armadillos, iguanas, perrillos de la tierra, que criaban castrados para comer, venados, conejos y liebres, pues la carne, por ausencia de toda suerte de ganados, no figuraba destacadamente en la dieta del mexicano.

Los pescados de mar, entonces como hoy, eran plato de rico, pero las lagunas proporcionaban en abundancia ajolotes, ranas, pececillos que se ofrecían envueltos en hojas de maíz y, sobre todo, los huevos de ciertos moscos depositados a millones en la superficie del agua y que eran y son todavía el caviar del pueblo. Bernal recuerda "que se

vendían [en forma] de panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna —ignoraba su verdadera naturaleza— y que tienen un sabor a manera de queso". No faltaban en este capítulo empanadas de ave y de pescado ni tortillas de huevos en todo parecidas a las clásicas tortillas españolas.

Muchas de las verduras anotadas —cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas, cardos y tangarninas— seguramente faltaban en Tlaltelolco, pero en cambio se le olvidó al cronista mencionar los globos rojos y traslúcidos del jitomate, omisión que suple con largueza lo que se echó de más en la cuenta de las verduras autóctonas.

Es pobre la referencia a las frutas. Por su semejanza, los capulines se toman por cerezas, y nuestras agrias ciruelas de poca carne y mucho hueso, por las carnosas y dulcísimas ciruelas europeas, quedando excluidas las familias próceres de las zapotáceas y las anonáceas, tan pródigas en zapotes de todos colores y en anonas, chirimoyas y guanábanas rebosantes de mieles delicadas. Carlos V tampoco conoció la existencia —por lo demás, no debía interesarle gran cosa— de las pitahayas y de los mameyes de pulpa escarlata.

¿Y qué decir de la loza en tierra de alfareros? Las vajillas de Cholula pintadas en rojo y negro, las ollas, vasijas, hornillos e incensarios, los idolillos y la multitud de piezas que llenan los museos, a millares se hacinaban en Tlaltelolco.

El maíz, el grano sagrado, era la principal mercancía. El rojo y el negro, el azul y el amarillo, se vendían ya desgranados sobre los petates, y los compradores hundían las manos en las pilas, dejándolos caer después suavemente como si fueran cuentas de jade. Se ofrecían también elotes, mostrando sus granos repletos de leche azucarada entre las hojas verdes de su capuz, y elotes cocidos, tamales, y los frágiles discos de las tortillas se vendían en sus *tompiates*, finamente tejidos, cubiertos con paños blanquísimos. El cacao, el frijol, la fina semilla de la chía y la leve, crujiente, sal, componían el cuadro esencial en la alimentación del mexicano.

En Tlaltelolco, como en Tlaxcala antes, los ojos de Cortés descubren establecimientos donde los barberos con sus navajas de obsidiana afeitaban las cabezas de sus clientes, y por primera vez en el Nuevo Mundo, casas donde se da de comer y beber —por un precio. Los pintores —muchas de las casas y los templos estaban cubiertas de frescos— acudían al mercado a comprar sus colores y sus pinceles. Allí también se adquiría el papel de que se valían los pintores reales, los sacerdotes y los administradores de la tribu.

Abundaban los herbolarios, mitad farmacéuticos, mitad hechiceros, con su interminable arsenal de hierbas medicinales, ungüentos, emplastos, colibríes disecados, amuletos y medicinas preparadas.

Un amplio espacio estaba destinado a los esclavos. Hombres y mujeres de distintas regiones yacían en el suelo o se mostraban de pie, sujetos por colleras, "como traen los portugueses —recuerda Bernal— a los negros de Guinea". Los que se ofrecían libremente para no sufrir hambre o desamparo, esperaban resignados la llegada de algún comprador. Los tratantes ponderaban la mercancía, golpeando rudamente los brazos y las piernas de los prisioneros, mientras un grupo de señores asistía a la prueba, aspirando el perfume de sus flores.

Al inmenso mercado concurrían, en fin, pintores de Tezcoco, zapateros de Tenayucan, cazadores de Xilotepec, pescadores de Cuitláhuac, fruteros de los países tropicales, fabricantes de esteras y bancos de Cuauhtitlán, floristas de Xochimilco, vendedores de maderas labradas, de tabaco y vainilla.

Los mercaderes volvían de sus largos viajes trayendo jades, piezas de tecali y de cristal de roca; Oaxaca daba los tintes del añil y de la cochinilla; Guatemala, los mejores granos de cacao; las regiones mineras, el cobre, el

hierro, el oro y la plata; preciosas flores venían de Cuernavaca, Michoacán y Veracruz; millares de pequeños telares en todos los lugares del Imperio, cazadores de pájaros, labradores y oscuros artesanos trabajaban y se afanaban a diario por tener siempre abastecido el bullicioso Tlaltelolco.

El muro de serpientes, contiguo al mercado, delimitaba el recinto sagrado del templo, manteniéndolo apartado de las contaminaciones profanas del mundo exterior. En un patio cubierto de losas blancas y pulidas, varios niños cantaban a coro las estrofas de un himno, bajo la dirección de su maestro. Eran los futuros religiosos, hijos de nobles o de guerreros que desde muy pequeños ingresaban en el seminario, llevando una vida austera de estudios y mortificaciones. Tenían las orejas traspasadas por espinas de maguey y en sus ojos oscuros —tan dulces en los niños indígenas— se advertía la dureza y el rigor a que estaban sometidos.

Las habitaciones del clero, los corredores que hacían las veces de claustros, las salas de estudio, los recintos donde se guardaban los libros del ritual, los calendarios y los cálculos astronómicos, formaban un verdadero laberinto dentro del perímetro sagrado, capaz, según Cortés, de contener una villa de quinientos vecinos. Los sacerdotes, vestidos de negras túnicas y mostrando los largos cabellos amasados con sangre, habían salido a los corredores y miraban extrañados a los dioses intrusos.

Al llegar a la escalinata del templo, seis sacerdotes y dos nobles enviados por Moctezuma trataron de tomar a Cortés para ayudarlo a subir, según era la costumbre, pero el capitán rechazó la ayuda y emprendió la difícil ascensión, rodeado de los suyos. En la cima, Moctezuma salió a recibirle, diciéndole:

"Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo."

Cortés, conteniendo la agitada respiración, respondió sonriente que nada era capaz de fatigar a los españoles.

Moctezuma lo tomó entonces de la mano y, desviándolo de los adoratorios, lo condujo al borde de la alta plataforma:

"Mira, Malinche, nuestra ciudad" —exclamó sin mostrar orgullo.

Un espíritu infantil, ansioso de identificar pormenores, prevalece en nosotros cuando se nos ofrece un panorama. Lo disperso y fragmentario se revela entonces lleno de coherencia y las formas cobran un nuevo sentido. Bernal se encuentra en esa placentera disposición de ánimo. Sus ojos infantiles abarcan, golosos, el conjunto.

Sobre el agua resaltan las tres rectas calzadas que unían a Tenochtitlán con tierra firme. La del norte, muy clara, con sus puentes, llega hasta la plaza de Tlaltelolco. La del sur, como una línea blanca, va a morir en el confuso caserío de Ixtapalapa. Por ella entraron en la ciudad hacía cuatro días. La del oeste, que liga la ciudad con el señorío de Tacuba, no tiene para ellos ningún recuerdo, no la han recorrido todavía.

El caño que conducía el agua dulce salía de la espesa arboleda del bosque de Chapultepec, alcanzando el centro de Tenochtitlán, y hasta podían verse las canoas en su extremo con los rojos cántaros para repartirla después, de casa en casa.

En la diáfana atmósfera se distinguen con rigor los puentes que dan acceso a los palacios, la cinta de los canales penetrando en los huertos, la multitud de canoas que surcan el lago dejando a su paso una fina raya de plata en el azul cobalto del lago; el templo mayor de Tenochtitlán, con sus gradas manchadas de sangre, y el cuadrado palacio de Axayácatl, donde ellos se alojan, abierto como un respiro, entre las torres y las empinadas pirámides.

A esa distancia, la impresión entomológica de la vida se acentúa. Los tamemes llevando en la cabeza el rollo de petates, la activa muchedumbre del mercado, los penachos y las capas de los guerreros, dan la impresión de ser hormigas atareadas o insectos revestidos de brillantes caparazones. "Sólo el rumor y el zumbido de las voces —resume

Bernal— sonaba más que de una legua y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes y en Constantinopla y en toda Italia y Roma y dijeron que plaza tan bien compensada y llena de tanta gente no la habían visto."

Cortés no podía entregarse por entero a la contemplación de la ciudad. Observaba el radioso panorama desde la misma casa del demonio que señoreaba el valle de Anáhuac. Mientras él era un huésped esforzado, un intruso que debía solicitar autorización para visitar el templo, el pueblo creía en aquel diablo enemigo de su dios, y Moctezuma, a pesar de sus melosas frases de vasallaje, ciegamente obedecía y adoraba a Huitzilopochtli. La vista de las piedras del sacrificio, el olor de los corazones que ardían en vasos de piedra y la presencia de los sacerdotes lo ponían fuera de sí. Volviéndose a fray Bartolomé de Olmedo, le consulta:

—Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Moctezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia.

Fray Bartolomé no era del mismo parecer. En ese momento resultaba inconveniente hablar sobre el asunto, tanto más que Moctezuma no parecía dispuesto a conceder nada semejante.

Cortés, ante la negativa del fraile, tuvo que abandonar su proyecto. Apartando la mirada del paisaje, le dice a Moctezuma valiéndose de los intérpretes:

—Muy gran señor es vuestra merced y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades; lo que os pido por merced, que pues que estamos aquí, en este vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teules.

Moctezuma respondió que debía consultarlo con sus sacerdotes y, desapareciendo por una puertecilla, volvió a poco, señalándoles él mismo la entrada a los adoratorios.

En la penumbra del recinto, sobre un altar y en medio de labradas maderas se alzaba la gigantesca imagen de

Huitzilipochtli, el colibrí hechicero, dios de la guerra y dios tutelar de Tenochtitlán, sosteniendo en una mano el arco y en la otra las flechas que simbolizaban su jerarquía. "Tenía la cara y rostro —escribe asustado Bernal— muy anchos y los ojos disformes y espantables." Su cuerpo era una montaña de perlas, jades y piedras preciosas y lo adornaba un collar hecho de cabezas y corazones de oro y plata. A su lado, un ídolo pequeño le ofrecía una lanza y una rodela esmaltada de oro y pedrería.

En el oratorio contiguo se rendía culto al dios Tezcatlipoca, el espejo humeante, dios tutelar del panteón y principal dios de Tezcoco. Los ojos de obsidiana refulgían en su negro cuerpo reflejando la luz de la mañana. La figura del dios cojo estaba formada con cereales y sangre, oro y piedras, sagrada anatomía, donde se operaban las funciones de la tierra y del hombre. A un lado estaba el *huehuetl*, el enorme tambor sagrado que convocaba al pueblo en los grandes acontecimientos; por los rincones se veían cuchillos de pedernal, chirimías, flautas, caracoles, incensarios y todos los extraños objetos del complicadísimo ritual indígena. Frente a Tezcatlipoca, como ante Huitzilopochtli, ardían corazones, y los brazos y las cabezas de indios recién sacrificados salían de cestos rebosantes de humanos despojos.

Los españoles, no pudiendo soportar el olor de la carne descompuesta, se apresuraron a salir al aire libre. Cortés, encubriendo la ira con una sonrisa, le dice al monarca:

—"Señor Moctezuma, no sé cómo un tan gran señor y sabio varón como es vuestra merced, no haya colegido en su pensamiento que estos vuestros ídolos dioses no son sino cosas malas, llamadas diablos, y para que vuestra merced lo sepa y todos sus *papas* lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz y donde está Huitzilopochtli una imagen de Nuestra Señora y veréis el temor de estos ídolos que os tienen engañados."

Los sacerdotes daban señales de indignación. Mocte-

zuma respondió enojado: —Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. A ellos los tenemos por muy buenos y nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos; y tenémoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se digan otras palabras en su deshonor."

Moctezuma, por primera vez, había perdido su habitual compostura. A pesar de su debilidad, él no podía tolerar que se burlaran de sus dioses en el templo erigido en su honor, en el mismo ambiente de misterio sagrado que ellos creaban. Cortés comprendió que había ido demasiado lejos esta vez y se apresuró a despedirse, poniendo buena cara: "Hora es ya, señor Mocteuma, que vuestra merced y nosotros nos vayamos."

Bien estaba. Ellos podían irse, pero él se quedaría en el templo, tratando con rezos y sacrificios de desagraviar a los dioses por la grave falta cometida.

El extremeño, corrido, adelantó una excusa: —"Pues que así es, perdone señor" y se dispuso a iniciar el descenso de los ciento catorce escalones del templo.

Aquella noche, la visita a la casa del demonio les costó a todos tener adoloridas las piernas.

La corte y la calle

Bernal hace este retrato de Moctezuma: era de edad hasta de cuarenta años, de buena estatura, bien proporcionado, cenceño y de pocas carnes. El color lo tenía no muy moreno sino del color y matiz propios de los indios y las barbas ralas, prietas y bien puestas. El pelo apenas le cubría las orejas. Era de alegre rostro, algo largo; los ojos de buena manera y su mirada mostraba amor y gravedad, según las circunstancias.

Aparece muy pulido y limpio, pues se baña todos los días, en la tarde, y las ropas que gasta una vez, no vuelve a emplearlas nunca. Dos mujeres de la nobleza son sus

esposas legítimas, pero tiene en su mismo palacio un serrallo abastecido con muchas mujeres, hijas de señores, y cuando usa de ellas lo hace tan secretamente, que no lo alcanzan a saber sino algunos de sus más allegados servidores.

Moctezuma, como el Gran Kan para Marco Polo, representa la imagen de la felicidad humana. Está lejos de ser un gran guerrero, pero es sin duda tan generoso como el señor de los mongoles supo serlo con los mercaderes venecianos. Cortés, ante una nueva muestra de cortesía, le dice: "Señor Moctezuma: siempre tiene por costumbre echarnos un cargo sobre otro en hacernos cada día mercedes." Ni aun en los días de su prisión deja de hacer regalos a los últimos soldados, y cuando descubre que los españoles han tomado el tesoro de su padre Axayácatl, oculto en el palacio que él mismo les había dado por alojamiento, no muestra enojo, apresurándose a decir que lo disfruten libremente.

Por lo demás, la corte de Moctezuma no se diferencia mucho de las cortes de otros poderosos de la tierra. La distingue, sí, un toque oriental, un ambiente árabe que para los españoles representa la idea del mundo exótico por excelencia. No bien amanece, seiscientos señores acuden a su palacio y allí se pasan el día entero, sentados o discurriendo por los corredores, comiendo y bebiendo, sin entrar a los aposentos del monarca si no son llamados expresamente a su presencia. Los servidores y acompañantes de estos cortesanos llenan dos o tres inmensos patios y las calles contiguas. La guardia personal de Moctezuma se compone de doscientos nobles. Ni los cortesanos, ni la guardia, ni los grandes señores que vienen de lejanas tierras entran a la audiencia con sus trajes de gala. Deben vestir pobres y limpias ropas, ir descalzos, los ojos puestos en tierra y hacer tres profundas reverencias al mismo tiempo que exclaman: *"Señor, mi Señor, mi gran Señor."* Moctezuma los despacha con pocas palabras y dejan la sala de espaldas sin levantar los ojos del suelo.

Moctezuma come en una vasta sala muy bien esterada. Durante el invierno o en los días fríos, encienden hogueras de maderas perfumadas, y para mitigar el calor, colocan entre el fuego y el monarca un biombo dorado, labrado con las figuras de sus ídolos. Para sentarse se vale de una almohadilla de cuero y antes de comer, cuatro hermosas mujeres le sirven agua en una jofaina, con que se lava las manos.

La comida, en sí, es una mezcla de derroche oriental y de austeridad ejercida a la manera de los antiguos patriarcas. Las mismas cuatro mujeres, según Bernal —Cortés habla de cuatrocientos mancebos— atienden el servicio de la mesa.

La loza es de Cholula y las fuentes llevan unos braseros chicos debajo "porque no se enfríen". En el diario menú figuran gallinas, pavos o gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, pecarí o puerco de la tierra, pajaritos de caña, palomas, liebres, conejos, tortillas de huevos en platos cubiertos con unos paños, y en vez de pan, come unos bollos largos amasados con sustancias desconocidas y tortillas recién hechas. Bernal, a quien debemos esta relación, no menciona pescado alguno, aunque sabemos que sus correos se lo llevaban de Veracruz en pocas horas y que en uno de sus palacios tenía estanques de agua salada y de agua dulce bien abastecidos de toda clase de peces.

Los coperos escancian, en copas de oro, cacao batido en agua y perfumado con vainilla, única bebida que gusta el emperador. Al terminar la comida y después de haberse lavado las manos nuevamente, toma una pipa dorada de las tres que le ponían en la mesa y preparadas con tabaco y liquidámbar, fuma un poco y "con ello se adormía".

Lo acompañan a la mesa cuatro señores ancianos, deudos suyos o funcionarios importantes. Como una gran merced de vez en vez acostumbra dar a uno de ellos su plato predilecto y el viejo lo toma haciendo "mucho acato" y sin mirarle a la cara. En ocasiones, sus músicos y cantores

lo entretienen refiriendo historias guerreras a las que era muy afecto y no faltan los bufones que dicen gracias, ni los saltimbanquis que hacen toda clase de suertes y cabriolas.

Moctezuma habitualmente reside en un palacio llamado Tecpan, pero posee dos más en la ciudad y otro campestre en el bosque de Chapultepec. El Tecpan, cercano al templo mayor, es un extenso edificio de veinte puertas, cien aposentos y un patio central con una fuente abastecida por el caño de agua que viene de Chapultepec.[1] El segundo palacio, vecino al Tecpan, se llama Tliyaucalco o casa denegrida por tener unos aposentos oscuros a los que Moctezuma se retira cuando debe consultar a los dioses sobre algún asunto grave o cuando —la nota melancólica imprescindible del azteca— lo invade la tristeza. El tercero es el palacio de Axayácatl con su tesoro intocado que cedió Moctezuma a los españoles y en el que habría de morir siendo prisionero de sus huéspedes.

La hacienda pública está a cargo de un mayordomo mayor que lleva el estado de las cuentas y tributos en libros hechos de papel de maguey. Los españoles intiman luego con el mayordomo, al que le ponen —no sabemos por qué causa— el nombre de Tapia. Estos registros de la economía del Imperio serían conocidos de Cortés antes de la caída de Tenochtitlán y durante mucho tiempo se valdrían de ellos para saber con precisión lo que tributaban las diferentes provincias sujetas a Moctezuma.

La armería, en un estado militarista tiene gran importancia. Moctezuma dispone de dos edificios en que se guardan rodelas esmaltadas y adornadas con plumas, macanas erizadas de filosos cuchillos de obsidiana, lanzas, mayores que las españolas, arcos y flechas, ondas y piedras, armaduras acolchadas de algodón, cascos, capacetes y las insignias y penachos que los capitanes usan en sus guerras.

Entre las rarezas que ofrece Tenochtitlán llama poderosamente la atención de los españoles la existencia de verdaderos parques zoológicos y de jardines botánicos des-

[1] Antonio de León y Gama.

conocidos en Europa. Moctezuma, en los últimos años de su reinado, había renunciado a las expediciones militares y apenas salía de sus palacios. Visitaba con frecuencia el templo mayor, situado cerca de su residencia; salía a cazar al bosque de Chapultepec y, muy de tarde en tarde, se aventuraba hasta Cuernavaca, donde poseía extensos jardines tropicales. ¿A qué fatigarse emprendiendo largos viajes si podía tener al alcance de su mano cuanto objeto extraordinario se ofreciera en su reino? Todo lo que ocurría en una inmensa región que por el sur se extendía hasta Guatemala y por el norte hasta los llanos desérticos de Sonora, comprendiendo los dos océanos, le era conocido a través de los mercaderes y de sus correos y no había pájaro, flor, joya o fruto de raras cualidades que no se apresuraran a llevárselo.

Este sistema permitió a Moctezuma acumular un número increíble de ejemplares de la fauna y la flora nativas de México. Se interesaba también por muy variados fenómenos, y lo que verdaderamente no podía adquirir o aclimatar en Tenochtitlán lo tenía dibujado por sus pintores, reproducido en oro o en preciosos materiales a semejanza del último inca en el remotísimo Perú.

Un palacio de jaspes y mármoles de Puebla, con sus acostumbrados miradores y terrazas, está destinado a las aves. Hay allí papagayos, faisanes y colibríes, tórtolas, zenzontles y quetzales de plumaje de esmeralda. Las aves de cetrería, águilas reales y cernícalos, descansan bajo sus redes, mirando a los visitantes con sus redondos y feroces ojos amarillos. Las aves marinas tienen sus estanques de agua salada y las de los ríos y lagos, sus albercas de agua dulce. A las aves carniceras les dan de comer gallinas, y a cada especie su alimento adecuado.

En otro palacio se encuentran las serpientes, las bestias feroces y los singulares representantes de nuestra fauna, el oso hormiguero, el pecarí, el perro sin pelo y sin voz, el chacal y la danta.

Algunos aposentos del palacio de Moctezuma están

adornados con frescos; el suelo, de losas o de estuco, cubierto con esteras de palma o tapetes de algodón. En nichos y en altares se admiran las estatuas de sus dioses y los objetos de arte que abundan en los palacios. Los escudos de armas, los doseles de plumas y las insignias son los únicos objetos que dulcifican la aspereza de aquellas moradas carentes de puertas y ventanas, pues todavía no se han inventado los cerrojos *en gracia de la seguridad*. En las casas de los pobres viven hacinados muchos familiares, bien porque no hubiera en Tenochtitlán suficiente número de habitaciones, bien porque la herencia no se dividía, lo que obligaba a los hermanos y aun a los sobrinos a permanecer unidos bajo el mismo techo.

Los aztecas desconocen el uso de las sillas. Por amor a la tierra se sientan en el suelo, a la manera oriental, sobre una estera, y rara vez en bancos pequeños. En lugar de camas, la gente humilde acostumbra usar montones de paja o petates, y los ricos, mantas de algodón y edredones de pluma. Para dormir, descansan la cabeza, como los japoneses, en piedras o en maderas pulidas. De noche se alumbran con antorchas, aunque abunda la cera y saben producir diversas clases de aceites.

Los aztecas habían organizado su vida en función del exterior. Los aposentos, los muebles, el decorado, son para ellos cuestiones secundarias. Aun los palacios valen por sus jardines, pues el náhuatl huye de las habitaciones estrechas y oscuras y prefiere vivir y trabajar en la calle, al amparo del cielo, bañado por el claro sol de la meseta o, cuando mucho, buscando el cobijo de un árbol.

La calle, pues, es en Tenochtitlán el taller del artesano, la escuela, el templo y el mercado. Cerca de la entrada, la niña juega con su pequeña rueca, y el niño con su espada diminuta. En el fondo de la abierta casa se alcanza a vislumbrar la figura de la mujer sentada en el suelo, haciendo las tortillas. En otra casa donde se celebra el aniversario de un nacimiento, los músicos, cubiertos de guirnaldas de flores, tocan caracoles, flautas y teponaxtles. En

el patio, el viento mece la imagen del dios pintada en su papel amarillento.

Las grandes plazas ofrecen siempre suntuosos espectáculos. Ante todo, el del templo, organismo de rica simplicidad que recoge los menores ecos de la existencia de la tribu. Entre las severas alfardas, trepan los empinados escalones de las escalinatas gemelas. Los frisos pintados, los entablamentos de labrada cantería, señalan la disposición de los planos en terrazas. Sobre este escenario se despliega el ritual indígena. Las procesiones ascienden lentas, mientras en la plaza agítanse los penachos y las joyas de los danzantes; los sacrificios celébranse de preferencia a la hora del amanecer, cuando el sacerdote levanta en su puño el corazón de la víctima mostrándolo al redondo y rojo sol que brota de las montañas azules. Por la tarde cae el ruido isócrono del teponaxtle sobre el silencio de la ciudad. Una barca se desliza solitaria en el agua. El sacerdote trepa como un pájaro negro por las escalinatas del templo mayor. Los colores de los frescos y de las cordilleras van desvaneciéndose y en los adoratorios arden los fuegos sagrados que se reflejan en la oscura superficie del lago.

En un extremo de la plaza el gentío se agolpa siguiendo ansioso las vicisitudes de un sacrificio gladiatorio. El prisionero, casi desnudo, atado a una columna, se defiende con una macana de madera de los golpes que le asesta un soldado azteca armado de una maza. Más allá, en la espaciosa pista de juego de pelota, dos jóvenes corren tras una bola de hule, procurando con rara habilidad hacerla pasar por los dos anillos de piedra sujetos a las paredes de la cancha.

Los españoles están acostumbrados a presenciar el desfile de sus imágenes sagradas llevadas en andas por la ciudad, pero en Tenochtitlán tienen ocasión de ver el asombroso espectáculo de un dios vivo que anda por las calles despertando devotos entusiasmos. Tienen la costumbre los aztecas de elegir a un hermoso mancebo para que durante un año represente a Tezcatlipoca, el dios del espejo humeante en la frente. El joven, ataviado con las insignias de la deidad, va por Tenochtitlán seguido de sacerdotes y pajes, tocando su flauta. Los hombres se arrodillan a su paso y las mujeres le obsequian ofrendas, postradas en tierra.

La calavera, el símbolo por excelencia de la muerte, es visible en todas partes. Un rimero de cráneos de los enemigos muertos en la guerra se levanta en el centro de la plaza, como un gigantesco túmulo funerario.

Los artesanos trabajan a la vista de los curiosos. El alfarero saca del torno la redonda vasija, los orfebres labran una pieza de jade o soplan con largas pajas en el crisol donde se funde una máscara de oro. Las telas de algodón recién teñidas, puestas en unas cuerdas, forman un rectángulo de colores simples, dentro del cual, sentados en cuclillas, dos pintores dibujan la huella de unos pies desnudos, con que se representan los caminos en los códices. En un cobertizo, unos absortos artífices pegan las plumas de un vistoso mosaico, y más allá, sobre una terraza, un escultor redondea los colmillos de una gigantesca cabeza de serpiente.

Por otro lado, las calles de Tenochtitlán ofrecen la escena de un carnaval que desfilara ininterrumpidamente. El náhuatl, como antes el teotihuacano y el maya, ama con frenesí los plumajes, los colores brillantes y los tocados barrocos. Este hombre menudito, tan parecido a sus semejantes que sólo la edad logra establecer entre ellos diferencias apreciables, gusta de transformarse en un ser originalísimo.

El rostro de los nobles casi desaparece bajo el penacho de plumas o el inmenso casco que finge la cara de un monstruoso demonio. Los soldados llevan a la espalda, como los ángeles sus alas, la historia de sus hazañas guerreras. La insignia ondea semejante a una bandera, y el airón de plumas brilla en el aire y se destaca entre la muchedumbre, proclamando el valor de su dueño.

Los nobles pertenecientes a las órdenes militares se cubren con pieles de águilas o tigres, y con trabajo dejan ver sus ojos endurecidos entre el corvo pico o las abiertas fauces de sus armaduras. Otros se visten las pieles completas de los enemigos que han dado muerte en el combate, y las colgantes manos las llevan a un lado de los brazos.

Se ocultan las orejas bajo flores de oro; la nariguera ritual de jade, cristal de roca o concha, da a la nariz el aspecto de una rara joya, en tanto que el bezote, fijado en una incisión abierta debajo del labio inferior, se adelanta en una diminuta figura recamada.

Es grande la variedad de tocados. Con frecuencia los aztecas peinaban en alto sus cabellos, sujetándolos arriba con una apretada cinta. Los señores usaban un listón de color en la cabeza, terminado en una punta que se erguía sobre la frente. Aun los esclavos, los últimos macehuales, sujetaban sus lacios cabellos con una cinta o con cordones entrelazados de diversos colores. Otras veces, la cinta de la cabeza caía hacia atrás, como un paño de sol o el penacho de pelo se cubría con una joya erizada de plumas. También era costumbre llevar un turbante pequeño del que se desprendían dos bandas bordadas que enmarcaban el grave rostro de algún elevado funcionario civil.

El vestido se reducía al taparrabo —llamado *maxtle* en náhuatl—, sandalias y una manta sujeta a la espalda por un vistoso nudo. Los nobles andaban por las calles aspirando el perfume de una flor o llevando en la mano un mosquitero de plumas. Por su parte, los códices nos han dejado la figura estilizada del alto funcionario azteca, sentado en la fina esterilla, con las piernas recogidas y envuelto en su blanco manto, del que sólo se destaca el gran lazo anudado al cuello. El señor, a diferencia del guerrero y del sacerdote, gustaba realzar la dignidad de su jerarquía con la absoluta sencillez del tocado.

Los afeites desempeñaban una función distinta de la que desempeñan en nuestros días. No se usaban para

acentuar los rasgos del rostro, sino para transformarlo en una máscara llena de sugerencias plásticas. El color de la piel, la forma de la nariz y de la boca, carecían de importancia. El modo supremo de belleza era la máscara que cubría el rostro de los dioses y los dibujos y los signos mágicos con que se los representaba.

Si una mujer nacía fea o bonita —como hoy entendemos estos conceptos— no tiene el azteca que preocuparse por ello. El tatuaje y la pintura dan al rostro el sentido y la expresión reclamados por el gusto reinante. Basta que una mujer divida su cara con una caprichosa línea negra, que enmarque los ojos, la nariz y la boca y luego adorne con finos tatuajes rojos las mejillas y la barba, para quedar transformada. Lo que puede hacer un pincel imaginativo y abundantes colores sobre un rostro humano está más allá de todo cálculo.

El artesano azteca, que no deja de poner un toque delicado y original en el menor objeto salido de sus manos, reserva para sí mismo y para su mujer los más profundos poderes de la imaginación. Después de todo, él no vive cerca de un rostro que le imponen las circunstancias, sino de unos rasgos brotados de su fantasía.

Diego Rivera, que pintó en su extraordinario mural de Tlaltelolco algunas muestras notables del uso de los afeites, nos ha dejado también la figura de una cortesana. Se cubre con una túnica blanca adornada con vivos rojos, sobre la que brilla un collar de piedras rojas y blancas. Un ramo corona sus negros y sueltos cabellos; en la mano izquierda sostiene una encendida orquídea, y con la derecha se levanta la túnica mostrando a los embelesados circunstantes una de sus finas piernas, enjoyada debajo de la rodilla con una ajorca de oro de la que cuelgan graciosos cascabeles. Pero, sin duda, no es su pierna la que provoca la lujuria de los concurrentes al mercado, sino los tatuajes que la cubren. Por descubrir todos sus arabescos, el guerrero ofrece un brazo recién cortado, el viejo cacique, su cetro de mando, el joven campesino, un gordo pavo, y un

niño, más que el pobre caracol que lleva en la mano, el deseo que revelan sus ojos de adolescente.

Esta vida tan rica en matices, deslumbradora y extraña como una bandada de pájaros tropicales, se halla sujeta a la tierra por una invisible raíz. Hay ternura y gracia en el modo de sentarse, en la forma de caminar. Se ofrece una flor o una mazorca como una ofrenda preciosa. El fruto va del barbecho a la boca, sin perder su aroma vegetal. De tierra son ellos, de tierra su cerámica. Los pájaros andan por las techumbres y los perros no abandonan a su dueño. Se vive en la compañía de la dulzura infantil. El olor salobre del lago, el dulce del incienso, el del maíz y el de la estera, son los olores que prevalecen.

Entre el cielo y la tierra

El azteca no había perdido la memoria de su origen. Moctezuma le había dicho a Cortés en su primer encuentro: "Ni yo ni todos los que en esta tierra habitamos somos naturales de ella, sino extranjeros venidos de partes muy extrañas." Pero no recordaban otra cosa. Durante miles de años toda comunicación con los lugares de su origen se había cortado definitivamente. No quedaba ningún rastro de su existencia anterior en otras islas o en otros continentes.

Habían tenido que inventarlo todo de nuevo: palabras y sentimientos, religión y costumbres, lo que origina la espléndida autonomía de las culturas americanas.

La historia de nuestras comunidades indígenas está llena de misterios. La misma raza, los mismos hombres que cruzaron el estrecho de Behring o los mares del Pacífico, al desparramarse por el continente, toman, por razones desconocidas, rumbos distintos en su manera de enfrentarse con el vida.

No he podido olvidar mi llegada al Callao, la puerta de entrada al mundo de la cultura incaica. Sobre el mar azul volaban en bandadas las gaviotas. Frente a nosotros

se erguían los Andes con su color ocre y mineral, evocando las cordilleras majestuosas de nuestra patria. Después nos internamos en las callejuelas de Cuzco donde, como en los cortes de las rocas, puede advertirse la fusión, el ayuntamiento monstruoso de una edad en que reinaban los peces y otra en que alentaron los dinosaurios. Dos maneras de entender la existencia se ligan allí en la piedra: los enormes sillares de las construcciones incaicas, la vida un poco paleolítica, los muros y los adoratorios del templo de Coricancha sosteniendo las columnas del claustro y las tejas españolas del convento de Santo Domingo.

La fuerza original del Perú descansa en sus reliquias y en su trasmundo indígena. En el recuerdo se borra el perfil criollo de Lima y viven para siempre las telas contemporáneas de Platón, tan brillantes como si acabaran de salir del telar primitivo, la cerámica transparente de Parasca-Nasca, las vasijas chimúes, la manera de cultivar la tierra por medio de andenes y los canales de irrigación incaicos por los que todavía corre el agua.

Con ser el Perú una de las culturas más importantes de América, el mexicano echa de menos el ambiente espiritual propio del azteca. Se extraña la calavera del náhuatl, su seca fuerza religiosa, su horroroso y divino entendimiento del universo, porque entre los incas todo es más suave y menos hosco. El inca tenía bien puestos los pies en la tierra, mientras el azteca andaba flotando en la nube tormentosa de su martirio. O dicho de otra manera: el inca pensaba en sí mismo y en los bienes materiales, en tanto que el azteca era un esclavo delirante de los dioses que había inventado.

El inca había llegado a establecer con sus dioses una relación no demasiado exigente. El azteca, en cambio, pasaba su vida entregado a los numerosos dioses de su panteón sin concederse un momento de respiro. Sus dioses no eran unas fuerzas lejanas capaces de ser conjuradas con una simple fórmula de hechicería, sino unos "inmensos poderes que rondaban estrechamente, dispuestos a des-

truir a toda la tribu si se interrumpía su vigilante observación de la naturaleza".[2] El precio de la libertad, para ese hombre azteca como para el filósofo de California, el eterno dicurseador Guillermo Propter, era la vigilancia eterna.

El bien y el mal no estaban en el nivel estrictamente humano del azteca, sino en el nivel de la divinidad y de allí partían hacia él, haciéndolo feliz o sumiéndolo en la desventura.

Por lo demás, ni el bien tenía su recompensa ni el mal su castigo en una concepción en la que no estaban representados cielo e infierno. Y en ese caso, según exponía el señor Propter, todo individuo es requerido, no sólo de una vigilante buena voluntad, sino también de una vigilante y jamás adormecida inteligencia.

Cabalmente, ésa era la actitud adoptada por el azteca. Con toda su buena voluntad y su jamás adormecida inteligencia, vigilaba las manifestaciones del bien y del mal de que eran sus dioses los únicos dispensadores. Sólo que estos dioses, para hacer más trágico su destino y más extremada su vigilancia, estaban compuestos de una pequeñísima parte de bien y de una gran parte de mal. Extraños dioses eran los suyos. Amigos, pocas veces; enemigos siempre. Enemigos terriblemente activos y poderosos a quienes no parecían suficientes dádivas ni oraciones; vengativos seres que estaban planeando siempre la destrucción del hombre y de su mundo.

La cosmogonía del azteca —su pasado y su presente— se dividía en cinco edades, simbolizadas por cinco soles. Representa la primera edad —Cuatro Ocelotl— el dios Tezcatlipoca convertido en sol. Los hombres y los gigantes que poblaban la tierra fueron devorados por hambrientos jaguares. Preside la segunda edad —Cuatro Viento— el sol Quetzalcóatl. Esta vez los terremotos destruyen el mundo y los hombres se convierten en monos. Tláloc —Cuatro Lluvia— es el tercer sol. Un diluvio de fuego extingue la vida de ese nuevo periodo. Preside el cuarto —Cuatro

[2] George C. Vaillant.

Agua— nuestra señora de la falda de turquesas, Chalchihuitlicue. De su falda brota la inundación que cubrió el planeta transformando a los hombres en peces. La última edad, la presente, está bajo el dominio del sol Tonatiuh —Cuatro Terremoto— y había de hundirse también por terremotos y temblores.

En realidad, su concepción del universo difiere de la nuestra en un diferente concepto del tiempo. Nosotros vemos las catástrofes pasadas y futuras muy lejanas, como verdaderas curiosidades científicas que no están dentro del tiempo en que vivimos, mientras que para los aztecas estos mismos reales cataclismos estaban aterradoramente cercanos.

Pero no sólo cada edad concluía con una catástrofe. La terminación del siglo azteca, compuesto de cincuenta y dos años, suponía la destrucción de la vida y el inicio de una nueva etapa tan diferente de la anterior como si al iniciarse para nosotros un nuevo siglo tuviéramos que adquirir la figura y llevar la existencia de los habitantes de Marte o de Saturno.

En los últimos cinco días del año que moría —los nefastos días llamados *nemontemi*—, se apagaban los fuegos de los templos y de las casas y se rompían las vasijas y los utensilios de uso doméstico. Una emoción semejante a la que invade a los católicos de las tres de la tarde del Viernes Santo a las diez de la mañana del sábado siguiente pesaba durante cinco días interminables sobre los aztecas. Habían muerto los dioses y había muerto el tiempo. Ante ellos se abría un espacio vacío, estaban en la víspera de una radical transformación de su mundo.

Se toman precauciones incomprensibles en otros pueblos donde no soplara el viento de aquella locura religiosa. A las mujeres preñadas se les encierra en jaulas para que no se conviertan en animales salvajes, y a los niños se les mantiene despiertos, obligándolos a caminar sin descanso para que no se transformen en ratas.

Al caer la tarde del último día, los sacerdotes de los

templos, vestidos con los trajes simbólicos y las insignias de los dioses principales, salían por la calzada que conduce a Ixtapalapa, rumbo al cerro de la Estrella. Extraña representación de dioses vivos cuyos recuerdos perduran en las fiestas de Semana Santa, donde los indios animaban a las figuras de la Pasión. Allí marchaban solemnes el dios del agua, Tláloc, con sus anteojos incrustados y su nariguera ritual; Xipe, el Desollado, cubierto con una piel humana; el temido dios de la guerra, Huitzilopochtli, llevando su penacho de plumas de colibrí; el negro Tezcatlipoca, con su espejo humeante en la frente; Teoyaomiqui, el dios de los guerreros muertos, la lechuza aulladora, graznando bajo su plumaje de ave; Tlazoltéotl, comedora de inmundicias y madre de la tierra, cubierta con su máscara de calaveras, y el coyote, viejo murmurador, el caracol marino, dios de la luna, la serpiente emplumada Quetzalcóatl, el cuchillo de obsidiana grabado, el cocodrilo y la flor de pluma. Detrás de ellos, el pueblo, en ayunas, llorando y lamentando su desgracia, se agolpaba, mientras el *teponaxtle* sagrado, en lo alto del templo mayor, atronaba el aire con su lúgubre sonido.

El cerro de la Estrella, ligado a Ixtapalapa, es un pequeño volcán extinto que irrumpe solitario a la orilla del lago. Los sacerdotes ascendían al adoratorio de la cima, ya de noche. Todos los ojos estaban fijos en el cielo, pues, de acuerdo con sus creencias, si las Pléyades o Aldebarán lograban cruzar el cenit, el mundo continuaría su marcha; pero si la marcha de las estrellas se detenía, como un reloj al que le faltara la cuerda, la catástrofe sobrevendría instantánea y fulminante.

Por mucho tiempo, en la profunda oscuridad, miles de ojos seguían ansiosamente el movimiento casi imperceptible de los astros. Aldebarán parecía no llegar nunca al centro del cielo, y los minutos prolongaban la agonía del pueblo. A la media noche, la estrella ascendía lenta al cenit y navegaba ya en la segunda mitad del firmamento. Un grito de alegría salvaje se escapaba de todos los pechos.

Los sacerdotes prendían nuevamente la hoguera que había ardido de manera continua los últimos cincuenta y dos años, y centenares de corredores, encendiendo sus antorchas en el fuego nuevo, bajaban la falda del cerro, internándose por las calzadas hacia Tenochtitlán. Más tarde, se prendían luminarias en las calles, y en lo alto de los templos crepitaba el fuego. Comidas rituales y sacrificios celebraban la llegada del nuevo siglo. A los alfareros les esperaba un trabajo abrumador: debían reponer las vajillas y los cacharros rotos en los días del *nemontemi*.

Los signos alentadores que hacían prever una larga etapa de tranquilidad para la tribu, no disminuían la vigilancia del azteca. La aurora del día siguiente, con su rojo sol brotando de las montañas, recordaba al hombre que Tonatiuh había logrado vencer a sus enemigos nocturnos por hallarse fortalecido con el preciso e insustituible alimento de la sangre. El más simple descuido, la disminución de los sacrificios, la menor vacilación en la eterna vigilancia se traduciría en su derrota de esa misma noche, y la tierra quedaría envuelta en tinieblas. Tonatiuh no es la única deidad que exige la sangre y la entrega de sus fieles. Los dioses de la guerra, de las cosechas, del agua y el viento, de la primavera y la muerte, los dioses todos, exigían, despiadadamente, a cambio de sus dones, corazones y sangre, oraciones y danzas, templos y prisioneros.

Nosotros hemos establecido cuidadosas limitaciones entre lo sagrado y lo profano. En este tiempo, lo sagrado se reduce a unos pocos lugares y a unos cuantos valores simbólicos bien determinados. Entre los aztecas, por el contrario, lo sagrado lo inundaba todo, dejando pequeñas entidades profanas, como esos islotes que emergen solitarios en medio del mar para hacernos sentir con más fuerza su grandeza.

El universo era interpretado como una perfecta unidad religiosa. El mundo horizontal ligaba la geografía y el clima a la divinidad, y el mundo vertical, dividido en zonas animadas, tenía su relación con las ideas de la jerarquía

y el orden. Tenochtitlán era un intento de realizar en escala gigantesca las concepciones religiosas del náhuatl. Cerca de la tierra, pegado a ella, vivía el hombre de la calle. Las pirámides, con sus terrazas y sus plataformas, van estableciendo zonas ideales a diferentes alturas, y cada una es un paraíso, una latitud, con su clima y su geografía, un estado de la divinidad, hasta la cima del templo donde los dioses alientan, invisibles a los ojos del pueblo.

Estos mundos no son estáticos, sino que están en perpetua lucha. La guerra entre la luz y la oscuridad, el calor y el frío, el norte y el sur, el sol de levante y el sol del poniente, no termina nunca. Aun las estrellas, en este campo de batalla, están agrupadas en ejércitos que triunfan o son derrotados, de acuerdo con un ritmo que el azteca logra sostener mediante su enorme sacrificio.

Xipe, el Desollado, simboliza la primavera vistiéndose con una piel humana que representa el nuevo verdor de la tierra. El símbolo es cruel, pero perfecto. La juventud siempre será la fresca piel que parece recién hecha, y el invierno, nuestra vieja envoltura caduca señalada con las arrugas y las cicatrices del tiempo.

¿Cómo eran estos dioses exigentes y terribles? Cortés y Bernal hablan de ellos con inalterable repugnancia, no sólo porque veían en sus imágenes al mismo demonio, sino porque herían brutalmente un gusto formado en los modelos del Renacimiento europeo. ¿Qué relación guardaban las vírgenes de Rafael con estos monstruos del infierno azteca? Entre los antípodas Apolo y Coatlicue se abría desde el principio una sima que, al parecer, nadie podía salvar.

Tres siglos después, un hombre que no era católico, el barón de Humboldt, hablaba con elogio de los vaciados en yeso que reproduciendo obras clásicas, adornaban el patio de la Academia de San Carlos y, en cambio, aludía a las pocas muestras conocidas de estatuaria azteca como a lamentables productos de una cultura bárbara.

Los colonialistas del siglo XIX no dejaron de referirse,

piadosamente, al arte azteca. Para ellos, los aztecas, esos niños tan amantes de inventar monstruos, eran admirables por la infinita paciencia que demostraron al esculpir, privados de cinceles y martillos de hierro, aquellas feas moles de piedra. El paciente esfuerzo merecía ciertamente otros resultados.

Pero después de cuatro siglos, la sima abierta entre la sensibilidad occidental y la estética de los dioses primitivos se ha llenado. Los artistas revolucionarios de los últimos cincuenta años han abierto el camino para su mejor entendimiento.

Coatlicue, la diosa de la muerte, es la anti-Venus, la contrapartida de las vírgenes de Boticelli y de Rafael, la madre inesperada y antiquísima de Picasso. El pesado, escatológico monolito, simboliza la dualidad del universo azteca. El amor y la muerte —¿no se advierte aquí también un reflejo de la motivación del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl?— se combaten en ella a través de símbolos arbitrarios y precisos. Los anchos pies, armados con garras, sostienen las piernas cortas y deformes. Sobre la falda de serpientes cuelgan los pechos nutricios de la madre. Enlaza el cuello un collar de manos cortadas y corazones, y en lugar de cabeza, un símbolo loco de colmillos y serpientes trunca la estatua, dándole una nueva dimensión. En la doble figura de la diosa sin espalda, destacan dos calaveras. Ese hálito terreno y bárbaro, el turbador conjunto animal, se ve dominado por la fuerte, poderosa, amenazante cara de la muerte. Éste es el amor y ésta es la muerte. Un amor confuso, terriblemente carnal y oscuro, y una muerte que se impone con su majestad amenazadora.

Dos temas dominan al anónimo escultor azteca. La muerte y la serpiente. La muerte en la risa de Cihuapiltzin, la diosa de las mujeres muertas en el parto, y en la risa de Mictecacíhuatl. Ninguna tiene manos, sino garras, y en ellas se advierte la misma pesada, densa, emanación de la tierra

Toda una estética se crea sobre el enroscamiento de la

serpiente. Las había a millares. Serpientes de fuego y serpientes de plumas, dormidas sobre sí mismas, hechas un nudo. o lanzándose al ataque con la lengua bífida amenazante. Cabezas monumentales de serpientes figuran siempre al pie de las escalinatas de los templos, y en Tlaltelolco había un templo cuya puerta era una inmensa cabeza de serpiente que mostraba las fauces abiertas.

El motivo alcanza su culminación en las cabezas colosales de la serpiente de fuego, llamada Xiuhcóatl, que guarda nuestro Museo de Antropología. Los aztecas, como la naturaleza en México, sabían potenciar sus motivos. En estas cabezas, valiéndose de dientes y colmillos, componen una forma plástica de arrebatadora fuerza, que remata un signo constituido por esferas representando a las Pléyades.

De la estatuaria azteca nos sorprende, no sólo su sensación de fuerza segura, sino la manera como entiende lo característico, lo esencial de las formas. Un jaguar echado es para ella el movimiento de un jaguar echado, y la cabeza de una guacamaya, por ejemplo, un puro juego de lo característico, un esquema, una forma desmontada y vuelta a montar en un incomparable acierto plástico.

Lo más representativo del náhuatl está en su escultura, donde no sobra ni falta nada. Una línea de gran austeridad sirve a una poderosa imaginación. Es realista en su apego a la tierra, y conceptual en su manera de interpretar el universo. Su genio estriba en haber sabido plasmar la dualidad de la vida, fundiendo en un estilo novedosísimo lo realista y lo conceptual.

Del hombre azteca también podríamos decir que se encuentra suspendido, como su escultura, entre la tierra y el cielo. En contraste con el encendido ambiente telúrico, que ha creado, y su delirio religioso, están su amor a la tierra y sus virtudes humanas.

Me gusta comparar a Tenochtitlán con una tribu de abejas donde la vida se organiza en beneficio de la colectividad y donde hasta los zánganos representan un papel necesario. Este pueblo sobrio no lucha por la obtención

de la riqueza personal; cultiva la tierra comunalmente y entiende que el bien de uno es el bien del clan y el bien del clan es el de la tribu entera. Su sentido de la solidaridad determina que en Tenochtitlán no se conozcan la traición ni el robo. Sus casas no tenían puertas. Era una ciudad que no conocía las cárceles.

La dureza de su vida dejó intacta su capacidad de ternura. Al derramar el agua sobre la cabeza de los recién nacidos, se imploraba: "Hijo, recibe el agua divina fuera de cuya bebida a nadie se ha concedido vivir, para que lave y extermine tus infortunios, congénitos en ti desde el mismo principio del mundo." Cuando lavaban el cuerpo del niño, decían los magos: "¿En qué parte te escondes, infelicidad? ¿En qué miembro te ocultas? Apártate del niño; hoy en verdad renace por las aguas saludables con que ha sido rociado bajo el imperio de Chalchiutlicue, diosa del mar." Y por último, levantando al niño, invocaban la protección de los dioses: "Óptimo padre de todos, y tú, tierra, madre también de todos, ved aquí que os ofrezco este tierno niño. Recibidlo ambos."

Con este acento, lleno de grave ternura, se dirige siempre el azteca a sus niños. Siente además un gran respeto por los ancianos, y su vida hogareña es un reflejo de la vida de la tribu. Prevalece en ella, ante todo, el sentimiento de la ayuda mutua, el trabajo por el bien común.

A su poesía, la estremece el soplo de la muerte. Ha cantado la naturaleza perecedera de las cosas, pero lejos de creer que todo es correr tras el viento, acepta con valor su destino y trata de cumplir la tarea que le impone la vida comunal con sencillez animosa, sin esperar premios, ni amargarse con la idea de futuros castigos.

A mí no me interesa, esencialmente, la originalidad que puedan tener las concepciones aztecas. Lo conmovedor radica en la fidelidad a un destino. Un pueblo que hizo de la guerra su ocupación primordial, cayó abatido por la espada. Todo se conjuró en un momento contra ellos. Amigos y enemigos se levantaron ayudando a los

teules blancos a destruirlos. Por noventa días, sin agua y sin pan, combatieron sobre sus muertos, y Tenochtitlán fue vencida sólo cuando un escopetazo abatió a los últimos defensores. Hubo necesidad de destruir casa por casa para cercarlos. Al invadir los españoles el reducto de Tlaltelolco encontraron los árboles sin corteza y a las mujeres y a los niños convertidos en espectros. Sin embargo, la tragedia y la gloria del azteca no descansan en la defensa de Tenochtitlán. La verdadera tragedia radica en que este pueblo, que dedicó su existencia a los dioses, se sintió a lo último abandonado por ellos. Murió entonces como había vivido. Los pies hundidos en el fango de la laguna, viendo sobre las ruinas de Tenochtitlán los pedazos de los dioses, el rostro sereno, terrible, poderoso de Coatlicue, la diosa de la tierra. A ella volvió y todavía aguarda su espíritu el renacer de la primavera, que también simboliza la diosa de la falda de serpientes.

XI. MÉXICO: LA TELA DE PENÉLOPE

México es una ciudad en perpetuo estado de transformación. Las manos de sus gentes la hacen y la deshacen como la buena Penélope hacía y deshacía su tela, esperando la llegada de Ulises. De las ruinas de las demoliciones surge siempre un México distinto, una novedad urbana, y es así como nuestra ciudad cumple su función de adaptarse al discurrir del tiempo. Ciudad esencialmente dinámica, llena de juventud y de impulsos creadores, vuelta de cara al porvenir, quizá por ello no es afecta a conservar las reliquias de su pasado.

Las primeras manos que edificaron Tenochtitlán fueron manos oscuras. Manos de indios. La sacaron de la nada, es decir, la hicieron brotar de las aguas amargas del antiguo lago.

Se edificó sobre un símbolo: el heráldico del nopal que sustentaba una águila devorando a la serpiente. Es el árbol genealógico de la ciudad, el escudo de México, su único blasón en más de un sentido. Guió a Tenoch en una

peregrinación sin itinerario posible, que se prolongó siglos enteros, y continúa atrayendo como un imán a los mexicanos de los cuatro puntos cardinales. Es hoy, en mayor medida que nunca, un signo de convergencia, una fuerza catalizadora un gran moldeador de la conciencia nacional.

Tenochtitlán no murió de muerte natural sino violentamente, por la espada, único final digno de una ciudad guerrera. Cayó cuando se hizo prisionero a Cuauhtémoc, que era su rey y su sacerdote supremo. La gritería que se escuchó, ininterrumpida durante los días del sitio, cesó de improviso y, por primera vez en la historia, se hizo un espantoso silencio.

Después, la metrópoli azteca fue arrasada, destruida, al grado de no quedar un templo de pie, ni un palacio, ni un ídolo. Los mutilados dioses, las columnas, los preciosos bajorrelieves se hundieron en el fango de la laguna y formaron los cimientos de las nuevas casas que se levantaban sobre su cuerpo muerto.

En tierra india hace su aparición, súbitamente, una urbe que es española, de los pies a la cabeza. Motolinía, uno de los testigos de esta milagrosa aparición, recuerda "que los primeros años andaba más gente en ella que en la ciudad de Jerusalén". No se podía andar por las calles a causa de la muchedumbre de indios que las invadían al mismo tiempo que cantaban. "Y en las obras, a unos tomaban las vigas, otros caían de lo alto, a otros tomaban debajo de los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra." Este animado cuadro de hombres precipitándose de los andamios, o muriendo aplastados por los derrumbes, ilustra de manera clarísima el fervor constructivo que distinguía al nuevo poblador.

La traza de la ciudad obedece al espíritu de orden que priva en el Renacimiento. En el centro del tablero, el ancho cuadro de la Plaza Mayor, "a propósito para las fiestas a caballo y otras": la caballería se asegura en esta forma su palenque y su liza. Allí se juegan bolos, se corren cañas y se libran torneos.

La catedral tiene asignado en la plaza el lugar de primacía. A semejanza de la ciudad indígena, prolongación de las esquinas del templo mayor, la catedral es señal de partida y de convergencia en el tablero donde va a organizarse en grande el juego azaroso de la ciudad viviente. Bajo sus bóvedas se acepta el nacimiento del hombre porque el católico despierta a la verdadera luz en el bautismo, y bajo sus bóvedas también reposan sus huesos y se ruega por su alma. Los planos primitivos que fijaron la infancia de México muestran con elocuencia pintoresca esas sencillas máquinas de vivir que fueron las ciudades antiguas. Figuran la calle de Plateros, la de los Talabarteros, la de los que trafican con cordobanes y el portal de los Mercaderes. Se dibujan las casas principales, la mayoría coronadas de almenas y ennoblecidas con escudos y columnillas plateresca. El palacio del virrey, el edificio de la Real y Pontificia Universidad, la holgada casa de Cabildos, las torres de los templos y las primeras bóvedas medievales de la catedral, completan el sentido español de la ciudad de México.

Pero si nosotros nos decidiéramos a meternos en este plano y a participar de su vida, no como observadores de un pergamino inanimado, sino como hombres de carne y hueso que van a mirar con sus ojos y a oír con sus oídos lo que ocurre dentro de ese esquema, veríamos que a esta ciudad, española por la traza y el estilo, la tiñe un color exótico, la penetra un aire que no es español, sino medularmente mexicano.

Un genio agazapado en las cocinas deforma y condimenta a su antojo los tradicionales manjares españoles; un color oscuro libra su batalla contra la blanca piel de los colonos, un elemento perturbador deforma el lenguaje y matiza de una nueva dignidad el trasplante llevado al corazón de nuestra altiplanicie.

¿Qué ocurre? El indio, excluido de la traza, se ha colocado en las mansiones españolas, llena los mercados y las plazas, mueve el cincel en lo alto de los andamios, y a

diario afluye en incontables barcas por los canales. Los indios nobles andan con sus hábitos de colegiales, repasando en los claustros su lección de latín; Ixtlixóchitl y Tezozómoc escriben en español la historia de sus pueblos; en los coros de las iglesias no faltan los indios cantores ni los que pulsan con diestra mano violines y zampoñas. El vigor de la metrópoli se refleja en la estructura que se está dando a su colonia favorita, pero cuando España inicia su decadencia, la intención humanista se abandona y México queda atado por más de dos siglos a una nación agonizante.

Se ha cortado el único puente razonable tendido entre conquistados y conquistadores. México se descompone en varios mundos: el de los indios y el de los blancos; el de los esclavos y el de los amos. De aquí parte la antinomia dolorosa que, a pesar de los años y de los esfuerzos realizados, no ha podido ser resuelta. Las castas, lejos de disolverse, se acentúan, los pocos ricos se hacen más ricos y los muchos pobres se vuelven más pobres. A fines del XVI, la esperanza de una integración nacional era una utopía en la que nadie soñaba.

Esta singular concurrencia de fenómenos origina uno de los rasgos más constantes y peculiares de la ciudad: sus hirientes contrastes.

Cada ciudad creada en México ha sido una isla en medio de un mar de barbarie. La barbarie se le filtra por todos sus poros, haciéndose presente en todos los rincones. Y no sólo es el contraste entre lo urbano y lo rústico puesto de manifiesto crudamente en la ciudad, sino la exhibición de sus propios contrastes, pues en México las diferencias empiezan en las casas, entre la servidumbre y los señores, se prolongan en las calles, cristalizan en plazas y mercados y se confirman en los barrios pobres. La ciudad es un muestrario de singularidades, un plebiscito fiel de los desniveles en que el país se descompone.

Entretanto, el hecho más importante de nuestra historia se está gestando: el mestizaje, que ha venido a ser la nota característica de México.

Con dolor viene al mundo el mestizo. Su madre es india siempre, su padre español. Este nuevo ser se crea al margen de la ley. Al principio se le engendra con violencia y sin alegría. Es fruto prohibido, vergonzante. Su padre, al menos en la primera mitad del siglo XVI, no lo reconoce. Su madre, desvalida, a la que tantos sufrimientos ha causado, trata de abandonarlo en las puertas de los conventos y de las iglesias, porque el mestizo era menos que un hijo natural y más que un remordimiento.

¿Con qué sostenerlo si la madre no puede valerse por ella misma?

El mestizo —el primer mestizo— es un ser tan extraño como un centauro. Tiene la cabeza de hombre y el cuerpo de caballo. No es indio ni español: los dos por igual le rechazan. Sus sangres enemigas libran tremenda batalla en su interior; está hecho de elementos irreconciliables, de divorcios, de pugnas. Es inteligente, pero lo anima un orgullo terrible. La miseria y la ignorancia son sus madrinas y, no resignándose a labrar la tierra ni a trabajar con sus manos, abraza la carrera de pícaro y se convierte en enemigo de los españoles y de los indios. El sentimiento de su inferioridad lo hará débil y cruel. Por ello, el mestizo frecuenta las pulquerías y los garitos; tras de la sábana que lo cubre, esconde la baraja, y la policía deja de perseguirlo sólo cuando se encuentra en la cárcel o en el hospital, herido a consecuencia de una riña.

Otro ser nuevo produce la ciudad. Éste es el criollo, hijo de españoles, pero en todo diferente a sus padres. Puede descender de un conquistador convertido en colono, pero lo más frecuente es que descienda de un comerciante o de un modesto funcionario colonial. Lucas Alamán, que también fue un criollo, hace el retrato del inmigrante

español diciendo que era un hombre como no lo tuvo España ni volverá a tenerlo nunca.

"En la historia ultramarina, vasto campo en que los caracteres pueden bracear con mayor desembarazo —escribió Oliveira Martins—, es donde todas las extravagancias y bizarrías del temperamento peninsular se manifiestan libremente." Y no sólo se manifiestan bizarrías y extravagancias, sino virtudes y calidades. Fuera de su patria, el español, en épocas de violencia, es susceptible de convertirse en un demonio de los Andes, pero en tiempos de paz, es regla que se transforme en un recio trabajador y en el tronco de una familia numerosa.

Sale de España muy joven, con un hatillo al hombro, recomendado a un pariente indiano. Apenas desembarcado, el gachupín encuentra que la única forma de hacer una fortuna en las Indias es trabajando de sol a sol, y acepta su destino sin titubeos. No frecuenta mujeres ni busca diversiones. En el campo o en la tienda se levanta al alba, asiste a su misa cotidiana, come a las doce, reza el rosario a las seis, y a la hora de la queda, extenuado por el trabajo, cae como un leño en su duro lecho de soltero. La preocupación de ganar un buen sitio para su alma en el cielo y la de redondear su fortuna en la tierra, llenan por completo su angosto espíritu. Al cabo de largos años se hace independiente o se casa con la hija del patrón y permanece al frente de sus negocios.

El gachupín encarna en América los valores tradicionales del colono español. Como no es capaz de pensar por su cuenta, cree ciegamente en lo que se le enseña. Por esto el gachupín es religioso hasta el fanatismo y monárquico de una pieza. De una honradez acrisolada —tanto como puede serlo un comerciante—, moral sin gazmoñerías, duro con sus inferiores y altivo con sus iguales, este sarmiento hecho con la seca fibra castellana, ve con asombro un día cómo se llena de flores extrañas. Son sus hijos. Los que le tocan la región más sensible de su alma. Entonces el gachupín, que no se ha permitido una hora de

descanso, que ha vivido oscuramente y que ha hecho su fortuna a costa de su salud y de su dicha, tolera las holgazanerías del hijo, sus despilfarros y sus locuras.

Si en el indiano comienza a cumplirse un desarraigo, en el criollo el fenómeno alcanza su culminación, al nacionalizarlo. El criollo, que ya es mexicano antes de que la ley se lo permita, trae consigo un fermento de rebeldía que cristaliza tempranamente en don Martín Cortés, hijo del conquistador de México, a quien se acusa de querer levantarse con la tierra. El criollo ve con desprecio las actividades comerciales de su padre; es holgazán, más por vicio del clima que por defecto de constitución; privado de incentivos nobles en una atmósfera donde sólo prosperan los españoles y las ridículas intrigas de sacristías y locutorios, se siente proscrito y se aturde derrochando neciamente los caudales paternos.

Mexicano sin México, mexicano de la Nueva España, extranjero en su patria, es, a pesar de los rasgos negativos que forman su personalidad, el que dará su tono peculiar a nuestra vida. Distingue al criollo un sentido especial del señorío, una delicada suavidad de maneras, un gratísimo tacto y, sobre todo, un encanto indefinible, mezcla de orgullo aristocrático que desdeña lo mezquino y lo plebeyo, y de auténtica bondad de corazón.

Si en el hijo de Hernán Cortés ya se perfila el carácter del criollo, en su primera mujer, Catalina Suárez, por más que no haya tenido descendencia, se acusan los rasgos de la española. Catalina Suárez, la triste heroína de un oscuro drama de la Colonia, llega a México al olor de la gloria y la riqueza conquistadas por su marido. Anteriormente, en Santo Domingo, el ennoblecido don Diego Colón, hijo del almirante, había inaugurado un remedo de corte en la que brillaba su mujer, María de Toledo, sobrina del duque de Alba. Catalina es una plebeya, pero vive como una reina en su palacio de Coyoacán, rodeada de siervos y cubierta de sedas y de joyas. Las españolas que vienen detrás de ella "hacen la América" a su manera, conquistando al

conquistador o al indiano enriquecido. Viven ellas o las criollas en sus recias casas, entre la iglesia, las murmuraciones y las faenas hogareñas. El marido la ha apartado tan cuidadosamente de todo lo que significa riesgo, responsabilidad, trabajo fecundo, que la pobre acaba abrumada a fuerza de prácticas religiosas y de tedios infinitos, acaba por convertirse en el ser más indefenso y delicado que pueda imaginarse. Un viaje a Puebla requiere una confesión previa; una salida en la noche, preocupaciones ridículas; un embarazo es tomado como una verdadera catástrofe. No da paso sin consultar al confesor que se le tiene asignado. Una mujer así —antípoda de la Monja Alférez— que sólo vive en razón del marido, inocente como un niño y más cándida que una paloma, concentra su ternura en el hijo. A él sacrifica su vida y lo rodea de tales cuidados, lo abruma con tantos mimos, le hace tal cúmulo de concesiones, que lo convierte en un hombre débil. El criollo, en sus brazos, se nutre con la leche de su excesivo amor y parece que con ella hereda su poca virtud para luchar victoriosamente contra la Colonia.

El mestizo, el criollo, el inmigrante y la dama española o la criolla, forman el principio activo de nuestra nacionalidad. A fuerza de siglos y de uniones, estos cuatro elementos han terminado por integrar la fisonomía de México. En el crisol nacional, con esta mezcla de seres desarraigados se obtiene de preferencia un precipitado: el mestizaje. Un mestizaje cabal, rotundo, de cuerpo y alma, porque en México se puede preservar la sangre libre de influencias indias, pero el alma siempre sucumbirá rendida al hechizo del mestizaje. Nadie escapa a la fuerza telúrica de la tierra, a su tremendo genio apasionado. Detrás de los tipos humanos que hemos esbozado y de sus infinitas motivaciones, está el indio, siempre como parte misma de la tierra y el paisaje violento y delicado, áspero y tierno, la montaña eterna, el volcán desbordado, la meseta ordenadora del caos, la costa y el cielo en el que siguen brillando los poderosos soles de la antigua cosmogonía. Y esta poesía

disuelta en el aire y este paisaje estremecido por temblores y cataclismos, crean el matiz de lo mexicano, su pasión bárbara y su ternura.

Adolescencia y madurez

La fisonomía de la ciudad, durante el XVI y el XVII, es más bien hosca. Ciudad que no termina de construirse nunca, apenas se levanta un andamio dejando al descubierto la cúpula recién concluida, cuando ya en otra calle se alza uno nuevo, encarcelando un convento recién fundado. Las casas de los hidalgos no han perdido su temerosa apariencia de fortalezas. Todavía la arquitectura conserva sus graves líneas, sus sencillos relieves pesados. Las bardas de los monasterios cubriendo manzanas enteras, el bosque de severas torres y el empleo del rojo tezontle, confirman el seco carácter conventual de México.

En ninguna crónica de la época advierto el clima sensual que permea el libro de Tomás Gage. Cierto es que abundan los carruajes suntuosos, los paseos donde brillan las sedas y las piedras preciosas, y que no faltan las procesiones ni las grandes fiestas, pero el tono de la vida, sin ser triste, es adusto. De preferencia, los hombres gastan ferreruelo y capa de color oscuro. Las campanas regulan los menores detalles de la vida.

Hemos perdido muchas notas para reconstruir con fidelidad el espíritu de esos siglos, pero creo que el sonido de las campanas, cargado de incentivos y de solicitaciones, podría ayudarnos a entender la sensibilidad de nuestros antepasados. Cuando las escucho, me es posible conjeturar lo que ocurría entre mis abuelos. A mí, a pesar de que gran parte de mi vida he permanecido fuera de la iglesia, el repique que llama a misa me obliga a saltar de la cama, el de las doce me hace agua la boca, el doble de las tres —recuerdo de la siesta— me provoca sueño, y el de las ocho despierta en mi corazón sentimientos funerarios que acredito a la herencia, porque nadie se me ha muerto y no

tengo a nadie por quien llorar en los cementerios. De parejas sensaciones estuvieron formados los hombres que habitaron la ciudad en la Colonia: la campana les creó algo así como una serie de reflejos condicionados. A nosotros, el repique nos hace agua la boca, pero no tenemos el plato de sopa al alcance de la mano como en su tiempo lo tuviera el abuelo.

En el siglo XVIII, México sufre una nueva transformación. Un airecillo venido de Francia a través de España orea un poco la vida. Empiezan a llevarse peluquines blancos y casacas bordadas con oro y plata. Las ricas chorreras de encajes suceden a las tiesas golas almidonadas. La espada degenera en espadín. El cortesano triunfa sobre el guerrero; el abate magnífico sobre el frailuco que buscaba el martirio en tierras de indios bravos.

Las minas están en bonanza; las grandes haciendas constituyen verdaderos estados feudales; los dignatarios eclesiásticos hacen vida de príncipes, y los caudales de la Iglesia rebosan las arcas y se emplean en donar conventos, levantar templos y palacios y en sostener a un mundo de clérigos y frailes.

El XVIII es el siglo de oro de la arquitectura mexicana. Prevalece un afán por acabar con todas las formas tristes del pasado. Resultan intolerables las iglesias-fortalezas del XVI y las lúgubres casonas almenadas de los conquistadores.

¡Y qué hermosa estampa presenta la reina de las ciudades americanas! El sueño la viste con su ropaje barroco. Ahora las cúpulas oscuras se cubren de azulejos que brillan como gemas. También las casas se adornan de azulejos coloridos, y los chirimbolos de Talavera proscriben a las adustas almenas. De nubes parecen construidas torres y fachadas. En las esquinas se multiplican los nichos preciosos. Rejas, balcones y canceles de hierro labrado, calles limpias abiertas al azul de las montañas, fijan por un momento la imagen mejor lograda de la capital de la Nueva España, de esta ciudad que no sabe de guerras, que vive

su sueño barroco y colonial sin tener conciencia siquiera del lugar que ocupa en el mundo.

A fines del XVIII, el rasgo barroco de la ciudad tiende a descomponerse. Y lo descomponen los elementos neoclásicos, que son la antítesis del sueño y el delirio barrocos. Por primera vez, irrumpen, sin las deformaciones del plateresco, frontones intactos, severas columnas dóricas en toda su pureza, entrepaños y cornisas que son fieles copias de sus modelos clásicos. Mas a pesar de la fidelidad de la copia, esas importaciones tienen un aire postizo, de cartón, que hace pensar irremediablemente en las decoraciones de los teatros.

La antigua calle de Tacuba, construida sobre la calzada de Tlacopan, por la que salieron los españoles la Noche Triste, se adorna con el extraordinario palacio de Minería. Esta pieza de museo, único alarde bien logrado del estilo invasor, le costó a México la destrucción de muchos de sus genuinos tesoros arquitectónicos. Pocas veces ha tenido que pagar una ciudad un precio tan alto por un edificio enemigo de su genio. Altares de oro trabajados como piezas de orfebrería fueron sustituidos por los fríos altarcillos neoclásicos que todavía vemos en nuestras iglesias; barandales miserables de hierro y plomo sucedieron a las rejas de maderas preciosas que velaban las capillas laterales; la piqueta se ensañó con los arabescos brotados de la entraña sagrada del mexicano. Este cruel momento señala la muerte violenta del barroco. ¡Del barroco, que era nuestro clásico! La imaginería con sus figuras estofadas, el color y la gracia de los tallados, las fantasías iluminadas, el mundo que creó el genio del mexicano entraba en un periodo de desintegración. La autonomía de la Colonia, el celoso aislamiento en que se la tuvo confinada, comenzaban a romperse. La Nueva España sacudía su sueño de tres siglos para despertar transformada en México.

Entramos en el siglo XIX, que ha sido la centuria más amarga en nuestra historia. Casi no hay un año de paz. México pasa, sin transición, del minué dieciochesco a la

danza frenética de la Revolución. La guerra, en suma. La República federal contra la República central. La Iglesia contra la Constitución. Los ricos contra los pobres. Los republicanos contra la monarquía. Los blancos contra los indios. Las naciones más poderosas del mundo contra México. Y una mitad de México contra la otra mitad.

Quizá podríamos reducir estas luchas a una sola: la que libra el campo contra la ciudad. Toda esa rígida jerarquización de las castas, el virrey que representa la autoridad de la monarquía, el arzobispo que es reverenciado como un Gran Lama en el Tibet, los señores de horca y cuchillo propietarios de inmensas extensiones, los frailes ignorantes y los clérigos concupiscentes, trabados en continuas reyertas, se irán al diablo. No de una vez, porque son los dueños de todo, sino poco a poco, en un proceso que se inició con la expulsión del virrey y hace menos de diez años logró arrebatarles sus últimas tierras a los latifundistas. Bastó que un anciano moviera una campana en su modesta ciudad de provincia, para que los mundos antagónicos en que se dividió la Nueva España se arrojaran uno contra otro.

En un siglo así, es natural que se construya poco y se destruya mucho. Casi todos los grandes conventos, como el de San Francisco, desaparecen y con ellos el aire de misterio, la severidad monacal que privaron durante la Colonia. Posiblemente el temor a las revoluciones acentuó la costumbre árabe de esconder, tras el disimulo de una pobre fachada, suntuosos interiores. La riqueza y la seguridad que prevalecían en el XVIII originaron los alardes nunca excesivos de los exteriores, y aun en ese extremo el adorno obedecía a la ley mexicana de la concentración. Fuera de la magnífica portada, los muros lisos de tezontle establecían esa desnudez un poco sombría que fue tan del gusto de sus moradores.

Los aztecas, no porque desconocieran el significado de las palabras tuyo y mío, sino debido al rigor con que se castigaba a los ladrones, ignoraron el uso de puertas y ventanas. Son los españoles los que introducen el celoso sen-

tido de la propiedad, agravado por sus peculiares ideas acerca de la fragilidad natural en las mujeres. Pesadas puertas claveteadas, espesos muros de cal y canto y ventanas con hierros, defendían su honor y sus doblones, levantando una barrera impenetrable entre la vida de la calle y la privada del hogar. El recato casero era tan grande, que para comer no les bastaba cerrar el portón asegurándolo con cerrojos y cadenas, sino que tendían un biombo protector frente a la mesa. Otras funciones más íntimas se realizaban en el mayor de los sigilos.

Con sus notables excepciones puede asegurarse que el interior de los conventos y de los palacios ofrecía una suntuosidad superior a su externa apariencia. Los claustros conventuales, los patios con sus fuentes, las rejas y los altares de piedra, los artesonados de los techos, no guardaban proporción con los muros leprosos y monótonos que corrían a lo largo de las aceras.

En los palacios y hasta en las casas modestas, la economía se sacrificaba a los espacios abiertos. La vida se jerarquiza en torno del patio: la existencia hogareña se organiza, pues, en cuadro, siguiendo el rectángulo del corredor; la sala, el *sancta-sanctorum* de las familias, al frente; las habitaciones corriendo a los lados, una tras otra, de manera que, con las puertas abiertas, era posible abarcar de la sala a la cocina cruzando el conjunto de recámaras. En realidad, la casa se desdobla en dos como la vida de sus moradores: la casa de escaleras arriba, protegida con nuevos canceles y rejas, y la de escaleras abajo, en la que se confundían cocheros, palafreneros y toda clase de criados y sirvientes.

El gran ciclo urbano de la casa cuadrada, de la vida rectangular, se cierra en las postrimerías del XIX, al consolidarse el porfirismo. La Colonia tuvo siempre una manifiesta repugnancia a rebasar los bordes ideales de la traza, como si se hubiera heredado el sentido mágico de los perímetros que distinguió a los aztecas. Sus tímidos avances, siguiendo las líneas del Puente de Alvarado y las del paseo de Bucareli, se realizan como a pesar suyo, por lo que de preferencia las nuevas construcciones se edifican sobre la demolición de las antiguas Pero el tranvía, los carruajes más ligeros, el crecimiento de la población y la aparición de los primeros automóviles, permiten al porfirismo lanzarse a la conquista de nuevos espacios, iniciando el crecimiento efectivo de la ciudad Así, pues, el Zócalo, considerado como el eje urbano clásico, se desplaza al poniente, y el Caballito, situado en el arranque del paseo de la Reforma y del polvoriento paseo de Bucareli, se transforma en el ombligo —ombligo neoclásico y ecuestre— de la ciudad

En los llanos donde pastaban los ganados, brota de un golpe (como antes brotó México de las ruinas de Tenochtitlán), un conjunto extranjero que no guarda relación con su cielo, con sus habitantes, ni con sus tradiciones arquitectónicas. Esta vez el viento no sopla de España, sino de Francia. El pequeño Duque Job, con su enorme puro en la boca, un bigote de perfumadas guías y un clavel en su levita, se pasea por las calles de San Francisco, declamando sus versos.

A pesar del llamado a la razón que formula el positivismo, se respira un trasnochado aire romántico. Se habla de preferencia en francés. Es la época de los ojos lánguidos, de las manos que se aferran convulsivamente a los cortinajes de terciopelo, de la ópera, de los cuellos postizos y los botines. Los hombres, aunque escriben versos a hurtadillas y los mandan acompañados de violetas, creen ciegamente en el progreso. Pearson es tomado como un Santa Claus británico que nos visita llevando a las espaldas un enorme saco del que brotan ferrocarriles, puertos y pozos petroleros. Se habla de las maravillas de la electricidad en tono exaltado, y los primeros ruidosos automóviles causan la misma admiración que los ferrocarriles provocaron medio siglo atrás.

Todo es importado, los casimires, los perfumes, las casas y los coches, los sombreros de las damas, sus vestidos y hasta sus hijos, "que vienen de París". La autocracia

tiene su corte y su mundo aparte. Arquitectos europeos levantan con mármoles italianos el Teatro Nacional. La gran casa de correos es gótica. *Gothique flamboyante*, para decirlo con las palabras de la época. Como lo colonial, el barroco especialmente, se consideran muestras de una barbarie intolerable, los propietarios de las viejas casas ordenan pintar el tezontle de sus muros con una gruesa capa de óleo. Se muestra el paseo de la Reforma como una reproducción bien lograda de los Campos Elíseos, y los primeros almacenes, los edificios de los bancos y de las grandes oficinas con sus robustas diosas arrancadas de los cuadernos ilustrados de la mitología griega, son objeto de admiración para los fuereños que visitan la capital por las fiestas patrias y las de la Semana Santa.

Por desgracia para la fidelidad de ese aire de estampa francesa finisecular que integran las mansiones coronadas de mansardas, la cruzan con sospechosa frecuencia hombres y mujeres que se disparan de este bien logrado remedo parisino. En las viejas postales, frente a la fachada del diminuto castillo feudal o ante la imitación de algún alcázar morisco en miniatura, que el fotógrafo callejero logró tomar después de permanecer largos minutos oculto bajo la tela negra que cubría su aparato, se ven personajes extraños que estropean tan bellas y decentes escenas urbanas. El pelado, con su enorme sombrero derrengado, el indio vestido de sucios harapos, el pequeño mendigo, el niño descalzo de la barriada, los descendientes de los ensabanados que preocupaban al virrey Revillagigedo, los hermanos de aquellos pordioseros que hicieron desmayar a la señora Calderón de la Barca, los miembros de la corte de los milagros que debían tomar el sol en las plazuelas lejanas de los barrios, tienen la osadía de interrumpir las divagaciones poéticas del Duque Job, de molestar a las señoras que salen de misa en San Felipe, y de mezclarse con los caballeros que observan el resplandor fugitivo del cometa de Halley, precursor, como en los tiempos de Moctezuma Xocoyotzin, de infinitas desgracias.

Estos seres, a quienes no comprendió la paz porfiriana, y otros millares que agonizaban en los campos, terminaron un día con aquella engañosa fachada de esplendor logrado a fuerza de ruinosas concesiones, tiendas de raya, obreros mal pagados, mucha administración y mala política.

Presente y porvenir

El campo se vacía nuevamente sobre la ciudad. Orozco, nuestro Goya, ha dejado el testimonio más fiel de aquellos trágicos y sombríos cuadros que rodearon nuestras cunas. Se suceden diez años de guerras casi ininterrumpidas. En 1922 la ciudad había logrado asimilarse a las olas de bárbaros que irrumpieron durante la revolución. Por lo demás, la influencia civilizadora que ejerce la urbe sobre los provincianos, es una vieja historia a la que la moda del día añade variantes incidentales. La ciudad vistió un rico uniforme al montañés Guadalupe Victoria, el primer presidente de la República; cambió el traje de manta de Benito Juárez por su frac legalista, y al oaxaqueño Porfirio Díaz le enseñó a llevar con dignidad una levita demasiado angosta para sus anchos hombros de soldado. Obregón, después en turno, luciendo una corbata de lazo, departía sonriente con los niños en los jardines públicos; los militares en palacio resucitaban tradiciones cortesanas, pero detrás de esta nueva clase dominante —todavía demasiado aficionada al coñac y a las fiestas amenizadas con balazos— México se descubría a sí mismo. Se inicia entonces, bajo la presidencia espiritual de Vasconcelos, el renacimiento de los valores populares; lo que desdeñó el porfirismo, lo que era vergonzante hasta 1920, lo propio nuestro, pasó a figurar en primer término. El color, la poesía trágica, la belleza severa y escandalosa de México, los tianguis y las fiestas de pueblo, sus costumbres y sus trajes, sus industrias típicas y su arte, se fijaron en los muros de los edificios coloniales. Escritores, escultores y grabadores tomaron sus motivos de la vida real. No sólo se apreció la arquitectura

y las artes menores de la colonia, sino los frescos de las pulquerías, las canciones y los corridos con que los rapsodas contaban al pueblo los sucesos cotidianos.

Ya para la época de Calles, "los bárbaros del norte" no sólo habían completado su educación, sino que le daban su tono a la ciudad. La Plaza de Alí Babá, por el hipódromo, se convierte en el modelo arquitectónico de los nuevos tiempos. Una aspiración tienen los ricos: vivir como las estrellas de Hollywood. ¡Y lo peor de todo es que lo consiguen!

El cardenismo guarda notables semejanzas con el plan civilizador emprendido por los humanistas del siglo XVI. La más alta autoridad del país, el hombre que ocupa el viejo trono de Moctezuma, sale a enfrentarse con la realidad nacional, en una cruzada que recuerda a la de Don Quijote. Cárdenas es también un caballero andante, que busca, por todos los medios a su alcance, la conciliación de los mundos en que se integra caóticamente nuestra patria. Hemos visto con profunda emoción las antesalas de los ministros llenas de indios que reclamaban, por vez primera, con la frente alta, sus derechos; las manifestaciones de los obreros; los muchachos de las escuelas rurales que venían a completar sus estudios en México; desfilaban mineros, campesinos reclamando agua para los riegos, ayuntamientos de pueblos olvidados que pedían escuelas para sus municipios. Toda esa agitación fecunda, ese flujo y reflujo que se estableció entre el campo y la ciudad han dejado su huella.

Los campos deportivos destinados a los obreros, los grandiosos hospitales, los institutos en que se lucha por mejorar la vida del mexicano, las bibliotecas públicas, las librerías modernas que muestran millares de volúmenes editados en nuestro país, representan la consecuencia directa de aquel generoso impulso humano encaminado a suavizar diferencias y contrastes brutales.

La ciudad de México vive hoy una de sus grandes crisis históricas. Penélope, en diez años, ha destruido y ha construido más edificios que todos los que se hicieron en cuatro siglos. Sobre las cúpulas y los pocos edificios coloniales que en ciertos barrios ha respetado el nuevo tiempo, se levantan, a despecho de la inseguridad del suelo, rascacielos audaces. La línea vertical, en la perspectiva urbana, triunfa sobre la clásica horizontal. Las torres de la catedral, el punto de referencia más acusado de la vieja urbe, se desvanecen en el conjunto de macizas líneas que forman los modernos edificios. La ventana ha ganado la partida al balcón; los muros de piedra ceden su espacio a los cristales; las angostas calles del centro se abandonan al comercio y a los bancos; la habitación se derrama por todos los puntos cardinales, urbanizando llanos, conquistando lomas y barrancas, organizando colonias que por sí solas ocupan un espacio mayor que el reservado para la capital de la Nueva España en el siglo XVI. Cierto es que los nuevos ricos las han llenado de adefesios, pero no deben alarmarnos demasiado estas manifestaciones del mal gusto de una clase que todavía no ha logrado hacerse a la vida de la ciudad, ya que su historia nos enseña que estos excesos enemigos de su genio desaparecerán en breve borrados por la mano reguladora del tiempo. Estamos viviendo una etapa de transición que va de la urbe española con sus calles estrechas y sus oscuras casas, a la moderna concepción de los espacios abiertos, los grandes parques, las avenidas desahogadas y el empleo irrestricto de los árboles y de las plantas.

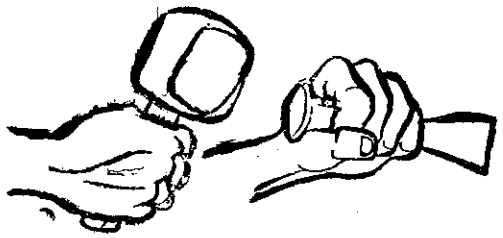
Mas, ya es tiempo de que fatigados de tan largo viaje nos detengamos a contemplar en un recodo de nuestras montañas la milagrosa ciudad tendida en el regazo de su valle.

A despecho de su tono cosmopolita, de sus letreros en inglés, de lo que se nos escapa por el aire, de que muchas veces ya de tan cambiada apenas logremos conocerla, hay algo imponderable que la distingue y fija con una invisible raíz a la tierra. Cuando las luces rojas y verdes de los aviones sobre el cielo violeta cruzan su perspectiva de rascacielos, yo veo en este cuadro un signo de futuro.

La tela de Penélope aún no acaba de tejerse. Coatlicue y las piedras viejas siguen animadas y terribles. Continuarán la ciudad y el campo librando sus batallas. Sus contrastes internos serán más violentos o menos ásperos. La tela simbólica quedará concluida el día en que los mundos antagónicos, por fin, integren uno solo.

Sobre la colmena humana y sus dolores, sus alegrías y sus esperanzas, brilla con esplendor intocado el cielo que se refleja en sus lagos. El sol del perpetuo otoño dora el aire transparente, y el gaseoso azul de las montañas reposa la mirada y prolonga los caminos del sueño más allá del horizonte. De noche el cielo es una copa de amatista rebosante de estrellas. Bajo las ramas alienta, acariciadora y dulcísima, la respiración de la tierra. México permanece fiel a sí mismo. Hay algo eterno, bárbaro y delicado en su naturaleza, que está por encima de los cambios, de las modas y de las circunstancias.

Resumen de un mundo indígena; cima de una pirámide que moja sus pies de granito en dos océanos, el viento le trae flores y perfumes del trópico, música de otras regiones, frutos y seres de los que se escalonan y desparraman por sus flancos colmando de rumores la simbólica cornucopia mexicana. La esbelta tehuana, el indio de piedra, el sombrero del charro del Bajío, la costeña pálida y sensual, la piel oscura y la sonrisa blanca, los ojos cargados de misterio, la mano incorruptible del artesano, la mano destructora y constructora de ciudades, la mano mexicana que mueve todavía el cincel en lo alto de los andamios, están proclamando, imponiendo, la realidad sagrada de México.



ÍNDICE

I. En el principio era el mito 9
El sueño insular de la Edad Media . . . 14
Marco Polo. 18
Mitología y Utopía 25

II. Colón y el fracaso de su descubrimiento . . 30
Las primeras sombras. 37
La conquista de las islas 42
Tres novelas y un fracaso. 44
La pieza que faltaba al rompecabezas . . 52

III. El descubrimiento de México 58
Juan de Grijalva 67
Hernán Cortés. 77
Cómo se forma una expedición 88

IV. Cortés cobra su herencia 94
El primer atisbo 102
Historia de una esclava que quería dejar de serlo 114

V. Veracruz, la puerta estrecha de México. . 126
La historia de nuestra primera ciudad . . 130
El encuentro 133
Los tesoros de Moctezuma 137
Los pies de barro 142
La pajarita de papel 144

VI. Cempoala, clave de la Conquista. . . . 149
El orgullo azteca 153

Los viejos sitios evocadores 159
La Cempoala actual 164

VII. La escalera de México 172
Divagación sobre un purgante 176
Jalapa, el entresuelo de México 177
El reinado de la flor 180
El último escalón 187

VIII. Tlaxcala, o del Altiplano 189
El pasado y el presente 202
San Francisco, o el triunfo del genio de México 207
Ocotlán, el falso barroco 213

IX. Cholula, la ciudad santa de Anáhuac. . . 218
Trasmundo. 223
Barroco 229
La pirámide 235
¿Cultura plutónica? 241

X. Tenochtitlán, piedra sobre agua 247
Mercado y templo. 258
La corte y la calle. 266
Entre el cielo y la tierra 276

XI. México: la tela de Penélope 287
Los hombres que formaron la ciudad . . 291
Adolescencia y madurez 296
Presente y porvenir 303

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de agosto de 2003 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.